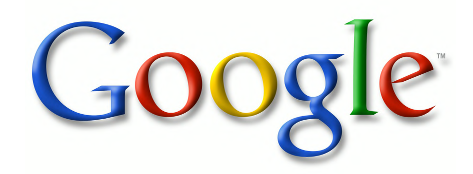
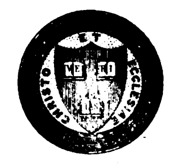
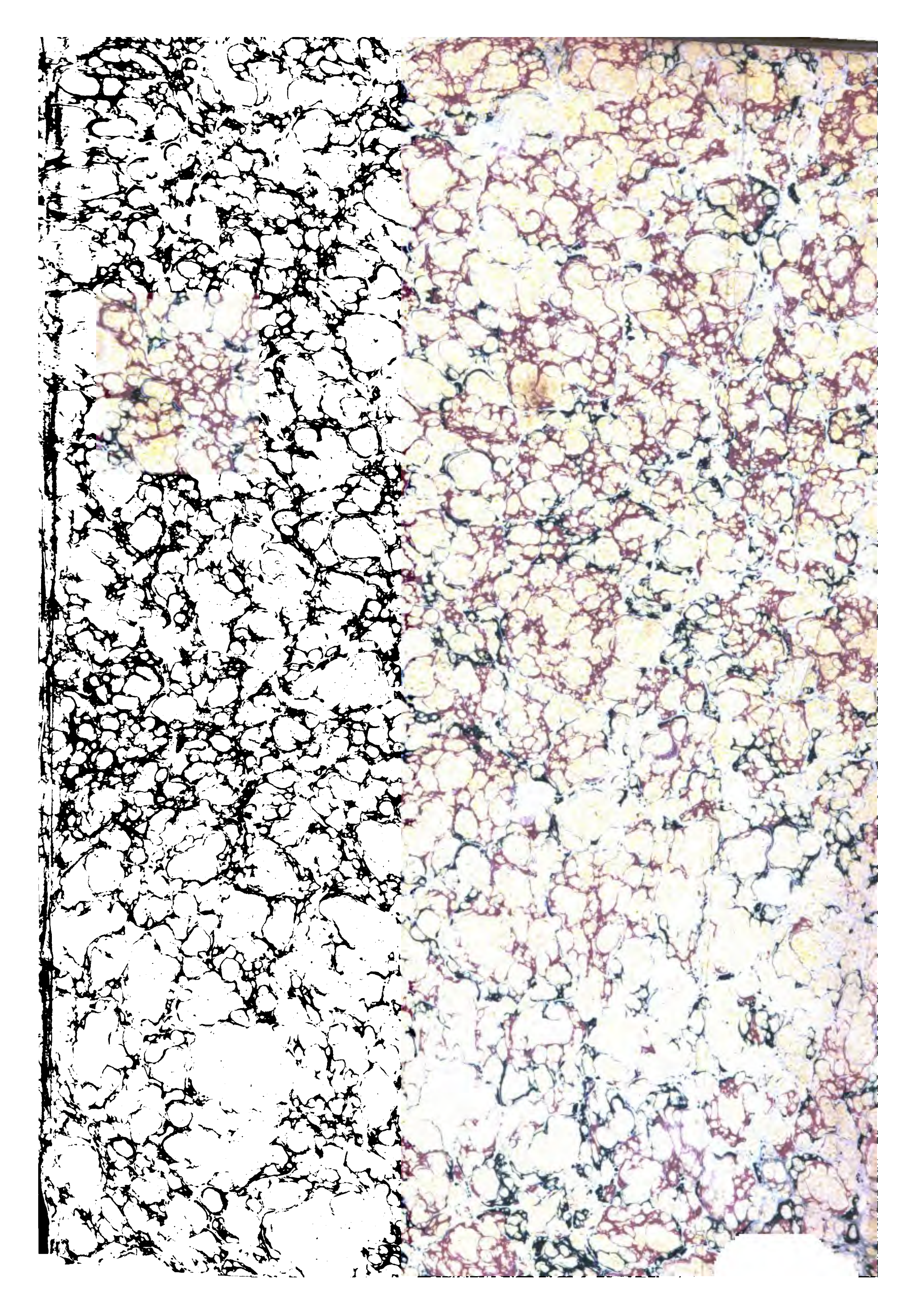






107

0,60 –



B. MARIANA DE JESUS DE PAREDES Y FLORES.

llamada

La azucena de Quito

#

VIDA
DE LA B. MARIANA DE JESUS
DE PAREDES Y FLORES,

CONOCIDA VULGARMENTE BAJO EL NOMBRE

DE LA

Azucena de Quito;

ESCRITA ANTIGUAMENTE

POR EL P. JACINTO MORAN DE BUTRON,

de la compañía de Jesus,

VARIADA AHORA EN LA FORMA Y CORREGIDA EN EL ESTILO Y LENGUAJE

POR UN SACERDOTE DE LA MISMA COMPAÑIA.



MADRID,
Imprenta de la Viuda de Palacios é hijos.
1854.

NOS EL LICENCIADO DON JUAN MANUEL VELASCO, *presbítero, vicario eclesiástico interino de esta M. H. villa y su partido.*

Por la presente y por lo que á nos toca, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse el manuscrito titulado: VIDA DE LA VENERABLE MARIANA DE JESUS PAREDES Y FLORES; mediante que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene segun la censura cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid diez de diciembre de mil ochocientos cincuenta y tres.

LICENCIADO D. JUAN MANUEL VELASCO.

Por mandato de su señoría,
RAMON DE ORDUÑA.

PRÓLOGO.

Entre la multitud innumerable de libros que ven la luz pública en nuestros dias, aparece tambien el presente, escrito, si no me engaño, segun todas las exigencias de la época. Es la vida prodigiosa y en gran parte inimitable de la angelical doncella Mariana de Jesus de Paredes Flores, elevada al honor de los altares en noviembre del año próximo pasado y conocida con el nombre de Azucena de Quito, *porque en aquella ciudad ilustre del Perú nació, floreció y murió, como azucena escogida entre millares para que desde allí embalsamase el mundo con su aroma. Y cuando digo que este libro sale á luz segun las exigencias de la época, no pretendo decir por cierto que haya de encontrarse en él lo que por desgracia busca una época de incredulidad y materialismo acaso mas que en otras cosas en los productos de la inteligencia. No, todo lo contrario: y si me expresé mal diciendo* exigencias, *diré* necesidades *de la época; porque ella necesita sin duda producciones que vigorando el elemento espiritual llamen eficazmente el espíritu humano á la sobrenatural comunicacion con Dios, que formaba la mejor gloria de un siglo llamado de oro, acaso tambien porque era el siglo de la caridad y de los santos.*

Satisface ademas el presente volumen á otra exigencia ó necesidad del dia por la parte de la tan buscada verdad

y autenticidad de lo que se refiere. Escribióle en su origen el P. Jacinto Moran de Butron, sacerdote de la compañía de Jesus, varon de ciencia y prudencia, el cual alcanzó en vida á no pocos de los testigos oculares de lo que cuenta, ó que vivieron algun tiempo con los que pudieron observar los hechos de la sierva de Dios, ó por lo menos tuvo á la vista los procesos auténticos formados para su beatificacion con autoridad de los ordinarios y transmitidos despues á Roma é impresos, examinados y sancionados allí con la escrupulosidad de que hace uso la iglesia en tan delicada materia.

Mas para que nada faltase á este libro de cuanto pueden exigir nuestros tiempos, fue menester variar de algun modo su forma y corregir y mejorar enteramente su estilo y su lenguaje. Nadie niega á nuestro siglo verdaderos adelantamientos en uno y otro, y pretender que se lea hoy con gusto y provecho la produccion del citado autor tal como salió de su pluma, seria lo mismo que exigir de nuestros guerreros que prefiriesen para pelear la armadura de la edad media. Si por acaso viene á manos de alguno de mis lectores la obra del P. Butron dividida en cinco libros, correspondientes segun su idea á las cinco hojas de la azucena; verá cuán exacto es lo que digo, y desde ahora le elogio si á pesar de lo muy interesante de la materia llega á concluir el primero soportando los conceptos alambicados, las violentas transposiciones, los infinitos retruécanos, las atrevidas metáforas, las alusiones y aplicaciones mitológicas, de que está plagada toda la obra. Si el referido autor volviera al mundo; ó no escribiria asi, ó agradeceria á una mano amiga que sin variar en lo sustancial su trabajo (que he cotejado por entero con los procesos) le diese una forma capaz de con-

seguir hoy lo que él se propuso escribiendo en su siglo.

Pero es preciso advertir aquí tambien que me ha parecido preferible esta fatiga á la no tan grave de traducir la vida que en italiano escribió el presbítero D. Juan del Castillo, canónigo de la iglesia catedral de Santiago de Chile y postulador de la causa de Mariana despues de la extincion de la compañía de Jesus, el cual llegó á ver emanado de la santidad de Pio VI el decreto que declaraba heroicas sus virtudes. Aquel buen canónigo no hizo mas que compendiar esta misma vida del P. Butron, como puede verse si se cotejan entrambas periodo por periodo, y poniendo al frente su nombre propio se llamó autor sin ser mas que copiante, y á lo mas compendiador. Si bien ni compendio puede llamarse su obra, y estoy por decir que hizo bien en apropiársela, porque el P. Butron no adoptaria por cierto un escrito, en que (acaso por amor de la brevedad) apenas hay vestigio de lo que era para esta sierva de Dios la compañía de Jesus, si se exceptua lo puramente indispensable y que no pudo omitir, v. gr. quiénes eran sus confesores y los directores de su espíritu. La vida pues escrita por el canónigo Castillo y reimpresa ahora en Roma por tercera vez con ocasion de la beatificacion de Mariana es una verdad, porque es copia de original verdadero; pero no es toda la verdad cual se presenta aquí, donde se restituye á la compañía de Jesus la gloria, que no hay por qué cercenarle, de haber sido el instrumento de una santificacion portentosa, y á la misma alma santificada todo el consuelo de que sepa el mundo á quién tiene ella que agradecer despues de Dios el trono que ocupa en la mansion feliz de los bienaventurados.

Concluyo con la advertencia de que si bien he con-

servado toda la sustancia de la obra, he creido conveniente, ya que es tan comun emprender la lectura de un libro sin curarse del prólogo, hablar como de un pasado lejano de ciertas cosas que el P. Butron refiere como presentes ó próximamente pasadas; lo cual á nadie puede ocultarse que en nada altera la verdad é importancia de los hechos.

Quiera Dios que la lectura de este libro obre en mis lectores con mejoras lo que en mí ha obrado la necesidad de manejar procesos y documentos para llevarle al cabo; amor de Dios y de su iglesia y un deseo de que todo el mundo oiga y comprenda esta exclamacion verdadera; á la par que honrosa para ella: ¡Bendita planta, cuya fecundidad exclusiva sazona frutos de tanta hermosura y tan buen sabor, sin que maleen su tronco ni la voracidad de los siglos, ni el furor de las tormentas!

VIDA
DE LA BEATA MARIANA DE JESUS
DE PAREDES Y FLORES.

LIBRO PRIMERO.

NACIMIENTO Y PRIMERA EDUCACION DE MARIANA.

CAPÍTULO I.

PATRIA Y PADRES DE LA BEATA MARIANA DE JESUS.

Aquella Providencia que con altísimo y las mas veces inescrutable consejo dividió la tierra en zonas, que bajo la denominacion de climas indican el efecto compuesto de un agregado de causas físicas que enumeran los geógrafos, destinó uno tan apacible á la ciudad famosa de Quito en la América meridional, que bien pudo Lope de Vega dar el epíteto de *siempre verde* á su territorio embellecido con perpetua primavera. Fundada por el denodado D. Sebastian Benalcazar en el centro de la vastisima república peruana, sin reconocer superior en importancia y belleza mas que á Lima, ciudad de los reyes, de la que dista unas quinientas leguas de tierra, debe casi exclusivamente su privilegio de ciudad segunda á la posicion geográfica. Medio grado escaso la separa de la línea equinoccial, y puestos allí en union amigable los ardores de la línea con los yelos de la erizada cordillera, es puramente arbitraria la division de estaciones en aquel pais, que ex-

traño siempre á los rigores de helado invierno y á los excesos de abrasado estío jamas ve desnudas del todo sus plantas, ni seca en flor la rica esperanza de sus repetidas cosechas. Abrigan sus empinados cerros entrañas riquisimas de oro y plata, y son tan poco avaros de su opulencia, que forman en gran parte la de toda América y aun de Europa con el beneficio de un terreno de doscientas leguas de largo de Norte á Sur y de seiscientas de Levante á Poniente.

Favorecida de tan propicia combinacion de circunstancias la ciudad de Quito, rica y abundante ya á los diez años de su fundacion y sin tener que envidiar á ninguna del continente americano, se dividió de Lima y formó un obispado aparte, tomando por armas dos montes, emblema de su nobleza y de aquella lealtad con que mereció que el año de 1556 el gran monarca de España Felipe II la honrase con el título de muy noble y muy leal en cédula de 14 de febrero.

Pero no son estos, si bien se mira, los mejores timbres de Quito, ni le merece esta cualidad principalmente el ser y llamarse vergel de América; porque si el dador de todo bien la plantó en suelo fecundo de materiales riquezas, aun mostró mucho mas su liberalidad para con ella, cuando dotó á sus hijos de una índole dócil y de un entendimiento despejado y dispuesto y tan inclinado á las ciencias, que no me desmentirá la historia si oso decir que Quito no tiene que mendigar de nadie la gloria de esclarecidos sabios, y que los célebres liceos conocidos con los nombres de colegio real y seminario de S. Luis, teatro de las fatigas y sudores de la Compañía de Jesus por mas de doscientos años, y el real colegio de S. Fernando y la universidad de santo Tomas á cargo de la ínclita orden

de santo Domingo fueron veneros riquisimos de verdadera cultura para aquellas dilatadas provincias.

No paró en esto sin embargo la prediIeccion divina: Compite allí con el terreno la índole de sus moradores, y si aquel es fertil y agradecido, es esta tan leal y tan á propósito para las ocultas operaciones de la gracia, que añadido el incesante riego de muchos años, ha llegado á producir frutos de santidad y perfeccion que mal se compendiaran en pocos volúmenes, y á ser, como llevo dicho, el vergel regalado de América. Hay en este vergel flores de todo precio y de diversos matices; pero de tan rara fragancia, que recrean con preferencia el olfato divino. Mueveme á insistir en esta alegoría del vergel ameno la idea feliz de llamar á Mariana la azucena de Quito, pues aunque no es este lugar á propósito para señalar su origen, no es ya poca alabanza de esta virgen gloriosa el simbolizarse en la azucena, que en la república vistosa de las flores lleva por su candor la palma, y por la forma y actitud de sus hojas, elevada á los cielos, merece en sentir de Plinio el título de excelsa: *Nulli florum major excelsitas.* Enemigo de comparaciones en todo caso odiosas, y mas entre santos, no daré yo esta prerogativa de sublimidad á Mariana entre todos sus compatricios, indagando si hubó ó no entre ellos otra tan bella azucena: mis lectores lo juzgarán cuando hayan dado cima á la lectura de la narracion que emprendo; y si se ven obligados á aplicarle la exclamacion de Plinio, atribuyanlo á aquel Dios que matizó á su arbitrio las flores y previno con bendiciones de dulzura á ciertas almas privilegiadas.

Lo fue á no dudarlo Mariana de Jesus, y tanto, que desde el 31 de octubre de 1618, víspera de la festividad de todos los santos y dia de sábado, en que vió por pri-

mera vez en Quito la luz del mundo, empezó, como diré bien presto, á manifestar el cielo con prodigios que se trataba de criatura que llegaria á ser ejemplo de extraordinaria inocencia y digna del amor y veneracion del antiguo y del nuevo continente.

Tuvo la suerte de ser su padre el capitan Gerónimo Flores Zenel de Paredes, natural de Toledo, ilustre por la nobleza heredada de Alonso de Paredes y Mariana Sedeño. Su madre fue doña Mariana Granobles Jaramillo, nacida en Quito de Gabriel de Granobles, natural de Guadalcanal, y de doña Maria Jaramillo, de Alcalá de Henares, vástagos de la primera nobleza y de los primeros conquistadores de aquel reino. Pero estuvo tan lejos la nobleza de sofocar en este feliz matrimonio, como suele en otros, la semilla de una educacion profundamente religiosa, que su casa era llamada vulgarmente por los de la ciudad *la casa de la oracion*. Ni tampoco ló consiguieron los bienes de fortuna, pues reconociendose los virtuosos consortes mas bien depositarios que dueños de sus haberes, los emplearon en obras de caridad y en la educacion de siete hijos, que, antes que naciese Mariana, fueron precioso fruto de su union.

Maduró ya y muy próximo á salir á luz el octavo, pudo conocerse su calidad no ordinaria en la detestacion del infierno manifestada con prodigios y en la predileccion del cielo, que ama por natural simpatía cuanto el infierno aborrece. Fue el caso que preocupada altamente la madre con una tristisima idea, le parecia á todas horas que abrigaba en su seno un verdugo de su vida y un objeto aborrecible, y, si bien al cabo de reflexion y tiempo logró que se desvaneciese el funesto presentimiento, no tardó Satanás en hacer patente de dónde venia el tiro, con un descubierto

asalto. Dormia ella tranquilamente una noche, cuando al despertar de repente su esposo con el sordo ruido de unos pasos ve un enorme mastin de aspecto feroz y horrible en ademan de abalanzarse á la consorte. Sorprendido de espanto é incapaz de reflexion echa mano á lo primero que encuentra, y al lanzar contra la fiera unos zapatos descubre que es una sombra sin cuerpo. Llama sin embargo á los criados, y para disminuir la impresion en el ánimo sobrecogido de su esposa los manda que busquen aquel perro y le arrojen de casa: obedecen ellos, y siendo inútiles las pesquisas, se convencen todos de la operacion diabólica dirigida á conseguir el aborto de doña Mariana y la destruccion de una niña, de quien temia el abismo los primeros instantes.

Mas el cielo por el contrario aplaudia su nacimiento, é interesandose vivamente en la vida de Mariana, llegada la hora del parto, que el miedo y la edad avanzada de la madre pronosticaban funesto, mientras corrian acá y allá azoradas las mujeres asistentes al grave trance, levantó una de ellas los ojos al cielo en acto de rogar por la que peligraba, y con inexplicable sorpresa vió que sobre el techo del cuarto en que aquella yacia, estaba como suspensa una estrella brillantisima y de primera magnitud, que servia como de basa á otra multitud de estrellas pequeñas agrupadas con un cierto orden y en figura de hermosa palma. Embargóle el pasmo la voz, y llamando como pudo por señas á los domésticos, acudieron todos y comenzaron á una á alabar al Señor reconociendo cuál era el objeto de aquel prodigio, el cual desapareció y no se volvió á ver jamas desde que apareció la niña. El mismo D. Gerónimo no se saciaba de mirar al cielo y bendecir á Dios que tanto le honraba y le distinguia, y cuando ya pudo despren-

derse de aquella vista; corrió presuroso al aposento de Mariana á llevarle con tan inesperada nueva la paz, el consuelo y la mitigacion instantanea de los dolores y sobresaltos inseparables de tales lances. Bendijeron juntos al Señor, y creo yo que su imaginacion excitada vivamente con la novedad del prodigio volaria desde Occidente al Oriente, desde su casa de Quito al portal de Belen, y prestaria á su lengua lo que mi pluma meramente histórica se niega á reproducir al presente; pero que era propio, con la debida proporcion, de un presagio tan parecido por sus circunstancias al que anunció la ventura del universo; y no del todo desemejante por su certeza, ya que lo depusieron asi con juramento los testigos que se consultaron en los procesos.

No consta por qué tardó en bautizarse la niña veintidos dias, y por cierto no es creible que padres tan cristianos le dilatasen este sumo beneficio, como lo hicieron, hasta el 22 de noviembre, dia de la gloriosa virgen y mártir santa Cecilia, sin mas causa que el acostumbrado prurito de ostentacion que introdujo y mantiene en muchos de su clase tan peligroso y chocante abuso. Lo que sí sabemos es que el nombre de Mariana se le impuso por complacer á la madre, y que desde aquel momento la gracia tomó de tal suerte posesion de su alma, que si ha de creerse á la universal y concorde deposicion de sus confesores, no solo no la perdió jamas, sino que ni manchó siquiera con sombra de culpa leve plenamente advertida su preciosa vestidura.

Refinado en el corazon de su madre el amor materno con la hermosura angelical de Mariana, con la circunstancia de ser la última y mas que todo con tan nuevos y singulares pronósticos, quiso hacer lo que tantas madres de su clase no hacen por desgracia, y se propuso criar por

sí misma á su amada prenda, acaso persuadida de la máxima de santo Tomas de Villanueva (1); que dificilmente se pierde la virtud que se gusta con la leche, cuando el natural suele formarse con esta. Pero ¿cuál fue su maravilla cuando observó que á pesar de la índole apacible que descubria la niña, y no dando muestras de padecer alguna dolencia, al acercar al pecho sus delicados labios se alejaba de él y desdeñaba el alimento? Repitióse la escena dos, tres y mas veces con pasmo siempre mayor de la madre, que no pudo obtener de la inocente criatura otra cosa hasta llegada la noche, en que se alimentó para no volver á hacerlo hasta la mitad del dia siguiente. Tan esquiva como el primero se mostró el segundo dia; y excusado es decir que temiendo la madre los nocivos efectos de tan escasa nutricion, apuró todos los recursos que le sugirió el amor, haciendo hasta el penoso sacrificio de entregarsela á una nodriza española, por si acaso mediaba de parte suya alguna enfermedad ó defecto oculto. Pero todo fue en vano, y la mudanza de leche no sirvió sino para poner mas en evidencia la operacion misteriosa del Señor, que preparaba para cosas mayores á aquella bellisima criatura. Ni una gota se la pudo hacer tomar fuera de las dos veces que he dicho, una al medio dia y otra hácia la media noche; con mas, que los lunes, miércoles y viernes de cada semana suprimia la de la noche, contentandose con un solo pasto.

Pero ¿qué mucho que se complaciese el esposo celestial de Mariana en hacer pompa en ella de unos preludios de que le plugo hacerla tambien en otros santos, cuando celoso, por explicarme asi, de la posesion temprana de su alma como de única esposa la previno desde aquellos primeros dias con una honestidad y un recato, que cual bar-

(1) Sermon 1.º de S. Nicolás obispo.

rera singular y milagrosa defendiese sus afectos de todo asalto enemigo? Se refiere en los procesos que si por acaso al sacarla de su cuna para pasearla un rato la llevaban con el rostro descubierto, era tan inconsolable su llanto, que no habia recurso para acallarla hasta volvérsele á cubrir. Ni solo tenia por escudo de su pureza las lágrimas. Encontróla cierto dia en la calle el Dr. Juan Martin de la Peña, amigo de la casa, cuando aun no tenia tres años, é intentando al verla tan hermosa darle una demostracion de cariño con un beso en el rostro, fue tanto lo que se obstinó ella en retirarle y defenderse llorando y forcejando con sus brazuelos, que si quien ahora lee este suceso, lo atribuye por ventura á capricho ó mal humor infantil, no lo creyó tal el facultativo Peña, el cual devolviéndola á quien la llevaba en brazos, sin atreverse á contristarla mas, empezó desde aquel momento á mirarla como á criatura no comun y venerarla como á futura santa.

CAPITULO II.

PROVIDENCIA MILAGROSA CON QUE PROTEGE Y SALVA EL CIELO LA VIDA DE LA NIÑA MARIANA.

Pero si Mariana ha de ser santa y formidable al abismo, no tardará este en agotar, como suele, sus esfuerzos para destruir la obra divina y demostrar que no ha perdido la esperanza de llevar á cabo lo que se propuso cuando la persiguió en el seno materno. En efecto no se habia repuesto aun enteramente su buena madre doña Mariana del quebranto producido por la pérdida de su esposo D. Gerónimo, que gozó por muy breve tiempo las caricias de su hija, cuando hubo de verse próxima á llorar sin remedio

la de la tierna huerfanita. Vadeaba esta en los brazos de su madre y sobre una mula el caudaloso rio que atraviesa el camino de Quito á Cayambe, en cuyo valle amenisimo, distante doce leguas de la ciudad, tenia aquella señora algunas posesiones; y estando ya á la mitad de la travesía tropezó con violencia el animal en una gruesa piedra, desencajada sin duda por la furia de la corriente, y al doblar, como era natural, ambas rodillas, soltó de sus brazos la madre á su niña por uno de aquellos ímpetus en que acude la naturaleza exclusivamente á salvarse como por instinto. No es para descrita la congoja de su alma al punto que sucedió en ella la reflexion á la sorpresa, tanto mas que no sabia perdonarse á sí misma el haberse dejado vencer de las reiteradas instancias de los que la animaban á vadear el rio y hacerse superior á no sé qué funesto presentimiento. Bien que por aquella vez no pudo lograr mas el demonio, pues acudiendo la omnipotencia de Dios, perpetuo y poderoso guardador de Mariana, la sostuvo con un cúmulo de portentos sobre las aguas, las cuales, como si se hubieran consolidado de repente, no solo no la envolvieron, ni arrastraron con su corriente, sino que respetaron hasta su calzado y vestidos sin poderse descubrir luego en ellos la mas mínima señal de haberse humedecido. El tránsito repentino de la lobreguez de una obscura noche á la claridad del dia lleno no bosquejaria bien lo que pasó en el corazon de aquella madre al ver á su adorada Mariana sostenida por una mano invisible enmedio de las aguas, y dando tiempo á que su mayordomo Hernando Palomeros, que guiaba la comitiva, retrocediese desde la orilla opuesta, y absorto y fuera de sí la tomase respetuosamente entre sus brazos para restituirla á los de quien la veia nacida segunda vez despues de llorarla muerta.

Nada tiene de extraño que siendo distinguida Mariana con tan marcadas señales de una proteccion especial y privilegiada del cielo, la amase sin medida su madre y todos la respetasen y tuviesen en concepto de criatura muy querida de su Dios; y mas si se agrega que observandola con singular atencion por lo mismo, descubrian en ella cosas ajenas de todo punto de sus infantiles años: un peso, una moderacion, un juicio como de persona provecta, una inclinacion exclusiva y nunca desmentida á los ejercicios de piedad y cosas divinas y un recato y un comedimiento tan nuevos en aquella edad como lo era la reflexion en el obrar, de donde nacian.

Bien es verdad que si agradecido era el terreno de aquel corazon, solícita era á su vez é incansable la mano que le cultivaba; circunstancia importantisima, cuya falta suele frustrar á menudo las mas bellas esperanzas de la edad primera. Cuidaba doña Mariana de su hija como de jardin entregado á sus desvelos, y llegando con el ejemplo hasta donde no podia confiarse la cultura por entonces á la palabra, obtenia frutos tan en sazon, como el que no puedo menos de recordar aquí por no romper el hilo de la historia. El hecho es de bien poca monta á primera vista; pero si su narracion llega, como es de esperar, á las manos de algunas madres de familia, verán en él con algun provecho la fuerza del ejemplo y sus consecuencias. Dormia una noche la tierna Mariana al lado de su madre segun costumbre, cuando hé aquí que despertando de pronto ve á aquella piadosa señora postrada en tierra y en actitud de hacer oracion con los brazos en forma de cruz. Verla y arrojarse de la cama, ponerse á su lado de rodillas y extender tambien ella sus bracitos para acompañarla en la oracion fue todo cosa de muy pocos momentos.

Sorprendida no poco la madre y pesarosa al mismo tiempo de que en vez de reconciliar el sueño interrumpido se levantase á pasar un mal rato tan ajeno de aquella edad y mas á tales horas, empezó á exhortarla á que se acostase de nuevo y la dejase sola en aquel santo ejercicio que ella haria por ambas; pero todo fue en vano, porque el fervor desató de tal suerte la lengua de Mariana para rebatir las razones que alegaba su madre, que no pudo esta menos de consentir á su lado á aquella alma inocente, cuyo ademan y súplicas por largo rato hubieron de enternecer á los ángeles y hacer dulce violencia al corazon divino.

Mas no plugo al Señor que la santa edificacion y mutuo consuelo entre madre é hija durasen largo tiempo, ya que á muy poco de la vuelta de Cayambe llamó para sí á aquella apresurandose á coronar sus virtudes, y dejó á Mariana en completa horfandad, que lloró ella con todo el sentimiento y la reflexion de persona adulta. Bien presto sin embargo enjugó sus lágrimas, cuando miró en su derredor y no se vió sola. Habian casado sus padres á la hermana mayor de Mariana doña Gerónima de Paredes Jaramillo con un capitan de noble nacimiento, por nombre D. Cosme de Caso, de cuyo matrimonio existian ya á la muerte de doña Mariana tres preciosos vástagos en otras tantas niñas, Maria, Juana y Sebastiana de Caso, y que por ser de la misma edad de su tia con corta diferencia vivian tan hermanadas con ella, que sus padres no creian tener tres, sino cuatro hijas. Puso pues Mariana sus ojos en sus hermanos como en sus nuevos padres, estimulandola á ello no solo la propia soledad, sino tambien el ver en sus personas viva y animada la herencia de la piedad paterna. Agradecianselo ellos á su vez, ya porque eran muy de agradecer la deferencia, el respeto y el cariño de Ma-

riana, ya porque veian de este modo asegurada mas y mas la buena educacion de sus hijas, que á fuer de padres sólidamente cristianos tenian por cima de sus deseos. Y en efecto crecian á la par aquellas regaladas plantas lo mismo en edad que en gracia para con Dios y los hombres, cultivadas en un mismo vergel y por la misma mano, contribuyendo no poco Mariana con su ejemplo al aprovechamiento no comun de sus sobrinas, que á su tiempo consignaré en esta historia.

Viendo por tanto el demonio que se cumplia lo que temió cuando dos veces frustró el cielo sus planes de acabar con Mariana, lo intentó por tercera vez aprovechandose de ocasion propicia en que por orden de su cuñado Cosme se fabricaba un nuevo piso en la casa para mayor desahogo. Subióse la niña desacordadamente sobre una pared en que estaban ya para ponerse las vigas que habian de formar el techo, y á no haber acudido su Dios á salvarla, allí encontrara la muerte; porque impelida sin saber por quién y con violencia cayó desde aquella altura, yendo á dar en un monton de piedras y cascote formado junto á la tapia para seguir la fábrica. A los gritos y lamentos de las sobrinas, que presenciaron la mortal caida, acudió despavorido D. Cosme, é informandose de la causa voló á socorrer á su querida cuñada con toda el ansia de quien la creia víctima de una desgracia. Pero ni lo era, ni tuvo él tiempo de llegar á aquel sitio sin encontrarla antes festiva y sosegada como si nada hubiese acaecido, y dispuesta, como lo hizo, á ir con él á consolar á las sobrinas y llevarles por sí misma la nueva del amparo milagroso.

Y por cierto que si no fuese la obstinacion el caracter de Satanás, hubiera tenido ya mas que de sobra para de-

sistir de hacer la guerra á quien tan á las claras veia cubierta con el divino escudo; pero nada menos, y firme siempre en su propósito de evitar futuras derrotas intentó por última vez deshacerse de su adversario mientras le creia menos fuerte. Solian por aquellos tiempos ir en las procesiones de semana santa algunas personas cargadas con grandes cruces de madera en señal de penitencia; y gustó tanto á Mariana esta costumbre y la creyó tan agradable á su esposo, que dispuso imitarla en el retiro de su casa; y llamando á sus sobrinas y á otras personas domésticas y exponiendoles su pensamiento las indujo á que se retirasen con ella á un patio apartado, donde pasearian procesionalmente en hábito de penitencia, cargada cada cual con la cruz que se hubiese labrado de antemano. Enseñabales pues la industriosa niña el arte de trabajar aquellas cruces, aprendido por ella sin mas escuela que el interior espíritu del amor, que empezaba ya á buscarse algun desahogo, cuando embebida un dia la piadosa comitiva en sus preparativos, se levantó Mariana de repente y alejandose de su sitio comenzó á decir á gritos á los demas que luego, luego se retirasen de aquel paraje; y porque no dejaban tan pronto lo que tenian entre manos, repitió de nuevo el aviso con mas voz y mayor instancia, hasta que obedeciendo todos y saliendo á la mitad del gran patio vieron con indecible pasmo desplomarse toda la pared que los resguardaba antes de moverse, y que los hubiera aplanado de fijo á no haber atendido á tiempo al aviso de Mariana. Dos fueron los efectos naturales de un acontecimiento á todas luces prodigioso: reconocer las sobrinas y los familiares de aquella inocente criatura la joya que poseian, y empezar á profesarle una especie de culto como á predilecta del esposo divino, que en tan prematuros años le comu-

nicaba ya sus secretos; y por lo que hace á ella misma, convencerse mas y mas de que una vida conservada á fuerza de prodigios y tan á despecho del abismo no podia sin hurto sacrílego consagrarse mas que á la gloria y las delicias del mismo que la preservaba. Consagrósela en efecto entre lágrimas y rendidos afectos de gratitud para cumplir su palabra con las medras y perfeccion que diré en el siguiente

CAPÍTULO III.

MAYORES FINEZAS DE MARIANA PARA CON SU DIOS Y NUEVOS FAVORES QUE LE MERECIÓ EN LA NIÑEZ.

Convencidos los hermanos de Mariana de la profunda verdad que encierra el dicho del poeta gentil: que la vasija nueva conserva por largo tiempo el olor del licor primero que se le echa, y persuadidos por otra parte de lo bien que dijo un sabio español del siglo anterior al suyo (1): que la crianza y vida de la mujer cristiana es tan importante al vivir humano, que todo el bien y mal que en el mundo se hace, se puede decir sin yerro ser por causa de las mujeres; se apresuraron á aprovechar los momentos apenas vieron despuntar clara en ella la luz de la razon; y á los seis años la proveyeron de maestros que beneficiasen sus admirables disposiciones y cultivasen á la par un corazon formado para la virtud y una inteligencia precoz y nacida para poseer con ventajas todos los ramos propios de su condicion elevada. Lejos de resistírsele ninguno de los ejercicios á que la aplicaron, sobresalió bien presto entre sus sobrinas tanto en la costura, bordado y demas labores mujeriles, como en las que no son tan exclusivas de su se-

(1) Luis Vives, *Instruccion de la mujer cristiana*, lib. 1.°, cap. 1.°

xo, leer, escribir, tocar varios instrumentos y cantar. Mas no se crea que por tener una voz dulcísima y melodiosa, gracia no comun en la ejecucion y pasion decidida por la música consagrase una vez siquiera Mariana tan bellas dotes, no diré á amores profanos y mundanas producciones, pero ni siquiera á objetos indiferentes. Jamas se la oyó modular cantar alguno que no fuese divino, como que ya desde aquella edad tenia la música no por vehículo de terrenos afectos ó por deleite de los sentidos, sino por recurso poderoso para meditar y pábulo de celestiales ardores. Asi puede decirse que el canto para Mariana era una elevacion mental sabrosísima y de tanto provecho, que aun en edad mas provecta le consagró siempre un rato diario como á los demas ejercicios piadosos. Especialmente en ciertos dias se servia de él para dar algun desahogo á su inflamado corazon y lanzar vivas saetas de amor al de su divino esposo, y aun se conserva un sencillo romance, cuyas estrofas repetia con enamorado acento el dia de la festividad del cuerpo santisimo de Jesucristo, sin que nadie sea capaz de expresar lo que sentia su alma al repetir con exquisita armonía:

Cristo Jesus de mi vida,
Hermosísimo cordero,
Con vestiduras nupciales
Sale enamorando al cielo etc.

Y es seguro que mas de cien doncellas apasionadas á la música sustituirian esta y otras letras á la que suele animar ciertas arias y fantasías, si lograsen, no digo gozar en sí mismas, sino solo ver en Mariana lo que vieron dos testigos y depusieron en los procesos de su beatificacion:

que los ángeles mas de una vez la seguian con emulacion envidiable, y que cuando se ocupaba en la labor de manos, acudian á menudo á su ventana las avecillas á acompañar con suavisimos gorjeos su canto y mantener fija en Dios la vista de su alma durante el trabajo.

Amantisima de él aprendió, segun hé dicho, con perfeccion y maestría todo lo que completa la educacion de una joven de quien la sociedad haya de exigir grandes cosas en su dia, si bien no se propuso Mariana otro objeto en su aplicacion que el tener un capital permanente para sus pobres, á quienes distribuia el fruto de sus tareas, añadiendo esta á las otras obras de caridad, mas estimables por cierto y mas raras en edad tan temprana. Porque bien pudiera esperarse del corazon de una niña, naturalmente compasivo y nada mas, que hiciese suyas las miserias de su prójimo y les alargase una mano benéfica á costa de sus sudores; pero las obras de misericordia espiritual que constan en sus procesos, no podian conocer otro origen que el zelo de las almas, el cual, siendo amor y amor sobrenatural, es tan raro en los primeros años, como lo es que una planta nueva y exótica eche en muy poco tiempo profundas y dilatadas raices.

Consagraba Mariana á sus labores y á la oracion la mayor parte del dia, y en aquellas horas que otra de su edad hubiera dedicado á explayarse y cobrar lícitamente nuevas fuerzas para el trabajo, reunia á sus sobrinas y otras niñas de la vecindad para ejercer en ellas, no pudiendo otra cosa, el apostolado del buen ejemplo y hacerlas adquirir un hábito saludable. Repartialas en dos coros y las incitaba á rezar el santo rosario y cantar las letanías de Maria santísima; lo que hacian aquellas inocentes criaturas con recogimiento y devocion envidiables á los ángeles que

las acompañaban y contemplaban; y como si aquel obsequio pasajero no bastase al corazon de Mariana, enamorada de su reina y patrona desde sus mas tiernos años, concluido el canto y quedando aun algun tiempo libre, le empleaba con sus compañeras en adornar y alhajar un altarito donde tenia siempre presente y expuesta á la veneracion comun la reina de sus amores. Pero estos no estaban satisfechos si con la madre no campeaba tambien el hijo, y haciendose por tanto con una preciosa efigie de Jesus niño, en quien tuvo siempre despues sus delicias, la exponia á su tiempo en el altar y le ofrecia el corazon con una clase de símbolos, que eran doblemente aceptables al amante divino. No le regalaban cosa alguna de comer que valiese algo por lo rara, que no fuera á coronar la mesa del altarito, y como que para consagrarla á Jesus se privaba de comerla Mariana, tenia el doble mérito de ser cosa particular y fruto de mortificacion y amor al ayuno; lo que ocultaba siempre con esmero la penitente niña, atribuyendo aquellas privaciones á una cierta vanagloria de que no hubiese altar doméstico tan engalanado y precioso y de tanto culto como el suyo. Y en efecto no le habia, porque á mas de un singular esmero en alhajarle con cuanto podia haber á las manos los dias de fiesta, cuando se aproximaban las festividades de Jesus y de Maria, se redoblaban sus esfuerzos, y empezando desde las primeras vísperas desplegaba todo el aparato y ostentacion que permitian las circunstancias, concluyendo la tarde del dia solemne con una procesion que daba vuelta con gran pompa y suma pausa por los corredores en cuadro, cuyas esquinas adornaban otros cuatro altares en que descansaban un rato las imágenes del niño y de la madre, dando tiempo para cantar festivas y amorosas letrillas.

Pasatiempos de la niñez, dirá por ventura alguno de mis lectores; y yo dijera otro tanto, si por acaso me ocurriese leer el trozo que llevo escrito y nada mas, ignorando todo lo que precede y sin pasar á leer lo que sigo escribiendo, sacado de los procesos. Dios mismo tomó sobre sí el encargo de desengañar á los que mirasen á la corteza únicamente de estos entretenimientos de Mariana, con una señal de aprobacion que de seguro no tiene reservada para juegos de niños. Disponiase en una de las tardes de solemne festividad la procesion de costumbre, y cuando ya estaba en orden la devota comitiva, acrecentada aquel dia con buen número de personas extrañas convidadas al festejo, de improviso se ladeó una vela, y cayendo sobre un precioso dosel de seda de color de rosa que cubria á la imagen, en menos que se dice prendió fuego materia tan bien dispuesta y fue toda una sola llama. Despavoridos los circunstantes y sin saber en aquel pronto á qué partido atenerse, prorumpieron en gritos é inútiles exclamaciones, mientras Mariana con rostro imperturbable y aire resuelto se acercó al altar, tiró del velo ardiendo, le separó de la efigie, y como si le hubiera desprendido para volverle á colocar mejor con asombro de cuantos miraban tanta intrepidez en una niña, hubo de reconocerse el patente milagro que se obraba en sus manos, en las que quedó sano y sin lesion el velo como si jamas hubiese sufrido tal avería, y mejor, si cabe, que antes de padecerla. Imagínese quien pueda el pasmo de aquella gente, las gracias que como tan piadosa daria al Señor por el beneficio, y la veneracion que rendiria á la tierna doncellita que tan decidido y propicio tenia á su Dios en sus diversiones. Pero ¿qué mucho que á las que se tomaba Mariana por agradar mas y mas á su Dios, correspondiese él con nuevas fi-

nezas, si se las prodigaba á veces durante el sueño? Entregóse á él rendida una noche al cabo de muchas horas empleadas en la fatiga de no sé cuál de sus fiestas, cuando de repente y á hora bien avanzada la oyeron gritar las compañeras y decir como entre desasosegada y sorprendida: «¿Qué haceis, queridas mias? ¿Qué haceis? Despertad »prontamente, porque no es justo que durmais mientras mi »esposo por favorecerme está en vela. Venid y ved el ex»ceso de sus finezas.» Acudieron á las voces, y fijando la vista en un cierto punto que les señalaba Mariana sobre su propia cabeza, en que decia ver tres estrellas luminosisimas, y no viendo ellas cosa alguna, lo atribuian al sueño que abrumaba sus párpados: frotabanse los ojos y aguzaban la pupila; mas todo en vano. Mariana las convidaba de nuevo y con mas ardor á participar de su dicha, y ellas todo era afligirse por verse privadas del inocente consuelo, hasta que dandose al fin por vencidas cedieron por entero á Mariana la gloria y el regocijo de verse distinguida por la augustisima Trinidad; la cual, segun ella misma respondió humildemente á sus compañeras deseosas de penetrar el misterio de aquella aparicion, la elegia mediante aquel símbolo por su templo y morada de su grandeza sin atender al número y enormidad de sus culpas. En estos términos se expresó siempre, aun cuando referia despues el hecho á sus confesores; y de este celestial agasajo tuvo origen la denominacion de *niña de la estrella,* que desde aquel momento le dieron cuantos supieron el caso.

CAPITULO IV.

PROSIGUE EL MISMO ARGUMENTO CON SIEMPRE NUEVAS FINEZAS ENTRE MARIANA Y SU DIOS.

Si bien no ha menester quien ama de veras, de prenda ó señal externa que le recuerde el objeto de su cariño y le estimule á inventar finezas, porque el amor es un fuego que ni puede ocultarse, ni estar ocioso; el título sin embargo de *niña de la estrella* era un recuerdo perpetuo y un incesante estímulo para Mariana, que al oirse llamar asi asociaba con natural vínculo sus ideas y sentia toda la exigencia de un amor conquistado. Y en efecto no hay medio posible: ó negar toda fé á los procesos auténticos de su beatificacion (lo que no se hiciera sin una enorme temeridad), ó confesar que el amor ya en aquella edad agotó en ella con fruto todas sus pretensiones. Grandes suelen ser estas en verdad cuando el amor es subido; pero á quien ama asi, siempre le parecen pequeñas, como le parecian en realidad á Mariana; pues yendo un dia con una parienta suya á oir el elogio fúnebre que en la iglesia de la purisima Concepcion se dedicaba á la memoria de una religiosa de aquel convento recien muerta con notable concepto de santidad, y oyendo que su compañera á la vista de tan sublimes virtudes exclamaba «¡O quién pudiese imitar á esta sierva de Dios!» no pudo contenerse la amante niña, y con un arranque impropio de su edad, «Todo, añadió, todo mediante Dios lo puede el amor.» Como si dijera: Amó esta sierva de Dios, de quien se publican las glorias, y todo lo pudo; porque el amor á todo alcanza. Y de que no fuese aquel un concepto pasajero y afecto esteril, será mas que suficiente prueba la

sencilla exposicion de los excesos á que se entregó ya desde tal tiempo, si exceso puede llamarse el ansia nunca satisfecha de padecer y las invenciones de la mas fina correspondencia hácia un esposo de sangre. No olvide pues el lector que Mariana no cuenta aun sino poco mas de un lustro, y empiece á alabar al Señor en los hechos siguientes.

Todos ó la mayor parte se refieren á la cruz, único objeto de los entretenimientos pueriles de esta niña y único emblema de corazones amantes. El ejercicio de pasear procesionalmente con las sobrinas y otras niñas atraidas de su exhortacion y ejemplo llevando la cruz á cuestas le repetia con frecuencia por los corredores de la casa, donde fijaba algunas crucecitas de trecho en trecho y guiaba ella la comitiva á visitarlas; pero como la mas fervorosa y amante, cargada con una cruz mucho mas pesada que las otras y superior á sus fuerzas. Su enorme peso y mas aun el tormento de los garbanzos que ponia entre el calzado y las plantas de los pies, la hacian sucumbir no raras veces y caer en tierra con evidente peligro de que le costase bien cara una invencion hija del amor, el cual, si es fino, no suele creer necesaria la compañía de la prudencia.

Pero el espectáculo que no podia menos de conmover y arrancar lágrimas de compasion y ternura, era el ver á aquella inocente niña en ciertos dias de fervor mas intenso. Esperaba ella de rodillas y con el ansia amorosa pintada en el rostro la cruz que le llevaban sus compañeras, á cuya vista porumpia en ternisimas exclamaciones y (digamoslo asi) requiebros amorosos á su Jesus que consagró con su sangre aquella señal divina, la que con ademan humilde recibia sobre sus delicados hombros para emprender con

ella la visita de las estaciones. Llevaba en aquel viaje desnudas las rodillas, y Dios solo es testigo de lo que llegó á sufrir en un ejercicio, que repetia siempre ó con marcadas señales de placer, ó con lágrimas arrancadas no por otro dolor que el de los pecados que dieron la muerte en aquel madero á su esposo. Nosotros solo sabemos por deposicion de las sobrinas y amigas que por do quiera iba dejando el sello de su tormento en la viva sangre que brotaba de las heridas y descarnadas rodillas; tormento que por necesidad le duraba por muchos dias despues de la funcion, toda vez que ni su espíritu de penitencia, ni su humildad la permitian descubrirse á nadie para que la curase. Y por cierto que es cosa muy para notada que habiendo en casa tantas personas á quienes Mariana no podia ser indiferente, ninguna advirtiese las penosas resultas de sus fervores, ó advertida aplicase algun remedio por tanto tiempo; cuya observacion será fuera de propósito para que se tenga como un indicio de lo mucho que agradaban al cielo los transportes de Mariana.

Subian estos de punto en ciertos dias señalados con algun recuerdo especial de su enamorado Jesus, por ejemplo en el jueves santo. Pusose una vez á discurrir de propósito cómo imitaria en tales dias á su esposo llagado y cubierto de sangre, y el amor ingenioso le dictó lo siguiente. Colocaba en derredor del borde de los altaritos del *via crucis*, engalanados particularmente para aquel dia, unos manojos de cambronera, y luego suplicaba con lágrimas á sus devotas compañeras que cuando la viesen arrodillada para besar la cruz colocada entre las espinas, cada una de ellas le diese un empellon en la nuca á fin de que las puntas se le clavasen en el rostro. Y era

tal y tan expresivo y tierno el ademan con que se lo suplicaba, que temerosas ellas de causarle mayor quebranto con negarse enteramente á la peticion satisfacian con ventaja sus ansias, contribuyendo acaso en alguna la pueril travesura y la novedad de la ceremonia. Quedaba la pequeña martir, como es de suponer, con el rostro lleno de punturas de mala especie y cuajado de sangre, pero con el corazon inundado de gozo y de gratitud hácia sus bienhechoras, la que no podia menos de hacer patente sinceras y afectuosas demostraciones.

Mas porque el amor de Mariana era como fuego que no ha menester sino de un soplo para tomar cuerpo, redobló sus incendios en ocasion de llevarla su hermana doña Gerónima á los oficios de semana santa, que con gran majestad y decoro y no menor provecho de las almas se celebraban todos los años en la iglesia de la Compañía de Jesus. Tan herida quedó su imaginacion y tan prendada su alma de aquel espectáculo, que no supo valerse de otro en adelante para sus habituales entretenimientos, ni imitar otra cosa que lo que habia visto en la iglesia. Dos fueron sin embargo los ejercicios que llamaron mas su atencion, ó mas viva impresion le hicieron; la disciplina del jueves santo por la noche y la adoracion de la cruz del viernes por la mañana. Recogia pues segun costumbre á sus sobrinas y amigas, y repartiendo entre ellas algunas disciplinas ó cosa equivalente, inventada y fabricada por su amor ingenioso, y animandolas al doloroso ejercicio, cerraba puertas y ventanas empezando ella la primera á menudear sobre su delicado cuerpo los golpes con tal ardor, que infundia aliento en las demas, y le ahorraba palabras, las que no dejaba sin embargo de emplear, si por ventura observaba que alguna ó se retrajese,

ó flaquease. Santa y feliz invencion, con que pudo Mariana encubrir en parte su espíritu de penitencia, huyendo la singularidad, de cuya tacha no hubiera podido librarse dedicandose ella sola á tan penosa tarea.

No lo era menos para ella la imitacion del otro ejercicio observado en el templo. Colocaba sobre un cojin ó almohadon la cruz que habia de adorarse, y en su derredor varios manojos de espinas tan agudas y tan bien entrelazadas, que no podian menos de herir en varios puntos á quien presumiese tocarlas. Hacianlo con mucho tiento las compañeras de Mariana al ir á adorar la cruz, como se lo aconsejaba el cuidado de no lastimarse; pero ella que veia en aquella invencion un triunfo, concertó con las otras que cuando le llegase su turno haria la adoracion con las manos cruzadas sobre la espalda, y que cuando la viesen en esta postura y ya próxima á acercar sus labios al santo leño, todas una tras otra le irian empujando con violencia la cabeza. El efecto era infalible y muy del gusto de Mariana; porque incapaz de evitar el golpe ó atenuar su ímpetu con las manos recibia la impresion de las espinas en el rostro la que, repetida tantas veces cuantos eran los inocentes verdugos, con no menos dolor que peligro sacaba parte de aquella sangre que hubiera ella vertido por su esposo hasta la última gota con mil amores. Asi lo manifestaba, cuando informandose de quién entre las niñas le habia sentado mejor la mano, se deshacia en protestas de agradecimiento y le ofrecia algun agasajo por recompensa. Bien es verdad que como no se proponia su corazon mas que agradar á su esposo, apenas conoció su disgusto en el de sus mayores, que temerosos de grave riesgo le prohibieron aquel piadoso entretenimiento, desistió sin réplica, sintiendo no poco que

por su causa sufriesen las demas una reprension con amenaza por si volvian á complacerla.

Pero á la manera que el torrente atajado ó contenido por robusto dique engruesa con rapidez hasta abrirse paso, y explayarse, y avanzar con mayor ímpetu en direccion diversa; asi el fervor sobrenatural de Mariana comprimido con esta prohibicion de los suyos encontró bien presto por dónde facilitarse un desahogo, que no creo pasmará á mis lectores, prevenidos ya con la idea de que en Mariana todo era prodigioso y divino. Ya que no podia adorar de aquel modo la cruz, inventó una mortificacion inaudita para todos los viernes. Buscó cinco grandes y toscas piedras, y llevandolas á su cuarto con otro pretexto, las engastó en el suelo delante del altarito en forma de cruz y de suerte que apareciese fuera del terreno la parte mas áspera y ruda de cada una. Este fue el lecho que se preparó para cada viernes, y cuando llegaba el dia, suplicaba á sus compañeras que la encomendasen al divino esposo, y luego desnudandose las espaldas se ponia boca arriba y con los brazos en cruz sobre aquellas piedras, con la cabeza sobre un madero y la mente fija en la consideracion de su Jesus extendido en el duro leño. Mas esto era poco, porque temiendo ella que la suma incomodidad y el dolor de la postura habian de desviar su cuerpo de las piedras, extendia en derredor de aquella cama de tormento una capa de ortigas, y cuando fatigada y oprimida del dolor llegaba á ladearse en efecto, se revolcaba en ellas y frotaba con tanta fuerza sus delicadas carnes en castigo de lo que creia flojedad y tibieza, que no pocas veces hubieron de cogerla en brazos sus compañeras y sacarla de aquel indecible martirio de una noche entera.

Ni se contentaba con esta sola venganza de su pretendida delicadeza; y lo que las piedras no habian dado de sí los viernes, se lo exigia los lunes y miércoles con ventaja. Apostaba en tales dias con sus inseparables compañeras á que no eran capaces, golpeandola con aquellos cantos, de arrancar de su boca un ay ó una palabra de queja, y aceptando la apuesta aquella gente inexperta é irreflexiva, que amaba sí á Mariana, pero que era por entonces el instrumento ciego de sus fervores por permision divina, acometian tan de veras la empresa y con tanto prurito de no quedar vencidas, que sin reparar dónde, ni cómo la herian y golpeaban por todo el cuerpo. Pero en esta lucha quedaba siempre victoriosa Mariana, de cuyos labios no pudieron jamas sacar sino afectos de gratitud manifestados en las expresiones que pudieran consagrarse al mayor de los beneficios, cuando lo hacian con entusiasmo y como á porfía, ó palabras de reprension, cuando las veia menos dispuestas á maltratarla que ella á sufrir sus golpes.

Bien se deja conocer que si el espíritu de Mariana se robustecia y medraba con esta clase de invenciones tan impropias de sus años, el cuerpo no podia menos de resentirse y enflaquecerse. Pálida y extenuada era la compasion de todos sus domésticos; pero muy en particular de doña Gerónima su hermama, que con ocasion de ir á una hacienda, distante cinco leguas de la ciudad, en tiempo de cosecha quiso llevarse en su compañía á la tan desmejorada niña. Llegaron felizmente á aquel sitio, llamado *Saguanche,* y mientras tomado algun descanso, toda la familia procuraba irse colocando, como suele suceder cuando se levanta y traslada una casa, y mientras las otras pequeñuelas inseparables de Mariana andaban espiando y re-

gistrandolo todo para ver de hallar sitio acomodado á sus pueriles pasatiempos, ella se descabulló de su lado, y sin que nadie advirtiese el cómo ó el cuándo, desapareció de su vista. Echó de ver la falta doña Gerónima, y buscándola en vano por todos los ángulos de la casa, empezó á sentir en su corazon el sobresalto mas vivo acompañado de remordimiento y pesar por haberse decidido á sacarla de Quito. Ordénase al punto una expedicion de personas que vayan en su busca por aquellos caminos desconocidos de la niña y le atajen los pasos: salen, buscan, preguntan, llaman: todo es en vano. Llegan á doña Gerónima las noticias concordes de que á Mariana no se la encuentra, y su corazon se encoge mas y mas y siente toda la amargura del mas cruel arrepentimiento. Asi las cosas, entra por último recurso un mayordomo de la casa en una selva vecina, y por el efecto se vió que el buscarla allí era inspiracion del cielo; porque á los pocos pasos descubrió en lo mas espeso del matorral á la perdida inocente, que arrodillada junto á un arbusto con las espalditas desnudas y armada de un gran manojo de punzantes ortigas y abrojos se disciplinaba sin piedad. Detuvose el mayordomo á los golpes, y creyendo una ilusion lo que veia, miró dos y tres veces, hasta que cerciorado del caso, sin atreverse á disturbar á la penitente, volvió desalado á sacar de penas á doña Gerónima. Voló ella con sus domésticos al lugar indicado, y vió con sus propios ojos lo que apenas creia por la relacion del testigo de vista; y entre el ansia de recobrar su querida prenda y llevarsela á casa y el pasmo que producia verla derramar sangre á torrentes por pecados que de seguro no eran suyos, estuvo como absorta un buen rato é incapaz de acercarse á ella. Advirtió Mariana que era observada, y como si la hubiesen sor-

prendido en algun delito, se sonrosearon sus mejillas y palpitó su corazon; pero eso no impidió que hasta tres veces fuese encontrada en la misma actitud y en el propio sitio, á donde la transportaban sus fervores, y que cuantas veces se descabullia y no se daba pronto con ella, se dirigiesen los de casa al bosque segurísimos de encontrarla. Y sin duda que aquel bosque era la sagrada soledad á que la llamaba el amado, y que en ella hablaba á su corazon y la inundaba en delicias; pues por aquel tiempo no bastaron para retraerla ni las súplicas, ni las reprensiones de aquellos á cuya voz no supo resistir en mil otros casos, asi como tampoco pudieron conseguir que dejase de pasar dos ó tres dias enteros encerrada en una habitacion, solitaria, como extática y reconcentrada en sí misma, mientras que las sobrinas y demas domésticos se entregaban á los inocentes y sabrosos recreos de la vida del campo con que en vano la convidaban.

Eran sin embargo los de Mariana sin comparacion mas delicados y sensibles, aunque no podian menos de debilitar sus virginales miembros, ya que el vigor del espíritu y el del cuerpo son como los dos pesos de una balanza, que nunca suben ni bajan á un mismo tiempo. Volvia ella un dia al anochecer de su amado retiro tan rendida de flaqueza y de cansancio, que sin saber cómo fue á arrojarse en los brazos de su amante hermana, y en ellos se quedó dulcemente traspuesta. Amabala tiernamente doña Gerónima, y al verla tan macilenta y desfigurada, que parecian enteramente borrados en ella por mano de la penitencia los hermosos lineamientos de la niñez, la acariciaba y besaba con un amor que no se hubiera atrevido á manifestarle despierta, engolfandose en la consideracion de que aquel rostro era un espejo animado del poder sin límites de la gra-

cia. Parecióle que descansaria mas á su placer en la cama, y empezando á desnudarla con mucho tiento y logrando quitarle el vestido sin despertarla, advirtió en la camisa no pocas manchas de sangre fresca. Sobrecogióse á tal vista, y procurando indagar la causa empezó á descubrir un cilicio formado de espinosa zarza, que le rodeaba la cintura, el pecho y la espalda con tormento y destrozo que no es para dicho. Bien lo calculó sin embargo la amante y piadosa hermana, que sin poderse contener á tal vista dió rienda suelta á dulcísimo llanto, dictando de paso á su corazon el amor y la piedad estas reflexiones: «¿Qué habrá de hacer por Dios quien le tiene ofendido, si asi se martiriza la inocencia? ¿Cómo estoy yo tan tarda en exigir el castigo de mi cuerpo y solo pronta á halagarle? Apenas conoce esta angelical criatura á su Dios y ya se sacrifica toda por él; ¡y yo en edad madura, yo con tanta luz del cielo me sacrifico solo por mi apetito! Mi hermanita tiene por vestidura un cilicio, por recreo los azotes, por alivio la oracion y soledad; ¡y yo, á quien incumbia enseñarla con el ejemplo, ando en busca de comodidad y deleites lo mismo en el vestido que en el trato de mi rebelde carne! La fé me enseña que esta inocente no va fuera de camino; luego la engañada ¡infeliz de mí! soy yo: yo soy la ingrata, yo la merecedora de estos rigores.» Asi discurria bañada en un mar de lágrimas doña Gerónima, al paso que iba procurando con suma delicadeza descubrir por entero aquel jubon de nueva especie, propio de los santos moradores de la Nitria ó del Egipto, aunque desconfiaba de poder seguir la operacion y llegar á quitarsele del todo sin que la que dormia se apercibiese. En efecto, ó pesarosa aun en sueños de que la despojasen de su mas preciosa gala y mayor riqueza, ó resintiendose naturalmente al renovarse las heridas de las

espinas clavadas en un mismo sitio desde dias antes, lo cierto es que Mariana empezó á removerse, y despejados sus sentidos fue víctima de dos afectos, vergüenza y confusion por una parte al ver patentes las pruebas mas recónditas de su amor, y pena incomparable por otra considerando que por aquella vez era imposible oponerse al imperio de quien le quitaba resueltamente el instrumento de su voluntario martirio.

Llegó entre tanto el momento de volver á la ciudad; pero el corazon de Mariana se quedó entre las espesuras de aquel su tan regalado bosque y en la soledad de aquella habitacion sabedora de su dicha y testigo de su correspondencia á la gracia. El retiro de *Saguanche* no se partia un momento de su imaginacion, y lloraba ella su pérdida como llora con la vista vuelta á la patria quien soporta prolongado destierro. Mas era demasiado vivo el interés del esposo de Mariana para que permitiera verla por mucho tiempo sin tener donde comunicarsele á solas; y asi valiendose de la voluntad expresa de doña Gerónima, que queria que Mariana acompañase á las sobrinas despues de las faenas domésticas y ejercicios devotos por via de descanso á una huerta contigua á la casa, le proporcionó el modo de suplir en lo posible á la amada soledad del bosque de *Saguanche*. Bajaba pues con suma prontitud y gozo indecible de su alma á cumplir el encargo de su hermana, y aprovechando los momentos en que las otras niñas se entretenian con el gorjeo de las aves ó entre la lozanía de las flores, corria á esconderse en el ángulo mas remoto del huerto, y tomando por asunto de su meditacion lo mismo que á las demas servia de pasatiempo, se elevaba hasta la belleza del Criador desde la hermosura criada. ¡Ojalá hubiera habido quien nos transmitiese la suma de sus celes-

tiales ardores en tan preciosos momentos! Que no tendriamos que conjeturarlos ahora por alguna pequeña chispa de que no pudieron menos de apercibirse sus compañeras. Vieronla mas de una vez descubrirse el pecho como quien busca un refrigerio en la frescura del aire, y luego á poco hacer un manojo de ortigas, y llevada del ansia de asemejarse á su esposo maltratado por su amor azotarse la parte descubierta con tanta fuerza, que llegaba á hinchársele con el dolor de que solo Dios y ella eran testigos, repitiendo entretanto con ardoroso acento: *¡O costado derecho de mi amante esposo! ¡O costado herido de mi Jesus crucificado!* Al renovar estas palabras quedaba como muerta á cuanto pasaba en su derredor y sin advertir siquiera que la observaban aquellas niñas, de quienes como muy amigas de observar por sus pocos años hemos recibido estas cortas noticias.

CAPITULO V.

SANTO TENOR DE VIDA DE MARIANA: SU DEVOCION A LOS CORTESANOS DEL CIELO, EN ESPECIAL A LA SANTISIMA VIRGEN QUIEN LA FAVORECE EXTRAORDINARIAMENTE, SU FERVOR EN LA PRIMERA COMUNION QUE RECIBE Á LOS SIETE AÑOS.

Crecia por momentos esta envidiable reciprocidad entre Mariana y su Dios, y santamente interesada aquella en que por su culpa no se interrumpiera, tenia por perdido todo momento que no dedica á la práctica de las virtudes y al ejercicio santo de la union íntima con su amado; y como que su cortisima edad no la permitia pasar largas horas en la meditacion, adoptó varias otras devociones, á las que consagraba los ratos que le dictaba su espíritu fervoroso. Empezó á profesar devocion cordialisima

al inefable misterio de la beatisima Trinidad, cuyos arcanos pudo penetrar de alguna manera con la luz que le comunicaba el cielo, y á que la hacia tambien hasta cierto punto acreedora la oracion, en que nada omitia de su parte para sacar fruto copioso. Amaba tambien cordialmente á S. José, al arcangel S. Miguel, al angel de su guarda, á S. Ignacio de Loyola y á S. Francisco Javier, dirigiendoles algun obsequio diario. Pero la cima de sus amores era la santisima y siempre virgen Maria: para ella reservaba los afectos mas tiernos y los obsequios mas frecuentes y rendidos: á ella acudia en todo caso; y sin ella no habia para Mariana delicias. Estaba situada su casa en un ángulo del hospital real, y las ventanas de su habitacion venian á dar precisamente delante de una imagen de nuestra señora de los Angeles, retratada con pincel primoroso en la pared de otra casa de enfrente; por lo que puede decirse que no pasaba hora en que no le tributase algun obsequio ó desahogase con ella su corazon en algun coloquio amoroso. Temia sin embargo que de dentro ó de fuera de la casa la observasen, y por lo mismo reservaba las mas finas expresiones de su filial cariño para una pequeña copia de aquella imagen que guardaba en su cuarto, á la que prodigaba adornos y caricias, presentaba súplicas y procuraba el mayor honor que le era posible, haciendo que los de casa rezasen cada noche el santo rosario con ella en su presencia. Pruebas bien inequívocas de que salian del corazon las alabanzas que pronunciaba á todas horas, las que eran tantas, que el nombre de Maria, sus virtudes y méritos no se apartaban jamas de aquellos inocentes labios, los cuales al hablar asi no tanto parecia que formasen un panegírico, cuanto que buscasen un necesario desahogo al corazon oprimido y abrasado de amor

Hasta qué punto agradasen á María santisima los afectos y obsequios de la inocente Mariana, podrá colegirse de los raros acontecimientos que voy aquí á referir, sacados como todo lo demas del proceso auténtico de su vida milagrosa. Tenia tan mal parado un dedo de la mano, que no solo le ocasionaba grandes dolores, sino que amenazaba ya declararse la gangrena. Veíalo doña Escolástica Sarmiento, una de las niñas que se educaron con Mariana, y que despues hizo deposicion del prodigio, y movida de compasion le advirtió con mucho afecto que aquel mal era grave y que urgia se pusiese en cura. *No tengas pena,* le respondió Mariana con faz risueña, *no tengas pena; no he menester de tanto:* y como poseida de espíritu superior, *ahora verás,* añadió, *cómo yo me curo.* Y arrodillandose de pronto ante su pequeña imagen de María santisima y recurriendo llena de fé y de confianza á la señora imploró su auxilio en aquella necesidad. Dicho y hecho: el dedo doliente apareció en un punto sano y como si jamas hubiese padecido la menor cosa. Quedaron ambas niñas atónitas al ver tan raro é inesperado portento; pero recapacitando bien presto Mariana y volviendo de la sorpresa dió primero infinitas gracias á su insigne bienhechora, y luego suplicó á la compañera que no hablase palabra sobre el caso con nadie de dentro ni de fuera de casa.

Cayóle en otra ocasion á los ojos una fluxion tan tenaz y ardiente, que hizo temer se quedase ciega; y por cuantos remedios se le aplicaron, no se consiguió mas que hacerla sufrir y casi empeorarla. Bien presto acudió á la proteccion de su dulce abogada y madre, y llamando á la referida doña Escolástica la suplicó encarecidamente que la pusiera sobre los ojos la pequeña imagen de la san-

tisima Virgen. Complacióla Escolástica, y tocar la parte enferma la imagen y desaparecer toda sombra de mal fue una misma cosa, confirmando asi la benignisima señora lo mucho que amaba á aquella niña, á cuyas plegarias se inclinaba con tanta dignacion repetidas veces.

Veia con admiracion y placer doña Gerónima esta predileccion del cielo hácia su hermanita, y observando por otra parte sus medras diarias en todo género de virtudes opinó que si bien no llegaba aun á los ocho años de edad, era ya aquella alma terreno bien dispuesto para recibir con esperanza de fruto la divina semilla del cuerpo sacratisimo de Jesucristo. Para mayor seguridad y descanso la mandó examinar sobre la sustancia de la fé católica acerca de aquel venerable y augusto misterio; y descubriendo en las prontas y sensatas respuestas de la niña que no solamente estaba impuesta mas de lo que era preciso é indispensable en las disposiciones y requisitos para aquel acto solemne, sino tambien que se deshacia en fervores, y no podia disimular las ansias de alimentarse con el pan de los ángeles, se resolvió que en tal festividad no muy lejana se confesaria y acercaria por primera vez á la sagrada mesa.

No recibe el infeliz desterrado la nueva de que por fin le es permitido el regreso al suelo que le vió nacer, ó el cautivo la esperanza de su próxima libertad con júbilo comparable al que se apoderó de toda el alma de la niña viendo tan cercana la única dicha á que se creia capaz de aspirar en este mundo. Dos fueron las alas con que voló sin cesar hácia su Dios en aquel intervalo para merecer de su amor que la distinguiese y honrase con su primera visita; á saber, la oracion y la penitencia Redobló su habitual espíritu de soledad y recogimiento; multiplicó sin número sus oraciones jaculatorias, que todas

se reducian á llamar al esposo como quien pena y desfallece por la tardanza; y con crueldad sin medida empezó á maltratar su inocente cuerpo, decidida á no mitigar sus rigores, ni dejar de martirizarse hasta que movido á compasion le acelerase el consuelo. Llegó finalmente cual le deseaba, amaneciendo el dia mas alegre para la enamorada virgen, que conducida por su hermana doña Gerónima á la iglesia de los PP. de la Compañía de Jesus fue presentada á uno de ellos para que la confesase. Acogióla este con el espíritu de dulzura heredado de aquel que pedia no alejasen de su lado á los pequeñuelos, y empezando á examinarla, y descubriendo en ella una profunda inteligencia de los misterios divinos juntamente con un ardiente deseo de hacerse santa, no pudo menos de atribuir alguna desidia á los que hasta entonces habian defraudado á aquella alma de los bienes inefables que encierra la Eucaristía.

Comulgó pues finalmente Mariana por primera vez con la modestia exterior y el interior recogimiento que convenia á criatura tan privilegiada y amante; y solo Dios, autor de su dicha, y los ángeles, ocultos espectadores de lo que pasaba en aquella alma, serian capaces de describir la ternura de sus afectos en el acto de agradecer la dignacion de su esposo y la plenitud de consuelos y de favores de que la inundó el mismo en tan preciosos momentos. Como niña de poca edad no avezada aun á rendir cuenta á su director de lo que pasaba en su espíritu, no tuvo mas confidente que su divino esposo, y nos dejó la santa curiosidad de penetrar los quilates de aquella mutua y amorosa correspondencia. Todo lo ignoramos á excepcion de que no bien hubo despues de largo rato llegado á casa, llamó á las sobrinitas, que por sus cortos años no habian entrado á la parte en su fortuna, y con el júbilo y alborozo de quien

nada tiene ya que desear, pintado en el rostro, y mas hermosa de lo ordinario les dijo con mucha gracia que de allí en adelante tenian que respetar su alma y hasta venerar su lengua, pues que el inmaculado cordero Jesus la habia santificado con su contacto aquella mañana. En lo cual no pretendia mas sino que la imitasen, siendo asi que desde el punto y hora que comulgó por primera vez, se miró ella á sí misma con toda la veneracion y respeto de quien se reconocia obligada á vivir en lo sucesivo para agradar al sumo bien únicamente y prevenir sus deseos en todas las cosas; por lo que dando de mano á los entretenimientos á que su corta edad concedia algun momento de vez en cuando, consagró todo su corazon y todo su pensamiento á Jesus sacramentado. En su presencia hubiera deseado pasar los dias enteros, y si bien á causa de sus poquisimos años no se le otorgó licencia de recibirle sino los domingos y dias festivos, con el corazon y las ánsias le recibia diariamente.

Era pues natural que comulgando á menudo saliese tambien de casa con mas frecuencia; por lo cual se decidieron sus parientes á vestirla segun su clase y con algo mas de aliño y esmero de lo ordinario, mandando hacerle un traje ó vestido de seda. Pusosele Mariana por obedecer; pero con tanto rubor y violencia de su parte, que no veia la hora de volver á casa y hacer lo posible por despojarse de él para siempre, y con él de toda vanidad y pompa mundana. Y en efecto supo rogar con tanta gracia y tan abundantes y sinceras lágrimas á su hermana y cuñado que no la volviesen á obligar á cosa tan contra su genio, que temiendo ambos despues de alguna resistencia las funestas resultas de mas larga oposicion le dieron su consentimiento para que vistiese siempre de simple lana. Como si hubiera

logrado un triunfo, gozó Mariana en lo íntimo de su corazon al verse ya sin trabas para dedicarse á agradar exclusivamente á su celestial esposo, y dando un total á Dios á cuanto podia lisonjear el espíritu de vanidad, se cubrió de nuevo con los vestidos de costumbre, propios de quien tenia á Jesus por modelo y símbolo de una alma cada dia mas pobre de afectos para el mundo y sus pretensiones.

No podia menos de agradar sobremanera al esposo que se apacienta entre lirios, una alma tan cándida y tan despojada de todo afecto terreno; por lo cual no es de extrañar que él mismo, celoso de conservar la posesion temprana de todos sus afectos, le inspirase una mañana, mientras se regalaba con ella sacramentado dentro del pecho, una consagracion de alma y cuerpo, heroica siempre, pero mas sin disputa antes de los ocho años de edad. Para que Mariana respondiese al llamamiento y consagrase á su Jesus cuerpo y alma con voto perpetuo de castidad, no era necesario que conociera la deformidad del vicio contrario, bastandole la voluntad de su amado y la hermosura de una inocencia sin mancha, cual se la descubrió él en tan venturoso momento. Allí pues sin mas testigo que su Dios y los ángeles que se apresuraron, yo creo, á llevar aquella escritura irrevocable al trono del Altisimo, pronunció Mariana á poco mas de los siete años el voto que guardó despues con rara escrupulosidad y perfeccion hasta el último aliento. Y si como dice S. Gerónimo (1), ama Dios á las vírgenes porque dan libremente lo que no se las manda dar; ¿qué palabras encarecerán dignamente el agrado con que recibiria Jesus una ofrenda libre por una parte y por otra tan temprana y pronta, que sellaba por decirlo asi los primeros crepúsculos de la razon de esta virgen esposa?

(1) L. 1.º de la virginidad, c. 23.

Despojada ya de toda gala no menos que de los derechos de su cuerpo buscó todavia el amor algo que sacrificar segun su genio de nunca darse por satisfecho, y halló que no le quedaba mas que el título honroso que por su clase pertenecia á Mariana entre las gentes y conforme al uso de su patria; y aunque sacrificada ya en alma y cuerpo parece que poco debia costarle la renuncia de un mero título, ello es que tambien le renunció, si bien se quedó con otro, ó mejor dicho se le apropió nuevamente, por ser título de otra esfera y de todo su gusto. En vez de *doña Mariana de Paredes y Flores,* como la habian llamado siempre, desde aquel dia quiso ser llamada de todos *Mariana de Jesus*. Dos fueron las causas, segun ella descubrió despues, que la movieron á intentar y verificar este cambio: la primera su anhelo cada dia mas vivo de ser toda de su esposo y llevar esta dependencia hasta en el nombre; y la segunda el especial amor que habia cobrado á la Compañía de Jesus, cuya casa habia sido por decirlo asi la cuna de su devocion, y cuya filiacion espiritual apreciaba ella incomparablemente mas que la que recibiera de sus padres segun la carne. Con lo que no parece sino que se cumplió en Mariana lo que prometió el Señor por Isaías (1) á los corazones castos y á los que eligiesen el estado virginal, segun entiende aquel texto el máximo doctor S. Gerónimo (2). Darles hé, dice el Señor, en mis muros y en mi casa mejor lugar y mejor nombre. Dió parte de esta determinacion, asi como del voto perpetuo, al P. Juan Camacho, de la Compañía de Jesus, y lo sujetó todo á su aprobacion y dictamen, habiendo empezado ya á comprender el mérito de la obediencia. Fue este P. Camacho el primer

(1) C. LVI.
(2) L. 1.° contra Joviniano.

confesor de Mariana, que dirigiendola desde niña la guió por largo tiempo en el camino de la oracion con el acierto propio de tan gran maestro de espíritu, hasta introducirla en los secretos de la via unitiva, á donde sin especial luz y favor del cielo no puede llegarse á pesar de toda humana y natural diligencia. Grandes fueron sin embargo los obstáculos que tuvo él que superar hasta llevar al cabo su obra, y la hubieran destruido de cierto varones no menos doctos que él y experimentados en la senda de la virtud, á cuya autoridad no podia dejar de deferir, á no haber tenido Mariana en su favor y de su parte á su esposo. En su oportuno lugar referiré todas las circunstancias de esta lucha y sus principales motivos; por ahora baste saber que Mariana no se separaba un ápice de los consejos é insinuaciones asi de este como de los demas confesores de la Compañía que el Señor le deparó con el tiempo; á cuya sumision y deferencia debe sin duda atribuirse su triunfo segun el dicho del Espíritu Santo, que quien obedece, cantará siempre victorias. Bien es verdad que aun humanamente podia creerse muy segura Mariana en someter su juicio á los que sucesivamente le señaló el cielo por directores; lo que me permitirá el lector que yo ponga aquí de manifiesto con una sucinta noticia de estos varones recomendables, sacada de la memoria que de ellos conserva su madre la Compañía; con lo cual estoy seguro gozará no poco en el cielo la venerable virgen, que se llamó siempre en vida hija de la misma, y á quien despues de Dios se confesaba deudora de cuanto tenia de bueno su espíritu.

CAPÍTULO VI.

BREVE DIGRESION SOBRE LA VIDA Y EXCELENTES MÉRITOS DEL P. JUAN CAMACHO Y DEMAS CONFESORES DE MARIANA DE JESUS.

En el puerto de Cadiz de padres distinguidos por su honradez y nobleza nació el P. Juan Camacho, y á los diez y seis años de edad renació para su Dios consagrandosele en la Compañía de Jesus, que le destinó á cumplir el noviciado en la ciudad de Sevilla. Es fama que siendo exorcizado por aquel tiempo un energúmeno y preguntado el demonio por un religioso quién era el que le atormentaba mas en Sevilla, respondió que un jovencito novicio de la Compañía, del nombre y señas de nuestro Juan; y añadió que no dejaria de vengarse á su tiempo con la guerra que pensaba hacerle durante toda su vida. Poco le aterró la amenaza diabólica, pues hizo tan señalados progresos en la escuela de Ignacio, que á los dos años le juzgaron los superiores digno de consagrarse al Señor con los votos religiosos, y en seguida le dedicaron al estudio de la filosofía y teología con tan plausible resultado á pesar de sus muchos achaques, que no hubo reparo en dispensarle de un año de curso teológico á trueque de verle sostener públicas y generales conclusiones. Consagrado sacerdote y desplegando raro talento de púlpito, le destinó la obediencia á uno de los mas lucidos colegios de su provincia de Andalucía, para que en él anunciase la divina palabra; lo que empezó á desempeñar con tanto fervor de espíritu, solidez de doctrina y belleza de formas, que donde quiera que predicaba el P. Camacho, era crecidisima y muy escogida la concurrencia. Enfervorizóse tanto un dia entre otros, que al entrar despues del sermon en la sacristía se le presentó en forma visible de negro el demonio, á quien debió haber arreba-

tado en aquel sermon alguna presa, y «aguarda, le dijo amenazandole, aguarda; que tú me la pagarás en las Indias.» No poco se azoró el buen padre á tal vista; mas como por entonces ni remotamente siquiera pensaba pasar al nuevo mundo, tomó el dicho del enemigo infernal por una simple demostracion de su encono.

Pasaron algunos años, y temiendo con fundamento que los superiores quisiesen echar mano de él para el gobierno de algunos colegios, ya que no costó poco á su humildad evadirse del de un noviciado, concibió el designio de proponer con la debida indiferencia su traslacion á Indias; y el Señor que guia la mente y el corazon de sus vicarios y lugartenientes, le otorgó por boca de ellos que pasase á Quito, cuya provincia estaba á la sazon unida con la de Santa Fé de Bogotá en el nuevo reino de Granada. Emprendió pues su navegacion y la prosiguió felicisima hasta llegar á vista de Cartagena, donde empezando sin duda las prometidas venganzas del demonio, se embraveció de tal suerte el mar y arreció con tanta furia el viento, que caido el arbol mayor del galeon, despedazadas las jarcias y abierto un costado por el ímpetu de las olas, toda la tripulacion lloraba su naufragio y ruina á la vista del puerto. Pero el Señor que conducia al P. Juan á Quito, como á Jonás á Nínive, para que la transformase con su predicacion, dispuso con pasmo universal y no sin evidente milagro que un fardo de los que componian el cargamento se ajustase tan perfectamente en la rotura de la nave, que impidiendo el hundimiento dió tiempo bastante para saltar á tierra. Logràron hacerlo asi en la ciudad de Cartagena, desde donde prosiguió el P. Camacho su ruta á Portobelo y Panamá, empleando en los puntos del tránsito su zelo y predicacion apostólica.

Destinóle el superior de la provincia al colegio de Quito, confiandole la cátedra de prima de teología en la universidad de San Gregorio y la presidencia en la resolucion de casos morales, que con tanto provecho usa la Compañía cada semana en sus colegios, y luego el cargo de prefecto de los estudios mayores; y fue tal el concepto que supo granjearse bien presto de insigne teólogo escolástico y positivo, de aventajado jurista, de conocedor profundo del instituto de la Compañía y de gran maestro de espíritu y de la teología mística, que todos sin distincion, propios y extraños, acudian á él en sus dudas, seguros de que oyendole habian de salir del ahogo y seguir el verdadero camino, ya que sus dictámenes y resoluciones eran siempre ajustados al espíritu del Evangelio, evitando con igual esmero opiniones extremas. Llevado de la bien merecida reputacion de tan recomendable sugeto quiso el señor presidente de aquella real audiencia valerse de sus luces y consejo para gobernar con acierto, y asi se lo insinuó; pero el padre que comprendia muy bien lo mal que pudiera avenirse el retiro propio de la profesion religiosa con la disipacion y tráfago de un palacio, le respondió que no teniendo en este mundo mas ambicion, ni otro anhelo que el de salvarse para lo que aun queriendo no podria ayudarle su señoría, le suplicaba que le dejase en su obscuridad y voluntario retraimiento. Respuesta que tiene bien poco de extraño, no pudiendo dar otra un sugeto que con tan relevante mérito de saber hermanaba el espíritu del mas perfecto y ajustado religioso. De la cátedra de teología pasaba al confesonario, en cuyo desempeño era tan diestro y feliz, que á todas horas le buscaban un sin número de personas y de lo mas florido de Quito, convencidas de que aprovecharian en la virtud si lograban

tenerle por director y maestro. Poseido del espíritu de Jesucristo deponia en el confesonario una cierta austeridad de caracter que le era propia, y abundando en caridad y mansedumbre tomaba á su cargo hacer la penitencia que dejaba de imponer á sus hijos espirituales, poniendo todo su ahinco en hacerlos gustar el ejercicio de la meditacion y adelantarlos en ella hasta el grado que logró en muchos, de que viviesen en este mundo solo con el cuerpo. Sabia casi de memoria, de tanto leerlas y estudiarlas, las obras del V. P. Diego Alvarez de Paz, y persuadido de que no podia hacer cosa mas provechosa para la direccion de las almas que reproducir y poner al comun alcance los escritos de aquel varon prodigioso, escribió un compendio que dejó impreso, asi como manuscritos otros muchos tratados dirigidos á procurar el acierto en el dificilisimo arte de la direccion y magisterio de espíritu. Su caridad y zelo por las almas no tenia límites y se extendia tambien á los cuerpos, procurando se acudiese á sus necesidades con cuantiosas limosnas, cuando conocia que la estrechez y la indigencia eran el alimento ó el incentivo de la culpa. Procuraba con la palabra, ó familiar, ó autorizada desde el púlpito, cortar escándalos y desarraigar malezas de toda clase de vicios en aquella parte de la mística viña; y ansioso siempre de ganar almas no cesaba de introducir ejercicios piadosos y devociones, entre las que descuella la congregacion instalada por él bajo la advocacion de la Trinidad beatisima con notable aumento de culto de este inefable misterio y singular aprovechamiento de muchos.

No podia tolerarlo en paz el enemigo de todo bien, y empezando á cumplir lo que le juró en Sevilla, se le entró un dia en el aposento bajo la figura de un hombre-

cillo mal portado, que sin saludarle le dijo con un aire entre desdeñoso y colérico: *¿Me conoce, padre? No,* replicó este. *Pues yo digo que sí me conoce,* añadió el maligno; *y si no, acuérdese de los agravios que me hizo tal domingo y en tal y tal ocasion;* y empezó á relatarlos. *Ahora,* prosiguió, *vengo á tomar venganza para que acabe de conocerme, pues como soy el demonio, todos me temen.* Mas no tuvo tiempo, porque invocando el padre Juan á la santisima Trinidad, de quien era sumamente devoto, desapareció como un relámpago aquella infernal visita.

Rechazado asi el asalto y alejado el enemigo, no por eso desfalleció este, sino que intentó acometer por flanco mas peligroso y expuesto, suscitando al siervo de Dios encuentros y persecuciones por parte de los de casa, hijos de una misma madre. Fuese zelo de la gloria de Dios, pero mal ententido, fuese maleza de pasion humana, que no hay jardin tan bien cultivado en que alguna vez no crezca; lo cierto es que siendo el P. Camacho ejemplar dechado de virtud y observancia religiosa á los mas perfectos no faltó quien obtuvo que los superiores le arrancasen con violencia del colegio de Quito mientras le servia de mayor lustre y ornamento con sus letras y virtudes. Impusole la obediencia que sin demora y sin esperar viático de ninguna especie se pusiese en camino para un punto bien distante; y aunque no ignoraba él que semejante precepto no tenia otro fundamento que falsos indicios y siniestras prevenciones, se sujetó como buen jesuita diciendo en el acto que obedecia: *No haya jamas de decirse por mí que un hijo de la Compañía no fue ciego y puntual en la obediencia.* Emprendió pues su viaje con inalterable sufrimiento y conformidad á toda prueba con las divinas disposiciones, no mirando á la piedra, sino á la mano que

se la arrojaba. Y sin duda fue la del Señor, que no solo se propuso purificar y acrisolar á su siervo con una suerte de persecucion tan penosa, sino que intentó ademas que participasen otras muchas almas de los bienes de su presencia y ejemplo, mientras al peregrinar por toda aquella vastisima provincia atravesando asperisimos y peligrosos lugares por las riberas del gran rio de las Amazonas, Marañon de los Mainas, isla de Santo Domingo y otros puntos dejó en todas partes suavisimo olor de una gran virtud y edificacion y monumentos de un zelo apostólico é infatigable. Pero lo que fue sin duda de mayor agrado divino en aquella ocasion, y lo que debe conciliar toda nuestra veneracion y estima á este varon insigne, es que no se atrevió jamas á exhalar la mas mínima queja, ni salió de su boca el mas ligero desahogo contra los autores de su contratiempo, cuyos agravios procuró por el contrario recompensar siempre con beneficios. Su paciencia no se alteró nunca en medio de tantos trabajos, asi como tambien puede asegurarse segun el testimonio de sus confesores, depositarios de sus secretos, que guardó intacta la virginidad, y lo que es mas aun, que no perdió la bautismal inocencia. Su obediencia fue siempre y en todas las cosas la que exige S. Ignacio de Loyola de sus hijos, pronta, espontanea, generosa; su pobreza la que es propia de un profeso de la Compañía; su mortificacion tanto interior como exterior, con lo cual está dicho todo, perfecta; y en cuanto á la exterior, al paso que benignisimo con los demas, era tan extremadamente rígido consigo mismo, que mas de una vez hubieron de moderarle los superiores. Tal es la idea que de este varon insigne nos da la carta, que segun la costumbre de la Compañía se dirigió para edificacion comun despues de su muerte á toda la provincia. Admirable conducta de

la Providencia, que á tan digno y recomendable sugeto deparó una clase de prueba con que se cumplia lo mejor posible la amenaza de Satanás, si bien por el medio al parecer menos á propósito.

En uno de los referidos viajes emprendido por obediencia á la ciudad de Loja, donde la Compañía no tenia colegio, le acometió una grave enfermedad, que le obligó á recibir los sacramentos creyendose ya próximo á la muerte. Nada le dolia al buen padre tanto como el verse apartado de los suyos en aquel trance, y mientras daba una amorosa y sentida queja al V. P. Juan Pedro Severino, muerto poco antes en gran concepto en el colegio de Quito, y con el cual habia tenido cordialisima correspondencia, le pareció que se quedaba traspuesto y veia como entre sueños á dicho santo varon, que teniendo al niño Jesus entre sus brazos y dirigiendole con el cariño de siempre la palabra, le prometia la salud y un cambio favorable de circunstancias. Y fue asi en efecto, que repuesto casi instantaneamente de su enfermedad y llamado de nuevo por el superior al colegio de Quito, desempeñó por algunos años el cargo de prefecto de estudios mayores en aquella universidad.

Finalmente despues de padecer graves y muy molestas dolencias, entre las que no era por cierto la última el verse privado del uso libre de las manos por una gota pertinaz que se le fijó en ellas, con el tormento que es consiguiente á tener que servirse para todo de brazos ajenos, quiso el Señor coronar su sufrimiento anunciandole el fin de sus penas por medio de una religiosa carmelita descalza, con la circunstancia de que no pasaria por el purgatorio; á cuya palabra dieron crédito los padres del colegio, que conocian á fondo su virtud y sabian lo mucho que el Señor se habia dignado de hacerle padecer durante la vida. Terminó

esta el P. Juan Camacho á los sesenta y cinco años de su edad, cuarenta y siete de religioso y treinta de profeso de cuatro votos. Dia de luto fue el 20 de junio del año de 1664 para toda la ciudad de Quito, y asi lo manifestaron con repetidos clamores sus campanas, especialmente las de las monjas carmelitas, que como á padre y maestro de sus almas le amaban con singular ternura. Esmeróse en honrar su memoria la sagrada religion de nuestra señora de la Merced, cuyo dignisimo padre provincial tomó á su cargo las exequias fúnebres que se repitieron por tres dias. Lloraban muchisimos su orfandad perdido el P. Camacho, y se tenia por dichoso quien lograba arrebatar alguna cosa de su uso ó algunos cabellos para guardarlos como preciosa reliquia.

Este fue el varon cuyas virtudes me propuse recordar aquí rápidamente con digresion utilisima á mi principal intento, ya que si es el mismo que veneró á Mariana de Jesus hasta el extremo que verá el lector en una carta de su puño que insertaré en lugar oportuno, bien se advierte que cuanto mas elevado aparezca en todo género, de tanto mayor peso será su dictamen cuando califique el mérito de Mariana. ¡Ojalá pudiera extenderme al menos otro tanto en consignar tambien aquí la memoria de los demas confesores de nuestra bienaventurada virgen, pues que ni lo merecieron menos que el primero, ni seria menos edificante su recuerdo para mis lectores! Pero aunque se prolongue otro poco mas la digresion, no puedo dejar de producir sus nombres con alguna circunstancia, que si bien referida brevemente bastará para dar á conocer el cuidado que tuvo la Providencia de poner siempre á Mariana en buenas manos.

Dirigióla pues tambien el P. Juan Pedro Severino, ro-

mano de nacion, profesor de teología casi treinta años, que fue tres veces rector del colegio Máximo de Quito y una viceprovincial de aquella provincia, con fama de insigne santidad y de muchos milagros, digno discípulo y heredero de la virtud y saber del venerable siervo de Dios cardenal Roberto Belarmino, señaladisimo por su devocion á la virgen Maria y protector de Quito, como lo demuestra el que habiendo hecho su natural explosion un volcan en el monte Pichincha, en cuya ladera está fundada la ciudad, vió el santo varon Fr. Domingo Brieba, del orden de S. Francisco, al P. Juan Pedro Severino que con su manteo defendia á Quito á la boca del volcan é impedia que cayese sobre ella la lava destructora. Venerale por esto aquella ciudad y sigue el ejemplo de Nápoles, preservada por S. Genaro de las iras del Vesubio, en la devocion y gratitud con que guarda sus reliquias.

Fueron tambien sus directores el P. Alonso de Rojas, catedrático de teología muchos años y dos veces rector del colegio de Quito, quien tuvo el consuelo de predicar la oracion fúnebre en sus exequias, la que se dió á luz en Lima; el P. Luis Vazquez, rector tambien de aquel colegio, infatigable en los ministerios de la Compañía, hombre de grande oracion y tenido comunmente en concepto de santo; y por último el célebre P. Antonio Manosalvas, de quien habré de hacer honorífica mencion mas de una vez en esta historia.

CAPÍTULO VII.

RENUEVA MARIANA Á LOS DIEZ AÑOS EL VOTO PERPETUO DE CASTIDAD Y AÑADE LOS DE POBREZA Y OBEDIENCIA.—CONCIBE Y ORDENA EL PLAN DE SALIR DE SU CASA PARA CONVERTIR INFIELES Y EL SEÑOR SE LE DESBARATA.

Volviendo ya á seguir los pasos de Mariana, á quien por un momento perdimos de vista, lo primero que arrebata nuestra atencion, es un tenor de vida cada dia mas ajeno de todo apego á la tierra y mas conforme á las exigencias del amor divino, único dueño de un corazon conquistado sin pelea y poseido sin contraste. A los diez años de edad poco mas ó menos buscó otra vez este amor alguna nueva ofrenda, y llegando ya el momento destinado en los eternos decretos para que Jesus tomase posesion irrevocable y por entero de aquel bienhadado espíritu, no se contentó con inspirarle y obtener de ella que ratificase la entrega de su cuerpo con todas sus posibles comodidades y placeres, sino que le descubrió un campo vastísimo de sacrificio en la consagracion de su voluntad y de todas sus esperanzas por medio del voto, simple sí, pero para ella no menos obligatorio, de obediencia y de pobreza. Sin consultar pues con nadie y llevada solo de inspiracion interior y á no dudarlo divina pronunció Mariana con abrasado afecto los tres votos sustanciales de la perfeccion evangélica, que comunicados despues al representante de su Dios para ella en la tierra merecieron su aprobacion y fueron materia de la serie de actos de heroismo cristiano, que irán siendolo de esta historia.

No se concibe cómo el amor humano pueda llamarse fuego, siendo tan estrecha su esfera y sus miras tan poco elevadas, que no consiente se propaguen sus llamas, cuan-

do celoso impide que amen otros al objeto de sus cariños. No es tal por cierto la naturaleza del amor divino, que no cesa hasta comunicar á muchos la actividad de su fuego, ni se sosiega hasta lograr que muchos le ayuden con su fomento. Y si el corazon de Mariana era un horno de vivo fuego, encendido y avivado por la hermosura de su único celestial esposo; ¿á quién parecerá extraño que trabajase por allegar materia y pábulo siempre mas abundante? Nada echaba ella menos en casa de sus hermanos; era dueño de cuanto poseian, hasta de su voluntad, de que no hacian uso sino á medida del deseo de su joya querida; todo reia en su derredor; la fortuna la halagaba y le prometia cuanto puede lisonjear á una jóven de su clase; y sin embargo todo era desasosiego en aquel corazon, y el sueño huia de sus ojos y la paz de su alma, cuando el interior fuego que la devoraba, recibia sin advertirlo (lo que era cosa de cada dia) algun nuevo incremento. Consistia su continuo y habitual quebranto en que hubiese uno siquiera entre los hombres que no participara de los frutos de la divina sangre; y llegaba su pena hasta el extremo de hacerla desfallecer, cuando oia decir á sus parientes que en la Morería, en el Japon y en las Indias oriental y occidental con mucha parte del dilatadísimo Perú se malograba y perdia la sangre de Jesucristo en un sin número de almas, que destituidas de la luz del Evangelio vivian sumidas en la ignorancia ofreciendo al demonio incienso y adoraciones. Ni aun esto solo; dijeronle tambien que no lejos de Quito estaban las inmensas provincias del Marañon ó sea de los Mainas, llenas de gentiles é idólatras; pero tan ciegos é ignorantes y tantos en número, que todos los esfuerzos apostólicos de la Compañía de Jesus no bastaban sino para recoger una pequeña porcion de aquella mies

tan copiosa. Oia la inocente y enamorada virgen estas quejas; y ¿cómo (se preguntaba á sí misma acusando de frialdad un corazon todo fuego), cómo te atreves, Mariana, á protestar á tu esposo que le amas, si no procuras granjearle el amor de los hombres? Decir que le quieres y no impedir sus ofensas es amarle con labio infiel y corazon tibio. ¿Cómo puede blasonar de fineza quien dice que es su esposa, y sabiendo que reinos y naciones enteras le hacen la guerra no sale á su defensa; viendo que se pierden infinitas almas que tanto le costaron, no impide su ruina; y oyendo que le persiguen y despojan de su imperio en mil partes no se mueve un solo paso por no perder su sosiego? ¿Y será posible que no hayas de tener aliento para ganarle una sola alma bajo pretexto de que son infinitas las que se pierden y de que es imposible ganarlas todas, cuando por una sola de estas preciosas perlas hubiera dado toda su sangre el divino mercader como la dió por todas? Ea pues, Mariana, manos á la obra, porque el amor no vive de palabras. Ya es hora de que abandones el reposo y tiendas á costa de mil trabajos una mano amorosa á tantos que te la piden.

Con estas ó semejantes palabras repetidas sin cesar en el secreto de su corazon lograba inflamarle tanto Mariana, que anegada en amargo llanto repetidas veces y avergonzada de sí misma ¡O quién pudiera amar, exclamaba, quién pudiera amar como aman los serafines! ¡O quien pudiera conseguir que idólatras é infieles, gentiles y bárbaros, á quienes no llegaron aun los rayos de la fé, la recibiesen por mi medio, é iluminados é instruidos en ella reconociesen y adorasen al criador eterno de cielos y tierra! Mas ya que tanto no se me concede, muevante al menos, esposo mio, mis lágrimas y sollozos, y acelera el momen-

to en que no pueda decirse que en vano prodigaste el infinito precio de la salud del mundo.

Acabó de inflamar su pecho la circunstancia de la canonizacion acaecida entonces de los tres santos mártires de la Compañía de Jesus, Pablo Miki, Juan de Goto y Diego Kisai, que en el Japon consagraron con su sangre las primicias de la fé en compañía de otros esclarecidos hijos de la familia seráfica. Asistió Mariana á las públicas demostraciones de regocijo y hacimiento de gracias que con la mayor pompa posible dió la Compañía varios dias continuos; y oyendo los sermones que pronunciaban sugetos distinguidos, y entendiendo el heroismo con que se sacrificaron aquellos campeones, y la tiranía que ejercitaba el demonio en aquellas gentes, fue tanto lo que se enardeció en deseos de ser martir, y tan vivas las ansias de llevar al cabo la empresa de convertir infieles, que ya no hubo reparo ni miramiento que la contuviese; y llamando un dia á una habitacion apartada á doña Juana y doña Sebastiana Caso sus sobrinas y á su amiga doña Escolástica, comenzó á desahogar su pecho y participarles sus ansias con estas ó semejantes palabras hijas de su pasion amorosa: *Sabed, hermanas mias, que es tanto lo que padece mi corazon de algunos dias á esta parte, que sin especial auxilio de mi esposo se hubiera rendido á la pena. La sangre del único bien á quien amo, se pierde; su sacratisima pasion se malogra en el Japon y entre los Mainas; el enemigo comun triunfa y allega despojos; yo puedo en parte impedirlo, ¿y aun economizo mi sangre? No y mil veces no, hermanas mias. A Dios á vuestro dulce trato; á Dios á la patria, al bienestar, á la vida; á Dios á todo humano respeto. Tiempo es ya de romper con todo; y quién sabe si haciendolo antes me hubiera ahorrado esta angustia? Pero aunque tarde;*

yo lo haré ahora: emprenderé la fuga; acometeré generosa la difícil conquista; no temeré cruces; no me arredrarán tormentos; y mi mayor ventura será dejar en tan justa demanda la vida. Acepte mi Jesus la ofrenda, bendiga mi resolucion, y lùego califiquela el mundo á su placer de delirio. ¡Ay amor de mi alma! Si mis culpas no lo estorban; no dilates sino por cortos momentos mı dicha. Perdonad, amadas mias, á mi dolor este desahogo; y creed que si os he descubierto mi pecho, solo ha sido porque no era justo que le ocultase á las que compañeras inseparables de mi niñez y acreedoras á mi cariño tienen un derecho á saber que solo por mi Dios que me llama, seria yo capaz de abandonarlas.

Aquí puso fin Mariana, emulando los ardores de Teresa de Jesus y de Catalina de Sena; y no es dificil conjeturar el tumulto de afectos que excitaria con su arenga en el corazon tan bien dispuesto de aquellas niñas. Rompieron á una en llanto deshecho, y estimuladas parte del dolor de haber de perderla, parte de la santa envidia de tan bellas disposiciones para ir á predicar á infieles, al paso que ellas habrian de quedarse en casa, todas á una voz protestaron que á no ser que la molestase su compañía, no permitirian jamas tan dura separacion, ni dejarian de participar de la heroica empresa: que tambien ellas tenian corazon capaz de acometerla sin reparar en riesgos y desafiando á mil muertes; y que aun en el caso de que ella rechazase su compañía, encendidas en vivo zelo con sus palabras serian capaces de precederla en el apostolado. Contraste á la verdad tierno y que conmueve, si se considera el sexo y la edad de quienes le sostenian; pero tambien admirable por parte de aquel Dios, que se complace en imponer á ciertas almas privilegidas sacrificios contrarios á

primera vista á las leyes de la prudencia para contentarse despues con la sola voluntad, como lo hizo con el padre de los creyentes.

Toda ponderacion seria corta para dar una idea del júbilo de Mariana cuando se vió con tan buena compañía para la obra meditada; y aceptandola desde luego y dandose el parabien mutuamente, solo se pensó en hacer los preparativos necesarios, que se redujeron á un hatillo de poca ropa y una corta provision de galleta. Lo mas dificil era apoderarse de la llave que guardaba la puerta principal de la casa; pero Mariana se encargó de ello fijando la hora de la fuga para antes de amanecer del dia siguiente, y mandando á las demas que aquella noche se recogiesen algo mas pronto de lo ordinario para estar listas á la hora convenida. Hicieronlo asi en efecto, y tambien lo hizo Mariana, que les prometió despertarlas á las dos de la madrugada; mas como eran planes pueriles, cuyo cumplimiento no entraba en los designios de Dios, sucedió todo al revés de lo que se proponian; y siendo asi que Mariana pasaba por lo regular la mayor parte de la noche en oracion fervorosa, ni su santa costumbre, ni el cuidado con que hubo de recogerse, bastaron para que no durmiese plácidamente hasta las seis de la mañana. Empezaron á hacer ruido por la casa á aquella hora los criados, que no encontrando la llave, y alterandose por tanto el orden doméstico, sospechaban de alguna burla pesada y temian sus consecuencias. Figurense mis lectores el aturdimiento, la confusion, el pesar de Mariana, cuando al despertar con aquel ruido vió la luz del sol y se apercibió de todo. No tuvo mas remedio que entregar la llave por evitar juicios siniestros; y para que se descubriese el objeto de apoderarse de ella, bastaron las otras niñas, no menos prontas el dia antes

á partirse con la apostólica compañera que á revelar en aquel punto la trama y descargar toda la responsabilidad en su inventora. Edificóse no poco la familia de una resolucion tan nueva; pero temiendo con razon los hermanos de Mariana que tales impulsos del espíritu hubieran de llevarla á algun paso en que peligrase su decoro y aun su vida, dieron aviso de lo ocurrido á su confesor, quien con prudencia sí, pero con energía reprendió á su hija espiritual y le afeó unos designios que por otra parte veneraba por santos y temia se repitiesen.

CAPÍTULO VIII.

HUYE MARIANA AL DESIERTO, Y SU DIOS LA VUELVE Á CASA CON UN PRODIGIO.

Levántase á poco trecho de la ciudad de Quito el escabroso y elevadisimo *Pichincha*, monte célebre por mas de un título, pues al paso que fertiliza los contornos de aquella y limpia sus calles con los arroyos que tributa, la amedrenta sin cesar por las explosiones del formidable volcan que abriga en su seno. Una de las mas memorables por el aparato y estruendo y acaso la mas funesta para Quito y toda su provincia fue la del año de 1580, con cuyo estrago quedó tan despavorida aquella gente, que el ilustrisimo cabildo acordó colocar en lo alto de la montaña y junto á la disforme boca del volcan una preciosa imagen de piedra de la emperatriz de los cielos, que le sirviese de freno y atajase sus erupciones devastadoras. Cundió bien pronto la noticia, y con ella la devocion y confianza en tan poderosa defensa; y por muchos años se multiplicaron tanto las visitas á la devota imagen, que llegó á ser aquel sitio

uno de los mas venerados de la comarca. Mas como al fin toda aquella veneracion era cosa humana, hubo de llevar al cabo de algun tiempo el sello de la ingratitud, y la benéfica imagen llegó poco á poco á verse en un total abandono, hasta que los padres recoletos de S. Diego la bajaron y colocaron como preciosa reliquia en su propio templo. Allí mientras les fue posible compensaron el pasado olvido con un cordialisimo y continuo culto, que no dejó de pagar la señora con innumerables favores, de que dan fé los muchos votos con que se ve guarnecida su hermosa capilla.

Antes de esta época de la traslacion llegó á oidos de Mariana que aquella imagen habia sido en lo antiguo objeto de la devocion pública y el bálsamo de la confianza para todos los de Quito; y comparando el amor pasado con el desvío presente se conmovió tanto, que sintiendose echar en cara por Maria misma el que una hija suya no saliese á deshacer sus agravios, determinó ir en persona á hacerlo; y si bien al principio se propuso ir sola, no quiso emprender la romería sin dar parte de su resolucion á sus sobrinas y á su amiga doña Escolástica. Hizolo pues describiendoles con colores vivisimos la felicidad que la esperaba en aquel cerro y las caricias que se prometia de su esposo; y en esto llevaba tambien la mira de ver si alguna de ellas se decidia á seguirla, como lo obtuvo en efecto de todas. No dejaron de proponerle algunas dificultades, en particular sobre el modo de proporcionarse el sustento; lo que no pudiendo hacerse sin bajar con frecuencia á la ciudad y sin exponerse á ser conocidas, solo habria de servir para frustrar sus planes, llegando bien presto á sus parientes la noticia de su paradero. La observacion era sobrado natural y facil de concebirse; mas como el amor de Ma-

riana no conocia obstáculos, todo lo allanó diciendo que ya tenia aparejados unos pedazos de vidrio, con los que para no ser conocidas se rajarian las mejillas y toda la cara, echando en las hendeduras carbon molido; que en cuanto al hábito habian de contentarse con uno pobre y andrajoso, cual convenia á *esclavas de la santísima Virgen;* y que alejado así todo inconveniente, podrian bajar á la ciudad una por semana á mendigar de puerta en puerta el alimento para las pobres esclavas. Pareció bien la idea, y todas la tuvieron por inspirada del cielo; con lo que no fiándose ya de que Mariana las despertase, ni ménos ella de su sueño, se decidieron á salir con dia claro en la primera coyuntura favorable que se les presentase.

Diósela sin querer doña Gerónima, que saliendo de casa para no sé qué visita forzosa y de cumplimiento hizo creer á Mariana llegado el instante propicio, y la decidió á llamar á sus compañeras y acelerar la partida. Eran las tres de la tarde, y cargando cada cual con su hatillo, disfrazadas como pudieron, cubierto el rostro y apretando á mas no poder el paso, emprendieron la marcha sin otra guia que el anhelo de responder al llamamiento de su divina señora. Llevaban ya mas de media legua de camino fuera de poblado hácia el sitio que llaman la *Chorrera;* y cuando atravesada una zanja creian las inocentes que podian ya empezar á ensanchar el corazon y respirar un poco libres de la persecucion doméstica que tanto las arredraba, hallaron que se les presentaba de frente otra mas formidable al pasar un pequeño prado. Un toro cerril y bravío desembocó sin saber de dónde, y embistiéndolas con veloz carrera no les dió mas lugar que para retroceder pocos pasos y arrojarse en la zanja. Cosidas allí unas á otras y temblando de miedo, como era natural, esperaron un poco á ver si

desaparecia la fiera; mas al querer ponerse en camino de nuevo vieron que las aguardaba en ademan de acometer si salian del hoyo. Formó entonces Mariana mas de una vez la señal de la cruz contra ella, por si era ardid del demonio, y viendo que cuantas veces intentaban proseguir, otras tantas se agitaba el animal y les impedia el paso, se recogió en oracion por un breve rato á consultar con su esposo; el cual, porque ni esta segunda vez pretendia de aquellas almas fieles otra cosa que el desapropio y menosprecio de todo lo terreno, la hizo conocer que no era su voluntad que viviese como ermitaña en desierto, sino como virgen solitaria en su propia casa. Oida la voz interior, *hermanas mias,* dijo con inesperada resolucion, *no es voluntad de mi esposo que vayamos á Pichincha; y el amor que allá nos guiaba, nos manda retroceder*. No bien hubo pronunciado estas palabras, el toro dejó de amenazarlas, y en breves momentos le perdieron de vista. No hay que decir si apretaron el paso hácia casa las nuevas anacoretas no pensando mas que en ver cómo podrian entrar sin que nadie lo advirtiese; pero como esto era muy dificil y por otra parte queria el Señor servirse de la noticia de aquella nueva intentona para sus fines, doña Gerónima y su esposo la supieron bien pronto; y renovandose sus temores de algun azar imprevisto, reprendieron agriamente á la inventora de la expedicion y se resolvieron á ponerla en un monasterio de sagradas vírgenes, donde no le fuera posible escaparse á parte alguna.

CAPÍTULO IX.

IMPIDE DIOS EL DESIGNIO DE LOS PARIENTES DE MARIANA, QUE LA QUIEREN VER RELIGIOSA. Á LOS DOCE AÑOS EMPRENDE VIDA SOLITARIA EN SU PROPIA CASA.

No se ocultaba al capitan Cosme de Caso y á doña Gerónima de Paredes que el paso dado por sus hijas á consecuencia de los consejos de Mariana habia sido puro fervor de espíritu, y que á los ojos de quien conocia su acrisolada virtud y corazon enamorado de Dios, no se traslucia en aquellos hechos mas que un deseo ardiente de agradar á su esposo; pero como personas de mas mundo temieron y con razon los juicios y dictámenes de este fuera de los peligros á que pudiera exponer á gente tan joven un proceder desaconsejado. Determinaron pues, como he dicho, cortar la ocasion de raiz, sujetando los fervores de Mariana en un convento; con lo que juzgaban por otra parte hacer cosa muy del agrado de la niña y gloriosa para Dios, á quien por tantos títulos se debia aquella alhaja.

Vivia por aquel tiempo la venerable madre Ana de S. Pablo, priora que fue muchos años del convento de santa Catalina de Sena, entre la cual y Mariana mediaba una íntima relacion y familiar correspondencia, trabada la primera vez que se vieron por una inteligencia secreta de sus dos grandes espíritus. Á ella pues acudió la niña, y descubriendole su designio en el seno de la amistad, la suplicó que la admitiese á ser educada en su santa casa, hasta que en edad competente pudiese, como lo deseaban tambien los suyos, vestir el hábito. No se hizo rogar la buena madre priora, que veia una adquisicion en aquella súplica; y pareciendole siglos los instantes que tardase en

entrar tanta dicha por sus puertas, concertó con ella que se verificaria la entrada aquel mismo dia sin aguardar al siguiente. Era sin embargo preciso contar con quien Mariana tenia en lugar de padre, y asi en alas de sus deseos corrió sin demora á buscar á D. Cosme y pedirle su bendicion; y no encontrandole tan pronto como quisiera, obtuvo que se despachasen varias personas en su busca, las que no dejaron plaza, calle, templo ó casa conocida donde no emplearan en vano sus diligencias, hasta que haciendose ya noche tuvo que volverse á casa Mariana con el dolor que era natural en un corazon tan decidido y ardiente. Comunicó despues el suceso y juntamente su pena al cuñado, quien no pudo menos de quedar como atónito sabiendo, segun él mismo lo declaró, que no se habia separado un momento de la plaza pública, donde le habian tenido patente á todos las atenciones de su comercio. Oyóle con asombro Mariana, y no pudo menos de reconocer en el hecho un visible portento de aquel Dios que ponia obstáculo al nuevo estado, y la advertia que jamas eligiese alguno segun sus luces y juicio propio.

Sujetóse pues enteramente al ajeno, y como era de su deber, con preferencia al de su cuñado. Era D. Cosme persona de acendrada piedad, entendido y prudente, y un dia que hablaba con Mariana á poco del suceso referido, se puso muy de propósito á ponderarle las ventajas de que gozan las doncellas que se sacrifican al esposo en el claustro, las medras que hacen en poco tiempo en la santidad, y la seguridad que tienen de salvarse mas facilmente: añadió que á ella no podian presentarsele obstáculos de gran monta, supuesto su tenor de vida rígida y penitente; y que aun dado que hubiese de costarle algo, no podia él aconsejarle cosa mejor segun el cariño que le profesaba,

que la imitacion de mil doncellas de su clase que trocaron el oro y la seda por el tosco sayal de santa Clara; para lo cual estaba pronto á adjudicarle en dote una cantidad decente. Oyó Mariana la propuesta con no menor atencion que placer y rendida gratitud; y bien conoció D. Cosme en sus lágrimas y cortadas palabras que las suyas habian hecho mella en aquel corazon; por lo que nó se trató ya sino de hacer los preparativos de costumbre, pero con el aparato y ostentacion que convenian á las circunstancias de la pretendiente. Ella sin embargo que entreveia en todo aquel negocio un no sé qué no muy facil de explicar, pero que no la dejaba del todo en calma, acudió á su acostumbrado oráculo, la oracion, y pidiendo á su Dios que se dignase de manifestarle su voluntad, la cual queria tener siempre por única guia, pero mucho mas en negocio de tanta monta, oyó en lo mas recóndito de su alma una voz que sin dejar lugar á perplejidad le decia que las delicias de su amado eran verla recogida en su propia casa con la misma estrechez y abstraccion que entre los muros de la comunidad mas austera. Escuchó Mariana aquella voz, y se propuso procurar con sumo sosiego que no quedase por ella el seguir su impulso; pero como en gran parte no estaba en su mano el hacerlo, dispuso Dios las cosas del modo siguiente.

Hablaba ella un dia con su confesor sobre los preparativos para la entrada, y preguntandole este que cuándo llegaria tan venturoso momento; *Nunca,* respondió, *padre mio, nunca. ¿Cómo nunca,* replicó el padre, *si ya estan hechos los gastos y todo pronto? Porque no quiere mi esposo,* añadió Mariana con tan extraña resolucion para una niña enemiga de toda palabra ociosa, que moviendole á examinar de propósito la respuesta, llegó á

conocer que en efecto era voluntad del esposo que se santificase en su propia casa, y resolvió ir en persona á hablar con sus hermanos y convencerlos de que Dios no la queria para religiosa. El éxito feliz de aquella entrevista dió á conocer la verdad de cuanto iba á manifestarles; pues si bien D. Cosme y doña Gerónima eran personas de extremada delicadeza, cuando se trataba de quedar bien con el público, y á pesar de que todo estaba en orden y hasta determinado el dia y la hora de la entrada, y convidados la parentela y los amigos, recibieron con tanta deferencia y devocion las palabras graves y medidas del confesor, que sin réplica de ninguna especie se sometieron á la sentencia, y depusieron toda idea de monjío entregando á Mariana con placer cuanto habian preparado para aquella circunstancia, á fin de que lo distribuyese á los pobres, como en efecto lo hizo con inefable júbilo de su alma.

Solicitaba cada dia con mayor viveza el divino esposo el corazon de Mariana; pero viendose ella por otro lado imposibilitada casi del todo, por la necesidad de vivir en union con sus sobrinas, de entregarse á los excesos de su amor penitente y soltar la rienda á sus fervores, acudió segun costumbre á su padre espiritual, órgano para ella de la voluntad de su Dios; y al comunicarle su congoja y manifestarle las vehementes aspiraciones de su alma supo hablar con términos tan expresivos el lenguaje de un amor comprimido, que el P. Juan Camacho hubo de persuadirse á que el dejar asi las cosas era permitir ociosa una voluntad gigante, era tener represado un benéfico arroyo que para bien de tantos pudiera explayarse; y contando con que sus parientes no habian de oponerse, fue á casa de Mariana á proponerles el plan de que le señalaran una habitacion solitaria, donde pudiese vivir á su modo y sin tes-

tiges. Accedió gustosisimo el capitan D. Cosme, y destinó para ella sola un departamento con tres piezas arreglándolo de suerte que pudiera vivir tan independiente sin salir de casa, como si habitase en el desierto. A su tiempo entró á ver Mariana su alojamiento, y no satisfecha con las diligencias de su cuñado añadió á cada puerta por dentro toda la seguridad que pudo con cerrojos y aldabillas, para que á nadie le fuese posible entrar á visitarla sin su consentimiento: mandó sacar todos los objetos de adorno que D. Cosme habia colocado, si bien no pasaban los límites de la decencia, y en su lugar puso cilicios, cadenas, disciplinas, cruces y particularmente un féretro ó ataud para el uso que diré despues. Se llevó consigo las dos imágenes de Jesus niño y de Maria virgen, sus únicos amores desde la mas tierna edad, y los colocó en un altarito pobre, sin admitir mas muebles que los puramente necesarios, y aun algo menos. ¡O quién hubiera podido leer en su corazon, cuando despojado de todo preparaba su primera entrada triunfal en aquel retiro, hollando en el umbral todo el atractivo y la seduccion de un mundo, que la acompañó hasta allí con sus halagos y promesas, fementidas cuanto se quiera, pero al fin irresistibles para otra doncella de pocos años y de dotes no vulgares, á quien no hubiera poseido tan á tiempo la gracia! Con la energía propia de quien por amor á su esposo lo dominaba todo naturalmente, rechazaba Mariana al acercarse á entrar en aquel yermo doméstico las delicias posibles de mil mundos con acto no menos heroico que el de Maria Magdalena, á la cual nos pinta el padre S. Agustin rechazando todas sus delicias gozadas y por gozar, que la tenian asida por las vestiduras pidiéndole á voz en grito que no las abandonase.

Sorda Mariana á estas voces y cantando como los hijos

de Israel en el paso del Eritreo se encaminó á su retiro; y pues pensaba abrazarle tan de veras que estuviese cerca de los suyos solo con el cuerpo, quiso despedirse de todos empezando por sus hermanos D. Cosme y doña Gerónima, mostrandoles la gratitud que abrigaba en su corazon por no haber ellos permitido jamas que en su orfandad echase menos la solicitud y caricias de sus amados padres. Tierno fue seguramente este paso; pero lo fue mas sin comparacion el de abrazar á sus sobrinitas, testigos de sus virtudes y fidelisimas compañeras de su bendita niñez. Entre ósculos y abrazos amorosos de una y otra parte les dijo que desde aquel dia tuviesen por muerta á Mariana: reprodujo en breve lo mas sustancial de sus pláticas de otro tiempo sobre la caducidad y miseria de las cosas del mundo; y por último las exhortó á que estimasen aquello solo para que las crió su Dios, teniendo en lo que valen el donaire, la hermosura y las riquezas, flores delicadas que marchita el mas ligero viento. No habian menester de tanto unos corazones tan bien dispuestos para mandar á los ojos dos fuentes de lágrimas é inspirar en aquel instante alguna resolucion parecida al acto mas heroico de la que siempre habian tenido por guia en sus empresas. Resolvieron ambas allí mismo consagrarse á Jesus con voto perpetuo de castidad; y si bien cupo un inmenso placer á Mariana en estas bellas disposiciones de dos almas tan parecidas á la suya, ilustrada con luz superior y espíritu profético prohibió á doña Juana que hiciese el voto, anunciandole que Dios la queria para casada, y describiendole las bellas dotes del que tenia destinado para esposo. A doña Sebastiana por el contrario la alentó para que desde luego hiciese el voto como deseaba, y la animó á soportar toda suerte de males, aunque fuese la pérdida de la vida, por observarle: todo lo

cual dijo con tanta entereza de semblante y gravedad de palabras, que bien se echaba de ver que quien hablaba por su boca, era el celestial esposo, que destinaba á la primera para modelo de virtuosas casadas y á la otra de doncellas zelosas amantes de su tesoro. Puso fin á su arenga Mariana, y estrechandolas entre sus brazos y mezclando con las de ellas sus lágrimas pronunció el último á Dios y se encerró en la soledad para emprender una carrera en que se la podrá bien seguir con la vista por algun tiempo, pero no con el paso, que desde su principio fue ya de gigante.

Esta carrera, segun la division que me he propuesto, será la materia del libro segundo de esta historia; mas no puedo prescindir de llamar de nuevo la atencion de mi lector á otra parte, seguro de que le agradará no haber de interrumpir mas tarde el hilo de la historia con un argumento que no podria menos de disgustar á Mariana el que se omitiese. Hablo de una rápida ojeada sobre la vida y virtudes de estas sus dos sobrinas, á quienes tan á menudo hemos tenido y tendremos que nombrar, y de cuya alabanza resulta no poca gloria á la que inspiró, mantuvo y promovió en ellas el conocimiento y amor divino, que las hizo acreedoras á una página entre las que inmortalizan á su maestra.

CAPÍTULO X.

BREVE RESEÑA DE LAS VIRTUDES HEROICAS DE DOÑA JUANA CASO, SOBRINA DE LA BEATA MARIANA DE JESUS.

En la ciudad de Quito tuvo su nacimiento Juana Caso y por padre al capitan Cosme de Caso Miranda, hijo legítimo de Juan de Caso y del Campo y de doña Juana Caso Miranda, todos oriundos de Asturias y señores de la primera nobleza del principado. Su madre, como ya se

dijo, fue doña Gerónima de Páredes, hermana mayor de la virgen Mariana, mas distinguida seguramente por este vínculo que por los pergaminos de su antigua y nobilisima parentela. Prevenida la niña Juana con una docilidad que no tardó en darse á conocer, apenas salió de la primera niñez la entregaron á su tia Mariana, que le llevaba algunos años. Esta se propuso desde luego amaestrarla en la virtud, y con inspiracion peculiar del cielo escogió el camino mas corto que era el del ejemplo, eficacisimo en la edad primera, y mucho mas cuando Juana estaba tan decididamente inclinada á imitar todo lo bueno. Tuvola pues no solo por testigo ocular de los raros fervores que quedan referidos en este primer libro, mas tambien por indivisible compañera de sus empresas y ejercicios de piedad y de penitencia, con tan felices adelantamientos en la virtud y medras en el amor divino, que no pudiendo soportarlas el demonio, condenado á muerte eterna porque fue incapaz de amar eternamente, buscó ocasion propicia para quitarle la vida, y no tardó en presentarsele. Saliendo un dia toda la familia de la iglesia de la Compañía de Jesus, los embistió con tal ferocidad un toro, que se creyeron perdidos. Desbandaronse, como el miedo les aconsejaba, en un abrir y cerrar de ojos, y una tia de la niña Juana tiró para poder correr mejor una especie de chanclos, que con nombre de chapines estaban en uso por aquel tiempo. Viólo la niña, y con pueril ocurrencia olvidandose de su peligro se detuvo á cogerlos; con lo que dió lugar al toro de acercarse tanto á ella, que todos los espectadores la creyeron víctima sin remedio. Estaba, segun ya dije, su casa en el sitio que ocupó despues la magnífica fábrica de santa Teresa, haciendo esquina con el hospital real, desde cuya iglesia se vió arrojar en el mayor peligro

un sombrero blanco con forro verde, pero tan á propósito y con tanto tino, que entreteniendose la fiera con aquel objeto y desfogando en él su cólera, tuvo tiempo de salvarse la inocente. Agradecieron sus parientes la oportuna y caritativa ocurrencia cuanto les dictaba su cariño hácia Juana, y con el sombrero en la mano fueron en busca del dueño para remunerarle segun su mérito; mas cuantas diligencias se practicaron todas fueron en vano, no habiendose podido descubrir jamas el autor de rasgo tan noble, que por lo mismo se atribuyó al Señor, que con especial providencia conservaba para mayores cosas á Juana.

Cuando su tia la halló capaz, la preparó para los santos sacramentos y la impuso en su frecuencia, llevandola á la iglesia de la Compañía, donde ella tenia por decirlo asi la oficina de sus fervores. Allí supo Juana aprovechar tanto, que servia de dechado por su devocion y modestia á las mas virtuosas, y se enamoró de manera de las virtudes, sobre todo de la que á todas les conserva su mejor brillo, la castidad, que segun queda referido en el precedente capítulo, quiso imitar á Mariana en consagrarla á su Dios con perpetuo voto, y lo hubiera hecho á no haberle asegurado esta que eran otras las miras de aquel que la esperaba en el mismo término, pero por diferente camino. Siguió bajo la direccion de su querida tia, quien solia admitirla en su retiro para tratar de las cosas del alma, hasta la edad de los catorce años, y apenas cumplidos, el capitan Juan Guerrero Salazar, igual á Juana por sus cualidades de nobleza y piedad acendrada, la pidió por esposa con gran instancia, llevado, mas que de intereses mundanos, de su virtud y hermosura. Cedieronsela, aunque tan joven, sus padres que le conocian á fondo, y con aplauso de toda la ciudad se celebraron las bodas, sin que en los

muchos años que vivieron juntos, se entibiase por un momento el amor primero, ni se alterase por consiguiente la mas perfecta concordia. De cinco hijos con que bendijó el cielo su matrimonio, tres varones y dos hembras, el primero entró en la Compañía de Jesus, donde murió fiel á su vocacion y con fama de ejemplar jesuita; los otros dos se desposaron con dos hermanas, entroncando con casa de la primera nobleza. Una de las hijas, á quien por respeto á su tia se puso el nombre de Mariana, casó con el capitan Juan de la Cruz y Zúñiga, y fue como los demas de la familia excelente matrimonio. La otra entró religiosa carmelita descalza, y llegó á ser primeramente priora del convento de Quito y despues fundadora del de la ciudad de Cuenca.

Viendose casada nuestra Juana se propuso por ejemplar á la mujer fuerte, juntando con el amor á su esposo y la actividad y diligencia en todo lo que podia aliviarle y disminuir sus cargas, un zelo á toda prueba en el cuidado de sus domésticos. Velaba en ronda de noche por sus dormitorios, los reunia al anochecer en su propia habitacion y los instruia en la doctrina cristiana y en sus obligaciones, rezando en seguida en su compañía el santo rosario. Exigia de ellos la frecuencia de sacramentos en las festividades de Jesus y de Maria, disponiendolos desde la víspera con la oracion y el ayuno y llevandolos despues ella misma á la iglesia sin separarse del confesonario hasta que los veia reconciliados. Por este cuidado y solicitud puede calcularse el que emplearia con sus propios hijos. Desde la infancia exigia de ellos piedad, modestia y compostura. Hacia mayores caricias al que se distinguia en obedecer, y le agasajaba en particular y le recompensaba con regalillos de preferencia. Ni en hijos, ni en criados permitia

el mas mínimo desliz contra la ley de Dios; y tenia mandado que quien oyese jurar ó murmurar, le diese al punto aviso para castigar segun su gravedad el delito, y esto para cuando hablasen en su ausencia, porque delante de ella ya se sabia que no era permitido pronunciar palabra disonante ó descompuesta por cualquier estilo. Aunque la visita fuese del mayor cumplido, si se deslizaba alguna lengua, mudaba con la suma destreza la conversacion; y si tanto no era suficiente, se encendia su rostro y sin reparar en nada corregia con libertad santa el atrevimiento. Célebre fue entre otras la ocasion, en que aventurandose cierta persona, fiada acaso en su autoridad, á pronunciar algunos dichos no conformes con la modestia en presencia de Juana, se levantó esta de su asiento al ver que de nada servia mudar de conversacion, y en ademan de ausentarse dijo con aire resuelto: *O mudar de tema, ó marcharse de mi casa;* con lo que quedó no poco corrido el insolente. Su singular recato, que no la permitia levantar del suelo los ojos, la hizo respetable á toda Quito; y el cariño que le profesaba su esposo, manifestado por él en proveerla á menudo de ricas galas, no pudo conseguir que aceptase una sola ó saliese de un vestido de pura lana, hasta que su confesor el V. P. Juan Camacho la mandó que al menos admitiese otro algo mas vistoso para las fiestas y dias solemnes; lo que hizo al punto y sin réplica empezando á usar uno negro, por ser opuesta á los colores y á toda clase de adornos. Cuanto podia ahorrar de vanidades mujeriles, otro tanto repartia entre los pobres, cuya vista no le era posible soportar sin derramar lágrimas: en ellas veia el necesitado la esperanza de su próximo socorro, que solia ser segun la capacidad del corazon de Juana, de cuya puerta no se apartó jamas descontento un solo indigente.

Esmerabase todavia mas su caridad con los enfermos, y cuando tenia alguno en su propia casa, se constituia su enfermera, sin que su delicada complexion y natural horror á cierta clase de males y llagas, asquerosisimas en los indios y negros, fuesen capaces de arredrarla en los mas viles y repugnantes servicios. Pero no bastaban para limitar su caridad las paredes domésticas, y apenas recibia la noticia de que enfermaba algun pobre, se ponia, aunque no le conociese, á preparar hilas, vendajes ó medicinas con el esmero y aseo que pudiera emplear para un príncipe; y mientras que vivia retirada siempre de paseos y visitas, corria con sus preparativos á la casa que le designaban, á curar y asistir al enfermo, á darle la comida con sus propias manos arrodillada delante de la cama, á rogarle admitiese las medicinas, y mas que todo á infundirle aliento y lograr que soportase con resignacion sus dolores y penas, con una eficacia tal, que rarisima era la vez que no conseguia ver cumplidos sus deseos, sobre todo en el hospital, donde los enfermos estaban de ordinario mas bien dispuestos, y á donde acudia con frecuencia dejando las comodidades de su casa y llevando dulces, bizcochos y mil otros regalos, ropas y lienzos para refrigerio y aseo de la humanidad doliente.

No se dejaba vencer en generosidad Jesus, á quien ella servia y consolaba en sus pobres; y entre los no pocos casos que pudiera citar, que tienen visos de milagrosos, elegiré uno, que demuestra lo bien que el Señor pagaba los servicios de esta noble matrona. Llegaron á su puerta dos indias, madre é hija, pobres en extremo y tan lastimosas por añadidura, que no se sabia qué llamaba mas la atencion entre la desnudez, la pobreza ó las llagas asquerosas á la vista é intolerables al olfato de que estaba cubierto

todo su cuerpo. Apoderóse del alma de doña Juana al ver tal espectáculo la compasion mas tierna, y venciendo con el poder de la gracia la delicadeza de la carne, las acogió con indecible agasajo y las condujo á lo mas apartado de su huerta. En seguida con ejemplo digno de ser imitado por las madres de condicion ilustre mandó á sus propias hijas que calentasen gran cantidad de agua, y llevando hilas, paños y cuanto era menester para la cura, de rodillas y con sumo tiento y singular devocion fue lavando y enjugando aquellas llagas una por una; con lo que logró á la tercera vez, sin duda con prodigiosa cooperacion del cielo, que aquellas infelices recobrasen la salud y pudiesen trabajando ganarse en lo succesivo el sustento.

Estas obras de caridad emprendidas por Dios y para Dios no distraian á doña Juana de la continua y fervorosa oracion, por la cual descansaba en él, como en el propio centro, su alma. Tenia sin embargo señaladas ciertas horas para la oracion mental, la que acompañaba con tantos sollozos, que muchas veces llamaron la atencion de la mayor de sus hijas, la que preguntandole la causa oia de su boca estas ó semejantes palabras: *Dejame en paz, hija mia: aquí estoy con mi Dios, presentandole quejas contra mí misma por la ingratitud con que le correspondo cuando me colma de beneficios.* Otras veces por el contrario rebosaba su alma de consuelo, y no podia menos de dar muestra sensible de su júbilo tanto en la oracion mental cuanto en la vocal, á que recurria con frecuencia. Para poder orar tan largamente sin desatender sus cuidados de esposa y madre era por decirlo asi avara del tiempo, del que no malogró jamas ni un solo instante. Con la oracion hermanaba la mortificacion y penitencia segun el consejo del Espíritu Santo; y es cosa que asombra en una persona de sus

circunstancias el rigor de su penitencia. Los mas dias de la semana eran para ella de ayuno; sus disciplinas tan atroces, que espantaban á sus domésticos; y sabia cubrirse de cilicios con tanta industria, que lograba ocultarlos hasta á su mismo esposo. Pudo sin embargo rastrear algo de este género de austeridad una de sus hijas (la que con el tiempo fue carmelita), y viendo que ni en los meses mayores del embarazo dejaba su madre de atormentarse, le quitaba ó escondia con piedad loable los cilicios y disciplinas. Buscabalos entonces con ansia y sobresalto doña Juana como quien hubiese perdido el mejor tesoro; y sospechando con fundamento quién podia ser el autor del hurto, era el paso mas tierno ver á la madre suplicar á la hija que le restituyese lo que estimaba mas que el oro y las perlas. Reforzaba con lágrimas la súplica, y cuando no bastaba pedirselo postrada en tierra, añadia algun regalillo que por lo comun conquistaba el ánimo de la inocente. Mas no por esto sufria quiebras el espíritu de doña Juana, porque tenia buen cuidado de compensar en otros dias con medida doble lo que le faltaba por la pérdida de sus queridos instrumentos.

No era de extrañar que quien poseia el espíritu de mortificacion en tal grado, tuviese una piedad tierna y profesase singular devocion á la augustisima Trinidad, á Maria santisima, al patriarca S. José y á otros muchos santos; y que en sus dias reuniese á toda la familia y les leyese la vida, exhortandolos á su imitacion con la mayor eficacia. Frecuentaba cuanto se lo permitia su estado los sacramentos de confesion y comunion, derramando en esta copiosisimas lágrimas, y era tal su ternura para con Jesus sacramentado, que todos los años el jueves santo desde que se depositaba la sagrada hostia en el tabernáculo hasta que se consu-

mia el viernes, velaba casi siempre de rodillas en el templo cubierto el rostro con el velo al lado de su santa tia Mariana. En ese tiempo no salia de la iglesia sino para dos cosas; para andar las estaciones de noche cargada de cilicios y descalza y para repartir el viernes santo por la mañana una corta racion de pan á toda su familia, sin que hubiese uno en ella que se excusara de ayunar en tal dia á pan y agua á ejemplo de su señora, la cual alargaba aquel ayuno hasta el domingo de Pascua. Tan excesivos rigores no podian dejar de producir en su cuerpo achaques notables y pertinaces, los que sufria con inalterable paciencia. Le repetian á menudo desmayos que le duraban casi una hora; pero nunca se amilanaba su espíritu, ni aun en ocasion de habersele formado un tumor en un pecho; pues si bien hubo de atravesarle el cirujano con un torzal de cerdas causando á la paciente un horrible tormento, ella misma ayudaba á la cura, y á quien mostraba compadecerla, *es bien poco,* decia, *lo que sufro, mientras solo me propongo imitar en algo los tormentos de mi Señor Jesucristo.*

A tan elevada perfeccion aspiraba doña Juana en la ciudad de Quito, cuando plugo al Señor acrisolarla con una clase de trabajos que hubieran hecho sucumbir á una alma menos dispuesta. De repente perdió su buen padre Cosme de Caso toda la hacienda por haber ejercido un empleo de confianza; y privado de todo, hasta de la libertad, llegó á verse en una obscura prision con tormento indecible de su querida hija. Tocaron en buena parte los chispazos del incendio á los dos esposos, y aunque conformes uno y otro á las divinas disposiciones, por evitar mayores peligros y resarcir infinitos gastos resolvió D. Juan Guerrero Salazar ausentarse de Quito. Contó, como lo exigia su ca-

riño, con el beneplácito de su esposa, á quien propuso el designio, suscitando sin pretenderlo en su pecho una cruda batalla entre el deseo de no desagradarle y el dolor que le causaba la idea de verse privada de sus confesores, que hasta entonces lo habian sido los padres de la Compañía, pero mucho mas de su amadisima tia Mariana, cuya presencia y saludables consejos eran el principal sosten de su espíritu ansioso de santificarse. Mas por esta parte bien presto la sacó el cielo de su perplejidad; porque mientras meditaba la resolucion, plugo al Señor trasplantar á mejor vergel la cándida azucena de Quito llamando á Mariana de Jesus á recibir la corona de su inocentisima vida. Atravesada de un dolor que ni ella misma era capaz de describir, huérfana, sola, sin maestra, sin consejera, sin la mejor amiga del mundo, le fue ya necesario huir de aquella ciudad de tan amargos recuerdos é ir á establecerse con su familia en un pueblo llamado San Miguel, que dista catorce leguas de Quito y dos del asiento de Latacunga, donde su esposo habia arrendado unas pingües haciendas. Dió pues cuenta de todo á su confesor, y pidiendole algunos documentos para el gobierno de su vida durante la ausencia sin perjuicio de cartearse en todo lo que ocurriese, se partió para el pueblo de San Miguel, habitacion de los indios, doctrinados á la sazon por los zelosos padres de la familia seráfica.

Apenas llegó á aquel pueblo, enderezó sus desvelos mas á enriquecer su alma que á cultivar y acrecentar su hacienda; y lo primero que dispuso fue promover el culto y la devocion de la reina de los ángeles, dotando de su bolsillo una misa cantada todos los sábados, y allegando en tales dias ramilletes y otros adornos; con lo que logró enfervorizar tanto aquellas gentes, que de muy distante acu-

dian alegres á honrar y festejar á Maria. Celebraba cada año con especial pompa la fiesta de la expectacion del parto por via de preparacion ó aparejo para la del santo nacimiento; y conociendo lo muy provechoso que habia de ser para aquella gente tan inclinada á lo sensible alguna representacion á lo vivo de este misterio, mandó fabricar muchas figuras, que dispuestas en buen orden en una sala de su casa declaraban en un golpe de vista á los indios las finezas de nuestro buen Dios en hacerse hombre y nacer por el hombre en unas pajas. Llevada del mismo anhelo por el bien de las almas se valia de otra industria el viernes santo, dirigida á confirmar á los indios en las verdades de la fé católica. Véstia de angelitos á doce niños y los hacia ir con luces en la devota procesion del sepulcro del Redentor, y luego el dia de Pascua los vestia con mas rica gala y hacia que la luciesen diciendo que los que habian tomado parte en el entierro, justo era que participasen de la gloria de la resurreccion de Jesus.

No es creible lo que con esta clase de obras llegó doña Juana á hacerse amar en el pueblo de San Miguel; mas este cariño llegó á su colmo en ocasion de verse acometida la provincia de una peste maligna de viruelas, que en breve tiempo hizo entre los indios espantable destrozo. Cundió al pueblo de San Miguel el contagio, y en la compasion que se apoderó de su alma, y en el vivo deseo que concibió de acudir con el posible remedio, conoció que el Señor le preparaba vasto teatro de caridad y merecimientos. Provista de limones, azucar y vinagre recorria las casas de los enfermos, y con sus propias manos les prodigaba el consuelo y los curaba; y porque la principal dolencia de muchos era la pobreza, mandó que mientras durara la peste se preparase la comida en su casa en gran-

des ollas, para que todos supiesen dónde ténian alimento y refugio. Mas ¿qué no inspira la caridad? Ideó recetar como si fuera médico, pagando ella misma las recetas, y suponiendo que por el gran número de pobres enfermos á los mas no habia de alcanzar el socorro, no pudiendo ella conocerlos á todos, hizo correr la voz de que todos sin excepcion podian acudir á manifestarle por sí ó por otros sus necesidades, las que remediaba tan bien y con tanta presteza, que confesaban despues un sin número que si vivian aun en el mundo, era por la caridad heroica de doña Juana. Llevabase á su misma casa los difuntos que no dejaban con que pagar el entierro, y todo corria por su cuenta, pasando de tres y cuatro los que enterraba asi diariamente.

Tan señalada y noble caridad fue virtud de toda su vida, y la ejercitaba con preferencia cuando llegaba á su noticia que los salteadores, que abundaban en el distrito de Latacunga, quitaban inhumanamente la vida á los viandantes por robarles su pobre hatillo. Armada en tales casos de un ánimo varonil, si el cadaver yacia cerca del pueblo, iba á pie, y si lejos, en una mula; y conduciendole á su casa les daba sepultura con muchas lágrimas. Era de tanto agrado esta obra de misericordia á los divinos ojos, que algunas veces permitió el Señor se le apareciesen varios en forma visible para darle expresivas gracias, como le sucedió con uno que habia muerto despeñado, y que sepultado por ella con gran compasion se le dejó ver á distintas horas con las manos cruzadas sobre el pecho, como quien agradece un favor ó pide otro; y suponiendo doña Juana que seria el de algunas misas, se las mandó celebrar y no volvió á verle en lo sucesivo.

Con afecto mas que de madre recogió en su casa á

cuantos niños de uno y otro sexo hizo huérfanos la peste, y prodigó halagos y beneficios á cada uno como si no tuviera otro. Uno de ellos sin embargo como mas desvalido y miserable tuvo derecho á particulares finezas. Era este un pobrecito indio, que empezó á frecuentar la puerta de aquella casa en busca de algun alimento con que sostener la vida, y habiendo informado los domésticos á su señora de que aquel infeliz exhalaba de sus carnes un hedor intolerable, le mandó llevar á su presencia, y preguntandole sobre su achaque supo que era una apostema cruel entre las costillas, de donde manaba un rio de podredumbre y que era ya un hervidero de gusanos. Acariciόle doña Juana con toda la ternura de que era capaz, y pasando de las palabras á la obra emprendió una cura, en que solo Dios sabe lo que tendria que pasar mientras le lavaba la parte corrompida, le quitaba con delicada mano los gusanos, y le enjugaba y cubria con sumo tiento hasta la cura siguiente. Por dos años enteros se dedicó á curar y regalar con cuanto pudo á aquel desdichado, hasta hacer que sus mismos hijos le sirviesen el primer plato en la mesa; y siendo preguntada por qué colmaba de tantas distinciones á aquel pobre precisamente, respondió mas de una vez que se prometia de la divina misericordia una asistencia particular de Dios en compañía de aquel niño á la hora de su muerte, ya que todo lo que se hacia por los indios, que eran los mas desdichados entre las criaturas racionales, merecia una especial recompensa del Señor. ¡Dichosa mil veces esta noble matrona, que tan bien entendió el consejo de Jesucristo de granjearse á tiempo con obras de caridad amigos y protectores para cuando mas habremos menester de ellos!

Pero si muy dignas eran de encomio tan heroicas y

poco comunes obras de caridad con los cuerpos enfermos, no hay palabras para encarecer la misericordia espiritual que ejercia con las almas. Apenas se advertia que la enfermedad era grave, ponia su principal esmero en disponer al doliente con los actos necesarios para recibir el santo viático; y porque veia que los párrocos no juzgaban oportuno administrarle á todos ó por la suma rudeza de algunos, ó por la hediondez é indecencia de las chozas en que yacian, aplicó doña Juana todo su conato á superar estos dos obstáculos con el feliz resultado de la salvacion de muchos. Los instruia con paciencia y dulzura increible: procuraba alentar su confianza y enfervorizar su corazon á medida de su capacidad; y luego barria los zaguanes y patios, aseaba las camas, perfumaba la habitacion, y cuando todo estaba en orden, pedia para aquella casa el Santisimo, á quien acompañaba ella misma alumbrando con toda su familia, y no abandonaba al enfermo hasta que recibida la santa forma le enseñaba el modo de agradecer al Señor tamaño beneficio.

A pesar de lo mucho que veia doña Juana valerse el Señor de su cooperacion para obrar el bien de las almas, no descansaba un momento desde que pudo suponer que agradaria á su Dios mas que todo el que le consagrase los dias que le quedaban de vida profesando perfeccion evangélica en religiosa comunidad con el beneplácito de su esposo. Llegó en esto á su noticia que en cumplimiento de una real cédula obtenida por el ilustrisimo señor D. Agustin de Ugarte y Sanabria, obispo de Quito, para fundar en ella un convento de carmelitas descalzas salian de la ciudad de Lima las fundadoras; y llevada de la opinion de la santa vida y ajustada observancia de aquellas madres, y sabiendo por la profecía de su tia Mariana, de la que ha-

blaré en su lugar, que la fundacion habia de hacerse en su propia casa, pidió encarecidamente á su esposo la permitiese retirarse á aquella ejemplar comunidad con sus dos hijas, que por ser suya la casa no habian menester de dote. Apuró ella en este asalto todos los recursos, reforzando la palabra con ardientes y copiosas lágrimas, hasta que viendo que todo era inutil y que el ánimo de su esposo parecia inexpugnable, con voces cortadas por el pesar y casi ahogadas por los sollozos: *¿No quieres,* le dijo, *no quieres otorgarme lo que te pido? Pues sepas que no lo atribuyo á amor, sino á rigor inhumano, porque negandomelo firmas contra mí sentencia de muerte: tu amor será mi verdugo, pues he de morir de parto, sin que haya en el mundo quien pueda alejar mi peligro.* Oyóla con sangre fria su esposo, como quien tomaba por un exceso de dolor y no por profecía su dicho, si bien mas presto de lo que pensaba le desengañó el suceso.

Sintióse embarazada doña Juana, y como que tenia conviccion de su cercana muerte, no quiso que la cogiese desprevenida. Envió al M. R. P. Fr. Gerónimo de Paredes, hermano de su madre, la limosna de costumbre por un hábito de S. Francisco, pidiendole el mas pobre del convento. Cuando llegó á sus manos, se le puso delante de sus domésticos, cuya risa al verla en aquel traje desusado se convirtió bien presto en lamentos oyendola decir con ansia: *No tardareis mucho en verme con esta mortaja en un ataud.* Hubo de explicarse mas claro para tranquilizar los ánimos, diciendo que si bien todos eran mortales y no queria decir que moriria tan luego, era seguro que su vida no seria muy larga. No dijo mas por entonces; pero fue bastante para que en todos los que lo oyeron ó supieron el caso, quedase un cierto cuidado y so-

bresalto continuo. Entre tanto ella no malograba un instante, como que se creia obligada á aspirar con mas anhelo á la patria que miraba de cerca. Empleaba todo lo mas del dia en oracion: redobló sus asperezas; y dió cuenta por escrito de su conciencia á sus confesores antiguos. Tan buena y pronta voluntad para cumplir la de Dios no quitaba el que de vez en cuando considerase la orfandad en que iban á quedar sus hijos, y se enterneciese, sin ser dueño alguna vez de comprimir toda su congoja en lo interior de su pecho. Observó un dia que su hija Catalina se ocupaba en una labor de manos, y preguntandole lo que hacia y oyendo que el ajuar para el parto que se acercaba, *No,* replicó la madre, *no; ya te he dicho que no pierdas el tiempo en eso: no te atarees, que ya tengo yo en mi caja cuanto necesito. Bien es que no será trabajo perdido, y vendrá bien para el parto de una pobre india.* Hallóla en otra ocasion cosiendole una camisa, y con los ojos arrasados en lágrimas, *No la he menester*, dijo; *pero concluyela, y con ella tomarás el hábito de religiosa.*

No es posible saber lo que pasó en aquel momento por el alma de Catalina; pero sí es cierto que su madre pronunció en pocas palabras una profecía sobre lo que formaba uno de sus mas vivos deseos. Supo por entonces que las fundadoras carmelitas habian llegado á Riobamba, y retirandose á la última pieza de la casa con su hija Catalina le dirigió la palabra de esta manera: «Yo me casé, hija »mia, con tu padre, porque conocí muy á las claras la »voluntad divina. Entre otros frutos de bendicion te tuve »á tí, y ya sabes cuánto te ha distinguido siempre mi cariño. »Yo te entregué á mi Dios desde el primer instante de tu »vida; y cuando pedí no há mucho á tu padre licencia de »retirarme contigo y con tu hermana á servir á Dios en

»el claustro, él me la negó segun su derecho de impedir »que por mi sola voluntad mude yo de estado. No ignoro »que tus prendas serian capaces de llenar mi ambicion si »aspirase al engrandecimiento de mi casa; pero todo lo »renuncio con tal que por mi consejo logres la mayor de »las dichas. ¡Ah! La vida, bien lo sabes, es breve; y no »hay flor tan aplaudida, ni beldad tan extraña, que no se »trueque en vil polvo apenas la toca con su mano yerta la »muerte. A su yelo no resisten ni riquezas, ni hidalguía, »ni donaire. Naciste llena de capacidad para descubrir la »falacia del mundo, que con promesas trata de ocultarte »la verdad de estos hechos. Pero aunque el mundo no te »engañase, y pudiese alejar de tí la muerte, ¿merece la »pena, hija mia, ir en busca de sus goces cuando es mas »en ellos lo amargo que lo sabroso, sin que correspondan »jamas los fines á los principios? No asi sucede por cierto »en el retiro del claustro, donde todo contribuye á hacer »al alma feliz, todo la ayuda á ser santa, y aunque no »hay uno que no me merezca grande concepto, profeso »particular estima á la religion carmelita, que entra por »las puertas de Quito. No permita el cielo que yo trate de »violentarte en la eleccion de estado; pero sí quisiera que »celebrases en mi lugar tus desposorios con un amante »que nunca muere.....» Enternecióse la buena Catalina al llegar aquí su madre, y mientras esta esperaba por respuesta la promesa de darle gusto, oyó de su boca con asombro una resolucion no pensada en estas palabras: «No »entraré jamas, mientras viva mi madre, en religion alguna.» Hallóla doña Juana tan decidida á no apartarse de su lado mientras viviese, por el ternisimo amor que le profesaba, que no dudó ser aquella ocasion la mas oportuna para confiarle el secreto; y «si esta es, añadió, la

»causa de tu firmeza, no temas, hija mia, porque Dios »tiene decretada mi muerte para este parto que me espera. »Asi mi compañía no te será de estorbo.» A lo cual no supo responder Catalina sino con una promesa de poner por obra lo que su madre le rogaba como por testamento.

Conseguido aquello por que tanto anhelaba, y viendo que se acercaba el dia del peligro, empezó segun la costumbre un novenario, en cuyo dia último y primero del mes de diciembre hizo confesion general de toda su vida, recibió el cuerpo santisimo de Jesucristo, y pasó casi todo el dia en el templo. Llegó finalmente la fiesta de S. Francisco Javier, de quien era especial devota, y entre ocho y nueve de la mañana empezó á sentir dolores violentos; por lo que llamando á una criada española, le dijo con ánimo valeroso que su hora era llegada y que le llevase la mortaja. A poco sintió que la criatura sacaba del vientre una piernecita hasta la rodilla, y pidiendo á su confesor, que era el párroco, que la bautizase con decencia, alegrisima al ver que tenia aquella alma por compañera para la gloria, inclinó con suma paz la cabeza, y en los brazos de su amada hija Catalina, entre amorosos coloquios con Jesucristo, entregó en sus manos el alma para poseerle y gozarle eternamente, como hace esperarlo su santa vida.

La pena que hubo de causar esta muerte, solo podrá calcularla quien atienda á que faltando doña Juana, habia de echarse menos la que era consuelo, ejemplo, socorro y bien universal de aquel pueblo. Apenas llegó á Latacunga la noticia, se pusieron en camino para honrar con su presencia el funeral los religiosos de cuatro órdenes establecidas en aquella poblacion con muchos de sus vecinos, y todos hubieron de admirar lo muy hermoso y agraciado que quedó el rostro de la difunta. Depositóse el cadaver

en la iglesia de San Miguel, mientras se fabricaba en Quito la de las carmelitas, á la que al cabo de seis años se trasladó y se le colocó en la bóveda de la capilla de nuestra señora del Carmen, donde descansa, teniendo por sepulcro la misma casa que le sirvió de cuna. El capellan de santa Teresa, sacerdote docto y virtuoso, hizo deposicion de que al sacar el venerable cuerpo para trasladarle se encontró tan entero y con el rostro tan hermoso y agradable, que no pudo menos de atribuirse á milagro, con el que el Señor pretendia honrar á la que en vida cuidó tan de veras de procurar su gloria. Murió esta santa matrona, dechado de señoras casadas, á los treinta y tres años de edad en el mismo dia y hora que los cumplia; lo que bien puede atribuirse á favor especial de Cristo, que quiso se le asemejase hasta en los años la que estudió tan de propósito hacersele en lo demas semejante.

De lo dicho hasta aquí de esta ilustre señora y venerable sierva de Dios parte se declara con juramento por muchos testigos en los procesos auténticos de la vida y prodigios de su santa tia Mariana, y parte se refiere en un manuscrito de la madre sor Catalina de los ángeles su hija, carmelita descalza en el convento de Cuenca, quien al concluir la relacion de las virtudes de su madre, dice: *Esta es una reseña de las virtudes de mi santa madre, que de las interiores de su alma no era tan facil que las dijese á quien como yo era tan incapaz y de pocos años. Las cosas que aquí van dichas, eran notorias á todos los de casa, y para mas satisfaccion mia llamé á dos mujeres españolas que servian á mi madre, y les leí estos papeles, y me aseguran que todo lo que he dicho es mucha verdad; y asi lo firmo.= Catalina de los Angeles.* Escribió tambien la vida de la sierva de Dios el P. Pedro de Alcocer, célebre en la pro-

vincia de Quito, si bien no pudo darla á luz sorprendido por la muerte.

CAPÍTULO XI.

SANTA VIDA Y DICHOSA MUERTE DE LA ESCLARECIDA VIRGEN DOÑA SEBASTIANA DE CASO.

Nació Sebastiana en Quito á 15 de agosto de 1626, y como hermana carnal y legítima de doña Juana de Caso tuvo por padres á D. Cosme y doña Gerónima. De su niñez sabèmos muy poco, si es poco el saber que desde niña tuvo por directora á la virgen Mariana, sin que se sepa que jamas mostrase en aquel tiempo asomo de resistencia á cuanto le insinuaba su tia, siquiera fuesen los ejercicios de la penitencia mas dura: bien es verdad que le nacia tan del corazon el mortificarse, que no comprendian sus domésticos cómo pudiese en lo humano sustentarse una vida con tanto ayuno y tan escaso alimento. Su oracion era tan continua y fervorosa y su perseverancia en ella tan incontrastable, que todos á una voz afirman los testigos que era un vivo retrato de su tia Mariana de Jesus. Contaba aun poquisimos años de edad cuando hizo voto de castidad perpetua, profetizandole su santa tia, á quien se propuso imitar con aquel rasgo, los sinsabores y sobresaltos que habia de soportar por guardarle. Guardóle á pesar de todo con tan perfecta limpieza de alma y cuerpo, que no parecia sino que aniquilada en ella la carne, era por la virtud toda espíritu. Toda su vida tuvo por confesor y director al P. Juan Camacho, y por escuela de perfeccion la iglesia de la Compañía, donde se confesaba derramando siempre abundantes lágrimas de devocion y ternura.

Rayaba en los diez y nueve años de su vida, cuando el

capitan Cosme su padre empezó á sentir los reveses de la fortuna; pero con tal furia, que de rico llegó en breve á ser pobre, y de persona de estimacion y respeto á ser vilipendiado y tenido en poco, como sucede por lo comun á los que sufren algun gran contratiempo. No era la última de sus penas el ver que Sebastiana sola entre sus hijos quedaba sin estado y acaso sin esperanzas de tenerle segun su clase; pero bien pronto le consoló la providencia del Señor disponiendo que se la pidiese por esposa un personaje acaudalado y de sangre ilustre, el cual le dijo al pedírsela que desde luego renunciaba todo título ó derecho á la dote, como que de nada habia menester para hacerla feliz, y nada buscaba fuera de la virtud, nobleza y rara beldad que la naturaleza con mano pródiga habia depositado èn su hija: en lo cual no exageraba por cierto, siendo ella por confesion de cuantos la conocieron, una de aquellas bellezas que llevan su mayor recomendacion en sí mismas.

Vió el desgraciado capitan en esta peticion una prueba de que no le tenia olvidado el cielo, y sin pérdida de momento propuso á su hija la boda con todo el encarecimiento que le dictaba el deseo de verla feliz y de mejorar la propia suerte. No exigió de ella en la primera entrevista una resolucion definitiva; mas contando con la deferencia de quien jamas se habia separado de sus insinuaciones, y pareciendole un siglo cada hora de retraso, consintió en que se preparase el ajuar de costumbre y se compraran las joyas y galas indispensables para el dia que imaginaba cercano. Pero ¿con qué pudiera compararse la sorpresa de su alma, cuando al explorar de nuevo la de Sebastiana, y al decirle que todo estaba ya pronto y solo se aguardaba su consentimiento vió que ella reves-

tida de un espíritu semejante al de una Catalina, una Inés y una Bárbara decia con resolucion no esperada que ya tenia otro esposo mucho mejor que el que le preparaba su paternal cariño? Para cortar de raiz todo asomo de esperanza manifestó á su padre el voto perpetuo de castidad con que era ya de un esposo no menos celoso que amante, y añadió que moriria mil veces primero que ser infiel á su entrega. El estrago de improviso rayo es una pálida figura de lo que desconcertaron estas palabras el espíritu de D. Cosme; mas todo fue cosa de un momento, pues reflexionando que aquella seria veleidad de joven y no resolucion meditada, discurriendo que aun dado caso que existiese tal voto era muy facil su dispensa por haberse hecho en la niñez y sin el necesario conocimiento, y mas que todo esto viendose en tan grave compromiso por la palabra soltada ya y por su situacion cada dia mas penosa, despreció el reparo de Sebastiana, y como si nada hubiese dicho, confirmó el convenio, dió aviso á toda la parentela y recibió, segun lo merecia el caso, la mas cumplida enhorabuena. Asegurado y mas con tales pruebas el joven pretendiente pasó á visitar á doña Gerónima de Paredes, y no dudó apellidarse su yerno. Llegó todo á oidos de Sebastiana, y atravesada de pena y anegada en llanto volvió á desengañar á sus padres y repetirles que tenia un esposo que celaba su honor, y que antes de disgustarle elegiria mil muertes. En seguida fue á desahogarse con su tia Mariana y pedirle consejo, el cual se redujo únicamente á que se armase de constancia para pelear contra la voluntad de un padre, que se empeñaba en lo que no habia de conseguir. *Yo bien sé*, añadió, *que con casarte pudieras proporcionarle algun alivio; pero es antes perder la vida que faltar á la promesa que se hizo á Dios con la escritura de un*

voto. No llores, ni te acongojes, aunque veas contra tí á todo el mundo; de tu parte está el esposo, que te librará del riesgo, aunque sea quitandote la vida en premio de tu constancia. No llores; que yo sé que tú no te has de casar. Mañana iremos á comulgar juntas al colegio, y buscaremos algun remedio eficaz en el prudente dictamen de nuestro confesor.

Consoladisima se retiró Sebastiana llevando en el corazon aquel *no llores; que yo sé que tú no te has de casar;* palabras con que gozaba tanto su alma, como pudiera gozar con otras del todo opuestas una de las muchas doncellas que carecen de luz divina para conocer que hay en el mundo otra dicha superior á una buena boda. Amaneció el dia siguiente, y juntas se fueron á la iglesia de la Compañía en busca del P. Juan Camacho, el cual oyendo que ni lágrimas, ni súplicas eran bastantes para doblegar el ánimo de D. Cosme resuelto á llevar la empresa adelante sin reparar en el voto, le dijo con un sosiego y una autoridad que revelaban la inspiracion divina; *¿Por eso os afligís, señora? Pedid á vuestro esposo que atendiendo á su honra os quite, si no hay otro remedio, la vida, y os lleve á celebrar las bodas en la gloria.* Escuchó la inocentisima doncella á su confesor como á un oráculo, y retirandose despues de comulgar á la capilla de nuestra señora de Loreto (y no cabia lugar mas á propósito para tal negocio), postrada con humildad profunda, cubierta del velo y alentando lo mas posible su confianza en Maria le dirigió una súplica ardiente que yo temo desfigurar con mi lenguaje; pero que es forzoso recordar del mejor modo que se pueda, para edificacion y estímulo de alguna alma que por acaso (y no es muy dificil) se hallase en parecido aprieto. «Tan »amante sois, madre mia, le dijo, de la virtud amable de

»la pureza, que por conservarla hubierais renunciado el »ser madre del Altisimo. Vuestra humildad alegó por ra»zon para dudar si podiais serlo la guarda de la castidad, »y yo por imitaros en algo la ofrecí á mi Jesus con voto. »Conozco, señora, que estando firme en guardarle no re»nuncio tanto como vos, que renunciabais la dicha sin »segunda de ser madre divina; pero aunque renuncio tanto »menos, os consagro lo mas que puedo dar, que es mi vida. »Venga pues, madre mia, la muerte; venga en lo mejor »de mis dias, y sirvame de verdugo el amor de vuestro »hijo. Antes olvidada en un sepulcro teniendo á los gu»sanos por consortes, que acariciada en humanos brazos con »ofensa de mi Dios.» Tal fue la llama que salió del corazon de la enamorada doncella: esta fue su demanda, tan eficaz como encendida, pues apoyada tambien por los suspiros de Mariana de Jesus, que oraba al mismo tiempo en otro ángulo de la capilla, obtuvo con ventajas favorable rescripto. Apenas ofreció Sebastiana su vida en holocausto, se sintió acometida de una ardiente calentura. Su primera diligencia al verse agraciada como deseaba fue bendecir la bondad de Maria santisima, que la habia atendido y consolado tan pronto, y luego dar parte de la novedad á su confesor y á su tia Mariana, quienes con una santa envidia le dieron mil enhorabuenas porque se acercaba al desenlace feliz y deseado. Volviendo á su casa se fue flechada y sin cuidar de cosa alguna á su pobre lecho para esperar la muerte con mas gozo y entusiasmo que una doncella enamorada esperaria el dia del desposorio. Crecia por momentos el mal, sin que pudiesen atajarle los medicos, á quienes la encomendó con el ahinco que es de suponer el que se creia ya su esposo. Al quinto dia mandó ella llamar á su padre, y procurando templar una amargura que amenazaba robarle el

juicio, le suplicó por último favor de su vida que pues era pobre, se la enterrase como á pobre sin hacer gastos en su funeral, porque le bastaba lo que para una esclava fuera bastante. Rompieron estas palabras el dique al llanto y descompasados lamentos del infeliz padre, que á donde quiera volviese la vista, no encontraba sino motivos de redoblarlos, llorando sin consuelo todos á una los domésticos por lo mismo que veian á Sebastiana tan placentera como quien lograba al fin lo que le costara muchas lágrimas, y moria por eleccion y no por fuerza. Con el dolor que era natural, le dió su anciano padre la bendicion, y ella le besó la mano con el amor y respeto que le habia profesado siempre: otro tanto hizo con su buena madre despidiendose con suma paz y contento de todos los circunstantes, que juzgaban seria aquella la última noche de su vida.

Al amanecer del dia siguiente fue la virgen Mariana segun su costumbre á la iglesia de la Compañía, y mientras estaba en profundo recogimiento dando gracias á Dios por la fineza que usaba con su sobrina, fueron á decirle que ya espiraba; pero ella que sabia mejor el momento destinado, respondió muy tranquila que todavia daba tiempo, y acto continuo se dirigió despacio á casa y á la habitacion de la enferma, donde entró regocijada y festiva como que no podia disimular la parte que tomaba en la dicha de quien amaba con preferencia á todos los de su parentela. *Adelante, hija mia,* fueron sus primeras palabras, *adelante; que pocos meses me llevarás de ventaja. Por Pascua del Espíritu Santo de este año nos veremos en el cielo.* Y como si su sobrina se partiera á lugar conocido, le pidió que ofreciese á Maria santisima en su nombre mil obsequios y mil actos de gratitud; que diese infinitos recuerdos á su padre S. Ignacio de Loyola y á S. Francisco

Javier, sus principales amigos y protectores, y á otros muchos santos y santas con quienes mantenia finisima correspondencia. Retiróse despues Mariana, y á juzgar por el resultado hubo de anunciar á la enferma antes de ausentarse algun favor singular que le preparaba su esposo; pues llamando esta con semblante risueño á una mujer española que la habia criado y asistido siempre, le dijo con una eficacia de que en sana salud no solia hacer uso, que era preciso adornar cuanto antes con lo mas precioso que hubiese á la mano toda la habitacion y poner sobre una mesa una colcha y luego once velas encendidas. No pudo contenerse la buena mujer, y preguntando el por qué de aquella novedad, mientras iba ejecutando lo mandado, le respondió con angelical candor la moribunda que aguardaba una visita del cielo. No quedó con esto satisfecha la mujer, y con segunda pregunta llegó á sacar en limpio que la visita esperada eran las once mil vírgenes con la gloriosa santa Ursula. En efecto no se hicieron esperar mucho, rebosandole á Sebastiana por todo su rostro el júbilo que no le cabia en el pecho. ¡O cuán desabridos le hubieron de parecer entonces los gustos con que la brindaba la tierra! ¡Cuántos placemes y parabienes recibiria de cada una de aquellas heroinas, que antes de recibirla en sus coros celebraban que tan á su costa hubiese vencido al mundo y al apetito! Estaban los circunstantes, y entre ellos su confesor, atónitos, y embargada la respiracion observaban con profundo silencio los ademanes y demostraciones de la virgen moribunda, la cual sin verse todavia libre de la prision de la carne gozaba ya con los bienaventurados espíritus las delicias del cielo. Asi permanecieron hasta observar que sin inmutarsele el rostro, ni perder por un instante el reposo de su alma la entregó placidisima-

mente en manos del esposo, que para sí y nadie mas la habia criado, recibiendola como es de creer sin demora en su tálamo, acompañada de aquel ejército de ilustres mártires, para dividir con ellas por siempre las aureolas de virgen y de martir que le labró el amor á la pureza; siendo muy cierto el dicho de S. Ambrosio (1) que la misma virginidad es la que hace mártires á las vírgenes y les sirve de tirano.

Quedó tan hermosa difunta como lo habia sido en vida; lo que contribuía no poco á que se derramasen lágrimas en mayor abundancia por tan inesperada y temprana muerte. Solo Mariana no pudo derramar una siquiera, y eso que le entregaron el cadaver para que le amortajase con hábito de S. Francisco, que fue el que eligió su padre. Al empezar Mariana á pagar aquel último tributo de amor hácia su predilecta sobrina tuvo que arrancar con violencia de sus delicadas carnes los cilicios, que por el largo y continuo uso se habian introducido cruelmente en ellas; luego sacó de una pequeña caja las disciplinas que usaba teñidas en sangre; y con ellas en una mano y los cilicios en la otra se presentó á sus hermanos, padres de la difunta, y les dirigió en estos términos la palabra: «Querer quitar á Je»sucristo su esposa Sebastiana fue lo mismo que malograr »en flor su vida. Ella consagró desde muy tierna á Dios »su virginidad con voto perpetuo y os rogó muchas veces »que no le pusieseis estorbo á su observancia; porfiasteis »por casarla; os avisó de que su esposo celaba mucho su »honor; pero vuestra insistencia no tenia límites, porque »os instigaba la pobreza: pues bien, ahí teneis las resul»tas. Muy digno era por cierto el caballero que la preten»dia; pero anticipóse el rey de la gloria y poseyó sin ri-

(1) Lib. de la virginidad hácia el fin.

»val sus amores. Su fineza para con él no pudo mejorar-»se; y una excelente prueba la teneis en estos instrumen-»tos de su martirio. No bastó para alcanzar que cesaseis »de perseguirla el sacrificio de su cuerpo, y hubo de ha-»cer al esposo el de su vida. Testigo soy de sus lágrimas, »de su oracion y del favorable despacho que recibió de »Maria santisima de Loreto. Vosotros le habeis abierto el »cielo por ventura sin pensarlo. Su belleza está asegura-»da para siempre, y no teneis por qué llorarla. Sois sus »padres y principales herederos: aquí teneis estos ásperos »cilicios y crueles azotes; vuestra es la sangre que los »mancha, y ellos eran los únicos tesoros de vuestra hija.» Estas palabras pronunciadas con una dignidad superior por la virgen Mariana, que merecia á sus hermanos veneracion no ordinaria, fueron correccion, aunque tardía, y lenitivo de antiguas penas para aquellos padres que adquirieron nueva seguridad de que tenian en el cielo una eficacisima intercesora.

Y todas las apariencias por cierto eran de que no se engañaban; porque siendo asi que la enfermedad habia durado solo seis dias, durante los cuales no la visitaron personas extrañas, apenas espiró, se vió divulgado por toda la ciudad milagrosamente su feliz tránsito con mil otras circunstancias prodigiosas. En el instante mismo que exhalaba el alma, entraron en su casa muchas indias enviadas del convento de santa Clara con una guirnalda y una palma riquisima y vistosos ramilletes, para que todo sirviese como de divisa y emblema de su constancia y victorias. Muchas señoras principales, de quienes no era conocida Sebastiana por su recogimiento y modestia, llenaron toda la casa de aromas, rosas y claveles. El ilustrisimo señor D. Fr. Pedro de Oviedo, obispo á la sazon de Qui-

to y luego arzobispo de Charcas, envió una riquisima colcha para adornar con decencia el féretro. Y es cosa cierta que no precedió alguna humana diligencia que solicitase estos obsequios; por lo que hubo muchos que opinaron deber atribuirse á los ángeles, que con su inspiracion trataron de festejar á su eterna compañera. Se dispuso en efecto con tales preparativos un funeral muy lucido en la iglesia de los padres de S. Francisco, de que era síndico entonces el padre de la difunta, principalmente por haber llevado ella en vida el cordon y escapulario de la tercera orden segun consejo de su confesor el P. Juan Camacho. Acudió, como era de esperar, un concurso que dejó á la ciudad casi despoblada, y fue espectáculo de ternura y consuelo la santa porfía de las gentes por llegarse á venerar el cadaver y alcanzar alguna cosa que le perteneciese, para guardarla como preciosa reliquia.

Suele la muerte, al paso que reduce á cenizas el cuerpo, sepultar en el olvido la memoria de sus víctimas; pero esta ley parece no hablaba con Sebastiana, cuyo cuerpo se halló incorrupto al cabo de muchos años, y cuya memoria vive fresca y gratísima en Quito y en otros puntos en que plugo al Señor honrarla con reiterados portentos. Lo uno y lo otro se declaró auténticamente en una relacion remitida á la ciudad de Lima por el M. R. P. Fr. Fernando Cozar, provincial que fue de la provincia de Quito, con las siguientes palabras: «Al cabo de nueve años de »sepultada, abriendo el nicho para enterrar á otra parienta »suya, la hallaron habrá unos veinte dias tan entera y fle»xible como si acabase de espirar. Muchos religiosos re»fieren maravillas de esta sierva del Señor; y somos to»dos de parecer que debe trasladarse á otro sitio distin»guido, porque abrigamos la esperanza de que Dios ha de

»hacer gala de sus misericordias por la intercesion y méri-»tos de su sierva.» Murió esta venerable virgen á los diez y nueve años de su edad aun no cumplidos en el de 1645, y su cuerpo se trasladó en efecto á lugar mas decente, gozando de este inestimable tesoro los padres de S. Francisco. Muchas de las cosas referidas aquí las he sacado del breve resumen que escribió el reverendisimo P. Fr. Diego de Córdova Salinas en el libro V, capítulo 18 de la Crónica peruana, y otras de los procesos auténticos de la vida y milagros de la beata Mariana de Jesus, su tia y amantisima maestra.

Dichosa una y mil veces Sebastiana, que mereció coronarse del iris de variedad de virtudes (1); pero sobresaliendo la riquisima perla de la virginidad; y dichosa tambien la doncella que leyendo estas páginas admire y envidie las finezas de correspondencia que ofrece el esposo de las almas á quien se resuelve, aun á costa de la propia vida, á seguirle y amarle, renunciando por su divino tálamo una vez conocido el hechizo de los bienes y deleites con que la brinda el mundo.

Pero ya es tiempo de anudar otra vez el hilo de nuestra historia y penetrar en el retiro de Mariana de Jesus, de donde nos apartó por un momento un acto de justicia para con ella, celebrando, aunque de paso, los frutos de su celestial ejemplo.

(1) Apocal., c. IV, v. 3.

LIBRO SEGUNDO.

SU VIDA Y ASPERISIMA PENITENCIA EN EL RETIRO DE SU CASA.

CAPÍTULO I.

INDUSTRIAS DE LA VENERABLE VIRGEN MARIANA CON QUE PROCURA TENER LA IDEA DE LA MUERTE POR DESPERTADOR CONTINUO PARA ENTREGARSE Á LA PENITENCIA.

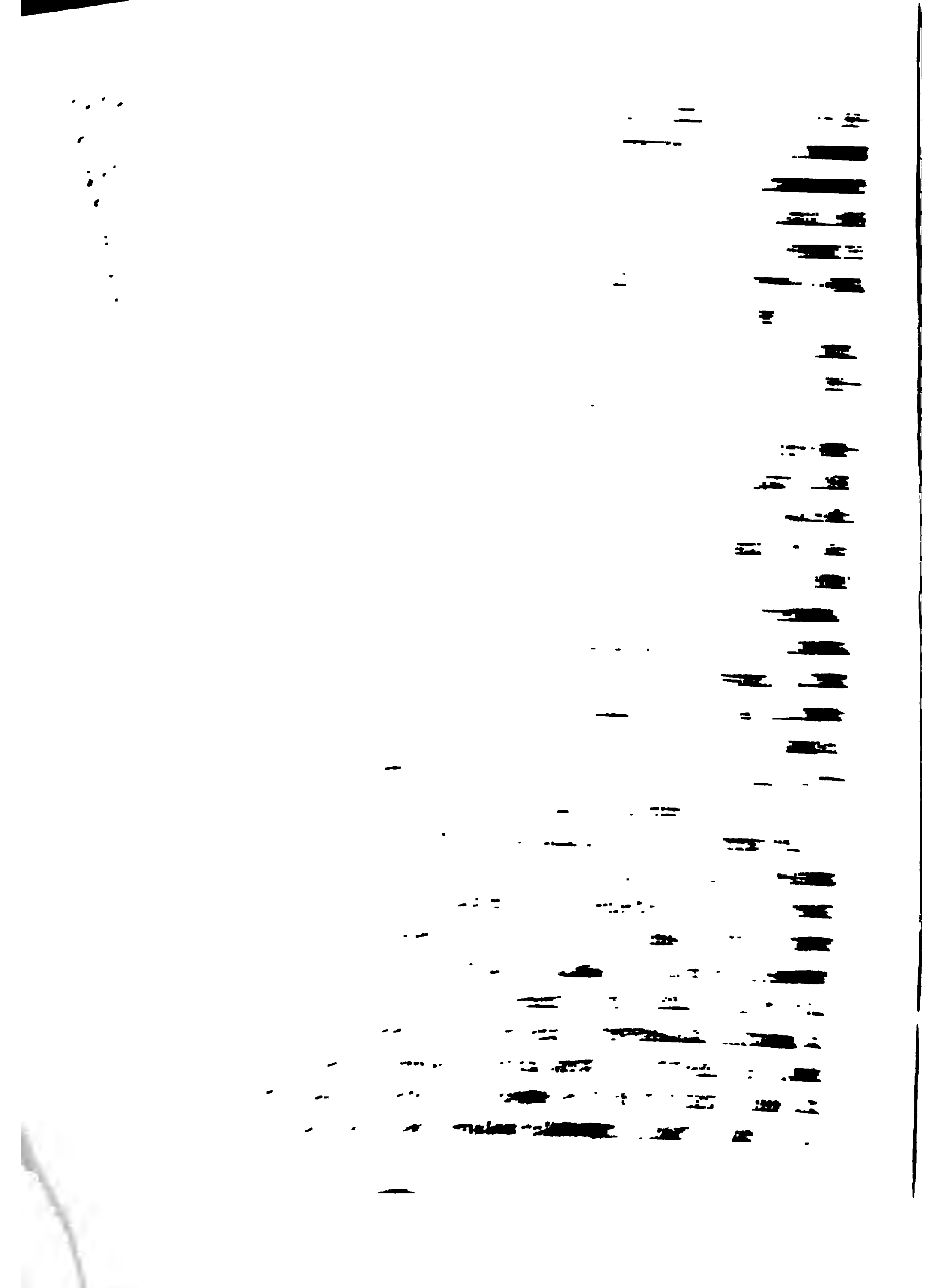
Doce años y nada mas contaba Mariana, cuando con el último á Dios á todas las cosas del mundo se encerró en soledad voluntaria en su propia casa para casi no salir sino catorce años despues, y no á fin de habitar en compañía de aquellos á quienes abandonó una vez sobre la tierra, sino para vivir con los moradores del cielo, que eran sus verdaderos compatricios. En aquella patria feliz tenia puestas sus ansias; y como el ocupar en ella un lugar preferente y distinguido se reserva solo á quien se niega á sí mismo y se aborrece en esta mansion de llanto, entró en aquella soledad resuelta á hacerse continua violencia, enfrenar sus inclinaciones y macerar sin tasa su delicado cuerpo con todo género de asperezas. No se ocultaba á su penetracion la dificultad de la empresa y lo expuesta que pudiera verse á desmayar en tan ardua senda una niña, á quien por orden natural debian de quedar aun luengos años de vida, ó que podria pensarlo asi por lo menos á todas horas. Atormentabala esta idea no poco, y si bien encontraba en su enamorado corazon motivos para creer que aquel amor que la llevaba á espontaneo martirio, le conservaria el aliento y la firmeza necesaria para no desmentirse á sí misma; creyendo sin

embargo que de su parte estaba el proveerse de algun arma poderosa para conquistar la corona de la perseverancia, la encontró en la meditacion de la muerte. Sí (exclamaba gozosa, como si hubiese descubierto un tesoro), sí que juzgaré desde hoy que cada penitencia es la última de mi vida; que me restan ya pocos años; que en cada dia, en cada hora, en cada instante puedo exhalar mi postrer aliento. Me consideraré muerta ya y pensaré que con la muerte tuvieron fin el destrozo y la amargura de la penitencia; y si esto no, al menos juzgaré de mí siempre como quien está para morir; y ni los rigores de la penitencia me arredrarán, ni su duracion será capaz de producir en mí otra cosa que nuevo ardimiento para proseguir como si estuviera siempre al principio.

Como lo ideó pues, asi lo puso por obra. Colocó en la primera pieza de su habitacion la caja ó ataud de que hice mencion arriba, y dentro de él un madero largo figurando un cuerpo muerto, y le cubrió con el tosco sayal de S. Francisco á manera de mortaja. Por cabeza le puso una calavera, en el pecho un crucifijo y al extremo donde correspondian los pies, unos zapatos; de suerte que aquella figura tenia el aspecto de un cadaver verdadero. Tan horroroso huesped decia Mariana que era su retrato al vivo, y que le tenia prestado aquel hábito, que habia de pedirle á su tiempo para bajar á la tumba. Y dije horroroso huesped, porque era tal verdaderamente. Quiso ver un dia el cuarto de Mariana doña Josefa Finco, dama muy noble de Quito, llevada de curiosidad mujeril, y no sabiendo cómo conseguir que la solitaria se le enseñase, acudió para su mal al confesor de la misma, quien la mandó que diese á aquella señora el gusto que deseaba. Inclinó Mariana la cabeza á la obediencia á costa de su humildad, y franqueó

su retiro á la dama; la cual viendo de repente á pocos pasos aquel espectáculo concibió tal sobresalto, que cayó desmayada en tierra sin tener valor despues para llevar su curiosidad adelante; en lo cual favoreció á Mariana su esposo, pues le habia pedido que no permitiese á nadie ser testigo de sus maceraciones con la vista de tantos y tan penosos instrumentos que estaban repartidos por las paredes.

Pero ella no se espantaba por tan poco; y poniendo de noche el féretro en la mitad de la sala con una vela encendida, á cada lado se entregaba á su vista á la meditacion profunda de los horrores de la muerte; y leyendo en aquel elocuente libro la inconstancia de la vida y la vanidad del mundo se repetia á sí misma: «En esto has de parar, Mariana, y aquí recogerás lo que en vida sembrares. ¡Desdichada de tí, si no vives como en la muerte quisieras haber vivido! De nada pueden servirte galas, deleites y hermosura sino de lazos para perderte. Tu cuerpo será tu compañero en la gloria, si ahora le tratas como á enemigo. ¡Dichosos en la muerte los miembros que en vida no tuvieron descanso! Muere pues, muere á tí misma, y vive toda y solo para tu Dios.» Embebida largo rato en esta consideracion, de que sacaba siempre mayor desengaño, nuevo fervor y mas sincero despego de todo lo criado, con mayores ansias de hacer penitencia se levantaba de repente como para concluir, y llorando y sollozando tomaba un poco de agua bendita y rociaba el esqueleto diciendo al mismo tiempo: *Dios te perdone, Mariana; ¿dónde te habrá cabido la suerte? ¡O vida eterna! ¡O muerte eterna!* Lo mismo repetia cada vez que entraba ó salia de su aposento; y si alguna vez la visitaba su hermano Fr. Gerónimo de Paredes, ó su primo Fr. Lorenzo Fernandez, ambos religiosos de



que quiere de mí? Yo estoy aprendiendo á morir: haga V. lo mismo, si quiere salvar su alma. Dicho esto corrió de nuevo el velo hasta el pecho; y el temerario sin saber por dónde escapar, avergonzado y lleno de miedo como si hubiese visto una fantasma, corrió hácia la sacristía, donde le aguardaba un amigo, el cual escuchando el caso y sabiendo quién era Mariana le trató de demonio, que se habia atrevido á tentar en la iglesia á un angel; y desde aquel punto abandonó su amistad. ¡Dichoso él si aprendió la importantisima leccion que le dió Mariana, y que tan necesaria es á todo mortal, de tener presente la muerte como consejera de la vida, y cuyo dictamen nunca yerra!

Tan convencida estaba de esta verdad Mariana, que inventó una nueva traza para no apartar jamas de sí su memoria y estímulo poderoso. Es el espejo el idolillo de las mujeres que son ó quieren parecer lindas, y con empeño, bien que no pocas veces inutil, le visitan casi sin cesar para mejorar, si es posible, la obra de la naturaleza. No podia pues estar sin espejo la habitacion de Mariana; pero tan distinto del que adorna los gabinetes mundanos, cuanto distaba el objeto de una virgen toda santidad y espíritu del de una mujer toda vanidad y deseo de agradar á los ojos del cuerpo. Queria Mariana que su espejo solo sirviese para el alma; y asi mandó pintar en un pequeño lienzo una cabeza de mujer, pero de tal forma, que la mitad del rostro de arriba abajo era un pasmo de hermosura, y la otra mitad estaba medio corrompida y llena de gusanos y sabandijas. Mirabase en este espejo con toda detencion y con orden. En primer lugar contemplaba la parte sana y hermosa, y se imaginaba que hubo un tiempo en que los mas vivos colores alegraron aquella vista, las voces mas armoniosas deleitaron aquel oido, los mas fra-

gantes aromas recrearon aquel olfato, y regalaron aquel gusto los mas exquisitos manjares: pasaba de contado á comparar tanto goce con la parte de cadaver gusaniento; lo que equivalia á cotejar con la eternidad el tiempo, con la belleza la fealdad y con el placer la muerte; y sacaba por consecuencia que lo que era hermosura, pasaba en breve á ser podredumbre, lo que era atractivo, á ser horror, lo que era oro, á ser fango. Con aguijon tan poderoso y continuo facil es de comprender que Mariana no corria, sino que volaba por el sendero de la penitencia, por el que se propuso llegar como por un atajo al perfecto amor de su esposo.

CAPÍTULO II.

RÍGIDA DISTRIBUCION DE LAS HORAS DEL DIA Y DE LA NOCHE ENTABLADA POR MARIANA EN SU RETIRO.

La memoria ó mas bien la presencia continua de la muerte servia como de despertador al alma de Mariana, que bien pudiera compararse á un reloj perfectisimo; y como en reloj que sea tal, todo es orden y concierto, asi la vida de esta inocente criatura era una serie de acciones ordenadas, á que la conducia con el mayor fervor y prontitud aquella idea siempre fija. Encontróse entre sus papeles y escrita de su puño una distribucion de las horas del dia y de la noche, en que no dejaba un solo momento al ocio, que suele ser el portillo por donde entra la tibieza. Hubo sin embargo de preferir á este reparto de horas el que le fijó la obediencia en un papel que tambien se encontró, escrito por su confesor el P. Camacho, pero de tanta rigidez, que no hubiera dejado que desear á un perfecto anacoreta. Señalabale entre dia y noche cinco horas de oracion

mental, dos disciplinas y cilicios todos los dias y cuatro horas de sueño; y aunque por obedecer le observó puntualmente algun tiempo, como que aspiraba á mayor vuelo su espíritu, pidió licencia al padre para someter á su juicio otra distribucion ideada por ella, y obtenido el permiso, y comunicandolo con el santo hermano Hernando de la Cruz, de quien hablaré á su tiempo, escribió una vaciada enteramente en el molde del amor de su esposo, que fue la que observó en los breves años que le duró la vida, y que sacada verbalmente de la que se encontró de su misma letra, es como sigue.

«A las cuatro me levantaré, haré disciplina, pondréme »de rodillas, daré gracias á Dios, repasaré por la memoria »los puntos de la meditacion de la pasion de Cristo. De cua»tro á cinco y media oracion mental. De cinco y media á seis »examinarla; pondréme los cilicios, rezaré las horas hasta »nona, haré examen general y particular, iré á la iglesia. De »seis y media á siete me confesaré. De siete á ocho el tiempo »de una misa prepararé el aposento de mi corazon para reci»bir á mi esposo. Despues que le haya recibido, el tiempo de »una misa daré gracias á mi Padre eterno por haberme dado »su Hijo, y se le volveré á ofrecer, y en recompensa le »pediré muchas mercedes. De ocho á nueve sacaré ánimas »del purgatorio, y ganaré indulgencias por ellas. De nueve »á diez rezaré los quince misterios de la corona de la madre »de Dios. De diez, el tiempo de una misa me encomendaré »á mis santos devotos, y los domingos y fiestas hasta las »once. Despues comeré, si tuviere necesidad. A las dos »rezaré vísperas y haré examen general y particular. De »dos á cinco ejercicios de manos y levantar mi corazon á »Dios; haré muchos actos de su amor. De cinco á seis lec»cion espiritual y rezar completas. De seis á nueve ora-

»cion mental, y tendré cuidado de no perder de vista á »Dios. De nueve á diez saldré de mi aposento por un jarro »de agua, y tomaré algun alivio moderado y decente. De »diez á doce oracion mental. De doce á una leccion en al- »gun libro de vidas de santos y rezaré maitines. De una »á cuatro dormiré, los viernes en mi cruz, las demas no- »ches en mi escalera: antes de acostarme tendré disci- »plina. Los lunes, miércoles y viernes de los advientos y »cuaresmas la oracion desde las diez á las doce la tendré »en cruz. Los viernes garbanzos en los pies, y me pondré »una corona de cardas y seis cilicios de cardas: ayunaré »sin comer toda la semana. Los domingos comeré una onza »de pan, y todos los dias comenzaré con la gracia de »Dios.» Esta es la distribucion de horas y de ejercicios, que desde que se la propuso, no alteró jamas hasta la muerte, como no fuese por alguna de las tres causas que señala para dispensarse el padre S. Buenaventura, y eran la caridad fraterna, la obediencia á quien tenia en lugar de Dios, y la necesidad, por la cual á veces, viendose sumamente enferma y desprovista de fuerzas, tenia precision de aflojar un poco en tan rígido tenor de vida.

No le creia tal Mariana, á quien siempre parecia hacer poco y padecer menos, segun aquel dicho de S. Agustin, que quien ama, no padece; y permitió el Señor que nos quedase una excelente prueba de esta voluntad pronta en un papel, tambien de su letra, en el cual pide á su padre espiritual licencia para añadir penitencias en un adviento sin alterar su distribucion; y á la letra dice asi: «Padre »mio: Si V. P. gusta de darme licencia para añadir á »mis penitencias que ahora hago este adviento: siquiera »estaréme en cruz todas las noches desde las seis hasta »las siete, y los lunes, miércoles y viernes con garbanzos

»en los pies. Disciplina todas las noches á las once, á la »una y á las cuatro. Cilicios, los de cardas todos los dias »y tormentos en los brazos y muslos con unas cuerdas »de cerdas, y un cilicio de alambre de cuatro vueltas en »la cintura desde la víspera de Todos santos hasta la vís»pera de Pascua, si Dios es servido. En los ayunos la »regla que mi padre me dejó, de comer cuando la nece»sidad me obligare. Padre mio, vealo V. P. muy bien; que »yo no tengo de hacer mas que lo que V. P. me man»dare: comuniquelo con su majestad, que él se lo ins»pirará si fuere su voluntad; que yo no deseo otra cosa »sino es que toda Mariana le sea agradable á sus ojos, y »plegue á Dios que sea para mayor gloria suya. Amen.»

El solo formidable tenor de vida que se describe en estos dos papeles escritos por Mariana y observados por ella á costa de su inocente carne hasta morir, es muy capaz de hacer que se conciba una alta idea de la inaudita penitencia á que la obligó el amor, estimulado y aguijoneado por decirlo asi de la presencia de la muerte; pero no está aquí todo lo que yo me he propuesto en este libro, y si no pasase adelante, daria á mi lector por un momento la vista de un gran mapa sin dejarle tiempo de ver mas que el diverso colorido y el contorno del pais que figura. Es forzoso pues que para gloria de aquel Dios que coloca su virtud y gracia en vasos quebradizos, que presta su fortaleza á los que confian en él, y que obra maravillas en sus santos segun las sagradas letras, entremos á considerar parte por parte el delicioso á la par que horrendo pais que representa este gran mapa, y veamos lo que pudo el amor que le delineó con su dedo.

CAPÍTULO III.

CRUELES DISCIPLINAS CON QUE CASTIGABA MARIANA SU DELICADO CUERPO.

No era la disciplina un instrumento nuevo para la solitaria Mariana. Conociale y le manejaba desde la edad de cinco ó seis años, si bien, como ya dije en el libro anterior, cuando se azotaba en el bosque de Saguanche y en el huerto de su casa, echaba mano de lo que tenia mas cerca, sin reparar en si eran ortigas, abrojos ó agudisimas espinas. Golpeabase cruelmente un dia en su cuarto y en aquella tierna edad con no sé qué instrumento, y entrando de repente una antigua doméstica, llena de pasmo al considerar tanta crueldad contra tan debil cuerpecillo le preguntó si no le dolian los azotes. *Y ¡cómo que si me duelen!* respondió bien lista la niña: *pero yo los tomo por mis pecados; y solo te suplico por Dios y por su amor que no se lo cuentes á mis padres y que me guardes el secreto.* Si tales eran sus aceros en edad tan temprana; ¿cuál seria la robustez de su corazon y la de su brazo en adelante? Digalo el P. Juan Camacho, que escribiendo una carta sobre sus virtudes á quien debia pronunciar la oracion fúnebre ó mas bien el panegírico de la sierva de Dios, dice: *Sus penitencias, mientras la regí yo, fueron raras y mayores que las que naturalmente parece pudiera tolerar un cuerpo debil; si bien por estar persuadido despues de mucha atencion y examen de que eran inspiradas de Dios se las permití.*

Su aposento pues en la parte mas retirada en que habitaba de continuo, era una espantosa armería. Disciplinas de cuerdecilla, unas sencillas, otras armadas en la punta de estrellitas de acero y muy agudas, manojillos de varas

de membrillo y de ortigas, cadenillas de hierro, cilicios de toda clase de alambre, de cerdas, de cardas y de hierro, cruces de varias hechuras y de diferentes tamaños, todas en extremo penosas, y por último camas de distintos géneros, pero instrumentos á cual peor de desapiadado martirio. Y en cuanto á las disciplinas, que es de lo que ahora trato, las ordinarias eran dos cada dia y tres las extraordinarias, sin que pasase semana en que su fervor no añadiera alguna; y hubo un tiempo muy notable en que se azotaba cinco veces al dia; lo que hubiera practicado siempre á no haberla contenido su padre espiritual. Para que fuese mas sensible el mal trato de su cuerpo, variaba siempre de azote, y unas veces preferia la disciplina de cuerdecilla por parecerle el golpe mas doloroso y de menos ruido, otras la misma, pero armada de puntas de acero, y otras la de cadenillas de hierro con agudos garfios. Mas en todo caso y con cualquier instrumento era tan desapiadada la flagelacion, que horrorizaba oir los golpes, se estremecia toda de pies á cabeza, el suelo quedaba hecho un lago de sangre y las paredes salpicadas de alto abajo. Estas infinitas y menudas gotas impresas en la pared no podian borrarse facilmente; por lo que permitió el Señor que quedasen allí hasta despues de la muerte de Mariana y sirviesen de ejemplo y confusion á muchisimos que las vieron y las veneraron como preciosas reliquias. Mas facil era disimular sus rigores haciendo desaparecer de los ladrillos el rastro de su destrozo; para lo cual ideando que de nadie mejor pudiera servirse que de sus inocentes sobrinitas, mientras eran pequeñas, se valió de ellas mandandolas calentar antes el agua y luego lavar y raer el suelo con unos estropajos que tenia prevenidos al efecto. En adelante cuando las sobrinas eran ya adultas, em-

pezó á valerse de ciertas indias ancianas y calladas para el mismo ejercicio de lavar los ladrillos, y permitió el Señor que le sobreviviesen, para que de su boca supieramos el rigor increible de su penitencia.

Pero si eran crueles y sangrientas las disciplinas de cuerda y las de estrellas y hierro, no lo eran menos las de ortigas. Quitaba las hojas á estas plantas, y formando un manojo de las varillas á que estaban fijos los nudos, á imitacion de la santa virgen Teresa de Jesus, descargaba sobre sus virginales miembros tales y tantos golpes, que quedaban hechos una llaga. En los advientos, como consta en el papel que he trasladado, y en las cuaresmas redoblaba las disciplinas. Solemnizaba con ellas y con cilicios las vísperas de los santos de su mayor devocion, y en la semana santa se enfervorizaba tanto, que por copiar en sí misma la imagen de su Jesus azotado de pies á cabeza no habia parte alguna de su cuerpo en donde no descargase el azote. Sus espaldas el jueves y viernes santo eran un arroyo de sangre; pero con un memorable prodigio depuesto en el proceso por una confidente suya, religiosa de santa Clara, cuando le refirió; y es que las espaldas heridas y maltratadas el jueves santo aparecian el viernes tan tersas y sin lesion como si nunca las hubiera martirizado; con lo que se sentia animada á hacerlo de nuevo en aquel dia solemne, pero de un modo mas cruel y terrible.

Bien es verdad que por mucho que apretase la mano, nunca parecia á Mariana bastante el dolor de los golpes, y anhelando cada dia á mas padecer inventó lo que no sé que se lea de algun santo en edad tan tierna. Tenia ella por singular confidente á aquella Catalina, que como dije poco há, la sorprendió azotandose, y solia darle la

incumbencia de arrojar en un arroyo los manojos de ortigas empapados en sangre: conociendo bien á fondo su sencillez por una parte y por otra el amor que le profesaba, y esperando poder aprovecharle para conseguir cuanto quisiese, la asaltó un dia con la singular pretension de que la azotase. Sorprendida la buena india á la idea sola de ejercer semejante crueldad con su señorita, empezó, como era natural, á excusarse diciendo que ella no era verdugo, sino esclava fiel de su amada señora. Pero esta, que habia concebido su plan util á entrambas, rogó, instó y porfió tanto, que al cabo Catalina hubo de empuñar el azote. Gozosa sobremanera Mariana retiró la luz, desnudó la espalda y empezó á recibir la descarga de rodillas. A los dos ó tres primeros y débiles golpes contuvo la mano la pobre Catalina, que mejor hubiera querido ver trocada la escena, y suplicó de nuevo á su ilustre é inocente víctima que por Dios la dejase en paz y no le acrecentase el dolor que ya tenia oyendola castigarse tres veces cada noche de propia mano. *No, Catalina, no,* dijo la penitente, *no te canses: prosigue y armate de furor contra mí, que con esto me ayudas á subir á la gloria; y te aseguro que si me veo en ella y tú lo sabes, habrás de gozar no poco de haber sido instrumento de mi dicha.* Violentada asi Catalina prosiguió haciendo como mejor pudo lo que no hacia antes con blandura por falta de fuerzas. Duraron aquella funcion y aquel diálogo de nueva especie por largo rato, al cabo del cual no quedando que desear á Mariana, bañada toda en su propia sangre, mandó cesar á su bienhechora, de quien obtuvo en lo sucesivo el mismo favor otras muchas veces.

De lo muchísimo que agradaban estos extremos amorosos á aquel Señor que tenia en sus tesoros bienes inesti-

mables para premiarlos á su tiempo, podrá convencerse el lector, si considera que todo este destrozo y carnicería se ejecutaba en un cuerpo que jamas habia sido instrumento de culpa: pero no puedo dejar de referir un hecho que consta en los procesos, y que es prueba excelente de que en el cielo se aprobaban y bendecian tales extremos.

Un domingo de cuaresma del año 1645 predicó en Quito á los indios en su lengua nativa el apostólico varon padre Gabriel de Arzola, y en lo mejor del sermon exclamó de repente: *¡Ay, Quito, Quito! ¡Cómo temo que tus culpas te han de sumergir y destruir!* Aquella misma noche un imbecil que andaba por la ciudad y era la risa del pueblo, salió gritando por las calles, sin que nadie fuese capaz de contenerle, que á la media noche habia de quedar asolada, y que asi se lo habia dicho el Espíritu Santo; y aunque conocian al profeta, sin embargo como sabe el Señor valerse para anunciar verdades ó castigos hasta de irracionales, y como argüia á muchos la conciencia, los mas creyeron que en efecto aquel tonto era como otro Jonás para Quito. Unos pues mas temerosos salieron huyendo de poblado; otros mas cuerdos dejaron sus casas antes de la media noche y recorrieron las calles pidiendo á voz en cuello misericordia y azotandose cruelmente. Abrieronse las iglesias, en las que se expuso el santisimo sacramento, y á su presencia se hicieron muchisimas confesiones, y se restituyó mucho de lo que se debia asi de honra como de dinero. Acrecentaronse no poco la zozobra y el conflicto con lo que dijeron algunos, y fue haber oido dar por dos veces las doce menos cuarto en el reloj. En tan terrible situacion, que solo extrañará quien no sepa lo que es un pueblo, acudieron varios parientes de Mariana á su cuarto, y la suplicaron alcanzase del Señor la suspension del cas-

tigo. Recibiólos ella con palabras de consuelo y los exhortó á que confiasen en la divina misericordia; con lo que los despachó mas animados; pero apenas se quedó sola, entró en su último retrete, y empezó á descargar sobre su inocente cuerpo tal lluvia de fieros golpes y á suplicar con tantos sollozos y lágrimas á su esposo que aplacase sus iras, que desde la calle se percibia uno y otro, sus gemidos y sus azotes. Decidida estaba á no cesar hasta haber reprimido como otro Moisés con el vigor de su brazo la amenaza del divino; mas penetrando con ilustracion clara y no ordinaria las miras del Señor en permitir tan extraño suceso, que solo se dirigia á obtener contricion de muchas culpas, cesó de disciplinarse y envió á decir á sus parientes de parte de su celestial esposo que ya podian estar tranquilos. ¿Y podrá ponerse en duda que á Jesus agradaba la sangre de Mariana?

Bien lo manifestó él mismo con un milagro permanente en los dias de esta inocente virgen. Nadie ignora que la sangre humana extraida del cuerpo, cuando se descompone y corrompe, como otra cualquier materia animal produce olor desagradable. Ahora bien los ladrillos del pavimento en que se postraba Mariana, estaban por mas que se lavasen, siempre saturados de sangre: su cuerpo fue toda su vida una sola llaga, y arrojando sangre sin cesar, era forzoso que de esta se empapasen los vestidos y que con el tiempo se corrompiese; sin embargo su aposento, sus vestidos y su cuerpo exhalaban exquisita fragancia con admiracion de cuantos dentro y fuera de casa sabian que jamas hizo uso de perfumes.

CAPÍTULO IV.

RIGOR ESPANTOSO DE SUS CILICIOS.

Como las llagas de Mariana eran hechura del amor, al amor le tocaba vendarlas; y lo hacia con cilicios, pero tan ásperos y crueles, que solo el leer su descripcion aturde y espanta. Pasaron de treinta los que se hallaron despues de su muerte, unos de asperisima cerda, otros de puntas de alambre, de eslabones de hierro, de cadenillas de acero armadas de puntas, de rallos y de cardas muy menudas y penetrantes. Ansiando ella siempre que todos sus miembros dieran gloria á su Dios, los sentenció uno por uno á singular martirio, á excepcion de la cara y garganta, porque nadie echase de ver su tormento. Tenia para la cabeza dos coronas, una de cardas y otra de hierro, ambas con agudas puntas retorcidas hácia la parte de dentro; y para que estas hiciesen mejor su oficio, se rapaba casi á navaja dejando solo un poco del cabello sobre la frente por disimulo. No todos los dias hacia uso de estas coronas, pero sí con gran frecuencia, en particular los viernes; y solo Dios sabe con qué tormento, sobre todo al hablar, bostezar y estornudar, le atravesarian el delicado cutis. Cierto que la paciente estaba bien lejos de quejarse ó de creerlo una gran cosa, como lo dió á conocer en el siguiente caso. Iba ya á salir una mañana de su casa para ir á recibir al Señor en la iglesia de la Compañía con dos mujeres devotas que desearon acompañarla al sagrado convite, y aunque llevaba segun costumbre vendada la cabeza, no reparó en algunas gotas de sangre que vertia de la frente. Repararonle las compañeras, y aunque al principio no se atrevieron á decirle una palabra, aumentandose despues las gotas y cayendo

una en la mano de Mariana, le preguntaron á tiempo y con presteza qué era aquello. *No es nada,* respondió ella, *no es nada; aguardad un poco;* y volviendo á su cuarto se limpió bien, mudó el vendaje, y con la mayor serenidad se puso de nuevo en camino. Y por cierto que si para Mariana no era nada aquel tormento por la vehemencia de su amor, fue muchisimo para quien en su última enfermedad le registró la cabeza y la halló con asombro toda llagada, y despues de su muerte encontró la corona llena asimismo de viva sangre.

Para el pecho y las espaldas inventó cilicios de varias clases; y á fin de que no quedase en estas partes lugar alguno sin su dolor propio, compuso una especie de jubon de cerdas, que entre el calor que naturalmente ocasionaba y las picaduras de sus puntas hubiera parecido insufrible á raiz de la carne á la persona mas sufrida y robusta. Poniase ademas á manera de estola una larga cadena de hierro entreverada de agudas puntas, y le daba cuatro vueltas al rededor del cuerpo. Usaba en cada brazo dos cilicios de alambre grueso, que alternaban ó con unas fajas de cardas, ó con unas cuerdecillas con que solia ligarse uno y otro brazo con tanta fuerza, que al desatarlos le quedaba profunda señal y por largo tiempo no podia servirse de ellos. Fajabase la cintura con una especie de pretina de alambre ó con cordeles de cerdas anudados: para los muslos servian otros cilicios de alambre, cardas y cerdas, y para las piernas los mismos instrumentos con que atormentaba los brazos. Mas como con tanto aparato de cilicios quedaban sin su tormento propio los pies, inventó hacer dos plantillas de cera, y engastando en ellas duros garbanzos metialas dentro del calzado y caminaba asi los lunes, miércoles y viernes en su única excursion á la igle-

sia de la Compañía. Equivalia esta invencion al mas penoso cilicio para un pie tan delicado y sensible como el de Mariana; y bien lo conocian en su paso lento y poco firme, aunque no supiesen la causa particular, los colegiales del seminario de S. Luis, que por estar enfrente del pórtico de la iglesia de la Compañía la veian entrar y salir diariamente. Adivinaban sin embargo en general el motivo por que andaba de aquella suerte, y atribuyendolo á los cilicios la tenian en tanta veneracion, sin conocerla de cara, que uno de ellos que llegó despues á ser párroco de S. Roque, en la declaracion que hizo con juramento de la santidad de Mariana, afirma que cuantas veces entraba en la iglesia de la Compañía y la divisaba en su rincon, hacia primero reverencia al santisimo sacramento, y luego volviendose hácia ella se la hacia tambien profunda.

No satisfecha aun Mariana con dar á cada miembro su parte en la penitencia quiso tambien que gozasen de ella todos á una, y compuso, segun refiere uno de sus confesores, una especie de jubon de gruesas cerdas, que desde el cuello le llegaba hasta la cintura y le cubria ademas hasta la mitad los brazos, con unas puntas de acero repartidas á trechos, tan agudas y crueles, que al verlas dicho confesor se le estremecieron las carnes. Para lo demas del cuerpo tenia una saya de la misma materia y con el mismo orden de puntas; y es facil imaginarse cuál seria su tormento al variar de postura, al tomar asiento ó al dar un paso siempre que salia ataviada con esta gala, cuanto mas interior, tanto mas hermosa, que era los viernes de todo el año y vísperas de los santos de su devocion, únicos dias en que su confesor se lo permitia. Estas fueron las invenciones de que la virgen penitente hizo uso con odio santo contra sí misma, del cual no hubiera quedado

memoria sin la curiosidad de las hermanas y otros parientes, que penetrando en su cuarto cuando estaba enferma, todo lo registraban, y sin la fidelidad de aquella anciana india, que era la confidente para el continuo trasiego de llevar y traer cilicios, y guardarlos, y limpiarlos cuando quedaban ensangrentados, que era cosa de casi siempre. Á esta fiel sirviente debemos la deposicion jurídica que dispuso el Señor pudiese llegar á hacer de todo lo dicho, concediendole larga vida.

No hubiera podido Mariana con la carga diaria de tanto cilicio; pero si tenia alguna tasa en este género, era debida á la obediencia y no á su propia voluntad, que no conocia límites cuando se trataba de atormentarse. Aconsejandose con la prudencia, que es el condimento de toda virtud, le pidió su confesor cinco de los cilicios que usaba, y los vió tan crueles, que cortandolos por la mitad á lo largo se los restituyó quedandose con tiras de cuatro dedos de ancho. Mas yo me inclino á creer que esta diminucion no fue tanto por irle á la mano, cuanto por avezarla á rendir su propio juicio, ya que la permitia llevar diariamente cilicios á raiz de la carne, y variando siempre, para que la sensacion no llegase á ser menos aguda siendo siempre la misma. Los advientos, las cuaresmas y las vísperas de los santos patronos eran dias de gran gala, siempre con añadiduras á lo ordinario; lo que segun el juramento de la india consistia en nueve cilicios entre brazos, cintura, muslos y piernas. Lo mismo poco mas ó menos afirmaron el P. Juan Camacho su confesor, el P. Antonio Manosalvas que suplia en sus ausencias, y el P. Alonso de Rojas que la dirigió tambien en los últimos años de su vida. Pasmosa penitencia por cierto y sostenida por el divino esposo con un perpetuo milagro en una criatura de

complexion delicadísima y acosada siempre de mil achaques, sobre todo los siete años últimos de su vida, en que nunca la dejó la calentura acompañada de agudos dolores, uno de los cuales era tal, que por confesion de la misma Mariana diera con ella en tierra si le durara un cuarto de hora. Nada sin embargo era capaz de amortiguar sus ansias de padecer, ni las habituales dolencias, ni los extraordinarios insultos y ni aun la enfermedad última y mas penosa que todas. Visitóla en los postreros dias de su vida una mujer de gran intimidad en la casa; y hallandose Mariana sumamente inquieta con el ardor de la fiebre, se recostó sobre su pecho: á poco como si pretendiera hallar algun alivio, la suplicó que le diese con el puño algunos golpes sobre la espalda y los hombros. No se atrevió á disgustarla Maria Arias (asi se llamaba la mujer), y creyendo que le proporcionaba algun consuelo la golpeó hasta dejarla satisfecha. Ella merecia sin duda algo para con Dios por aquel acto de caridad; pero quien acumuló méritos sin cuento, fue Mariana, porque cuando se trató de descubrírle un poco los hombros y la espalda para hacerle la cura, se vió que su intento habia sido solo que se le hincasen bien las puntas aceradas que cubrian toda aquella parte; y asi las vió con harto dolor de su alma la que tan sin pensarlo habia sido el verdugo de la penitente enferma. No necesitaba ella tanto para estar por decirlo asi en un potro; pues con pasmo universal de Quito se vió despues de su muerte que tenia cubiertos de cinco cilicios los brazos, los muslos y la cintura, todos de rallos, y el de la cintura tan dificil de arrancar ya por haber crecido la carne entre los agujerillos, que hubo de bajar con él al sepulcro, como para dar á entender que ni la muerte habia sido capaz de desprenderla de su amor al cilicio.

CAPÍTULO V.

SINGULARES PENITENCIAS DE MARIANA LOS VIERNES: SU COSTUMBRE DE IMITAR Á LO VIVO LA CRUCIFIXION DE SU ESPOSO.

La operacion prodigiosa del espíritu del Señor en el corazon de Mariana desde los primeros años iba produciendo mas sazonados y copiosos frutos á medida que se multiplicaban sus dias; pues cooperando á la gracia con la lectura diaria de las vidas de los santos imitaba á la abeja industriosa, la cual del exquisito jugo de cada flor compone un panal todo suyo. Bien es verdad que como aquellos heroes no pasaron de ser arroyos, y el esposo de Mariana era la fuente de la dulzura, donde debia por tanto buscarla en mayor copia y con mas pureza, emprendió ella muy de veras la imitacion de Jesus dolorido y paciente; y para lograrla se propuso llevar siempre la pasion del Señor en el alma como un espejo, mirarle crucificado, escuchar su enseñanza y dibujar en su cuerpo la cruz, penas y dolores del original divino.

Ya desde muy niña tuvo la costumbre de rezar treinta veces el credo con los brazos en cruz, y de tres grandes cruces que tenia escoger los viernes la mas tosca y pesada, y á hora muy avanzada de la noche andar las estaciones bajo aquel peso por los corredores altos y bajos de la casa, deteniendose en cada una á contemplar un paso de los muchos que suele meditar la piedad cristiana en la calle de la amargura. Cuando la casa por feliz combinacion se quedaba sola, andaba las estaciones de dia; y á cualquier hora que fuese, solia llevar cubierta la cabeza con una corona de cardas, como lo vió una criada de doña Juana Peralta, que fue en cierta ocasion á llevarle un recado de su señora. No contenta con andar todo aquel camino de rodi-

llas añadia á veces el tormento de algunos garbanzos sujetos á ellas con unos paños, sobre los que iba con mucha pausa levantando y cayendo por la fuerza del dolor y molestia de la cruz. Cuando no se ataba los garbanzos, llevaba las rodillas desnudas enteramente sin desmayar un momento, ni dejar la cruz, ni suspender el viaje hasta haber contemplado á su sabor los dolores de su esposo; pero con tanto afecto y tan copiosas y ardientes lágrimas, que no dejaban la menor duda de que semejante ejercicio era ya en aquella edad un exceso de amor que la convidaba á padecer sin medida. Los miércoles de semana santa trocaba la corona de cardas por otra de espinas que le arrancaban sangre viva: los jueves tomaba en el camino una disciplina cruel, repartiendo en cada estacion un cierto número de golpes: en suma no desechaba idea alguna capaz de mejorar la copia que se proponia sacar en tan sagrado tiempo de su paciente Jesus caminando por las calles de Jerusalem hácia el Calvario.

Pero predestinada Mariana de un modo especial á la gloria, era preciso que se asemejase tambien de alguna manera no comun al divino modelo de los predestinados. Profundizaba ella cada dia mas, creciendo en años, en la meditacion del alto misterio de la cruz, y no encontrando en aquel gran libro otra palabra que *amor,* todas sus meditaciones iban á parar á esto solo: que pues el amor, que supo crucificar á un amante divino, no se paga sino con amor, era forzoso que el amor supiese crucificar tambien á quien amando pretendiese pagarle y asemejarsele.

Concebida con claridad esta idea y fijada la resolucion en su alma, no quedaba ya sino idear el modo de ponerla en ejecucion en cuanto al cuerpo, supuesto que su espíritu

se crucificó desde la niñez renunciando absoluta y completamente por amor de su esposo cuanto pudiera halagarle sobre la tierra.

Tenia otra cruz de madera, fuerte y proporcionada á su estatura, á cuyas cuatro extremidades estaban sujetos unos ramales de cerda en forma de argollas, menos en la cabeza donde los habia tambien, pero sueltos. Estaba toda la cruz clavada en la pared, y en ella se crucificaba Mariana, cuando se lo permitian las fuerzas, todos los viernes del año. La dolorosisima é inaudita operacion se verificaba de esta manera á deshoras de la noche. Ponia al pie de la cruz un pequeño taburete ó un cajoncillo que sirviese de escalon; en seguida se ceñia la cabeza con una corona de puntas aceradas, y acercandose á la cruz con suma reverencia se subia sobre el taburete para llegar con su cabeza á la de aquella; luego se ataba fuertemente con el ramal suelto el pelo, que para disimular su penitencia y para estas ocasiones se dejaba crecer sobre la frente. Sujeta ya la cabeza, metia la mano izquierda por la argolla de su lado hasta la muñeca, y lo mismo hacia con la derecha. Pasaba á los pies, y usando de cierta maña adquirida con la práctica lograba introducirlos en las argollas que eran mas grandes, abandonando el descansillo y quedandose de aquella suerte suspensa de brazos, pies y cabeza, mientras se entregaba á la meditacion del amor inmenso que tuvo enclavado en la cruz á su esposo por tres horas, y que le hubiera tenido, si fuese necesario, hasta el fin del mundo. En general dijeron sus confesores que estaba muchas horas crucificada de esta manera; y es cierto que pasaba dos por lo menos en aquella cruel actitud sollozando sin cesar y anegada en llanto, no ciertamente por el propio dolor, sino por el de los pecados de los hombres.

Durante el adviento y la cuaresma añadia nuevas finezas de amor crucificandose tambien los lunes y los miércoles, y ademas los sábados en memoria de los dolores de su amantisima madre al pie de la cruz.

Se ignora de todo punto la industria de que pudiera valerse para descender de su cruz, pues agarrotados y yertos por el frio y la tirantez dolorosa los brazos, era en extremo dificil manejarlos para desprenderse de aquel tormento: solo sabemos que en manos, pies y cabeza por confesion de la india Catalina le quedaban profundas y duraderas señales, y que estaba sin embargo tan lejos de agotarse el amor de su pecho, que no se aquietaba hasta haber obtenido de la referida su confidente que le apretase con su mano la corona por la parte que le ocasionaba mayor tormento. Alguna vez oprimida y próxima á desfallecer por el agudisimo dolor de las piernas le pedia que por caridad pasase por ellas sus manos, como para darle unas friegas; con lo que experimentaba algun alivio.

Y no era un cumplimiento ó una ceremonia inutil la atadura de la cabeza en esta invencion amorosa; porque en el piadoso inventario que se hizo despues de su muerte de sus numerosos cilicios, se encontraron muchos de sus cabellos enmarañados y enredados en las cerdas de la cabeza de la cruz y arrancados con la tirantez y el peso. ¡Cuanto agradarian, permitaseme exclamar, estos cabellos á aquel amante divino, que quedó preso con uno solo de la trenza de su esposa! De tan preciosa reliquia pudo apoderarse, desenredandolos con maña, una sobrina de Mariana llamada doña Ana Ruiz de Alvarado, y los guardó siempre como un tesoro. Encontróse tambien colgada de un brazo de la cruz una disciplina empapada en sangre, y del otro la corona de hierro asimismo ensangrentada, como

solia verla Catalina siempre que se la quitaba la penitente virgen.

No permitian las circunstancias de esta crucifixion toda la propiedad de la copia que pretendia sacar Mariana de su amor pendiente de un madero, llagado y abrevado con hiel y vinagre; mas por esto no se creia ella dispensada de completar el retrato, aunque mediase alguna separacion de lugar y tiempo. Bebia pues todos los viernes del año en lugar de agua hiel y vinagre, que solia tener siempre á la mano en una alacenita; lo que se llegó á saber por doña Juana Caso y otros testigos que despues de su muerte lo declararon asi, explicando el por qué se hallaba en aquel sitio una redoma con líquido, que probado por doña Maria de Paredes, tia de la difunta, y otras personas se halló ser una mezcla de hiel y vinagre. A mas de las llagas que con azotes y cilicios se hacian de nuevo ó se refrescaban en su cuerpo los viernes solia representar las cinco de su esposo con cinco garbanzos bien secos y escogidos que se ponia bajo las plantas de los pies, sobre los que andaba todo el dia en su casa y fuera de ella en su única salida á la iglesia.

Estos fueron los principales desahogos y las mas notables industrias de esta virgen, acaso no inferior á otra cualquiera en amar finamente y en desear transformarse por el amor en imagen acabada de aquel divino original, que es esposo de sangre. Desde los primeros albores de su vida le reconoció tal Mariana, y creciendo en años no hubo dia en que no fuese mas vivo su deseo de consagrarle hasta la última gota de la suya á trueque de amarle y asemejarsele, como quedará declarado en el siguiente

CAPÍTULO VI.

PRODIGIOSOS SUCESOS Á QUE DIERON LUGAR LAS MUY FRECUENTES SANGRÍAS DE LA VIRGEN MARIANA.

No hay jurado rival que desee tanto cebarse en la sangre aborrecida como la inocente Mariana anhelaba por ver derramada la suya propia. Bulliale siempre en las venas, dice uno de sus confesores, hervia y como que porfiaba con vehemencia á verterse. Ni la muchisima que le sacaban á torrentes las disciplinas, ni la que se abria paso por las roturas de los cilicios y corona de espinas, parecia bastante á Mariana; y aguzando con el amor el ingenio, inventó una traza para quedar casi del todo exhausta de humor vital como su esposo exangüe en el Calvario.

Aquejabala de ordinario alguna dolencia, y aunque no fuera de tanta gravedad que exigiese una sangría, se valia de su mal como de pretexto para hacerse abrir la vena muy á menudo: en los últimos años de su vida era nada menos que una vez á la semana. Alegaba para obtenerlo que ningun otro remedio equivalia para ella al de sacarle sangre; en lo cual no decia cosa que no fuese muy cierta, pues era tanto lo que gozaba su espíritu al verla correr, que pareciendole en una ocasion á quien la sangraba excesiva la pérdida, y queriendo cerrarle la vena; *dejad salir esa sangre* (le dijo Mariana arrebatada de un ímpetu amoroso), *dejadla salir, que mas derramó mi criador por mí; y no será mucho que por su amor la derrame una pecadora.* Siempre que la postracion se lo permitia, daba muestras sensibles de regocijo al ver que brotaba la sangre, sobre todo en ciertos dias como el de la circuncision del Señor; y hubo vez que transportada su alma á contemplar la digna-

cion con que su dulce Jesus prodigaba aquel licor divino en el acto de este soberano misterio, convidó á que la acompañase en las demostraciones de júbilo á una mujer de la casa que se hallaba presente. Fabuloso pareceria y nada digno de crédito, si no lo refiriese su mismo padre espiritual en una cancion que compuso despues de la muerte de Mariana sobre sus virtudes, el que en un año la sangrasen ciento y setenta veces. Milagro casi se puede decir permanente, si se considera con el autor de dicha cancion que la sangre sin alimento ni se forma, ni vive, y que el alimento de Mariana, como referiré despues, era escasisimo é insuficiente para la vida.

Pero cuando parecia perder el tino y salir fuera de sí por la viva ansia de derramar sangre, era el viernes santo. La consideracion de que en aquel dia la derramó toda su esposo por su amor, no le daba un momento de tregua; buscaba mil pretextos para sangrarse, y casi sin saber lo que se decia iba encargando á los demas que se sangrasen en agradecimiento á su Jesus cubierto de sangre. No faltó ocasion en que contra toda esperanza acudió su esposo á complacerla, y fue cuando al visitarla en tal dia el médico por indisposicion muy ligera la pulsó y ordenó que la sangrasen. *Gracias á Dios* (exclamó al oir receta tan deseada), *gracias á Dios que habré de verter hoy tambien alguna gota.*

Bien que otras eran y menos equívocas las señales que daba el buen esposo de Mariana de que aceptaba la sangre de su virgen esposa, y se complacia en su voluntad de entregarla. Tenia mandado Mariana á la india Catalina que la sangre que le sacaban con las sangrías, no la arrojase en cualquier lado, sino que toda y siempre la fuese echando en un hoyo abierto en lo mas apartado del

huerto de la casa. Obedecia la confidente, y no solo arrojaba allí un dia y otro la sangre, sino que en lugar de echar tierra encima tapaba el hoyo con una piedra. Repitió muchas veces esta operacion, hasta que movida un dia de natural curiosidad introdujo en la poza una varita y revolvió con ella la sangre por ver si la encontraba corrompida, ó mas bien en la creencia de que la hallaria asi; pero ¿cuál no seria su pasmo viendo que no solo aquella vez, sino cuantas otras repitió la misma prueba encontró la sangre perfectamente conservada por igual y tan preservada de corrupcion, que lejos de exhalar mal olor despedia una fragancia suave? Cerciorada del caso le faltó tiempo para volar á su señora y decirle que la sangre arrojada en aquel hoyo estaba roja y hermosa como recien sacada, y que por añadidura olia bien; noticia que recibió Mariana asi aquella como otras veces con humilde hacimiento de gracias al Señor, que se dignaba de obrar aquel portento para mostrar su aceptacion y agrado en la oferta, como ella decia, de una pobre pecadora.

El Dr. D. José Ramirez Dávila, canónigo magistral de la santa iglesia de Quito y juez delegado del ilustrisimo señor obispo D. Alonso de la Peña Montenegro, para que en su presencia se hiciesen las informaciones sobre la vida y milagros de Mariana de Jesus, refirió que estando ella enferma en una ocasion, entró á visitarla doña Maria de la Peña, tia de dicho canónigo. Era precisamente el momento en que estaban sangrandola, y llevada de la gran estimacion que le merecian las virtudes de la enferma, tomó con no menos ansia que disimulo la taza en que habia caido la sangre, y sacando un pañuelo metió en ella una punta y la empapó bien para conservarlo como reliquia. Pusole en seguida en la faltriquera, y yendose á

su casa complacida y gozosa como si llevara un trofeo, al querer desdoblarle para enseñar á los suyos la adquisicion feliz y luego guardarle como rico tesoro no daba fe á sus sentidos viendo que el pañuelo estaba tan blanco y sin sombra de mancha como antes de intentar el hurto devoto. Asi dicha señora como los que oyeron el caso, concibieron mayor estima de la santidad de una virgen, cuya sangre agradaba tanto al Señor, que parecia quererla toda para sí y lo demostraba con milagros.

Fueron estos muy frecuentes y algunos tan notorios como el que voy á referir. Mas de doce testigos hicieron sobre él deposicion jurada, y no hay acaso suceso mas público y creido generalmente en toda Quito. Curaba en esta ciudad á Mariana en sus enfermedades el Dr. Juan Martin de la Peña, hombre muy cabal y buen cristiano, y tenia hecho un pacto con ella de que en cambio de sus desvelos en lo que tocaba á su cuerpo, le alcanzase del Señor remedios poderosos para las enfermedades del alma. O fuese por la esperanza de conseguirlo, ó por aprecio que le merecia la virtuosa doncella, lo cierto es que el doctor la curaba y asistia con agrado, esmero y reverencia. Visitóla un dia ya á los últimos de su vida, y conociendo en el pulso la necesidad de una sangría y no queriendo fiarse de mano ajena, tomó la lanceta y con gran júbilo de la enferma, preparado todo lo de costumbre, rompió la vena teniendo la copa para recoger la sangre un cierto José Rodriguez de Parédes, que despues fue sacerdote. Miraba este asombrado, y mucho mas el médico, el prodigioso efecto de la sangría, porque apenas picada la vena, brotó manifiestamente (son palabras del mismo facultativo) un hilo de agua clara, limpia y transparente, y luego que hubo caido toda en la taza, dió lugar á que saliese la sangre.

Miró entonces D. Juan Martin á Mariana, y sin poder contenerse le dijo: *Esto, señora, sucedió solo en el costado de nuestro redentor;* á lo que volvió Mariana una respuesta tan sabia y tan profunda, que no menos aturdido con ella que por el milagro dijo entre sí el doctor: Està mujer ha estudiado en superior escuela. Hecha la sangría, puso él su cuidado en dos cosas: la primera fue recordar la respuesta de la enferma; pero por mas que hizo, no pudo lograrlo, borrandole Dios las especies sin que le quedase mas que un alto concepto de aquellas palabras: la segunda fue consultar el caso con hombres doctos y de reputacion bien sentada, los cuales concibieron nueva estima de Mariana y apreciaron mas de allí en adelante á su médico. Acaeció este prodigio el último viernes santo de su vida, sin que quepa la menor duda, pues aunque su confesor dijo en el sermon predicado en honra de la sierva de Dios que habia sucedido *en cierta ocasion* y nada mas, y el médico juró sobre el caso sin señalar el dia, y el que tuvo la copa solamente dice que fue en viernes, muchos otros, y en especial Maria de la santisima Trinidad y Catalina de los Angeles, carmelitas descalzas, esta como testigo de vista y aquella por relacion de sus padres, juraron que fue en el último viernes santo.

Celebró este suceso el venerable hermano Hernando de la Cruz en la afectuosa cancion que compuso sobre la vida de Mariana; y dice entre otras cosas que por tener en sus venas al que es fuente de aguas vivas, despidió agua su brazo. Y no faltan por cierto motivos para celebrarlo y creer que plugo á su divino esposo trazar en ella en dia tan señalado un rasgo de la divina semejanza á que Mariana anhelaba. Porque ¿á quién no parecerá cosa nueva y fuera del comun uso que una misma vena, canal por

donde circula siempre la sangre, despida no ya agua mezclada con aquel humor, sino agua clara y tan cristalina como la que jamas tuvo alguna mezcla? ¿Cómo no hubo de haber misterio en que arrojase agua un cuerpo que pasaba, como diré despues, meses enteros sin probar una sola gota? Ademas el médico hacia de sangrador; el suceso era en viernes santo; circunstancias notables que en ninguna de las innumerables sangrías precedentes se reunieron. Pero hay otra todavia mas digna de atencion y que nos confirma siempre mas en la idea de que el esposo de Mariana quiso delinear en ella un rasgo de semejanza con su pasion dolorosa. Sobre la cicatriz de la sangría se le formó una carnosidad ó botoncillo á la manera de la cabeza de un clavo, que le duró hasta la muerte, causandole tan vivos dolores como si en efecto un clavo le taladrase el brazo. No quiero decir con esto que su esposo le imprimiese alguna de sus llagas, pues tales finezas ni él tuvo á bien dispensarselas, ni ella las apeteció, meditando siempre en lo que la santa madre Teresa de Jesus señalaba por ápice de la perfeccion y semejanza con Cristo, que era el padecer sin mas regalos ni finezas que las que él tuvo en la cruz, abandonado de todos, hasta de su mismo Padre.

Hay sin embargo otro prodigio que he dejado á propósito para el último, como la demostracion mas evidente de lo mucho que se pagaba Jesus de la sangre de su esposa y del afecto con que por su amor la hubiera ella derramado toda mil veces. Pocos dias despues de la gloriosa muerte de Mariana, al pasar la india Catalina por la huerta de casa y cerca del sitio en que iba depositando la sangre de su señora, vió con indecible asombro que en el mismo hoyo precisamente habia nacido una bellisima azucena. Poseida del instinto que se despierta sin querer en quien ob-

serva un accidente á todas luces extraño, corrió á comunicarlo con doña Gerónima y D. Cosme y decirles que volasen al huerto, porque en el lugar donde solia ella enterrar la sangre de la difunta, acababa de brotar de repente una hermosa azucena sin sembrarla ni plantarla. Pusose al punto en conmocion toda la casa, y sin dar entero crédito al dicho de la india fueron corriendo hácia la huerta los llamados y algunos mas, y llegando al sitio vieron que en efecto salia de él una vara verde de azucenas con tres ramas y en cada una su flor ya fuera del boton rozagante y olorosa. Miraronse unos á otros como pidiendose razon de cómo habia azucenas en aquel huerto, cuando hasta allí no las hubo nunca, ni nadie pensó en plantarlas; y sospechando que no fuese plantada ó nacida allí, sino postiza, cavaron la tierra y descubrieron no una, sino dos maravillas, porque la sangre estaba fresca, roja y con buen olor, y la vara nacia de la misma sangre, en la cual se habian formado unas como venillas que le servian de raices. La agitacion de aquellos ánimos á tal vista no podria describirse: baste decir que incapaces por el momento de llamar mucha gente y convidar á todos sus paisanos para que rindiesen gracias al Señor y le tributasen alabanzas por un don tan raro, arrancaron el ramo de raiz y sin atreverse á tocar sus flores le pusieron en la mano de una devota imagen de Maria santisima ofreciendole asi los primeros frutos de la santidad de Mariana despues de su muerte. Divulgóse al punto la pasmosa nueva por la ciudad, y aunque por entonces se contentó la gente con observar y venerar la azucena en manos de Maria, mas tarde se apoderó de sus hojas, que muchos años despues conservaba quien pudo haberlas como preciosa reliquia. Pareció tan estupendo y gracioso este portento y tan á pro-

pósito para formar de algun modo el caracter de la cándida é inocente Mariana, que en los primeros retratos que se sacaron de ella, se descubre al lado de su cuerpo un vistoso ramo de azucenas con tres flores abiertas, formando su raiz la misma sangre que le produjo.

Y he aquí declarado el origen de apellidar á Mariana de Jesus la *Azucena de Quito*. Quiso Dios favorecer á Quito como favoreció á Lima su metrópoli: si á Lima regaló una rosa, concedió á Quito una azucena; y si justo fue que la que en el bautismo se llamó Isabel, trocase su nombre cuando una hermosisima rosa le cubrió el rostro en la cuna, y se llamase *Rosa de santa Maria*, no lo fue menos que Mariana se apellidase por el inaudito prodigio *Azucena*, aunque sin dejar de llamarse *Mariana de Jesus*. Y en efecto nadie negará que estos dos nombres estan, por explicarme asi, en consonancia, si recuerda el doble fin que tuvo Mariana en llamarse de esta manera. Quiso ser de su Jesus hasta en el nombre; y de su Jesus fue toda, porque su alma conservó y acrecentó el candor á medida que perfeccionó y llevó á su colmo el ansia de padecer y derramar por él toda su sangre. Quiso tener en el nombre un reclamo amoroso, por decirlo asi, hácia la compañía de Jesus que la engendró y nutrió para el cielo; y no podia Mariana usar de mejor correspondencia que perpetuando con su blancura y fragancia la gloria de la que únicamente regó, cultivó y sazonó tan privilegiada azucena.

No entraré yo ahora en el vasto campo de relaciones y conveniencias que pudieran descubrirse entre la azucena que brota de la sangre de Mariana, y la gloria de la divinidad que de la humillacion y sangre del Calvario brotó como azucena hermosa de los valles. Acaso algun espíritu meditativo hallaria en estas relaciones el mejor indicio de

semejanza entre Mariana y su esposo; pero este es campo vedado en gran parte al histórico, y recorrerle daña á la brevedad: concluiré pues el capítulo consignando las palabras del citado venerable Hernando de la Cruz: que *las ansias de verter su sangre en el martirio merecieron á Mariana transformacion tan peregrina;* pudiendose decir de ella lo que de los mártires, que florecerán como la azucena en la ciudad de Dios. Por declaracion de las madres carmelitas sabemos tambien que en el sitio donde se enterraba la sangre y que estuvo despues en el recinto de su convento, nacieron por muchos años olorosas y delicadas flores, sin que las hubiese sembrado nadie, ni hubiesen menester de mas riego, ni de otro cultivo que el cuidado del cielo. Poco asombrará este milagro á quien tiene llena la mente de los que obraba el Señor en la misma Mariana y que no hemos acabado de referir.

CAPÍTULO VII.

INVENCION AUSTERISIMA DE MARIANA PARA PADECER MIENTRAS DABA ALGUN DESCANSO Á SU CUERPO.

Si en el curso de esta historia he necesitado alguna vez que el lector tenga presente que solo un extraordinario concurso y eficaz auxilio de la divina gracia pudo sostener y dar vigor á una jovencita de complexion delicadisima en cierta clase de empresas tan opuestas á los derechos de la flaca y decaida naturaleza; mucho mas lo necesitaré cuando me propongo que el mundo sepa hasta qué punto perseguia su cuerpo Mariana de Jesus aun cuando se decidia á darle un breve descanso. Desde niña se propuso no acostumbrarle al regalo y deleite de

cama blanda y deliciosa y contentarle con la dura tabla ó el desnudo suelo; pero crecida ya y adulta no solo de años, sino de espíritu y entusiasmo santo por padecer, oculta entre las paredes de su retiro y sin el registro de los domésticos se propuso que la cama fuese para ella lo contrario de lo que en realidad significa. Tenia pues en un ángulo de su habitacion un lecho, que si no respiraba regalo, aparecia dispuesto con la mas esmerada decencia, á fin de que si alguien penetraba por allí, no la creyese penitente hasta el extremo de estar reñida con su reposo. Pero esta cama puede decirse por lo mismo que no era mas que de perspectiva, ó que tan solo era para los demas: para sí tenia otra tan singular y penitente, que bien pudiera llamarse potro de tormento. Asi la llaman en efecto los que informan en los procesos; y de seguro que su descripcion hace creible cómo llegó á cobrar Mariana tanto horror á reclinarse en ella, que de tres horas de sueño que puso en su distribucion, pasase primero á dos y luego á una, como lo testifica su confesor el P. Juan Camacho. Componiase esta cama ó este potro de siete maderos ensamblados de tal suerte, que venia á resultar una como escalera en forma de triángulo. Los cortes ó filos de los maderos habia tenido la precaucion quien los armó de que quedasen hácia la parte exterior, de suerte que si aquella armazon servia de cama, pudiera definirse bien diciendo que era una pauta de algunas cuerdas para un cuerpo. Y tal era en verdad para el de Mariana, que de ordinario no tenia otro lecho, y se arrojaba en él sin mas sábanas ni colchon que una frazada de lana, llegando á embotarse con el continuo roce de su cuerpo los filos de los maderos. Por almohada tenia otro madero grueso y tosco cubierto de crea, para que si alguien llegaba á verle,

no le creyese un tronco, sino una almohada de las que usaba la gente pobre. Se colocaba este aparato de noche sobre el tablado de la cama de perspectiva, y allí dormia Mariana: al dia siguiente muy temprano Catalina cuidaba de quitarlo todo y poner la escalera debajo de la misma cama ocultando bajo la colcha bien compuesta y extendida hasta el suelo la penitencia de su señora. Quiso un dia Catalina estando sola y ocupada en componer la cama probar á qué sabian aquellos maderos y cómo tratarian á su señora, pues si bien no lo veia, estaba convencida de que dormia en ellos, ya por el ejercicio que traia de quitarlos del tablado y volver á poner los colchones y sábanas, ya por ver á veces ensangrentados algunos cortes y encontrar sobre ellos casi siempre libros espirituales é instrumentos de penitencia. No pudo pues resistir y se echó sobre el potro ó escalera á tiempo que ya entraba por la puerta Mariana, quien al verla dijo con agradable sonrisa: *¿Qué te parece, Catalina? ¿Son blandos los colchones? ¿Es cama regalada? Nada tiene de eso, señora,* respondió con presteza la india; *y á mí ya me duele el cuerpo. Pero V. ¿duerme en ella? Y si duerme, ¿cómo le quedan los huesos?—Sí que duermo, Catalina, y sabete que para mí eso es un regalo, porque al fin algo se ha de hacer por merecer y ganar á Dios, que en camas blandas no se halla: y supuesto que tanto padeció por mí mi esposo, es nada mi recompensa.* ¡O esfuerzos de la gracia! ¡Tener por regalo el martirio, por algo que sufrir lo que era mucho penar y por nada de recompensa lo que era el todo de la penitencia!

Bien es verdad que si con tanto denuedo se explicaba el espíritu de Mariana, era tal la repugnancia que sentia su cuerpo algunas veces á acostarse en aquella cama, que hablando en una ocasion con su sobrina doña Juana Caso

(á quien por orden de sus confesores solia comunicar algo de su conciencia) hubo de decirle que su corazon se acongojaba al ponerse sobre aquellos maderos; que sudaba y le faltaba el aliento; y que la idea de que aquel suplicio no era para un dia, sino para todos los de su vida producia en su alma un terrible combate, del cual sin embargo con el divino auxilio quedaba vencedor su espíritu, arrojando el cuerpo con violencia en el potro. Y en efecto era tan eficaz este auxilio, que vencida ya en el primer pronto la carne se decia á sí misma: *¿Te duele, Mariana? Pues duelate enhorabuena; que mas dolió á tu esposo. ¿Lo sientes? Pues sientelo una y mil veces; que mayor castigo mereciste. ¿Quieres regalo? Pues yo te le daré tan exquisito, que no te quede que desear*. Tenia una colcha ó cobertor que ella llamaba su sábana, tejida toda de cerdas y hecha á medida de su cuerpo, y cuando se sentia combatida del amor de su carne y empezaba á empeñarse la lucha entre ella y el espíritu, se levantaba de repente, y quitando el lecho de maderos, y extendiendo en el tablado el cobertor y sembrandole de menudas y escabrosas piedras, lanzaba su cuerpo sobre él con mayor tormento que el que padecia en el potro. Estando allí ya cobijada, *ya no tienes*, decia, *por qué tener congoja; si deseabas regalo, ya le tienes; si descanso, ya te le doy; si delicados lienzos, aquí los tienes: revuelvete en esta mullida cama y goza de lo que tanto apetecias;* con lo que se vengaba á su placer de la rebeldía de la carne. Y será bien dejar dicho por no echarlo luego en olvido que el dia que murió Mariana, sacaron sus hermanos en un azafate de plata aquella sábana con sus piedras y la mostraron al pueblo, celebrando asi las victorias que con tanto mérito para el cielo reportó sobre sí misma.

Pero aunque su cama era siempre un potro no era

siempre el mismo, ó porque no se hiciese el cuerpo á una sola clase de tormento, ó porque el estado de su salud no siempre la permitia usar de la misma. Dormia pues unas veces sobre los ladrillos poniendo por cabecera un madero, una piedra ú otro ladrillo: otras veces se reclinaba sobre una cruz de madera tosca, pero de diferente modo. Guardaba á mas de esta cruz otra muy terrible, que se conservó despues de su muerte en el colegio de la compañía de Jesus de Quito: tenia de largo poco mas de una vara, era redonda y gruesa como el brazo de un hombre y estaba claveteada toda de doscientas y siete espinas tan agudas, que no podian tocarse con alguna violencia sin hacer sangre. En la distribucion de sus ejercicios habia anotado que los viernes le serviria de compañera en la cama y lo cumplia exactamente. Echabase de lado y ponia dicha cruz á la espalda, de modo que á cualquier movimiento que hiciera la avisasen muchas punzadas á un tiempo; y porque no pocas veces en los arrebatos de sus fervores se abrazaba fuertemente con ella, no es extraño que quedara su cuerpo todo señalado y la cruz enrojecida de su sangre, como se podia observar aun muchos años despues de su glorioso tránsito.

A veces conciliaba el sueño, que es retrato de la muerte, dentro del ataud que tenia en su cuarto, con el horror que era natural y la mortificacion de tener el cuerpo como en prensa y sin poder rebullirse ni mudar de postura. Al reclinarse en este pavoroso lecho solia meditar que la vida humana es como el sueño del navegante, que en despertando se encuentra en otro lugar, otro temple y otro clima; con lo que lograba dar á su alma algun descanso del género que apetecia mas, y quitarsele á su cuerpo por mucho que le necesitase. Llegó su sueño á ser, como ya

dije, brevisimo; y aunque para que fuese tal, no necesitaba mas que tener camas de tan mala especie, por si se dormia y no estaba pronta á orar segun la distribucion de las horas, solia tener por despertador otra manera de buscar el sueño, que era ponerse de rodillas recostada de brazos sobre el asiento de una silla muy baja de respaldo, de suerte que hubiera de despertarla el golpe que diese en él si llegaba á cabecear de veras. Dormia de este modo poquisimo, y si se agrega lo que era su alimento, y diré despues, fue un milagro sin interrupcion el tiempo que duró su corta vida.

Queda por hacer memoria de otra suerte de cama, que sin duda tenia la admirable virgen por singular regalo, cuando la guardaba para los lunes, miércoles y algunos viernes. Mandaba en tales dias á su Catalina llevar unos manojos de ortigas, que en aquel pais se crian mas robustas que en el nuestro, con un tronco á veces grueso como un puño y ramas proporcionadas y sumamente espinosas. Ponialas al pie de la cama la criada, y aunque sabia que la mayor parte habian de servir á Mariana para disciplinarse, conocia tambien al dia siguiente, al verlas esparcidas por el colchon ajadas y marchitas, que le habian servido de cama. Era comun creencia de los de casa que Mariana dormia sobre las ortigas, y la fundaban en el dicho de no sé quién, que la oyó decir mientras mandaba á Catalina que las deshojase dejando solo las varillas nudosas: *Mariana quiere dormir en cama blanda; yo se la daré como la merece*. Y en verdad que lo era, pudiendo aplicarse el dicho del divino amante de los Cantares: *Nuestro lecho está florido* (1), ó segun la leccion hebrea *cubierto de yerbas verdes*.

(1) Cant. I. — Corn. á Lap.

CAPÍTULO VIII.

ABSTINENCIA SINGULAR Y AYUNOS EXTRAORDINARIOS DE MARIANA.

Llegando á dar noticia de la prodigiosa abstinencia de esta inocente virgen, es preciso convenir en que pasó todos los límites de lo humano, y que su memoria no puede servir á nadie para que se decida á imitarla, sino para que dé gloria á Dios, admirable siempre en sus santos.

Como nació con Job de un parto la misericordia, asi tuvo Mariana por hermana gemela á la abstinencia, pues queda referido que siendo niña de pecho le tomaba dos solas veces al dia, y en dias señalados una y no mas. Abstinencia tan opuesta á lo que era natural en una niña de poco tiempo, creció con mayor rapidez que los años; y no hay memoria de que gustase alguna de aquellas cosas que tanto apetecen los niños, teniendo una india á quien daba á escondidas por una ventana cuantos regalillos le presentaba su madre. Cobró bien pronto tal ojeriza á la carne, que aseguraron los suyos no haberla probado por propia eleccion en todos los dias de su corta vida desde la edad del discernimiento; y era tan puntual en su abstinencia, no porque tuviese voto de no comerla, sino porque asi creia agradar á su esposo, que no se la hicieron quebrantar sus muchas enfermedades. Solo sus confesores podian conseguirlo en tales casos; pero con la particularidad de que cuando lograban que la comiese por obediencia despues de haber ella dicho que no se avenia con su estómago, veian ellos mismos que removiendose toda la arrojaba en su presencia sin poder remediarlo; por lo que llegaron á dejarla en paz y no imponerle el mandato por muy enferma que la viesen.

Ignoraba sin duda esta enemistad de Mariana con la

carne su sobrina Sebastiana Caso, y compadeciendose de su abstinente tia le preparó con sus propias virginales manos no sé qué vianda y se la llevó para que la comiese. Agradeció Mariana el agasajo, aunque rehusó probarlo; y viendo Sebastiana que no valian instancias, la amenazó con que se lo diria á doña Gerónima su madre y al P. Camacho; con lo que habria de comerlo por obediencia. Apenas oyó estos nombres, aceptó la favorecida el regalito y prometió comerlo. Gozosa la sobrina le destapó al instante; pero viendo Mariana que era guiso con carne se creyó desobligada de su palabra y enseñó á Sebastiana lo que acaso no sabia; que tratandose de carne, su declarada enemiga, nadie la queria tan mal, que se la hiciese comer á sabiendas.

No menos que la carne aborreció varias otras cosas de regalo, tal como el chocolate. Convidóla un dia siendo muy niña á tomar una jícara en su casa doña Leonor de Estrada, esposa de un oidor, y cuando á fuerza de infinitas instancias la hizo ceder, todo lo que pudo conseguir fue que tomase unos cuantos sorbos, que para ella fueron como de veneno; pues apenas se vió libre de la visita, buscó el único remedio de su revolucion interior procurando, como lo logró, arrojarlo. El dulce, que con cortas excepciones es el manjar de los niños, fue para Mariana objeto de una severa regla de privacion absoluta, y una vez que tomando por inadvertencia un bizcocho mojado en agua reparó en el azucar de que parecia compuesto, le arrojó reprendiendose por el culpable descuido.

Tampoco entraban en su cuerpo huevos, pescado ni leche; y en cuanto á los huevos le sucedia lo propio que con la carne, como lo dió á conocer en una ocasion que la visitó enferma su confesor. Era este el P. Antonio Ma-

nosalvas, quien echando de ver la extremada flaqueza de Mariana la mandó tomar tres yemas de huevos frescos. No pudo la obediente enferma resistir al mandato, y á poco tiempo ya estaba cumplido, yendose el confesor á su casa muy satisfecho por haber logrado aquel triunfo de que tomase alimento. No quedó tan satisfecha Mariana en la suya, pues no tardó mucho en empezar á sentir una lucha intestina entre la naturaleza violentada, que pretendia arrojar de sí lo que habia tomado á la fuerza y le servia de peso irresistible, y la voluntad decidida á no permitirlo á todo trance por haber sido el mismo Dios el autor de la violencia. Tres dias enteros pasó la infeliz en aquel duro combate con harto pesar de su alma y tormento de su estómago y de todo su cuerpo, hasta que plugo al Señor sacarla de él enviandole otra vez su confesor al fin del dia tercero. Preguntóle el padre cómo lo pasaba, y oyendo por respuesta el desasosiego grande que habia sufrido, y que le pedia licencia para arrojar aquellas yemas, se la dió: en el mismo punto las lanzó Mariana con ímpetu en su presencia y quedó en perfecto sosiego, causando al padre no poca maravilla el ver las yemas tan enteras y sin alteracion, como si no las hubiera tomado. Y fue cosa de gran asombro para el mismo confesor lo que se refiere en los procesos con juramento de testigos: que habiendo roto Mariana los tres huevos con un cuchillejo y tirado detrás de la cama las cáscaras, despues de haber arrojado las yemas tomadas tres dias antes se vieron salir aquellas cáscaras saltando como si tuvieran espíritu, y acompañandolas en los saltos el cuchillo. Sonriyóse la sierva de Dios, y cogiendo las cáscaras las tiró al patio por la ventana y puso el cuchillo sobre unos libros devotos que tenia en su mesita.

Su ordinario alimento consistia en una rebanada de pan y alguna fruta; y si comia cosa caliente, era lo mas insípido y lo mas pobre, un plato de coles sin otro sainete que el agua y cocidas hasta sin sal. Pero esto no era de siempre, pues su mas usual alimento era un poco de pan mojado en agua y tan escaso que no llegaba á cuatro onzas; racion que se redujó despues una cada veinticuatro horas. Visitandola un dia su antigua compañera en los fervores de la niñez doña Escolástica Sarmiento, le llevaron una cestita con panecillos tan pequeños que apenas pesarian la onza; y preguntandole aquella señora si eran panecillos de S. Nicolás, respondió que eran los que ella comia y que de sol á sol le bastaba con uno. Volvió á preguntar admirada que cómo podia vivir con tan poco; á lo que respondió Mariana, disimulando su abstinencia, que su estómago estragado sobremanera no llevaba, aun queriendo darsele, mas alimento. Refirió lo sucedido doña Escolástica á doña Gerónima, de cuya boca oyó que la abstinencia de su hermana llegaba ya á rehusar toda clase de comida caliente. Y era tal la repugnancia juiciosa, por decirlo asi, de aquel estómago, que ni aun en las enfermedades se atrevia nadie á exigir de ella que tomase cosa alguna de sustancia. Declara con juramento á este propósito el médico D. Juan Martin que respondiendo Mariana á sus instancias para que comiese estando mala, que ella comia lo que le bastaba, y sabiendo él que lo que ella decia bastarle, era un bocado de pan, le dijo en latin: *Non in solo pane vivit homo;* á cuyo texto, citado á su parecer á propósito, respondió la enferma con tal agudeza y tan á pelo, que le dejó sin saber qué añadir. Yo no sé cuál seria la respuesta; pero no la tenia muy fuera del caso en las palabras que siguen á las citadas, una alma

cuyo principal alimento y sosten era Cristo, verdadera palabra de Dios.

A las horas de poner la mesa para sus hermanos y demas familia salia Mariana de su retiro á servirles las viandas como si fuera su esclava; y rehusandolo ellos por creerse indignos de que criatura tan angelical los sirviese, y llegando hasta á variar muchos dias por evitarlo la hora de la comida, nada pudieron conseguir, pues Mariana, sin que se supiese quién le daba el aviso, se hallaba siempre pronta al ir á comer burlando sus industrias. Servialos pues con una afabilidad y exactitud incomparables, y por mas que la brindasen con alguna cosa, ya que no permitia sentarse á la mesa, jamas probó un bocado; con lo que no quedaban ellos poco edificados y confusos. Pediales que destinasen su parte, como lo hacian, á una mujer muy pobre; y cuando concluia de decirles algunas palabras dulces y espirituales que les servian de sabrosa sobremesa, se volvia á su cuarto con el doble merecimiento de la caridad y de la mortificacion en ver comer y manejar las viandas sin probarlas.

De lo dicho hasta aquí se colige que la vida de esta santa virgen fue un no interrumpido ayuno, pero tan estrecho y riguroso, que si no tuviera por testigos en el proceso jurídico personas de tanta veracidad y conciencia como sus confesores y hermanos y los domésticos de una casa que era relicario de virtudes, seria reprensible quien lo creyese. Uno de sus confesores jura que Mariana ayunó todos los dias de su vida; pero este dicho es como un granillo cáustico, cuya virtud no se siente si no se despedaza y mastica.

En edad pues de cuatro años empezó á ayunar, dice la misma señora que la crió, ó por mejor decir, era tan

innata en ella y venia tan de atrás su propension al ayuno, que solo parecia que gustaba de no comer, y ya en aquella edad tan tierna, guardando hora como cuando tomaba el pecho, se sentaba en un cojin de la habitacion de su madre á las doce en punto del dia esperando que le llevasen su refaccion, que era única y siempre escasa.

A los seis años viendo D. Cosme y doña Gerónima los continuos desmayos y habitual flaqueza de la niña lo achacaron prudentemente á los ayunos, y por temor de que se les malograse procuraron con halagos y promesas obtener de ella que templara un poco rigor tan extraño añadiendo algo mas á la comida y cercenando el número de los ayunos. Todas las razones fueron inútiles para hacer que Mariana variase su ordinaria abstinencia: por lo que viendola tan decidida y atribuyendolo todo á inspiracion de Dios, que la guiaba por camino superior y divino, aunque extraviado segun el humano alcance, la dejaron en paz; y asi en esta como en otras mil cosas se propusieron no irle á la mano, como no fuese viendo que peligraba su salud, pues entonces solian hacer frente y acudir al dictamen del director de su espíritu.

A los ocho años empezó á conocer lo que era ayunar á pan y agua y al traspaso (que es no comer desde el jueves santo á medio dia hasta el sábado santo al tocar á *gloria*); y dejando aparte los ayunos ordinarios en que comia una sola vez al dia, los que hacia en cuaresma, que llamaba ayunos de pasion, y los de Pascua florida hasta la del Espíritu Santo, que llamaba ayunos de gloria, los lunes, miércoles y viernes ayunaba á pan y agua. Lo mismo hacia en las vísperas de los santos de su devocion y vigilias de precepto, con lo que se adiestraba tanto en la abstinencia, que pudo ya en aquella edad hacer una singular

apuesta con una de sus sobrinas de que entrambas pasarian sin comer veinticuatro horas. Empezaron el ayuno, y no habian pasado doce cuando la sobrina desmayada y sin aliento hubo de comer algo por no morirse; pero Mariana avezada ya á aquel combate completó sus veinticuatro horas sin desfallecerse y sin probar cosa alguna.

Ganaba siempre terreno con esta clase de pruebas, y á los once años supo pasarse sin probar bocado desde el miércoles de la semana santa á medio dia hasta el domingo de Pascua. Pero estos, como ella decia, eran los principios de sus fervores, y siguiendo en progresion creciente, pudo llegar á decir el P. Alonso de Rojas en la oracion fúnebre que no comia sino de quince en quince dias, y despues de ellos comia una rebanada de pan que volvia á vomitar.

Obligaronla sin embargo sus confesores por razon de las continuas enfermedades que padecia, á comer cada ocho dias alguna cosa; pero sin mas regalo que una onza de pan ó de otra vianda muy ligera; y apurada por el respeto y deferencia á sus hermanos en caso de mala salud ella misma se amasaba unas tortas muy pequeñas de harina sola con agua y sin sal, del peso de una onza, y por ocultar su mortificacion las metia en el horno. Hacia de cada torta cuatro partes, y una de ellas era todo su alimento en veinticuatro horas; de suerte que con una onza de aquel pan insípido tenia para cuatro dias. Preguntabale Catalina por qué las amasaba sin sal; á lo que respondia admirada que no tenia Mariana méritos para ser regalada con tales melindres. Pero con sal y sin ella para su estómago no era un regalo el comer, ya que nada le entraba por la boca que no lo arrojase con insufribles

bascas, pudiendo llamarse su comer tormento del cuerpo y alimento de un espíritu que solo se robustecia con la obediencia.

Pasó muchas cuaresmas con solas seis onzas de pan, cabiéndole á cada domingo igual cantidad. Otro tanto solia hacer desde el dia de Todos santos hasta el de Navidad; y para que aun aquella onza mezquina perdiese todo sabor agradable, añadia por salsa ó bien un poco de hiel, ó bien algunas yerbas amargas de las muchas que abundan en aquel pais, y no raras veces ceniza, para meditar de paso en su polvo y afirmarse mas y mas en la idea de que alimentar la vida no es mas que entretener la muerte. Y aquí verá el lector si hice bien en decir que no puso el Señor á esta virgen en el mundo por modelo imitable de mortificacion y victoria de sí misma para toda alma que trate de pasar al cielo por el estrecho de la cruz. Fue ella un verdadero fenómeno en el orden de la gracia; y no hay por qué extrañar que quien dió alientos á Elías para pasar cuarenta dias con el solo pan subcinericio, que era sombra del pan divino de la nueva ley, pudiese y quisiese alimentar á esta virgen con el sustancioso pan de su sacramento. Bien conocia Mariana misma que no falta un vigor milagroso á quien se decide por amor á sacrificar á su Dios el vigor y la vida. Aconsejaba un dia á su criada que ayunase á pan y agua y tambien al traspaso; y ella le respondió que lo haria de buena gana si fuese tan buena como su señora. Pues de tu parte está, le dijo Mariana, poner los medios y hacer las diligencias, y Dios cuidará entonces de conservarte la vida. Palabras de tanto fruto, que como declaró la misma india, pudo seguir el consejo de su señora, si bien no en el grado y con la perfeccion de que le daba ejemplo.

No menos que ayunar y mortificarse deseaba Mariana que nadie la tuviese por ayunadora y penitente; porque sustentar el espíritu con el aire de la vanagloria mientras ayuna el cuerpo, es condicion de los hipócritas. Dos eran sus mas frecuentes ardides para que no se conociesen sus ayunos, ó para que si se conocian, no fuesen tenidos por ayunos de penitencia. El primero era dar á conocer con disimulo é hipocresía santa que ella no ayunaba. Deseosa pues de atajar el daño que amenazaba al mérito de su abstinencia, si tomaba cuerpo la voz que cundia ya de que su ayuno era perpetuo, llamó un dia á su gran confidente y díjole estas palabras: «Ya sabes, Catalina, lo que te es»timo, pues no te hubiera hecho partícipe y depositaria »de mis secretos, si no te amase en justa paga del mucho »amor que me tienes. Sabrás pues mejor que yo lo que se »dice en casa sobre mi penitencia y ayuno: la especie pue»de difundirse y perderse todo mi trabajo, ó porque in»tenten esforzarme á comer, ó porque me expongan al de»lirio de la jactancia. Yo he de agradar solo á mi esposo, »y él me dicta que no coma; pero de tal suerte, que pa»rezca á todos lo contrario, y que para ejecutarlo me val»ga de tu amor y tu industria. Hazme por tanto de vez »en cuando algunos platos; sazonalos bien y con aseo; »entralos en mi habitacion cuando te vean, diciendo que »son para mí; y no se malograrán, porque pobres hay en »quienes poder emplearlos. Asi lograremos el doble fin de »que juzguen que yo como y no ayuno tanto como dicen, »y de que el Señor nos prepare á entrambas en la gloria »la paga de la limosna que con tus guisos hiciéremos á »los pobres.» Agradeció Catalina á su señora la nueva confianza, y le prometió complacerla al pie de la letra. A poco de la entrevista empezó á prepararle algunos gui-

sadillos, que entraba en su cuarto cuando podia ser vista diciendo para quién eran; en lo que realmente no decia cosa que no fuese verdad, pues, recibiendolos Mariana ó por sí misma los pasaba á los pobres, ó los devolvia á la india para que asi lo hiciera, quedando una y otra muy complacidas de su inocente y eficaz estratagema.

Estaba tan resuelta á ocultar por este medio del disimulo sus ayunos, que en la ocasion que voy á referir hubo de costarle muy caro. Una señora de Quito no menos visible que curiosa se propuso averiguar con sus propios ojos si era cierto lo que oia decir de Mariana, que no comia y que la alimentaba el pan de los ángeles; y como no era de esperar saberlo sino yendo á su casa, valida de su condicion y clase fuese á hacerle una visita tan excusada y fastidiosa como prolija. Armóse de paciencia Mariana teniendola en su habitacion desde muy de mañana hasta el medio dia, dandole conversacion afable y procurando sacar algun fruto; y sea que tuviese interior ilustracion sobre el objeto de la visita ó que aprovechase la ocasion de mortificarse heroicamente, lo cierto es que mandó poner la mesa y convidó cortesmente á su huéspeda. No se hizo rogar mucho la señora, y á las primeras palabras, como quien ve la suya, aceptó y se sentó enfrente de ella, mezclando con cada bocado un acto de devocion porque comia con una santa, y otro de complacencia porque salia por sí misma de dudas. Vió en efecto que Mariana comia, y creyó que era falso cuanto le habian referido á ella, sin conocer que cuando se engañaba era entonces; y por cierto que no era extraño, pues Mariana comió desde el principio hasta el fin haciendose violencia cual nunca y comprimiendo los esfuerzos de su estómago, que pretendia lanzar cuanto sin su aprobacion se le iba dando.

Llegó empero á su colmo la repugnancia, y pretextando al fin de la mesa no sé qué urgencia, salió de la habitacion y arrojó cuanto habia comido, sin que le quedase de aquel convite mas alimento que el del espíritu mortificado y maltratado á la par del cuerpo. Libre ya de congoja volvió risueña donde la aguardaba la señora, que levantando á poco la visita se fue á su casa muy pagada del desengaño, y faltandole sin duda tiempo para desengañar á otros no menos curiosos y alegar por testigos sus propios ojos. Celebró tanto Mariana esta ocasion de que el mundo no la tuviese por abstinente, que rebosando su corazon hubo de dar parte en el júbilo á doña Juana de Peralta, que se llamaba su hermana espiritual, y la ayudó no poco con su risa á solemnizar aquel paso.

El otro ardid de que echaba mano la sierva de Dios para ocultar sus ayunos, era dar á entender á todos que el no comer no era virtud en ella, sino mas bien efecto de su natural complexion ó temperamento. Y como que era imposible ocultar constantemente el ayuno á los de casa, le precisaba valerse de este segundo ardid con mas frecuencia que del primero. Deciales que su estómago estaba tan dañado que no admitia alimento de ninguna clase, y no mentia, pues le tenian tan estragado los severos y no interrumpidos ayunos, que no estaba ya en su mano evitar los perjudiciales efectos de lo que debiera sostenerla y alimentarla. Mas no por eso creo yo que dejase de merecer grandemente con su abstinencia; pues hasta la muerte tuvo firme la voluntad en tratarse de aquel modo terrible, y solo la necesidad tuvo poder bastante para vencerla á los últimos de su vida. Así lo testifica el venerable y apostólico misionero del gran rio Marañon P. Luis de la Cueva, el cual habiendo tratado con Mariana sobre las co-

sas de su espíritu cuando estaba en misiones, y confesadola algunas veces en lugar del P. Camacho ausente, escribe estas mismas palabras bajo juramento: «La hambre que »tenia grandisima de Dios, de trabajos, mortificaciones y »afrentas, le hizo instar tanto con el P. Camacho (á quien »me dijo reconocia por su padre en el espíritu, y que fue el »que desde su niñez la puso en él, desde que comenzó has»ta el punto en que se hallaba) para que le diese larga en »mortificaciones y penitencias, que se vino á desjarretar y »quedar totalmente impedida, como yo la hallé sin poder »practicar su distribucion y número de penitencias, que »causan horror y admiracion.» Pero veamos si queda aun que admirar alguna cosa.

No desagradará al lector la noticia de que las palabras que tan á propósito se dijeron en los Cantares del esposo divino: *Qui pascitur inter lilia;* consultando el original hebreo se transforman en estas: *Qui lilia pascit;* es decir que tan verdad es que el buen Jesus se apacienta entre azucenas, como que las apacienta y las nutre. A falta de otras pruebas bastaria la que nos suministra la azucena de Quito. No era razon que conquistado por ella tan á propia costa este título participase menos de sus frutos que una Catalina, una Rosa y mil otras á quienes apacentó el esposo: no era de extrañar que quien á Rosa del Perú la sostuvo sin comer muchos meses y sin mas sustancia que las especies sacramentales, se dignase de sustentar á Mariana por siete años enteros, los últimos de su vida, con el compendio de todas sus maravillas. Solo el divino pan era á propósito para su estómago; solo con las hostias consagradas se sostenia y cobraba fuerzas su delicado cuerpo; y le era tan connatural por decirlo asi la comunion, que pudieron asegurar uniformes los testigos que cuantas ve-

ces la impedian salir de casa sus achaques para ir á comulgar, se sentia desfallecida mucho mas de lo ordinario y le precisaba acudir á algun otro alimento, que era, como propio suyo, un puñado de yerbas y raices amargas con hiel y acibar por ingrediente. Afirma el P. Antonio Manosalvas que los siete últimos años de su vida en que fue su confesor, no probó Mariana sustento alguno de la tierra: lo mismo aseguran bajo juramento sus familiares y deudos; y si tanto no basta, habremos de acudir á la misma sierva de Dios, la cual hablando familiarmente un dia con sor Petronila de S. Bruno, monja de santa Clara, le dijo haber llegado al extremo de no comer ni poco ni mucho; y preguntandole asombrada la religiosa cuál era su sustento, le respondió Mariana que el divino pan de la vida, Cristo sacramentado. Satisfizo en otra ocasion á Catalina, que le preguntaba con sencillez cómo podia vivir si arrojaba lo que comia, diciendole con sonrisa: *Calla, necia, que para eso voy á la iglesia de la Compañía diariamente, donde me como un cordero con huesos y carne, vivo y entero y muy suficiente para sustentarme.*

Padecia por aquellos años Mariana una cierta contraccion de fauces y apretura de garganta, que la impedian hablar, y solo le dejaban una respiracion muy afanosa y dificil. En la fuerza del acceso tomaba por todo remedio un sorbo de agua ó el jugo de un bocado de manzana ó de membrillo, de que solia proveerla su confesor el P. Manosalvas, y que masticaba con sumo trabajo solo por obediencia, sin tragar la parte sólida y privandose siempre que podia de aquel alivio, como en una ocasion que pasó sin él diez y ocho dias, hasta que le ordenaron formalmente que le tomase. Pero no quiero dejar de referir aquí como conclusion de este capítulo, por necesidad bas-

tante largo, un suceso que confirma lo mucho que se complacia el Señor en la mortificacion y obediencia que acompañaban al uso de las manzanas. Enviaba de vez en cuando una cestita de su huerta Leonor Rodriguez Palomeros, que habia pasado los primeros años en casa de Mariana; y viendo el padre de aquella cuánto agradecia la enferma el agasajo, le dedicó el mas hermoso manzano que habia en su huerto, cuidando de que nadie le diezmase. Empezó desde aquel punto á cargarse tanto el arbol, que como el famoso peral de santa Teresa siempre le encontraban lleno de fruta, con las ramas vencidas hácia el suelo y amenazando desgajarse. Bendicion tan copiosa alcanzó tambien á todos los árboles de la misma especie, tanto que con su producto pudieron mantenerse sus dueños algunos años. Y para que no quedase la menor duda de que la fecundidad era prodigiosa, apenas cesaron Leonor y su padre de enviar á Mariana las manzanas por una cierta aprehension de que ella preferia en sus limosnas á otras doncellas pobres, vieron que dejaban de producir tambien los árboles, primero el de Mariana y luego todos á la par; con lo que se maravillaron y corrigieron.

CAPÍTULO IX.

PIDE MARIANA A SU ESPOSO QUE NO SE LE CONOZCAN POR FUERA SUS AYUNOS Y PENITENCIAS, Y LO CONSIGUE.

Mucho menos sin disputa de cuanto llevo referido sobre la austerisima penitencia de esta azucena cándida hubiera sido bastante para quebrantar el cuerpo de complexion mas robusta. ¿Qué no haria pues en una doncella de pocos años, cuyo físico estaba formado para servir de instrumento de una alma tan afectuosa y sensible como la

suya? Marchita en poco tiempo la hermosura de su rostro, pálido el labio, macilenta y demacrada la mejilla, lánguida y amortecida la mirada, no le quedaba aspecto de persona viva, sino de animado cadaver. Veianla asi sus hermanas y demas parientes; y no pudiendo atribuir tan deplorable estado sino á los excesos del santo odio que se profesaba á sí misma, empezaron contra ella una persecucion tanto mas molesta y tenaz, cuanto que su origen era el amor y la prevision infalible de haber de perderla en edad temprana. Sorprendianla á veces, y esperando sacar al fin algun provecho de su insistencia le decian con facundia improvisada que no consistia la maceracion de su cuerpo en consumirle y dar en tierra con él á fuerza de rigores, pues no siendo dueños de nuestra vida, tampoco está en nuestra mano el acabarla: que Dios es el que dispone de ella como señor absoluto, al paso que el hombre es como un mero administrador de los bienes del cuerpo, y como á tal no le compete destruir y disipar lo que se le dió, sino adelantarlo y conservarlo: que el derecho que tiene el prójimo para que ninguno le quite la vida por autoridad privada, ese mismo y aun mayor asiste al cuerpo de cada viviente racional para que la persona no sea homicida de sí misma. Otras veces previendo y confutando sus respuestas le decian que si bien el zelo de agradar á Dios con la austeridad puede á las veces excusar de culpa y aun ser tambien muy loable, no lo es ciertamente cuando la regla de la discrecion no le mide, ni procura tenerle en la senda del medio, que para no errar es la única: que no habia para que negar ó tergiversar lo que ellos mismos estaban viendo, y que de nada le servia decir que cuanto hacia no merecia nombrarse, si se comparaba con lo muchisimo que quisiera hacer por amor á su Dios, siempre que aquel

poco y aquella nonada tenian un sobreescrito innegable en su rostro demacrado y cadáverico. Concluian con un epílogo elocuente y animado de fuertes imágenes, en que le representaban que su sangre era la propia de ellos tan cercanos parientes, y que no debia malograrla y arrojarla de sí á fuerza de golpes, que en todos hacian mella; y por si esta batería no la rendia, concluian con otra de resultado á su parecer infalible, á saber, que mas agradaba á su esposo una moderada penitencia de muchos años que un fervor arrebatado de pocos dias.

Facil es de suponer que Mariana no podia oir tales arengas sin conmoverse profundamente y dar entrada en su alma á melancólicos pensamientos; y no ya porque ignorase que todo lo que hacia con aprobacion de su padre espiritual ó con superior ilustracion, agradaba sobremanera al esposo, sino porque el corazon verdaderamente humilde se acongoja tanto al ver que se le tiene por virtuoso, cuanto se alegra el hipócrita. «¡Yo (iba repitiendo entre »las emociones de un dolor comprimido), yo en opinion de »buena! ¡Yo tan floja tenida por penitente! ¡Yo tan peca»dora creida santa! ¿Y mi rostro ha de ser la causa? ¡Ah! »Que si esta ha de ser la ocasion para que juzguen tan mal, »esposo tengo que la quite y deshaga el engaño. Si por »amor suyo perdí la belleza; si por quererle imitar en la »cruz donde no le quedó asomo de lo que era, se deslustró »mi rostro; él es pintor divino que sabrá retocarle, y des»vaneciendo ideas falsas que me favorecen, hará que me »tengán por lo que soy en realidad, no por lo que mien»te el aspecto.» Pedia pues al esposo con instancia que se le mudase, empeñada en aparecer hipócrita por huir de la que juzgaba insoportable hipocresía. Al cabo de muchos dias de plegarias reforzadas con lágrimas y sollozos salió

una mañana de su casa para recibir la sagrada comunion en la iglesia de la Compañía con firmisima esperanza de conseguir sus deseos, y llegandose al confesonario del padre Juan Camacho le comunicó su pretension y le suplicó celebrase la santa misa á honra y gloria especial de la persona del Espíritu Santo, en quien cifraba toda su esperanza de consuelo. Celebró en efecto el padre; recibió Mariana el pan divino y volvió á hablar con el padre á su confesonario, al lado del cual se quedó dormida por un rato. Despertó y se levantó; pero tan transformada, que su rostro sonrosado y hermoso pudiera competir con el de un angel; y porque las manos estaban en el mismo caso de mostrar al mundo su penitencia, fueron tambien partícipes del milagro y aparecieron llenas de carne y graciosas en correspondencia con el rostro. Hermosura tan nueva y tan repentina no podia ser obra sino del artífice divino y amante esposo de Mariana, que siguió complaciendola hasta despues de la muerte, sin que esta fuese capaz de desfigurar su belleza, y mucho menos lo fueron las enfermedades y penitencias que la acompañaron hasta el sepulcro. Al verse ya escuchada tan á su placer rindió gracias al divino custodio de su humildad, y se confirmó mas y mas en que le agradaban sus sacrificios, supuesto que en cara y manos le ponia por decirlo asi un muro inexpugnable contra la vanagloria y el aplauso humano, que segun S. Pedro Crisólogo (1) son los que combaten á la santidad, cuya ciudad es el ayuno. Y en efecto viendola sus hermanas y parientes al cabo de algun tiempo tan linda y diferente de lo que era cuando le hacian aquellos cargos, le dieron el parabien por su docilidad no menos que á sí mismos por creerla recobrada para mucho tiempo, y porque lo atribuian á tan sa-

(1) Sobre el ayuno.

no y acertado consejo. Pero Mariana disimulaba y se complacia tambien creyendose rebajada no poco en el concepto de sus gentes, gozosa cada dia mas de no tener otro testigo que su esposo de lo muchisimo que le costaba el amarle. Y por entonces no tuvo otro en realidad, como no fuera su confesor y la india confidente; mas algun tiempo despues rastreando sus domésticos, siempre en acecho, que en nada habia variado su tenor de vida austera, no pudieron menos de atribuir á operacion milagrosa la mudanza, y asi lo depusieron con juramento, como consta en los procesos. Puede ser que á Mariana siempre quedase oculta en lo sucesivo esta noticia y conocimiento de los suyos; pero entretanto es cierto que su esposo renovó en ella el premio concedido por Dios en los pasados siglos al ayuno, cuando mantuvo lozanos y graciosos con unas legumbres los rostros de Daniel y sus compañeros, y cuando supo añadir hermosura sobrenatural á los de Ester y Judit á pesar del ayuno, con el cual hubieran debido de enjugarse y empañarse.

Cooperaba tambien de su parte cuanto podia la penitente virgen á los efectos de aquella prodigiosa mudanza, pues á la belleza y nutricion de cara y manos añadia una afabilidad tan rara en las palabras, que muchos buscaban oirlas para consuelo de sus almas. Aunque vivia entre sus parientes, dice uno de sus confesores, era lo mismo que si viviera en los desiertos; pero con tanto retiro no mostraba esquivez alguna con ellos. De nueve á diez de la noche, segun la distribucion de horas que copié, salia de su aposento á buscar agua y dar algun ligero esparcimiento á su espíritu ó mas bien á darsele á sus hermanas y sobrinas. Juntabanse todas, inclusa su hermana mayor doña Gerónima, y con aquel rostro en que iba pintada la

paz, hermosa hija de Dios, recreabalas Mariana entablando sabrosas pláticas espirituales y sosteniendolas sin violencia. A veces las llevaba á un sitio abierto, desde donde las convidaba á mirar el cielo estrellado, y las exhortaba con suavidad á vivir de tal suerte que mereciesen ser luceros de la gloria. Otras veces tomaba en sus manos la guitarra, y tocandola con primor, cantaba unas letrillas llenas de ternura y afectos á Jesus amante. Mucho tiempo despues recordaban aun sus hermanas y sobrinas alguna que otra estrofa suelta, en la cual mas que la armonía del metro ó pureza de la frase descollaba el enardecido suspiro de la cantora; y era cosa que obligaba á amar á Dios el oirla modular estos versos:

El gran monarca Jesus,
Del Padre eterno heredero,
Teniendo la cruz por cama,
Hacer quiere testamento:
Porque la corona y clavos
Le tienen ya casi muerto,
Estando enfermo de amor
Por sanar al hombre enfermo.....
Enfermedades de amor
Nos le han puesto en tal extremo,
Y es tan agudo el achaque,
Que no se le halla remedio.

Puede ser que no llenen del todo al lector estos retazos de romance; pero de seguro llenaban al esposo, que era su objeto. Y en prueba de ello cantaba tambien Mariana alguna vez por desahogo amoroso en su cuarto, y mas de una se oyó desde fuera un conjunto de suavisimas voces que la seguian, y los de casa juzgaron que fuesen voces

celestiales, fundandose en que nadie penetraba en el retiro de Mariana. Ella misma dijo en una ocasion que alababa á Dios con la guitarra en compañía de otras doncellas amigas: oyó la especie un sugeto de la familia y preguntó confuso á doña Gerónima quiénes podian ser aquellas amigas; á lo que respondió ella resueltamente: Vírgenes sagradas del cielo que sin cesar la asisten. Y nadie estaba en el caso de saberlo mejor que doña Gerónima, que como hermana mayor era respetada y obedecida de Mariana.

CAPÍTULO X.

HEROICA MORTIFICACION DE LA PENITENTE VIRGEN EN NO BEBER AGUA ESTANDO HIDRÓPICA.

Ó fuese por la gran pérdida de sangre en la tan frecuente abertura de la vena, ó por la escasez del alimento diario, ó porque pretendiese Jesus completar en su esposa la imagen de su humanidad paciente, ó mas bien por todo este conjunto de causas, lo cierto es que en los últimos tiempos de su vida llegó Mariana á padecer una cruel é incurable hidropesía con la consiguiente tortura de sed voraz y continua. Exhausto su cuerpo de sangre, con la poquisima agua que le daba se le hinchaban las carnes, especialmente de las rodillas para abajo, de un modo monstruoso, como ella misma escribia á su confesor, y experimentaba todos los síntomas y el tormento de una persona hidrópica. Tienen tales enfermos su tirano y su verdugo en lo que mas apetecen, y el agua llega á ahogarlos no por fuerza y á mano armada, sino con suavidad y haciendose amar sobre todo placer humano, pudiendo decirse que el agua es el dogal y el elemento del hidrópico, mientras que le abrasa mas la sed cuanto mas bebe. Este fue tambien

el empleo del agua con Mariana hídrópica; servir por largo tiempo de crisol y martirio, no ya porque el mucho beber aguijonease su sed segun la condicion general de los que por enfermedad buscan el agua, sino por la heroica constancia con que huia de ella, siendo asi que la necesitaba como cierva sedienta. Pero dije mal que huia de ella, ó no debe entenderse sino que no la bebia: por lo demas empleaba la lengua en sus elogios, la imaginacion y los sentidos en verla y regalarse con ella, con una clase de tormento que solo podrá calcular quien haya experimentado alguna cosa en este género. Discurria detenidamente sobre las bellezas del agua y bienes que nos proporciona, trayendo á la imaginacion cuanto habia leido sobre ella ó era capaz de discurrir. La elogiaba, porque por ella se alegran los prados y viven los peces, los animales y las plantas. En ella como en Oceano sin límites veia encerrados todos los bienes del mundo y una representacion natural del eterno padre, que es principio sin fin. La admiraba como elemento dominador que avasalla á los demas, y concluia exclamando: Bendito sea el Criador que te hizo tan hermosa y singular entre todas las criaturas. Loada sea para siempre su piedad, que nos dejó en tí un bosquejo de sus misericordias. Con el mismo fin de alabar el agua y mortificarse no bebiendola salia de su cuarto á un comedor cercano, siempre que oia llover, y mirando deslizarse los arroyos y sintiendo correr tras ellos sus ansias, daba lugar á que se le abrasasen mas y mas las fauces, hasta que satisfecha ya de tormento se retiraba. No pocas veces cogia el agua en sus manos, y mirandola de hito en hito hacia ademan de aplicar el abrasado labio, y luego le retiraba fijando la vista en su amor sediento en la cruz, y la derramaba sirviendole sus manos

de ara y el agua de sacrificio, no menos generosa que David en el acto de derramar el agua de la cisterna de Betel.

A medida que encruelecia la sed, la mortificacion subia de punto, y el alma de Mariana llena de sobrenatural esfuerzo inventaba nuevas trazas para triunfar de un cuerpo, que al fin nada pedia fuera de su derecho. Tomaba en el momento de mayor apuro un jarro, que procuraba tuviese bien marcado el pico; ibase con él á la tinaja ó á la fuente, sacaba el agua, y extendiendo el brazo cuanto podia, pendiente el jarro de la mano, vertia el agua muy despacio hasta la última gota. Apurada aquella volvia á llenar el jarro y volvia á vaciarle del mismo modo y con igual pausa: luego repetia la funcion tercera y cuarta vez, hasta que no pareciendole posible martirizarse mas, daba la bendicion al agua y sin probarla se volvia á su cuarto. ¡O poder inmenso de la gracia! Nada hay que te resista. No extrañará el lector esta exclamacion, porque le bastará haberse visto alguna vez acosado de la sed cerca del agua, sin poder por entonces beberla, para calcular algo de lo que podrá ser para un hidrópico tenerla en las manos, jugar con ella y ni abrigar siquiera esperanzas de probarla. Tres meses pasó Mariana en una ocasion sin beber una sola gota por milagro patente de su esposo, el que cuando se quejó de sed en la cruz, pudo consolarse con el singular denuedo con que algun dia le habia de corresponder esta virgen.

Durante su última enfermedad padeció tan horrible sed, avivada por el ruido de la acequia que corria por la calle de su casa, que llegó á pronunciar estas palabras en un acceso de fiebre: ¡O quién me echara en esa acequia para mitigar tanto fuego! Oyóla una buena mujer que la asistia, y compadecida de su trabajo se ofreció á traerle un

jarro de aquel ansiado refrigerio; pero Mariana al paso que agradeció la piadosa oferta, dijo: No, señora; que no la he de beber, pues antes me recreo toda cuando pienso que tengo algo que ofrecer y en que asemejarme á mi esposo.

Y para que se vea que este espíritu de mortificacion y penitencia heroica lejos de descaecer ó disminuirse iba en aumento hasta la muerte, es muy digno de singular recuerdo lo que solia hacer en tiempo de su última enfermedad. Agregandose al mal continuo el ardor de la calentura, llegaba un punto en que pedia un sorbo de agua, acaso por natural y no resistible instinto; pero si se mira á lo que pretendia pidiendole, con acto premeditado y á todas luces heroico. Porque le llevaban en efecto el agua en un búcaro ó vasija de barro oloroso, y yendosele tras ella los ojos y toda el alma, la tomaba en la mano, le daba mil vueltas, la miraba una y muchas veces, siendo cada mirada una saeta y cada instante un tormento: despues sin servirse de ella ni aun para enjuagarse la boca la apartaba de sí y la devolvia á quien se la habia llevado, ofreciendo tantos sacrificios, cuantas eran las gotas que encerraba la vasija.

Para mayor prueba de que la guiaba el espíritu de mortificacion y no el temor al agua dañosa siempre al hidrópico, concluiré esta materia refiriendo lo que le acontecia tambien con la fruta. Parte por lo que veian, y parte por lo que era de suponer, calculaban algunas personas lo mucho que debia de sufrir con la sed Mariana, y movidos de caridad le llevaban algunas frutas jugosas, para que sin beber la mitigase algun tanto. Veialas ella con un placer y una ansia indecible, y hubieralas adoptado en digno suplemento del agua, ó mejor diré que las adoptaba en rea-

lidad, pues empezaba á manosearlas y hacer ademan de llevarlas á la boca, hasta que al cabo de un rato concluia por enviarselas de regalo á su hermana doña Gerónima. Pero si tenia proporcion por haber alguien delante, elegia mejor partido para padecer; y era pedir encarecidamente que comiesen aquella fruta, y ella se estaba mirando con atencion á quien se saboreaba con su zumo. Sirva de sello á lo dicho el acto con que Mariana completó una serie crecidisima de victorias á cual mas heroicas y (permitaseme decirlo) únicas en su género. En sus últimos dias y estando ya para morir, mostró vivo deseo de comer uvas, y no faltó quien pensase que tal antojo en una criatura tan mortificada no carecia de misterio, siendo precisámente el vino que se saca de la uva la materia que destinó Jesus para convertirla en su sangre, de la cual se mostraba aquel corazon tan sediento. Como quiera que fuese, no hallandose uvas en la ciudad muy á la mano, se hicieron varias diligencias, y halladas por último se le presentó un gajo ó racimo á la enferma, la cual tomó tres granos en reverencia de las tres divinas personas, y chupandolos arrojó los hollejos sin permitir probar uno mas siquiera. Si la peticion no tuvo otro motivo que la sed; aquellos tres granos sirvieron de fijo á sus entrañas de mayor incendio, como sirve poca agua al fuego material para avivarle: y si no fue sed, sino misterio, no podia escoger Mariana cosa mejor que aquel consuelo, último de su santa vida, para que supiesemos dónde estaba su alma hasta el postrer aliento.

CAPÍTULO XI.

MORTIFICACION PORTENTOSA DE SUS SENTIDOS.

Si los sentidos corporales son en frase del pontífice S. Gregorio (1) los cinco talentos que entregó el divino mercader á sus siervos, para que comerciando con ellos mientras viven en este mundo, tuviesen prontas á la hora de su venida, como él mismo dijo, las ganancias que se propuso en el providencial repartimiento; solo la angelical Mariana, que goza ya hace mas de dos siglos del fruto de un capital inmenso, pudiera decirnos lo que le valió el uso de sus sentidos. Y no habia de decirnos cosa de gran asombro, cuando sabemos que toda su vida fue un ejercicio continuado de refrenarlos y dirigirlos, que es el único uso juicioso y acertado de unos instrumentos indiferentes de por sí para ganancia ó pérdida eterna.

Todo su tenor de vida desde los mas tiernos años revela una voluntad resuelta á no hacer uso de sus sentidos para conocer al mundo por de fuera, contenta con conocerle en sí misma por divina ilustracion para aborrecerle. Y como que esta voluntad jamas desmentida lleva consigo un conjunto de actos mas ó menos visibles, pero todos costosos y animados del espíritu de mortificacion habitualmente heroica, la de Mariana en este punto rayó tan alto, que bien puede servir de conclusion digna de este libro y epílogo, por decirlo asi, de su admirable espíritu de penitencia. Discurriendo pues brevemente por todos los sentidos de su cuerpo, los ojos, que son las ventanas del alma, no le sirvieron jamas para pábulo de vana curiosidad; cosa á la verdad bien dificil para todos, pero mucho

(1) Homilia 9.ª sobre los Evangelios.

mas sin disputa para las hijas de Eva, que empezó á prevaricar por la vista, é imitadoras de la mujer de Loth, que tambien se perdió por ella. Sus ojos, cuando no podian abrirse sin algun riesgo ó disfrutar de la hermosura del cielo para elevar el espíritu, estaban por lo comun cerrados ó clavados en tierra, sobre todo cuando le hablaban; y esto lo hacia tan sin esfuerzo y tan sin sombra de artificio, que nadie atribuia su modestia sino á mortificacion, pasada ya á ser hábito virtuoso. Llevaba siempre cubierto el rostro con el velo, cuando salia de casa para la iglesia de la Compañía; y al verla pasar solia decir el médico Juan Martin que era imposible que humanos ojos la mirasen y no diesen gracias á Dios por haber formado tal criatura, y que su modestia no fuese viva reprension de la disolucion mas procaz y desenfrenada porque su vista inspiraba honestidad y su compostura pureza. Esta rara y singular modestia de los ojos y de todo su cuerpo fue la que principalmente le mereció el renombre de *santa;* pero tan general y bien sentado en toda Quito, que cuando los padres ó parientes de alguna joven casquivana y de modales libres querian obtener de ella el recato propio de su sexo, no reforzaban la exhortacion con otro ejemplo que el vivo y presente de su mortificadisima paisana, capaz él solo de mudarlas ó confundirlas.

Persuadida desde muy luego de la suma verdad de aquella divina máxima: *No se sacia el ojo con ver, ni el oido con oir,* reprimió constantemente la curiosidad mujeril, y ni en las cosas mas lícitas y santas permitió á sus ojos algun desahogo. Jamas supo decir por haberlos visto de qué mérito fuesen los pasatiempos y diversiones de la ciudad, pues ni á los mas indiferentes acudió una sola vez en su vida. Lo propio debe decirse de las fiestas y re-

gocijos públicos en ciertas ocasiones solemnes; lo cual no es ciertamente gran cosa en una virgen recatada, si se compara con haber negado á sus ojos lo que otros buscan con ansia como incentivo de la piedad. Todo está dicho consignando lo que deponen con juramento en los procesos todos los testigos informantes, y entre ellos sus confesores, incluso el que predicó en su funeral; á saber, que jamas entró ni aun en otro santuario, ó visitó mas iglesia que la de la Compañía de Jesus, donde tenia cuanto podia apetecer, como no fuese una vez que se juzga haber entrado en el magnífico y suntuoso templo de S. Francisco en ocasion del entierro de su sobrina Sebastiana de Caso. Ni aun cuando hubo de recibir por consejo del P. Juan Camacho el cordon de la tercera orden del santo, fue ella en persona al templo, sino que amante del retiro y temerosa de la curiosidad comisionó á otra para que se le llevase.

Entre los infinitos actos de mortificacion con que enfrenó siempre su vista, no puede dejar de recordarse uno que comprendió un gran número de muy sensibles privaciones: hablo de no haberse decidido jamas á ir á visitar la milagrosa imagen de nuestra señora de *Guapulo*, que es el refugio de la ciudad de Quito, remedio de sus necesidades y una de sus mayores grandezas. Está colocada la preciosa efigie en un pequeño pueblo de indios llamado *Guapulo*, que dista de la ciudad una legua, y en un templo fabricado por la piedad antigua, que en la preciosidad de sus alhajas, en el vistoso ornato y suntuoso culto puede competir con los mejores de Quito. Testigos irrefragables de la proteccion que dispensa en él Maria á los necesitados de todo género, son los innumerables *votos* que penden de su altar y de las paredes del templo, en cada uno de los cuales se recuerda un beneficio y se representa un ánimo agra-

decido. Y es tanta la fé y la confianza de aquella gente en su virgen de *Guapulo* y tanto el entusiasmo por visitarla, que se contaria por un milagro el que alguno no hubiese ido á verla y á gozar de la perspectiva del templo. Pues este prodigio de mortificacion se admiró en Mariana, que por agradar mas á su amada madre Maria mortificandose que yendo á honrarla ante su venerada imagen, se privó toda su vida del placer que de fijo hubiera tenido su alma hecha para grandes bellezas en ver y admirar la de aquel soberbio edificio. ¡Cuánto tendrá que rumiar y aprender aquí quien con esta ocasion se mire á sí mismo, y encuentre acaso que la mayor parte de su devocion se confunde con la vana curiosidad y no busca sino acallar el prurito de novedades, el cual paliado por el amor propio en todo se insinua y vicia en su raiz las cosas mas santas! Mas no paró aquí la mortificacion de la vista en Mariana. Solia la piedad de aquellos fieles llevar procesionalmente la adorada imagen á la iglesia catedral de Quito cuando peligraban sus mieses ó viñedos por el granizo ó lluvia deshecha, cuando veian el cielo de bronce, y en una palabra siempre que los amenazaba de cerca alguna calamidad. Por lo menos una vez al año no dejaban de llevarla en pomposo triunfo para festejar el patrocinio de las armas españolas, y en tales casos salia á recibirla la ciudad con su ayuntamiento, cabildo y religiones, animandose toda Quito de una nueva vida y dando de ello buenas muestras en el adorno y colgaduras de ventanas y puertas, en el continuo repique de campanas y en el bullicioso ir y venir de las gentes tan ansiosas de ver lo que cada año les causaba la misma novedad: los artesanos dejaban sus talleres, los mercaderes sus tiendas, y era para la devota poblacion un dia verdaderamente festivo. Solo

Mariana, á ninguno inferior en el cariño hácia su madre y patrona, parecia insensible en aquellos momentos, y nada era capaz de hacerla dar un paso para tomar parte en el comun alborozo. Entraba María santísima con tan solemne recibimiento en una ocasion de pública necesidad, y diciendoselo á Mariana un padre de la Compañía que á la sazon se hallaba en su casa, y mostrando ella no poco regocijo, empezó el padre á persuadirla que fuese á ver el triunfal recibimiento, para lo que hizo una descripcion de la hermosura de la imagen y de la dicha de los que asi la recibian y agasajaban. Hallandola indiferente redobló instanciaias y razones; pero sin adelantar nada, ni poder conseguir que se decidiese á marchar á la catedral, donde ya debia de estar la imagen. Tan inflexible resolucion, que el padre calificó en su interior de dureza, llegó casi á enojarle; y conociendolo la mortificada virgen: *Padre,* le dijo, *pediré licencia á mi confesor, y si me la da, haré lo que pide.* Fueron estas palabras como luz que de repente se refleja en lugar obscuro, porque aquel padre enmudeció, y calculando toda la perfeccion que se encerraba en la respuesta, no se atrevió á molestarla mas, ni á pretender una cosa, que aunque buena hubiera impedido en Mariana un bien de mayor cuantía. ¿Y quién duda que agradaria mas sin comparacion á María santisima el que se privase ella de verla en su imagen sobre la tierra á trueque de visitarla mejor y preparar sus ojos para verla con ventajas por una eternidad cara á cara, y mas cuando en su habitacion tenia la pintura que le representaba la misma sobrehumana belleza? Ni son tampoco muy necesarios los retratos para quien como Mariana tiene tan purificada la vista superior, que goza de la contemplacion del original del mejor modo posible al humano destierro.

Si alguna rarísima vez puso los pies en casa ajena; fue por ejercitarse en obras de caridad, y no hay cosa mas repetida en los procesos jurídicos, ni mas conocida por tradicion en la ciudad de Quito, que el no haber Mariana pasado por otras calles que las dos que dividian de su casa el colegio de la Compañía. Una excepcion hizo á esta regla, y fue porque pasando una mañana muy temprano para ir á la iglesia por la calle que tenia de costumbre, oyó á cierta distancia una voz que decia: *Aquí viene la santa.* Sintió ella tan vivo dolor como el que ocasiona golpe imprevisto; y empezando á llorar sin consuelo añadió aquel dia una disciplina á las de costumbre, y multiplicó sus maceraciones como para satisfacer por aquel juicio á su parecer tan errado y alejar de sí todo peligro de darle entrada en su alma. Desde entonces determinó mudar de camino y rodear por ciertas calles contiguas para no pasar por aquella en que habia oido el silbo de la serpiente; y hubiera seguido haciendolo siempre, como lo hizo unos dias, á no habérselo prohibido su confesor mandandola que volviese á su antigua ruta.

No podia dejar de ser mortificadisima la vista de quien estaba tan retirada y ajena de las cosas del mundo, que viviendo entre sus hermanos y parientes jamas encontró en su compañía el mas mínimo impedimento para adelantar en la virtud. Su habitacion era mirada por propios y extraños como por Jacob la escala misteriosa, y la tenian por casa de Dios y puerta del cielo. Raras veces admitia visitas, y esas de personas que se le asemejasen en la virtud, ó de deudos muy cercanos; y solo un dia en el año, que era el de la santísima Trinidad, abria su cuarto á todos los de casa, los cuales con la misma reverencia y temor santo con que pudieran visitar el santuario mas célebre,

entraban á adorar á la majestad divina ante un altarito que con especial esmero componia para aquella fiesta la ermitaña doméstica. Es verdad que diariamente salia de su clausura; pero como llevo repetido, era para entrar en otra mas rígida que disponia en su corazon, yendo á colocarse en un rinconcito de la iglesia al pie de la escalera del púlpito, de donde no se movia sino para llegarse al confesonario y comulgatorio. Puso en aquel lugar una tarimilla tan pequeña, que no le servia sino para estar de rodillas; y en esta postura permanecia constantemente todo el tiempo que pasaba en la iglesia, que era mucho, en especial en las cuaresmas; pero tan atenta á su Dios presente, tan concentrada en sí misma, que jamas miró, ni habló con persona alguna, ni permitió que á ella le hablasen. Y estaba tan lejos de ahuyentar á las gentes este ademan recogido y austero, que muchas señoras, y particularmente doncellas devotas, llevadas de la fragancia de tan hermosa azucena, procuraban hacerle la corte como flores de menos mérito, fijaban su sitio junto al púlpito y la cercaban diariamente esperando amor de Dios y devocion mientras estuviesen á su lado; cosa que edificó mucho á Quito, y consoló siempre no poco á los padres de la Compañía.

Pero quien tan á raya pudo tener los ojos y de consiguiente el corazon, no habia de tener sin custodia la otra puerta del alma casi tan expuesta como la primera, que es el oido. Nunca le abrió á cuentos vanos, novedades de mundo ó cosas inútiles, y mucho menos consintió que se deleitase con el dulce veneno de la detraccion, que no permitió jamas en su presencia; y era cosa sabida que lo que se hablase con Mariana, habia de ser de tal género, que pudiera comunicarse con Dios en la oracion. Su olfato, como quiera que sea el sentido de que menos hay que

temer, nunca pudo desmandarse: con cuánto mérito de Mariana, solo ella lo sabe, que siendo mujer y por lo tanto aficionadisima á olores no consintió nunca en su cuarto sahumerios, esencias ó pastillas, ni llevó jamas sobre su cuerpo cosa de olor agradable, ni aun con pretexto de ser reliquias ú objetos devotos. Otro tanto hizo con las flores, cuyo balsámico aroma no percibió jamas advertidamente y de propósito sino cuando las manejaba para ofrecerlas en grato holocausto á su santisima madre ó á sus celestiales patronos.

Nada diré del sentido del gusto, pues puede creerse con fundamento que hubo de perderle quien tocante á no comer llegó al extremo que queda referido en este libro, y quien tenia ademas la hiel y el vinagre por salsa de dias clásicos. En cuanto al tacto, si se mira esparcido por todo el cuerpo y con un deleite especial en el refrigerio del agua, recuerde el lector los excesos de penitencia que van contados, y la heroica abstinencia en la bebida, y verá si es posible idear mayor suplicio para un sentido siempre dispuesto á pagar con traicion mortal los halagos. Y si se mira mas bien como residente en las manos, instrumento de sensaciones sin cuento al alma que las maneja, siendo la de Mariana tan esquiva de toda impresion halagüeña ó peligrosa aun de lejos, no tocaban sus manos fina seda, ni lienzo suave, sino la tosca lana de que se vestia; y puede decirse sin temor de errar que lo que al comun de los mortales es vehículo de placer, fue para esta martir voluntaria instrumento de pena y aumento de privaciones.

LIBRO TERCERO.

HERÓICAS VIRTUDES DE MARIANA DE JÉSUS Y DONES PRODIGIÓSOS CON QUE LA FAVORECIÓ EL CIELO DURÁNTE SU VIDA.

CAPÍTULO I.

SU FÉ VIVA Y SU FIRME ESPERANZA EN DIOS.

Es muy digna de observacion y puede muy naturalmente aplicarse á Mariana de Jesus la prerogativa que el Espíritu Santo atribuye en el sagrado libro del Eclesiástico á la azucena. Habla con los que aman la virtud y la siguen, bajo el emblema de las flores, y les dice: *Brotad, como la azucena; esparcid suaves olores de toda virtud, y echad asimismo graciosas ramas: Florete flores quasi lilium, et date odorem, et frondete in gratiam* (1). Que Mariana de Jesus fuese azucena agradable á su esposo, quien la plantó en Quito para que desde allí embalsamase la tierra y estimulase á muchos á emular, ya que no á copiar sus candores, no hay para que repetirlo, porque eso arrojan de sí en general los dos libros que preceden. Mas es preciso ver á lo que en particular convida esta bella flor, y cómo considerada ya en el libro anterior cual azucena entre espinas de penitencia se presenta ahora produciendo tantas nuevas azucenas como virtudes segun el dicho de san Bernardo: *Quot virtutes, tot lilia* (2). Empezaremos por la fé: siendo esta gran virtud cuando se halla animada de la caridad, como la semilla de donde brota todo el mérito de las buenas obras, el paje de

(1) Eccli., c. XXXIX, v. 19.
(2) S. Bern., serm. 70.

hacha, por decirlo asi, que ilustrando el entendimiento dirige no menos la voluntad humana en sus actos, y el firmisimo fundamento sobre que estriba todo el edificio de las virtudes, quien tenia tantas como Mariana, no podia menos de poseer una fé á toda prueba. Y en efecto brilló siempre en su alma la luz de esta divina virtud como el oro puro y sin mezcla de escoria de dudas ó perplejidades; y en la contemplacion de sus divinos misterios lejos de obscurecerse ó empañarse se refinó su brillo y crecieron sus resplandores. Penetró, dicen los procesos jurídicos que tengo á la vista, penetró y entendió bien, segun es dado á la criatura, los misterios de nuestra santa fé católica romana; para lo que le sirvió no poco la educacion esmerada que recibió de sus padres, el ejemplo de su casa, llamada *casa de la oracion*, su trato frecuente y comunicacion íntima con sus confesores á cual mas doctos y espirituales, las especiales instrucciones del hermano Hernando de la Cruz, gran siervo de Dios, y la continua lectura de las obras de santa Teresa y de otras vidas de santos. De su viva fé es prueba evidente una serie de hábitos y de acciones parte referidas ya, parte que recordaré de nuevo, serie quimérica é imposible en una alma de fé menos arraigada y profunda. Sin perder jamas de vista á su Dios presente multiplicó Mariana sin cesar los actos interiores mas propios de una alma que cree, ya de adoracion, reverenciandole como á su criador, ya de sumision, acatandole como á su rey, ya finalmente de adhesion, amandole como á su esposo. De la fé nacieron aquellos sublimes arranques con que deseó siendo niña salir con sus compañeras á convertir los infieles del Marañon y propagar la fé cristiana entre los moros; y los impulsos de la fé eran su guia cuando con encarecidas súplicas y ardien-

tes lágrimas se empeñaba con su esposo por la propagacion de la fe católica y aumento y dilatacion de la cristiandad, envidiando de todo su corazon á los mártires porque habian logrado sus vidas perdiendolas por tan noble causa. Hubiera dado su sangre en efecto por la defensa ó confirmacion de cualquier dogma católico y por demostrar la sumision que le merecia el dicho infalible de quien no puede engañarse por su infinita sabiduría, ni engañarnos por su indefectible veracidad. Y era esta fé tan ferviente y tenia tanta eficacia para excitar con natural impulso los afectos, que cuando hablaba Mariana de los divinos misterios, en especial de los que pertenecen á la divinidad de nuestro señor Jesucristo y á su sacratisima humanidad, se encendia su rostro y palpitaba su corazon como si tuviese por carcel el pecho. Aparte de la reverencia que tenia á los demas, la profesaba singularisima al misterio de la beatísima y augustisima Trinidad, á cuya amorosa providencia é inexhaustos tesoros acudia animada de viva fé en todos sus ejercicios y operaciones, al de la sagrada Eucaristía, que puede llamarse las delicias de Mariana, y al de la dolorosa pasion de Jesus, que robandole toda la voluntad solo le dejaba el pesar de no poder dar en justa recompensa toda su sangre.

Pero si no mereció tanta dicha, entretuvo sus ansias en lo que fuera digno empleo de la fé de un apostol. Reunia á primera noche á todas las personas de la dilatada familia de la casa sin exceptuar las esclavas é indias libres de servicio, y cuando los veia todos juntos, daba principio á una instruccion sobre los misterios de nuestra santa fé y oraciones de la iglesia. Con toda la eficacia propia de quien cree por conviccion y no por la costumbre ó el dicho humano, inculcaba aquellas verdades, y acomodandose á la

capacidad y disposiciones de sus oyentes se quitaba, por decirlo asi, de la boca lo que hubiera de comer, como fruta, dulces ú otros regalillos, por tener algo con que atraer á los menos dispuestos á oirla ó galardonar á los mas prontos y felices en las respuestas.

Con la edad se arraigó en aquella bendita alma la fé, y con ella el deseo de cimentarla en otros, y no bastándole el teatro de la propia casa juntaba cuantos pobrecitos acudian á la piedad de sus hermanos, que eran en gran número, y antes de distribuirles ella el alimento con sus propias manos saciaba sus almas, mas necesitadas que los cuerpos, con la divina palabra. Poniase muy de propósito á explicarles la doctrina cristiana y las fórmulas de que para orar se sirve la iglesia, y sabia hacerlo con tanta claridad y llaneza de palabras y con tan oportuna copia de ejemplos y comparaciones, que impresas insensiblemente en aquellas almas no avezadas al discurso las grandes verdades de la fé, daban á su tiempo el fruto que se proponia la pequeña y habil maestra. Basta por ahora de su fé; que campo habrá para admirarla aun mucho mas en un sin fin de actos virtuosos y de no ordinarios sucesos, que irá presentando esta verídica narracion de su vida

Plantada asi en medio de su corazon la fé cual arbol fecundo no pudo dejar de producir como primer fruto la esperanza, que se funda precisamente en la creencia de lo que un Dios sumamente bueno y fiel prométe á los que le aman. Sublimisima pues la tuvo y en grado heroico, sin que la combatiese jamas vaiven alguno de temor nimio ó desaliento y mucho menos de duda y vana presuncion. Su temor fue filial, dicen los procesos, y se cifró siempre en huir con singular esmero de toda sombra hasta de la

mas leve culpa; pero jamas la abandonó la esperanza; antes bien ella fue el áncora que fijó su corazon para que no fluctuase en la tormenta deshecha de sequedades y desconsuelos, con que plugo al esposo probarla por algun tiempo. Abismada con frecuencia en la consideracion de que su esposo mismo la habia criado para entregarsele eternamente, era tan desmedido su gozo, que sus ojos eran dos fuentes de lágrimas de la mas dulce y consolatoria esperanza, y publicaban el ahogo de su pecho porque se le dilataba demasiado la posesion de su eterna dicha. Nada pues tiene de extraño que como efecto natural de esta esperanza le pareciesen una nonada todos sus martirios y las ocasiones, que no le faltaron, de gravisimo sufrimiento. Una de ellas fue la en que por comulgar diariamente segun el consejo de su director (cosa en aquel tiempo muy rara) vió suscitarse una borrasca promovida por personas espirituales y doctas, en que estaba ya para sucumbir acobardado su mismo confesor. Revestida entonces Mariana de aquel espíritu que por haber confiado en Dios dispone de la divina fortaleza segun la frase de la Escritura, le dijo: *Ea, padre mio, confiemos en Dios; que su gusto se hará y no el de los hombres.* Y no confió en vano, como expondré en su lugar, pues halló propensos á su práctica y dispuestos en su favor áquellos mismos que tanto la motejaron en un principio. Segun la máxima y el ejemplo de todos los que la precedieron en la santidad, no ideaba ni emprendia cosa de mucho ó poco momento en que se tuviese por instrumento inutil y sin provecho, colocando en Dios toda su confianza como en origen y fuente, autor y consumador de toda obra buena.

Pero el mas sólido argumento y la mas inequívoca señal de su esperanza en Dios la colocan justamente los

procesos jurídicos de sus virtudes en el total desprecio que hizo toda su vida de los bienes caducos de la tierra. *No he visto en mi vida* (pronunció en público su confesor en el sermon de sus honras), *no he visto en mi vida mayor desprecio de las cosas humanas, ni mayor aprecio de las divinas*. Y en efecto todo lo que por acá enamora mas, la salud, la vida, la honra, los placeres, los pasatiempos, las riquezas, todo lo holló Mariana con el pie triunfante de quien se miraba como huéspeda y peregrina en el suelo y tenia en otra parte su natural domicilio. El ídolo de la honra nada pudo con quien ocultó perpetuamente su persona y hasta su nombre: el del placer no recibió inciensos de quien tenia por ociosa la vida todo el tiempo que no se empleaba en padecimientos; y el del oro no alucinó por cierto á la que distribuyó, como consta en los procesos, toda su herencia entre sus hermanos, pasando despues sus dias en la escasez y la penitencia: cosa á la verdad que pasma; pero toda conforme con la disposicion de una alma, que como recuerdan y atestiguan los mismos procesos, solo parecia vivir por el ansia de desatarse á imitacion del Apostol y estar con Cristo su esposo.

No menos que la fé se esforzaba Mariana á infundir y roborar en los ánimos de sus prójimos la esperanza; y si alguna persona le referia cosa que pretendiese hacer á gloria de Dios, y descubria en el plan alguna secreta confianza en las propias fuerzas, la corregia con dulzura y la hacia ver que confiar en los hombres, por muy poderosos que se juzguen, es apoyarse en caña fragil y ya quebrada, y que solo Dios es la fuente y el manantial de la verdadera confianza. Quien acudia á ella en busca de consuelo en la afliccion ó de consejo en el aprieto,

ya sabia que el tema de la respuesta era la confianza en Dios, y que la esperaba una exhortacion dirigida á avivar la esperanza de que el Señor como padre amoroso no faltaria en el momento de mayor conflicto.

Padecia disgustos y sinsabores sin cuento con su esposo aquella doña Escolástica Sarmiento que se crió con Mariana en la niñez, y que casandose despues se le convirtieron bien pronto en penas las delicias del matrimonio. Fue un dia á la iglesia de la Compañía de Jesus en busca de un confesor para comunicar con él los medios que se le ocurrian á fin de dejar de padecer, aunque fuese á costa de una medida violenta; y no habiendo podido bajar el padre por hallarse enfermo, siguiendo el impulso de la desesperacion se salia ya de la iglesia resuelta sin mas consejo á ejecutar un desatino. Con toda advertencia y por temor de algun estorbo á su resolucion no quiso ver, ni dejarse ver de Mariana, que estaba en la misma iglesia; pero mientras que apresurando el paso salia ya por las puertas satisfecha de haber logrado su intento, con no poco asombro vió á Mariana á su lado, la cual reprendiendola con blandura por la desacertada y violenta resolucion la exhortó á que esperase sin falta y muy pronto el consuelo divino. Fueron tan eficaces sus palabras y derramaron tan á tiempo en el alma de la afligida señora el bálsamo del consuelo, que ella misma declara con juramento que acudiendo el Señor y correspondiendo á la confianza que se infundió en su alma, jamas desde aquel momento tuvo el menor motivo de disgusto con su esposo en los muchos años que uno y otro sobrevivieron. Como este pudieran citarse varios sucesos, si no se opusiese el deseo de abreviar.

CAPÍTULO II.

DE SU ABRASADA CARIDAD PARA CON DIOS.

La caridad, forma de las virtudes y reina que las impera, es al mismo tiempo la raiz de la vida del alma, no de otra suerte que el corazon es la raiz de la del cuerpo. Y así como segun la sentencia del Sabio (1) no hay que perdonar diligencia alguna para guardar el corazon, asi y con mucho mayor derecho exige la caridad que no quede diligencia por emplear cuando se trata de mantenerla viva y de conservarla. Entrando pues en el inmenso piélago de la caridad de Mariana de Jesus para con su Dios no tendria yo que indicar á mis lectores otro norte para surcarle que la descripcion hecha hasta aquí de los trámites de una vida corta en verdad, pero consagrada toda al amor del divino esposo. Todas sus obras, sus palabras, sus pensamientos desde que usó libremente de la razon hasta el último aliento fueron animados de la caridad, no solo por no haberse visto jamas privada de la gracia santificante, sino porque procedian actualmente de un especial imperio del amor á su Dios. Sus mismas penitencias, su tenor de vida y sus acciones inimitables, dice con mucha razon el proceso, son la mejor y menos recusable prueba de su encendida caridad, la cual á la manera que el corazon de carne está siempre desasosegado con un suave movimiento, asi estaba siempre en acto de inspirar nuevos afectos y nuevos medios de desahogarlos, como que era el corazon de todas sus virtudes. Su lengua no sabia articular mas palabra que *sea por el amor de Dios* en sus gravisimas enfermedades y continuas penas y congojas. Sus potencias no se

(1) Proverb., c. IV.

empleaban sino en amar, y bien pudo su confesor compararla con los serafines en el sermon que predicó en sus honras; pues que los imitaba en no tener interrupcion en el amor. Bastaria por prueba á falta de otra una carta del P. Juan Camacho, á quien se debe todo crédito por su consumada prudencia, virtud y saber en lo que pertenece al espíritu. Escribiendo él al capitan Cosme de Caso le dice estas gravisimas palabras: *Mas tiempo y papel era menester para hacer extensa relacion de esta virgen; mas dejando las muestras exteriores á tantos ojos patentes y reduciendo á breves periodos lo interior, digo lo primero que nuestro Señor la levantó á lo supremo de la contemplacion, que consiste en conocer á Dios y sus perfecciones sin discursos y amarle sin interrupcion.* Estas palabras lo dicen todo: amaba sin interrupcion; luego Dios era su vida; Dios su cuidado, Dios el fomento de sus ansias, el blanco de sus obras. En la iglesia, en la calle, en su casa moraba Dios en su corazon, sin que le perdiese un momento de vista, y con un género de comunicacion, que si pudo disfrutarle su alma, no puede describirle mi pluma. Una rápida ojeada á los principales pasos de esta virgen basta para probar la verdad de lo dicho. Querer salir niña de su casa para convertir infieles, salir de ella por buscar la soledad, huir constantemente del deleite, buscar la penitencia y la mortificacion sin tregua ni descanso, tratar á su cuerpo como al peor enemigo, temer tanto el ser estimada cuanto se teme lo contrario en el mundo, abrazarse con el desprecio, olvidarse de sí y de sus intereses y acordarse sin cesar de su amado zelando siempre su honor y buscando su mayor gloria: he aquí unos rasgos incesantes de amor y juntamente la vida de Mariana.

Mas como las llamas que salieron á lo exterior, no

fueron sino una pequeña parte de este incendio, preciso será acudir á lo que sus padres espirituales nos dejaron escrito y á lo que dijo ella misma sobre el amor á su Dios. Sea el primero, despues de recordar el dicho del P. Juan Camacho, el varon apostólico y venerable P. Lucas de la Cueva, cuya declaracion jurada no puedo menos de trasladar aquí al pie de la letra. «Conocí, dice, á esta señora; »la comuniqué en mi confesonario, reconociendo siempre »en ella un lleno perfectísimo de toda virtud, hambre de »Dios grandísima: esta le hacia oir su santa palabra con »tanto gusto, que le era gloria. Buscaba estos ratos con an»sia, y en ellos descubrí la alteza á que Dios la habia lla»mado, y la union que con su divina majestad habia al»canzado. Lo que principalmente la llevaba y arrebataba »en esta comunicacion y conversacion de la palabra de Dios »conmigo, eran los ejemplares que tocaban en grandes mor»tificaciones, penalidades y trabajos, oyendome en una de »estas aquel lugar de Job: *Quis mihi tribuat ut veniat pe»titio mea, et qui cœpit, ipse me conterat, et hæc mihi sit con»solatio, ut affligens me dolore non parcat*. En cuya expli»cacion se encendia y abrasaba en deseo de padecer todo »género de dolores, de mortificaciones, de afrentas y todo »cuanto en este género le podia suceder; y aun llegando »á las afrentas y diciendole lo de una penitente del padre »Baltasar Alvarez, á quien dicho padre habia sacado con »gran victoria de la inquisicion, donde habia estado mu»cho tiempo sin querer defenderse, hasta que dicho padre »*motu propio* salió en su defensa con tanto dolor de la pa»ciente, que en lugar de agradecerle la diligencia se que»jaba llorando y decia á dicho padre: ¡Ah! P. Baltasar; »¡ah! padre mio, ¿eran de perder doscientos azotes, y »por Toledo? Refiriendo yo este ejemplo á dicha Mariana

»de Jesus en las razones que llevo dichas, y añadiendole:
»¿Qué dice V. á esto? ¿En qué disposicion se halla? ¿Pa»saria á ser azotada en las calles de Quito, como lo deseaba »la otra por las de Toledo? Me respondió con mas pres»teza de la que yo le habia hecho la pregunta, que sí y »que muy de corazon, con tal afecto, que me dejaba ad»mirado y sumamente edificado.» Que su amor fuese en verdad fuerte como la muerte y de un temple tal hasta morir, que no buscase á su esposo por el regalo del ungüento ó el deleite de los aromas, bien lo declaró el padre Alonso de Rojas, que llamandola en el sermon citado serafin de caridad refiere este caso que yo traslado fielmente. «Un dia del achaque último de que murió esta señora, »hablamos ella y yo del amor divino, y entre otras cosas »que le dije una fue: vamos al cielo, señora, á pasear en »compañía del cordero por los campos de la bienaventu»ranza. *Vamos, padre mio;* me respondió la enamorada »virgen. Yo le pregunté: ¿Por ventura alguna vez ha »visto al cordero Cristo y á las vírgenes que le acompa»ñan? ¿Hase hallado con ellas en el cielo? Y ella con to»da sinceridad respondió que *sí*. Yo estoy persuadido que »esta vision no fue real, sino imaginaria. ¡O qué ilustri»simas tropas de vírgenes, le dije yo, serán las que acom»pañan al cordero! Las vírgenes mártires vestirán de co»lorado. *Sí visten,* dijo ella. Las vírgenes que no son »mártires, vestirán de blanco, dije yo. *Tambien visten de »colorado,* respondió la enferma. Y yo repliqué: ¿Cómo »pueden vestir ese color, si no son mártires? Porque la »virginidad, respondió la virtuosa doncella y discreta an»ciana, es martirio, y la premia Dios con insignias de már»tires. Y porque yo no pensase que la enferma se agradaba »como niña de las galas del cordero y del olor de sus un-

»güentos, levantó la mano hácia un *Ecce homo* que tenia »pintado junto al lecho, y llegó con los dedos muchas ve- »ces á señalar la corona de Cristo, como quien dice: No »me agrado tanto de las galas del Cordero cuanto de sus »espinas; no me aficionan tanto los aromas como el ala- »bastro quebrado. Yo entonces enmudecí viendo tanta sa- »biduría y santidad en una doncella tan tierna, parecien- »dome que en su comparacion no sabia yo el Christus de »la cartilla del espíritu.» Omito por evitar prolijidad muchos otros testimonios de sus confesores, en que dicen que su vida fue un acto no interrumpido de amor; y me ceñiré á referir alguna de las palabras con que ella misma descubria su incendio amoroso, y varios hechos que confirman la verdad de su dicho.

Decia pues muy á menudo *que se le abrasaba en amor el corazon;* y si no hallaba mas desahogo que levantarle de continuo y sin tregua hácia su esposo y poner todo su conato en no hacer cosa que no fuera de su mayor agrado, era natural que sintiendo hasta lo vivo el olvido y las culpas con que le pagan y le ultrajan los hombres, dijese sin cesar que perdiera gustosisima su vida por evitar tamaña ingratitud, y que diera toda su sangre porque hiciesen aprecio los hombres de la de Cristo. Y si el amor hácia Raquel hizo que á Jacob le pareciesen pocos dias siete años de servidumbre, al amor de Mariana para con su esposo divino, como de muy distinta calidad, le parecia que los años de una vida breve eran siglos de duracion infinita, y solo gozaba cuando podia creer no muy lejana la muerte, único medio para reposar en su centro. Acompañabala un dia hácia su casa Petronila de San Bruno, y al despedirse la detuvo Mariana para decirle con suma alegría y gozo espiritual: *Hermana, has de saber que ya se*

me va hinchando un pie, y no me da pena, porque es tan grande el ansia que tengo de gozar de mi Dios, que deseo ya morir. Haseme aparecido mi madre y querida santa Gertrudis, y me ha regalado con sus palabras, y me ha dicho cómo mi esposo me tiene guardadas siete sortijas muy preciosas. Y quedandose parada por un momento prosiguió con fervor mucho mas intenso. ¡O quién gozara de Dios! ¡Quién muriera por su amor! ¡Quién se abrasara en su amor! ¡Quién muriera por gozarle!.... En cuya repeticion de afectos y desahogo de celestiales ardores la dejó la compañera, partiendose llena de devocion y de santa envidia. Sin duda por cobardía de esta ignoramos el misterio de aquellas sortijas; mas si por lo que de Mariana sabemos es lícito conjeturar, nada aventuraré diciendo que asi como el rey Salomon tenia segun Tertuliano un anillo en que se veian enlazadas tres coronas, una de oro, otra de espinas y la tercera de plata, que sirviendo á las otras dos de lazo tenia por epígrafe é inscripcion: *Victoria del amor;* asi en las sortijas de Mariana se simbolizarian sus victorias, pero enlazandolas todas el amor como triunfante.

Sus sentidos y potencias se ocupaban de continuo en amar á Dios solo; por lo que todas sus pláticas eran del amor divino, dirigidas á insinuarle y acrecentarle en los corazones de quien tenia la dicha de escucharla. De tan sublime ocupacion de potencias y sentidos provenia el estar á veces como extática y fuera de sí misma, como entre muchos otros lo experimentó la referida Petronila de San Bruno. Sucedió que visitandola esta una tarde la rogó que tocase un poco la guitarra, y sin hacerse rogar mucho Mariana, deseosa de aprovechar toda ocasion de ofrecer ternisimos afectos á su dulce esposo, la tomó y templó, y á muy poco de empezar á tocarla se quedó enaje-

nada y suspensa, fijos los ojos en el cielo, con una mano en las cuerdas y otra en los trastes, en cuya postura permaneció desde las cinco hasta las seis de la tarde. Al dar las seis volvió en sí y prorumpiendo en un amoroso y vehemente suspiro: *¡Ay! hermana Petronila,* dijo, *¡qué de cosas hay en el cielo!* Y derritiendose en seguida su corazon declaró su gozo inefable y todo divino en una avenida de dulcisimas lágrimas y en tan abrasados afectos y palabras tan fuera de lo ordinario, que la buena Petronila percibió en ellas una música celestial, que la enfervorizó mas sin comparacion que lo que esperaba. Hablaré en capítulo separado y exprofeso de sus éxtasis y arrobos maravillosos; pero no puedo dejar de recordar aquí que cuando entraba y tomaba puesto en la iglesia para comunicar de cerca con su esposo divino, dejaba caer hasta el pecho el manto que hacia veces de velo muy tupido, y teniendo abierta la boca para poder respirar con anchura y los ojos clavados en el cielo, quedaba tan sin sentidos, que ni oia las voces que le daban, ni sentia, aunque para llamarle la atencion la moviesen con violencia. Asi lo experimentó doña Ana Ruiz de Alvarado, sobrina segunda de Mariana. Fueron á comulgar las dos en compañía de doña Maria Flores de Paredes, madre de doña Ana, que depuso sobre el hecho, y concluida la accion de gracias trataron de volverse á casa madre é hija; pero queriendo despedirse de Mariana se fueron á su lado y la hallaron de rodillas y cubierta con el manto segun costumbre. Quedate con Dios, Mariana, le dijo doña Maria; pero Mariana permaneció inmoble; y reparando que no solo no respondia á la segunda y tercera vez, sino que ni aun daba muestras de oir con el mas ligero movimiento, la empujó con suavidad y en alta voz dijo dos veces: *Mariana, Mariana.*

Sobresaltóse no poco aquella señora al ver que ni esta llamada era suficiente, y levantando temerosa el manto le vió la cara; pero ¿cómo? Enajenada y fuera de sentidos, con la boca dulcemente entreabierta, los ojos fijos en el cielo y las manos cruzadas ante el pecho. Atónita doña Maria á aquella vista quiso que su hija gozase de ella por un momento y le dijo: Ana, mira esto. Y llegandose la hija admiraron juntas aquel prodigio del amor; y por no privar á su querida Mariana de rato tan halagüeño no insistieron en llamarla, sino que bajandole de nuevo el manto la dejaron sumergida en sus envidiables y divinas delicias.

En mil otros casos la vieron del mismo modo suspensa; pero no hay por ventura mejor indicio del amor de Mariana hácia su dulce esposo y del éxtasis que le causaba el amor, que lo que le sucedió una tarde en el jubileo de cuarenta horas que acostumbra tener la Compañía en sus templos los dias de carnaval. Deponen los testigos en el proceso que siendo ya hora de volver á casa para cumplir con sus distribuciones, salió de la iglesia con lluvia tan deshecha, que una criada y varias personas virtuosas que la seguian, tuvieron que rodear no poco para evadirse de los charcos y guarecerse por algun tiempo en el zaguan de una casa. Los precedió Mariana en la salida y tambien fue la primera que llegó, porque absorta en su Dios y con el velo tendido, sin reparar en los arroyos, ni apresurar el paso, con la misma modestia de siempre se fue tan derecha á su casa como en tiempo sereno. Al llegar las compañeras no pudieron menos de manifestarle su asombro; pero este subió de punto cuando vieron que su manto estaba enjuto y sus pies sin señal de haber pisado agua, ni lodo, al paso que ellas con todas sus precauciones se en-

contraban caladas de pies á cabeza. Procuró la humilde virgen desvanecer su admiracion diciendoles con gracia: *Vaya, bien se conoce que no sabeis andar: ¿cómo yo no me he mojado?* A lo que respondió Leonor Rodriguez: Porque algun angel os habrá servido trayendoos el paraguas. No tuvo que responder Mariana, y pagó con una sonrisa mudando de conversacion. Mas no las convenció, porque asi ellas como otras personas que la seguian atraidas de su ejemplo, estaban persuadidas de que el amor á su esposo la tenia tan embebecida y absorta, que ni los aguaceros de Quito, ni el ruido y el bullicio de las calles eran capaces de robarle su concentracion y recogimiento.

Pero como la sabiduría eterna se dignó de señalar la prueba sin excepcion de un amor verdadero, cuando dijo que nadie ama mas que quien da la vida por su amigo, en su lugar diré por quién dió la suya Mariana, y al presente baste saber por quién quiso darla á todas horas. Anheló sin interrupcion ni descanso por entregarla en testimonio de amor, y asi como el pebete de aromas aplicado al fuego exhala fragantisimo humo que embalsama y llena la casa, asi el corazon de esta virgen encendido por la caridad se derretia en eficaces deseos y ternisimos desahogos, que terminaban siempre en ansia de sacrificarse y perfumaban su casa con el olor del buen ejemplo. Leia una noche un pariente de Mariana el martirio de una santa martir, y escuchando ella tantos tormentos y tan refinada fineza, cada palabra era una saeta, que abriendo en su corazon llaga amorosa preparó una erupcion de caridad. A la presencia de D. Juan Guerrero de Salazar, de doña Gerónima de Paredes, de doña Juana de Caso y de la india Catalina (que todos asistian á la lectura) prorumpió en estas voces: *¡O quién pudiera lograr la felicidad de la santa! ¡Dichosa por*

eternidades, pues supo ser fina con su esposó! ¡Feliz, pues con su muerte dió pruebas de su fineza y amor! ¡O si yo fuera tan dichosa que probara mi amor con el martirio! ¡O si tuviera ocasion de merecer que mis miembros fuesen atormentados de los tiranos! Solo idearlo me alegra: ¡qué fuera si lo gozara! Pronunciando estas, que mas que palabras eran exhalaciones fogosas de una alma amante, se retiró á su cuarto pensando en el martirio, y pidiendoselo á su esposo en breve y ardorosa plegaria se acostó con idea tan halagüeña. A brevisimo rato despertó preocupada de la misma santa imaginacion; pero sin poderse levantar, descoyuntado todo su cuerpo, coja de una pierna, un brazo sin juego, lastimada la lengua, y tan descuadernada é inutil, que hubo menester valerse de brazos ajenos. Tres meses nada menos tuvo que guardar cama con inténsisimos dolores en todos sus miembros; pero sobrellevados con tanto amor como los habia deseado y sin cesar de rendir gracias á su Jesus, que de algun modo habia satisfecho sus ansias. A la mañana siguiente del suceso oyendo los de casa lo que pasaba, corrieron atónitos á su habitacion, y preguntandole la causa de tan raro accidente cuando la noche antes la vieron buena y sana, respondió solo por entonces: *De esta suerte desperté.* Grande fue la afliccion de sus hermanas y sobrinas viendola en aquel estado; y como era natural, pensaron al instante en el remedio y quisieron llamar al médico. Oir Mariana nombrarle y temer que se publicase demasiado el suceso todo fue uno; por lo que se puso muy de propósito á calmarlas diciendo que no era achaque natural y que no tenia inconveniente en referirselo cómo habia pasado. Aplicaron todos con ansia su atencion y oyeron que cobijada en su lecho y con el corazon abrasado en deseos de ser martir como aquella santa, á poco

de cerrar los ojos se habia hallado en el Japon y entre tiranos que por defender ella la fé la habian sentenciado á exquisitos tormentos despedazando su cuerpo miembro á miembro; y que luego que despertó, se halló con los dolores, molimiento de huesos y postracion en que la veian. Otro tanto dijo á la india Catalina, añadiendo que los dolores intensos que padecia, estaban en perfecta correspondencia con los tormentos del sueño. No necesita este caso comentarios, y basta añadir que consta de él por la deposicion de testigos, y que el confesor de la martir de deseos le refirió en el sermon de honras con todas sus circunstancias. La oracion que tenia todos los viernes del año, dice uno de sus confesores, se reducia á pedir á su esposo con suspiros y lágrimas y con incansable instancia que la hiciese digna de padecer algo por su amor y dar la vida por gratitud y en recompensa justisima de quien la dió en una cruz sin mas martirio, ni tirano que el amor á los hombres.

CAPÍTULO III.

SU CARIDAD PARA CON LAS ALMAS DE SUS PRÓJIMOS.

Una misma es la virtud de perfecta caridad que ama á Dios por sí mismo, y la que ama al prójimo por su Dios, por ser uno mismo el objeto de entrambas; pero como se diferencian á pesar de eso en la cualidad y en el modo, exige capítulo por separado la caridad de Mariana para con su prójimo. Como dimana el esplendor de la luz, el calor del fuego y la obra de razon del hombre, asi la caridad del prójimo tiene por fuente manantial la caridad de Dios. Es la segunda ala del amor, dice S. Bernar–

do; y si ha de llevar á Dios, ha de igualarse por precision con la primera en tamaño y consistencia. Con entrambas voló nuestro serafin en carne Mariana de Jesus, y bien se comprende lo que seria la segunda con solo ponderar lo que va dicho de la primera. Mas como los bienes á que mira la caridad para con el prójimo, son de dos clases distintas, unos espirituales y propios exclusivamente del alma, otros corporales y solo del cuerpo; hablaré ahora segun la natural preferencia de la caridad de Mariana para con las almas. Era cosa muy frecuente oirla decir que si le fuera posible dar la vida por remediarlas, por lograr que sirviesen á Dios y alcanzasen el fin último para que fueron criadas, se tendria por muy dichosa y recompensada con ventajas de todos sus trabajos, por insoportables que pareciesen. Deseaba por lo tanto con ardor á todos y cada uno de sus prójimos el sumo bien de la felicidad eterna y todo el conjunto de medios con que se consigue tan imponderable dicha. Y de que no se quedase en deseos y en vanas y estériles palabras su caridad, empezó á dar pruebas irrefragables desde muy niña, cuando á la palabra añadia el ejemplo, y nò cesaba hasta que lograba su zelo enfervorizar á sus compañeras y obtener que la siguiesen en las procesiones de penitencia con las cruces sobre sus delicados hombros y en las demas invenciones santas que quedan ya referidas. Siendo ya adulta tomó á su cargo la enseñanza de los domésticos, procurando sin cesar, aunque siempre con el tino y prudencia de que la dotó el cielo, introducir y fomentar mas y mas en sus almas el santo temor de Dios. Haciase toda á todos para ganarlos con la dulzura á su esposo; y sus conversaciones comunes eran sobre la hermosura de la castidad y su mérito inapreciable, sobre la penitencia y su necesidad y sobre los ad-

mirables ejemplos que leia en las vidas de los santos. Obtuvo de sus hermanas y parientes y de la numerosa gente dedicada al servicio de su casa que entablasen, en cuanto fuera posible, la saludable práctica de confesarse y comulgar cada semana y ademas en los dias de algun jubileo é indulgencia, cuidando ella de avisarlos á todos la víspera de comunion, á fin de que se dispusiesen con mas sosiego y provecho de sus almas. Despues ella misma los ayudaba á prepararse, empezando por actuarlos bien en la fé, esperanza y caridad y en otros ejercicios propios de tan importante y respetable práctica. Con ella y con la constante aplicacion de Mariana llegó muy pronto á parecer aquella casa un asilo de perfeccion religiosa; y si descubria negligencia ó descuido en alguien, ó llegaba á su noticia algun notable desliz de quien quiera que fuese, aplicaba los medios oportunos para la enmienda. los cuales consistian por lo regular en correcciones amorosas con palabras de tan eficaz elocuencia, que nunca dejaban de producir el fruto apetecido. Y por cierto que no era facil resistir obstinadamente á un apostol como Mariana. Todo zelo es amor; pero el suyo lo era tan á las claras, que al ver los delincuentes los castigos que ejecutaba en su inocente cuerpo en pago de ajenas deudas, no podian persuadirse á que la correccion no naciese de amor puro y ardiente; y al amor nadie resiste largo tiempo. Bien es verdad que hubo algun caso, en que cuidando Mariana con preferencia del bien de los mas hizo que despidiesen de casa á quien sin dar esperanza de enmienda infundia temores de que pegaria á los demas el contagio.

Pero es digno de particular mencion un caso muy tierno, que descubre los quilates de la caridad de Mariana: refierele la misma á quien sucedió. Esmera-

hase la zelosa y caritativa virgen con una mozuela, á quien desde niña habia instruido y formado en el santo temor de Dios, frecuencia de sacramentos y vida cristiana, de modo que correspondiendo la juventud á la infancia daba muestras de querer ser algun dia la corona de su maestra. Pero ¿qué no puede la rebeldía de las pasiones? Se despertó en ella con fuerza brutal la de la lascivia, y sacudió á poco todo freno, sin que bastasen para contenerla ni la enseñanza de su ama, ni la memoria de su buena vida anterior, ni el amargo dejo de la culpa, ni en fin la presencia y compañía de sus señoras, á quienes tenia por tantos ángeles, pero sobre todo y sin comparacion de Mariana. Pudo tanto en ella sin embargo esta vergüenza, y eso que su caida era enteramente secreta, que tuvo por imposible seguir al servicio de su señora temiendo le leyese el interior, y no hallandose con fuerzas para arrancar de su corazon el afecto hácia la persona que en tan breve tiempo le habia arrebatado todos sus bienes. Persuadida pues de que no era posible servir á Mariana y no ser santa, estar con ella y no comulgar cada ocho dias, ser deshonesta y no reprenderla tan singular pureza, determinó fugarse, tanto mas temiendo que hubiese de publicarse con el tiempo su fragilidad. Fijó pues para la fuga una noche lóbrega y la hora de las siete; y llegado el momento mientras la delincuente buscaba un sitio donde dejar unas llaves que tenia á su cargo, le salió al encuentro Mariana, siendo hora en que jamas dejaba su habitacion, y le dijo que fuese á encender una vela. Hizolo asi la joven, y entrando con la luz en el cuarto, de buenas á primeras le dijo Mariana que no se fuese: luego la mandó sentar á su lado y con sumo cariño la rogó que le apretase los pies porque le dolian. Mientras la infeliz disimu-

laba y cumplia la orden de su señora, empezó Mariana á mirarla con apacibilidad, compasion y ternura, y con lenguaje cortado por la congoja le habló de esta manera: *Dime, hija, dime, ¿qué es esto que tienes? ¿Qué es lo que turba tu reposo? ¿Qué inquietud es la de tu corazon? ¿A dónde te quieres ir? ¿Y por qué?* Atónita la culpable al ver descubierta su resolucion, que con nadie de este mundo habia comunicado, negó resueltamente que pensase en marcharse; y sirviendole tan poco el saludable aviso como al sacrílego Judas el de su divino maestro; lejos de entrar en sí hizo ademan de marcharse, dejando las llaves que tenia en la mano á los pies de su señora. Al ver esto Mariana prosiguió con mayor fuerza *¡Cómo me niegas tu partida, si de hecho me la aseguras dejando las llaves? Tomalas y vuelve en tí: mira que á cuatro dias de deleite siguen tormentos eternos. Mira que tú misma te labras la ruina y te buscas el precipicio. Ya sabes lo que te he querido y que solo ansío por tu bien. Mira que tú sola buscas tu perdicion. No me dejes; que á mi lado y acaso no en otra parte podrás hallar tu remedio.* Lloraba sin consuelo la joven al llegar aquí la zelosa Mariana, que al ver aquellas lágrimas le dijo: *¿Por qué lloras, cuando te quieres ir por tu gusto? ¿De qué te afliges, cuando imaginas regócijos y procuras á todo trance vivir alegre?* Pero tan tierna amonestacion y tan eficaces palabras solo sirvieron por permision divina para endurecer aquella alma, que á ojos vistas y sin poder alegar excusa se arrojó en el abismo á que la empujaba la pasion, marchandose despechada de la casa aquella misma noche. No volvió mas por allí, ni se presentó jamas á Mariana, cuya virtud no cesó de pregonar llamandola santa, y diciendo á todo el mundo que su señora le habia leido los senos del corazon con mani-

fiesto milagro. Corrió, segun parece, toda la carrera del crimen; pero tambien se dice que al cabo de algunos años volvió como el hijo pródigo si no á la casa, á lo menos al seno de su Dios abandonado, sin duda por el mérito y oraciones de quien la amó tanto desde niña.

Lloraba Mariana sin cesar las culpas de los hombres, y muy en especial las que se cometian en Quito su patria; para lo cual tenia señalada cierta hora los dias en que ya con fervorosas oraciones, ya con rígidas penitencias tocaba á las puertas de la divina misericordia para abrirlas á su prójimo. Su caridad se extendia hasta las mas remotas regiones ó de infieles, ó de herejes, en quienes veia con el padre S. Agustin otros tantos prójimos, y á estos, asi como á los que se hallaban en pecado mortal entre cristianos, procuraba con todas sus fuerzas alcanzar la libertad de los hijos de Dios por medio de la oracion y de la penitencia, correspondiendo el Señor á sus deseos hasta con evidentes prodigios.

Enfermó gravemente un joven que por sus estragadas costumbres era el escándalo de su casa y de cuantos llegaban á conocerle de cerca. Llevaronle al hospital real, donde á poco la divina justicia le privó totalmente del juicio sin darle tiempo para confesarse y morir como cristiano. Afligida en extremo doña Catalina de Peralta al ver á aquel joven que habia servido en su casa, sin facultad para confesar sus escándalos y sin haber dado la menor señal de arrepentimiento, teniendo por inevitable su perdicion eterna, se fue á casa de Mariana y le expuso con lágrimas el caso, para que ella aplacase las iras de su celestial esposo. Escuchóla con compasion Mariana y tomó tan á su cargo el negocio, que hizo al corazon de su amado una dulce violencia orando y mortificandose; y el joven recobró

por entero su juicio y libertad, se reconoció, se confesó, y recibidos los demas sacramentos con notable compuncion y buen ejemplo murió inmediatamente dejando en todos los ánimos el consuelo de una bien fundada esperanza.

No es menos portentoso lo que sucedió con un sacerdote de la ciudad de Quito. Pagaba el infeliz un tributo á la decaida humanidad en la pasion hácia una dama; pero tan arraigada y violenta, que no le bastaban esfuerzos para desasirse. Conocialo él asi, á lo que parece, pues estando un dia en el atrio de la iglesia de la Compañía como esperando á Mariana de Jesus, se acercó á ella lo mismo fue verla entrar y le dijo al oido que le encomendase á nuestro Señor. Detuvose un poco la recatada virgen, y contra su costumbre le dirigió la palabra para preguntarle cuál era su necesidad, y rogarle dos y tres veces que se la dijese, porque asi podria acudir mejor con el posible remedio. No titubeó el sacerdote, viendo la instancia, en abrirle su pecho y le dijo en pocas palabras que tenia agravada el alma con la correspondencia de una mujer, de quien deseaba á todo trance librarse. Prometióle Mariana rogar por él, aunque indigna y pecadora, y aplicarle la comunion de aquel dia. Entró pues en la iglesia, donde de cierto sabemos que ofreció al eterno padre la hostia de propiciacion por la salud de aquella alma, y solo por conjetura probable que lo hizo con expansion extraordinaria de todos sus afectos por ser el caso tán fuera de lo ordinario. Deseoso el sacerdote de saber si Mariana habia cumplido su promesa fue á esperarla en aquel sitio á las diez de la misma mañana, y llegandose á ella al salir del templo le preguntó con ansia si habia alcanzado buen despacho de su divino esposo. Tomando entonces ella un ademan entre compasivo y severo le dijo: *Señor D. Bernardo, tengo que decir*

á V. cosa que interesa á su salvacion eterna, aunque siento no poco haber de decírselo. Dispongase V. para morir, porque dentro de ocho dias habrá dado cuenta á nuestro Señor en la otra vida. Escuchó el sacerdote la nueva de su precipitada muerte y dió tanto crédito á las palabras de Mariana, que confuso y sobresaltado se apartó de ella para ir á disponerse al gran paso. A muy poco de aquella segunda entrevista empezó á sentir el mal extremo, y á los ocho dias cumplidos segun la prediccion, empleados por él en ordenar todas sus cosas, murió penitente y con grandes señales de haber alcanzado misericordia. Supose este suceso de boca de Blas de Espinosa de los Monteros, íntimo amigo de aquel sacerdote, que habiendose hallado presente, asi cuando pidió á Mariana oraciones, como cuando recibió de ella la sentencia de muerte, lo depuso con juramento en el proceso y añadió que meditaba sin cesar en tan nuevo y singular acontecimiento.

Omito por ahora muchos otros no menos nuevos y singulares, que pudieran servir de prueba de la caridad de Mariana para con sus prójimos, porque habré de recordarlos en su propio lugar hablando del espíritu profético de nuestra virgen. Solo haré mencion para cerrar el presente capítulo de un hecho en que se revela su empeño por arrancar del borde del precipicio las almas de sus hermanos. Juana de Sangüesa, esclava de condicion, padecia graves disgustos y tropelías de su esposo Juan de Ribera, negro criollo y de genio terrible, que acechaba una ocasion oportuna para quitarle la vida. Entró la desdichada una vez á oir misa en la iglesia de la Compañía, y se puso junto á Mariana, que como dije ya, tenia su puesto al lado del púlpito. Tuvo el bárbaro marido noticia del paradero de su mujer en aquel instante, y llevado de brutal

frenesí ideó aprovechar la coyuntura y manchar aquel recinto con un asesinato sacrílego. Cogió al efecto el puñal, y poseido de ciego furor entró en la iglesia buscando con los ojos á su víctima. Aterrada esta al advertir su llegada corrió al lado de Mariana como á un asilo; la cual viendo lo que pasaba, se llegó al enfurecido Ribera y con irresistible dulzura le dijo: *Aquietate, hijo, aquietate; ¿qué es lo que pretendes hacer? Repara que vas á cometer una enorme culpa;* y añadió algunas otras palabras tan prudentes y amorosas, que sujetó á aquella fiera indómita é hizo saliese de la iglesia tan manso como un cordero el que habia entrado en ella como tigre sediento de sangre. Temia sin embargo la mujer caer en sus manos y recelaba ir á su casa; pero conociendo bien á Mariana se tranquilizó cuando esta le dijo que no temiese, porque su mismo marido habia de buscar tercera persona para hacer las paces, y jamas se verificaria en lo sucesivo que le pusiese la mano ó por su causa se alterase la mas perfecta concordia. Todo se cumplió á la letra, pues Ribera solicitó las paces por medio de terceros, y hechas en efecto no tuvieron los esposos la mas leve desazon en treinta años que duró su matrimonio.

CAPÍTULO IV.

CARIDAD DE MARIANA PARA CON SUS PRÓJIMOS EN LO TOCANTE Á LOS CUERPOS.

No iria fuera de camino quien comparase la caridad de la ínclita virgen Mariana de Jesus con la palma, por dos razones: la primera, porque cuanto mas excelsa es la palma, mas la inclina hácia el suelo el peso de su fruto, asi como la caridad de Mariana para con Dios, al paso que se remontaba hácia los cielos mirando siempre al sol di-

vino, se inclinaba siempre hácia la tierra para emplear como fruto en su prójimo toda clase de obras de misericordia. La segunda conveniencia de esta comparacion ó semejanza consiste en que asi como para que fructifique la palma, ha de estar plantada en pais templado y no en suelo frio, y solo en el primer caso da fruto copioso; asi teniendo sus raices la caridad de Mariana en un corazon abrasado en el amor divino no podia menos de estar siempre abastecida de sazonados frutos. Desde muy niña tuvo una inclinacion precoz á socorrer al necesitado, y apenas dejó las fajas y empezó á aprender á andar y á pronunciar las sílabas, dió pruebas maravillosas de lo que la conmovian las miserias del prójimo. Viendo un dia una tropa de pobres que pedian pan á la puerta de su casa, movida de compasion se fue á su madre, y como pudo le pidió una torta que habia visto, y que se solia guardar como un regalo para su anciano padre. Resistióse la madre á darsela diciendo que la torta era para su padre y que no era todavia hora de traer el pan para el abasto de la familia; pero empezó la inocente niña á llorar tan sin consuelo, que por acallarla hubo su madre de darle la torta para que la repartiese entre los pobres. Hizolo al punto ella misma con sus manecitas distribuyendola á pedazos hasta donde alcanzó; pero con un gusto y una devocion, que encantó á los pobres y enamoró á los de casa que presenciaron el paso. Y porque la limosna es la mejor usura para ganar, de suerte que como dice san Basilio (1), si una persona que no tiene mas que un pan, se le da á un pobre que se le pide, puede estar cierta de que de él nacerán muchos y será semilla de otros, asi se verificó al pie de la letra con el pan distribuido por la niña limosnera. Dios dará pan

(1) S. Basilio, hom. 13 sobre la limosna.

para mi papá; habia dicho ella á su madre, cuando se le negaba la torta; y á poco rato de haberla repartido vieron entrar un niño y una india desconocidos con dos canastillos de muy rico pan que regalaba á la señora una persona que nombraron; pero que tampoco era conocida en la casa. Todos quedaron atónitos con un suceso de tan especiales y raras circunstancias, y la caritativa Mariana saltando de júbilo se fue á decir á su madre: *¿Veis, mamá, cómo Dios nos ha enviado tanto pan, porque dimos á los pobres la torta?*

A la puerta de su cuñado Cosme de Caso se repartian diariamente copiosas limosnas; y ya dije que Mariana salia á repartir á los pobres por su propia mano el sustento; pero lo que no recordé entonces, fue lo que hacia todos los dias sin falta. Concluida la comida y la precedente instruccion y enseñanza de la doctrina cristiana, escogia entre todos los infelices el que le parecia mas asqueroso y repugnante, y con envidiable caridad y compasion le acercaba á sí y empezaba á espulgarle y quitarle los innumerables insectos en que hierven los indios, y que causan no pequeño asco al estómago mas robusto. A veces no era sola en este heroico ejercicio, pues viendola su sobrinita doña Sebastiana Caso y llena de una santa envidia obtuvo licencia de su confesor para acompañarla. Tomaba pues cada uno de aquellos dos hermosos ángeles en carne un pobre por su cuenta, y compitiendo en fineza para con su Dios, á quien miraban en aquel desgraciado, le limpiaban y aseaban sobreponiendose á los horrores de la vista, al intolerable hedor y al conjunto de cosas que se oponian naturalmente á dos niñas de su educacion y delicadeza. ¡Qué ejemplo para los fieles de toda clase, edad y condicion, y muy particularmente para los confesores y operarios, á

quienes el deber de su ministerio puede exigir á las veces victorias insignes sobre la flaca naturaleza, aunque no tan heroicas! Despues de este añadia otro paso no menos tierno, poniendo en fila todos los pobres y besandoles los pies uno por uno; y finalmente concluia toda la grande obra con un prodigio creido tal por cuantos le observaron repetidas veces. Entrabase en su aposento, y sacando de él un canastillo de pan de flor muy regalado y particular le repartia á los pobres antes de despedirlos, pero con un regocijo tal, que no podia disimularle, y excitando en aquella pobre comitiva las emociones mas vivas de placer y agradecimiento, que expresaban con un grito unánime apenas la veian salir con el canastillo. Tenia asombrados á todos los de su casa aquel pan, porque ni en ella se amasaba tanto, ni habia quien se le diese; y era frase comun llamarle pan bajado del cielo. Y ¿quién puede poner en duda que aquel Dios que envió á santa Dorotea manzanas regaladas, pudo enviar á Mariana pan exquisito para sus pobres? Bien lo merecia la caridad de la que en edad tan tierna cumplia con ventajas el consejo de Isaías de partir su pan con el hambriento. Quitabaselo ella de la boca, y la racion que le daban, la trocaba con otra equivalente del pan para pobres, y con aquella socorria generalmente al mas necesitado.

Pero ¡dichosa mil veces Mariana y dichosa tambien su casa, donde se merecia por la caridad que el Altisimo perpetuase los prodigios! Tenia la compasiva virgen en su vivienda una ventana que daba á la calle, y cuando los pobres se veian acosados del hambre, ó cuando por enfermedad ú otra causa se habian quedado sin su racion de mediodia, tiraban una piedra á la ventana, ó con otra señal advertian á su perpetua provisora que estaban

allí y no tenian mas recurso que su corazon caritativo. Si se encontraba ella con algo en su cuarto; al punto les echaba por la ventana el consuelo: si nada tenia; dejaba á Dios por Dios y corria en busca de su hermana ó de su sobrina doña Juana, y les pedia una limosnita para sus pobres. Entregabanle ellas con generosidad la llave de la despensa, y mas gozosa que el avaro cuando acumula sus tesoros, iba á sacar á dos manos cuanto concebia que pudiese ser al caso, contribuyendo el Señor con algun prodigio á los sentimientos de su alma, pues nunca se echaba menos un grano de maiz ó una migaja de pan por mucho que ella sacase. Reñianla cariñosamente sus parientes, que no hallando merma en la despensa lo atribuian á su cortedad é inoportuna delicadeza; pero ella se sonreia como sabedora del portento, y les decia que descuidasen, porque los pobres iban siempre muy satisfechos. No es la limosna como la plata, dice el P. S. Agustin (1), porque la plata cuando se da, pasa al que la recibe, y el que la da, la pierde; pero la limosna al darla empieza á estar en el que la da, y si bien pasa al que la recibe, no sale del que la ofrece.

Con el voto que hizo de pobreza, no solo se desposeyó de todos los bienes que llama el mundo de fortuna, sino que renunció el derecho que podia en lo sucesivo adquirir á ellos, obligandose á no poseer ni disponer de cosa alguna que le tocase, aunque fuera por el trabajo de sus manos, sin licencia de su confesor. No se arrepintió jamas de tan heroica resolucion; pero aunque firme en ella, no podia hacerse superior á la congoja que le causaba ver á Cristo desnudo y necesitado en sus pobres. Dictóle pues el Señor y ella adoptó el medio mas á propósito para dar algun alivio á su corazon sin faltar á la promesa. Pidió con permiso

(1) S. Agustin, tom. II, en la carta 62 á Celestio.

de su confesor á sus parientes, á cuyo favor habia renunciado todo su patrimonio, que le diesen libertad para distribuir entre los pobres la porcion que le tocaba en la mesa y el dinero que pudiera adquirir con el trabajo manual en las horas que le tenia señaladas en la distribucion diaria. Otorgaronsele ellos muy gustosos, y como su caridad era ordenada y prudente, procuró poner los ojos en personas necesitadas, á quienes la limosna hubiese de servir antes de todo para sustento del alma alejandolas de la culpa. Recayó la eleccion acertadisima en una viuda con tres hijas, todas jóvenes y tan pobres, que no teniendo un pan que repartir, ni de dónde les viniese, estaban en continuo riesgo de perder lo que vale mas que el oro y las perlas á pesar de una educacion virtuosa y del actual aprecio de su tesoro. Ponia pues diariamente con sus propias manos en una olla al levantar la mesa la parte que le tocaba y se la mandaba á la viuda pobre y á sus hijas, quienes no contando con mas socorro afirmaron mas de una vez que solo por él podian vivir y que á la caridad de Mariana debian en uno infinitos bienes. Mucho se alegraban ellas con la provision diaria; pero mucho mas se regocijaba Mariana de darsela por amor de su esposo, el cual quiso mostrar con repetida maravilla su agrado en aquella espiritual y corporal limosna. Declaran unánimes los testigos en el proceso que sin acobardarse por frios ni calores iba Mariana á trabajar en el horno de su casa las noches que se amasaba el pan, y que diciendole la gente de servicio que á qué fin trabajaba si el pan que hacia no le habia de comer, respondia con afabilidad: *Y cuando yo no le coma, ¿faltará un pobre en quien se logre mejor?* Seguia entre tanto su trabajo, y en concluyendo tomaba en sus manos como dos onzas de masa, y con pasmo de cuantos la veian,

formaba de tan escasa materia para la pobre viuda un pan tan grande y tan hermoso, que excedia en cantidad y regalo á todos los de la hornada. Tan repetido era este suceso, que ya llegó á no extrañarlo la gente de servicio, y lo atribuia á aquel Señor, cuya caridad hizo que cinco panes produjesen otros para alimento sobrado de cinco mil hambrientos.

En las horas que empleaba en la labor de manos, que eran tres cada dia estando sana, no se proponia tanto el evitar la ociosidad, cuanto el tejer á Cristo la túnica inconsutil, que es segun S. Agustin (1) la caridad ejercitada con el prójimo. Trabajaba pues para él persuadida que en el dia del juicio confesaria hecho á sí mismo el agasajo, y lo que podia allegar trabajando, pasaba por mano de su confesor á los pobres. No habia otra distincion para ella entre estos sino la mayor necesidad; pero á quien remediaba con singular gozo de su alma, era á un pobre sacerdote, cuyos singulares trabajos me ha parecido describir brevemente, para que campee mas y mas la caridad de Mariana; debiendo sin embargo advertir que no es mi ánimo se dé facilmente crédito á mil vanas credulidades que el vulgo adopta sin distincion, y cuyo origen no suele ser otro que la ignorancia ó algun otro afecto desordenado de los que los forjan y esparcen. El caso de que vamos á hablar, podrá parecer á muchos ridículo y aun absurdo; pero ¿qué no puede la malignidad humana, y qué no permite á las veces el Señor en sus altos é incomprensibles designios? En las montañas de los Mainas y gran rio Marañon hay un curato llamado *Santiago*, cuyos feligreses en el tiempo á que me refiero, estaban sumergidos en la mas completa barbarie y en las costumbres de un soez é in-

(1) S. Agustin sobre el salmo XXII, serm. 1.°

moral gentilismo: sobre todo eran inclinados á toda clase de hechizos y maleficios, de que por instigacion diabólica se servian para todo género de maldades. Hay en aquel pais en particular una flor que en unas partes llaman *campana* y en otras *zimuri*, la cual beben cocida, y que dando con su fortaleza y virtud inebriante enajenados de los sentidos ven con claridad y distincion, segun ellos dicen, todo aquello que desean ver. El marido ve las infidelidades de la mujer, la mujer igualmente las del marido; el que quiere rastrear al delincuente ó al ladron, le conoce y ve dónde está el hurto, cómo y cuándo se hizo; en suma su vista se extiende hasta donde quieren, y segun lo que pretende el demonio que los alucina. Abundaba tanto este pestilencial abuso, que contagiando tambien á las ciudades vecinas de Jaen y Borja hubiera hecho de todo su territorio un florido reino de Satanás á no tener el desencanto y contraveneno de la enseñanza de la divina ley propagada con los sudores de los misioneros de la Compañía. Era pues cura de la dicha parroquia de *Santiago* un sacerdote secular, á quien sus mismos feligreses, por no sé qué causa, con infernal arrojo intentaron hechizar de manera que perdiese el juicio para toda su vida; y no hallando traza de envenenarle las viandas, como querian, porque vivia advertido y con incesante cautela, acudieron á un atroz y sacrílego medio. Se dieron maña para haber á las manos el caliz en que consagraba, y estrujando en él aquella yerba le prepararon y untaron bien con su zumo. Celebró el infeliz al dia siguiente sin reparar en el maleficio por ser muy de mañana, y juzgando beber la sangre de Cristo para fortalecer sus potencias, se halló á muy poco privado de juicio y tan conocidamente loco, que fue menester llevarle á Quito, donde fueron inútiles todos los remedios para curarle.

Socorriale mucha gente de la ciudad, á quien daba lástima ver á un sacerdote víctima de venganza diabólica; y Mariana tomó tambien á su cargo el hacer lo mismo. Induciaula á ello motivos muy superiores, pues en primer lugar no podia tolerar su alma llena de fé y de caridad ver á un ungido del Señor en tan deplorable estado; y cuando los muchachos sin reparar en su dignidad le mofaban y escarnecian, se acongojaba ella sobremanera y no podia contener las lágrimas. Ademas tenia otra razon para señalar con él su instinto caritativo, y era el saber, sin duda por especial ilustracion del cielo, que tan sensible trabajo le habia cogido en estado de gracia. Una prueba de que era acepto á Dios el esmero con su ministro se la ofrecia él mismo, cuando en medio de su locura daba señales de agradecimiento á su bienhechora como si estuviera en el uso mas cabal de sus facultades.

Su cuidado principal era el de los enfermos, y cuando habia alguno en su casa, aunque fuese de la mas baja condicion, como era la de los indios, ella hacia de médico, servia de cocinera, de enfermera, de madre, le enjugaba el sudor, le componia la cama, le barria el cuarto y le arreglaba todas las cosas con tanto aseo y devocion como si lo hiciera al mismo Cristo en persona. Su corazon no podia escuchar sin conmoverse el quejido del paciente, y á mas de disponerles ella los remedios usuales y caseros que sabia, se los administraba con gran puntualidad, y acompañaba aquel acto con palabras de tanta dulzura y tan propias para consolarlos, que cuantos pasaron por su mano, hallaron en su caridad el alivio que no pudo prestarles la medicina. En las almas del purgatorio tenia el objeto mas tierno en que emplear sus ordinarias limosnas de penitencias y oraciones, destinando todos los

dias cierto tiempo para ganar por ellas indulgencias, oir misas y aplicarles eficacisimos sufragios. Finalmente la caridad fue la que marchitó esta hermosa azucena y la que le quitó la vida, como referiré en su propio lugar: es decir que su caridad fue todo lo que podia ser segun la sentencia infalible de Jesucristo.

CAPÍTULO V.

DE LA VIRTUD DE LA RELIGION QUE RESPLANDECIÓ EN MARIANA, DE SU DEVOCION Á LA PASION DE JESUS, Á SU SANTISIMA MADRE Y Á LOS SANTOS.

La religion es una virtud por la cual damos á Dios el honor y culto que como á señor y criador se le deben. Es virtud tan preciosa, que merece el primer asiento entre las virtudes despues de las teologales; y será mayor ó menor su brillo, segun fuere mayor ó menor el concepto que forme la criatura de Dios y de su infinita grandeza, el aprecio que haga de su ser contrapuesto á la bajeza y á la nada del hombre.

Bien puede servir de ejemplar de esta virtud Mariana de Jesus, pues á imitacion de los serafines, al paso que cubria su rostro con el conocimiento de la propia bajeza y la nada de su ser, desplegaba con santo empeño y ardor sus labios para alabar á Dios en sus infinitas perfecciones y atributos, adorando siempre la divina simplicisima esencia, trina en personas y sin número en grandezas y maravillas. Desde muy niña profesó singular devocion á tan inefable misterio, como dije en otra parte, y no contribuyó poco á este altisimo sentimiento de religion el P. Juan Camacho, que siendo tambien muy devoto del mismo fue el mas proporcionado instrumento para arrai-

gar en su alma con sus consejos y máximas un amor entrañable á las tres divinas personas. Prevenia su fiesta con especiales ayunos, cilicios y disciplinas; y como tambien dije ya, no contenta en tal dia con acompañar sola el *Sanctus* eterno de los serafines convidaba á los de casa, y todos adoraban el misterio en su altarito, en que se veia pintado al eterno padre con el Hijo en sus brazos mirando en él como en un espejo sus divinas perfecciones.

Todas las delicias de Mariana se reunian en el eterno padre, aunque sabia muy bien que no hay mas ni menos en el Padre que en el Hijo y en el Espíritu Santo, como no fuera la causa de su predileccion cariñosa el exceso de bondad que S. Pablo nos recomienda en sus epístolas, de habernos dado el Padre á su querido hijo Jesucristo. Depone con juramento un padre de la Compañía que la exhortó varias veces con razones teológicas á que se regalase igualmente con la segunda y tercera persona; pero ella amaestrada en la escuela superior de la contemplacion le respondia siempre que empleaba muy bien su amor en el padre eterno por ser como fuente de vida del Hijo y del Espíritu Santo; pues engendrando al Hijo espira con el Hijo al Espíritu Santo.

De su respeto al santo templo, morada de la divinidad, de su compostura y modestia en él, asunto de las conversaciones de Quito, dije en su lugar; mas para que se vea de lo que era indicio aquel exterior constantemente devoto, trasladaré aquí su práctica al poner el pie en la casa de Dios, que tenia escrita y dictada por el santo hermano Hernando de la Cruz. «Yo Mariana, decia, ruego humildemente á vuestra celestial hermosura, »santisimo angel de mi guarda, que me lleveis con el es»píritu y pensamiento á la corte del cielo y me alcan-

»ceis de los ángeles mas principales que me den au-»diencia. Haciendo cuenta que dejo las cosas terrenas y »levantandome sobre todas ellas me pongo en la presen-»cia de los cortesanos del cielo: representoles mis deseos, »que todos son de la mayor gloria de Dios y la salva-»cion de las almas, pido primero con toda reverencia á los »serafines ardentísima caridad, á los querubines sabidu-»ría, á los tronos humildad, á las dominaciones mortificacion »de cuerpo y sentidos, á las potestades victorias de ten-»taciones, á las virtudes aprovechamiento en todo género »de virtud, á los principados sujecion, á los arcángeles »pureza de cuerpo y alma, á los ángeles obediencia. Pido »á los patriarcas fé, á los profetas esperanza, á los após-»les caridad, á los mártires fortaleza, á los pontífices so-»licitud, á los doctores sabiduría, á los confesores obe-»diencia, á las vírgenes pureza; para que toda Mariana »sea agradable á los ojos de mi Dios y Señor.» Admitida asi á comunicar con los cortesanos de la gloria acer-cabase al trono del Altísimo, y con la retórica del amor le decia: «Dios mio, trino y uno, tan sabio como pode-»roso, y tan poderoso como bueno, y tan bueno como »hermoso, y todo inmenso, gozome infinito de que seais, »Dios mio, quien sois y de que tengais en vos todas las »perfecciones y excelencias. O amado tesoro mio, tú solo »para mí y yo sola para tí. Tú solo bastas para hartar »mi deseo, y en tí solo me contento; y yo, como si estu-»viera sola, no me ocuparé en otra cosa que en amarte, »alabarte, glorificarte, servirte y obedecerte á tí, que eres »todo único y sumo bien y eterno descanso.»

Unido el Verbo á la humana naturaleza la sublimó de suerte, que quien ama á Dios y le venera en su esencia, ha de amar y venerar á Cristo en su persona. Conside-

rando pues Mariana la sacratísima humanidad de Jesus se llenaba de veneracion profunda y se deshacia en afectos, especialmente los nueve dias antes de su natividad, durante los cuales, á mas de las penitencias que añadia en el adviento, preparaba al niño Dios muchos presentes. Veiale pobre entre humildes pajas y que para remediar el daño que hizo la gula en el primer hombre, se vestia tan á su costa de la humana naturaleza; y disponia que todos los de su casa ayunasen aquellos nueve dias guisandoles ella la comida y sirviendosela con sus propias manos. Llegada la noche de Navidad, formaba en su cuarto un pequeño nacimiento, juntaba á sus sobrinas y demas gente de la casa, y con singular ternura convidaba á todos á que con los pastores ofreciesen al recien nacido los ayunos de la novena. Luego ella rebosando de júbilo, decia: *Seais bien venido, Señor y pastor mio, que os habeis dignado de venir á buscarme como á oveja perdida por mis culpas. Aquí me teneis, Señor, con vos.* Esto decia hincada de rodillas, llorando y besando al divino infante los pies y las manos con un transporte amoroso, que enternecia solo verla. Alternaba con estos coloquios otros no menos tiernos á su amantisima madre, y lograba enfervorizar tanto á toda su gente, que ni aquella noche, ni en el siguiente dia se oia hablar de otra cosa en la casa que de la dignacion infinita del Dios hecho hombre y de la solicitud y ternura de Mariana en adorarle y servirle. Completaba la fiesta segun su costumbre con la guitarra, y acababa de robar para su amante Jesus aquellos corazones cantando y acompañando con dulce melodía algunos versos, á que solia intercalar en prosa: *¡O cuándo será el dia que yo tenga esta fiesta en la gloria!*

Todos los misterios de su Jesus eran para ella objeto

continuo de adoracion, y queria que lo fuesen para su hermana doña Gerónima y sus sobrinas, á quienes enseñó la jaculatoria que pronunciaba siempre que daba el reloj, y en particular al toque de oraciones del alba y del mediodia. *Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo encarnó, nació, murió, resucitó y subió á los cielos, y en que instituyó el santísimo sacramento del altar. Alabente, Señor, todas las criaturas de los cielos y la tierra para siempre jamas. Amen.*

Pero no parecia sino que el misterio de la sagrada pasion y muerte del Redentor no le dejaba veneracion y afectos para otra cosa. Esta era de ordinario la materia de su meditacion; y en hablando de los tormentos que Jesus su amante esposo padeció por nosotros, su corazon se liquidaba, por decirlo asi, en lágrimas, se deshacia en suspiros y se perdia en deliquios de amor como el de una santa Brígida. No tenia arma por el estilo cuando intentaba ganar á algun pecador ó alentar á alguna alma justa para que trepara por la escarpada roca de la perfeccion. Jesus crucificado, como queda dicho hablando de su niñez, fue desde entonces su gran libro, y si bien se mira, no fue ella toda su vida sino un remedo de sus penas y dolores. La imagen de su divino esposo abrevado de hiel y de tormentos fue desde aquella edad el original que se propuso por modelo, y no es menester repetir aquí lo que va referido en el libro de su penitencia, por lo comun no imitable. *¡Ay costado herido de mi Jesus crucificado!* decia cuando niña azotandose el pecho con ortigas; y de la llama amórosa que salia de aquel costado divino, concebia su corazon el calor necesario para emprender y llevar adelante sin flaquear un conjunto de tormentos y destrozos de su delicadisimo cuerpo, que ha asombrado ya á mis lectores, y

sin duda los ha obligado á reconocer en Mariana imitadora de Jesus la palabra de aquel que dijo: «Yo te seguiré »donde quiera que vayas.» A esto solo se enderezaban la pureza de su vida, la mortificacion de sus pasiones, el rigor de sus ayunos, el freno de sus sentidos, el desprecio de la tierra y el aborrecimiento del mundo. Hablar de la pasion de su amado era exprimir de sus ojos el llanto; contemplarla abrasar su corazon; padecer por quien la toleró, poner el colmo á sus ansias.

Y quien las padecia tales por la veneracion y el amor á la pasion del Dios hombre, era imposible que no extendiese en justa proporcion sus afectos hácia la que le acompañó en el penar, Maria santisima, madre de Dios, reina de los ángeles y de los hombres y milagro de la divina omnipotencia. Era tan cordial y extremadamente fina la devocion de Mariana hácia esta señora, que toda descripcion serviria solo para deslucirla y rebajar sus colores. Teniala por madre, reina y señora y por seguro norte y guia de todas sus acciones, valiendose de su patrocinio en todas sus necesidades y procurando con todas sus fuerzas propagar su culto y encender su devocion. Las primeras palabras que articularon sus labios, aquellos mismos labios que rehusaban tomar el pecho en ciertos dias y fuera de ciertas horas fueron *Ave Maria*. Desde que tuvo uso de razon pagó á su santisima madre el tributo diario del rosario, y algun tiempo despues empezó á reunir la gente de su casa y á rezarle en el cuarto de su sobrina doña Juana despues de haberle rezado ella sola en la iglesia, de ciento y cincuenta Ave Marias. En horas fijas y proporcionadas á las del oficio divino rezaba tambien diariamente el oficio parvo de Maria, y celebraba sus festividades con devocion especial, precediendo siempre su novenario de

penitencias y otras obras espirituales y de limosnas que daba con licencia de su cuñado D. Cosme. Tenia, como ya dije, en su cuarto una imagen de bulto, con quien desfogaba su pecho enamorado y deseoso de servir y agradar en todo á su madre, y aunque no llegamos á tener noticia de los muchos favores que mereció á la que nunca queda á deber nada á sus hijos, permitió el Señor que pudiesemos rastrearlos por la finura con que se ocupó ella en merecerlos. Caia la ventana de su habitacion hácia la capilla del hospital real de Quito, donde se veneraba una hermosisima imagen llamada de los Ángeles por tradicion antigua de que los ángeles la pintaron. Es el refugio de la ciudad en toda clase de apuros, y lo demuestran los portentos sin número que por su medio se ha dignado de obrar el Señor, de que son prueba los infinitos *votos* que penden en derredor de la imagen, la preciosidad del altar y el ornato magnífico de la capilla. Festejaba la ciudad de Quito en lo antiguo á su patrona todos los sábados con misa mayor y por la noche con Salve, acompañada de escogida música, y cada año en el dia de su fiesta con singulares regocijos y con la crecida limosna de quinientos pesos, destinada por un rico y cristiano caballero para dote de una doncella pobre. Algun tiempo despues se empezó á rezar todas las noches á coros el santo rosario en la capilla; y asi creciendo por dias la piedad y la confianza de Quito se acrecentaba tambien el amor á Maria glorificada en aquella imagen. Era en tiempo de Mariana mayordomo de la capilla Juan Toribio de Guevara, hombre de sólida virtud y por tanto de mucha verdad, el cual jura en el proceso que durante los dos años que fue mayordomo, todos los sábados á cierta hora llevaba una india unos ramilletes de fragantes y hermosisimas flores con dos velas de cera, y que

él sin saber quién las enviaba las ponia encendidas en el altar y asimismo los ramilletes. Entró en curiosidad de saber quién era la persona tan devota de Maria que la obsequiaba con tanta perseverancia; y aunque preguntó muchas veces á la india, jamas pudo saber nada de su boca, habiendo tomado muy bien las instrucciones de su señora. Cansado de preguntar inutilmente se resolvió un dia á salir de cuidado por sus propios ojos, y siguiendo los pasos á la india al salir de la iglesia vió que entraba en casa de Mariana. No tuvo bastante con esto, sino que entrandose tras ella con disimulo llegó en puntillas y como pudo hasta muy cerca del cuarto de Mariana; y viendola no sé cómo, le dió gracias de su cariño en nombre de la reina de los ángeles. Turbóse no poco la modesta virgen, y despidiendo con buen modo y presteza al curioso devoto le dijo: *Dios nos dé su gracia, y conocimiento para servir á su madre. ¡Dichoso V. que sirve á tan gran señora! Sea ahora y para siempre.*

Tenia sin embargo la amante hija de Maria sus especiales confianzas y desahogos con la prodigiosa imagen de nuestra señora de Loreto, que se venera en la iglesia de la Compañía, honrada y festejada por una congregacion de españoles é indios. Dirigian la congregacion los jesuitas, y habia en ella pláticas, frecuencia de sacramentos y otros ejercicios de piedad con gran culto de Maria y provecho de las almas. Visitaba pues Mariana aquella preciosa imagen todos los dias; y llevada sin duda del título de Loreto, que le recordaba los muchos que tenia para confiar en la que como madre de Dios es arca de reconciliacion con el hombre, nada dejaba de pedir en aquellas visitas, y nada pedia que no consiguiese, como fue la muerte de su sobrina Sebastiana antes que la casaran. *Reina mia,*

madre mia, señora mia, virgen de vírgenes eran los títulos cariñosos con que la invocaba; y á tan delicado acento ella sola sabe cómo respondia una madre que no tiene igual en ternura y correspondencia.

Entre los cortesanos del cielo miró siempre con predileccion á S. Ignacio de Loyola; y sin duda por el amor y devocion hácia él amó y dió en su concepto y corazon el primer lugar á su Compañía; y recíprocamente el amor y veneracion hácia esta refinó sus afectos para con el santo. La Compañía, segun ya dije, fue siempre como su casa, su refugio, su madre y la única maestra de su alma. A ella se protestaba reconocida y obligada por la educacion de su espíritu, por sus deseos de perfeccion y por todos sus adelantamientos en la santidad, sin que jamas se confesase con sacerdote que no fuera de la Compañía, ni aun entrase en otro templo que el suyo, como lo juran unánimes los que la vieron y trataron. Su vestido fue siempre una túnica negra de tela tosca á modo de sotana como la que usa la Compañía, sujeta al cuerpo con un ceñidor de lana, cerrada de arriba abajo segun lo exigia la honestidad, sin cuello ni adorno alguno y con un nombre de Jesus en el pecho. Con el traje copió siempre todo el exterior y el proceder de la Compañía, evitando hasta la menor sombra de singularidad y extravagancia, y conservando aquella rara modestia, que siendo el objeto de varias y muy santas reglas dictadas por el santo fundador, no importa que la critique y moteje el mundo cuando la aplaude la verdadera piedad y la canoniza la iglesia. Quien asi procedia en todo, no es extraño que á boca llena llamase padre suyo á S. Ignacio, que mirase á los hijos de este como á sus hermanos sobre la tierra, y dijese de sí misma á menudo: *Yo soy toda jesuita*. Ni tampoco hay

por qué extrañar que ellos la hayan mirado siempre como cosa propia y tomen tanta parte en sus glorias y regocijos. Como buena hija amaba y obsequiaba de corazon al amantísimo hijo de su gran padre, el incomparable apostol de las Indias y del Japon S. Francisco Javier; y lo mismo hacia en proporcion con los demas santos de la Compañía.

Manejaba de continuo las obras de la ilustre doctora española santa Teresa de Jesus; y no era el último título para venerarla y amarla con tanto aprecio la no interrumpida correspondencia de afecto que medió entre aquel portento de su sexo y los hijos de Ignacio. Profesaba tambien una particular devocion á santa Gertrudis y al denodado escuadron de las once mil vírgenes con su celestial conductora santa Ursula, á quienes confesaba deber tantos favores, que no cesó hasta que vió introducida su devocion entre los de casa como debido agradecimiento. *Con el glorioso S. José,* dice su confesor, *tenia familiarisima amistad: preparábase á celebrar su fiesta con siete dias de particulares cilicios, ayunos, disciplinas y con mas garbanzos dentro del calzado, diciendo con gracia que en honra y gloria de su S. José tenia que añadir algun garbancito mas en la olla.* Quiso tambien ser hija espiritual del serafin de Asís S. Francisco; y oyendo las muchas indulgencias y gracias de su cordon y escapulario, por consejo del P. Camacho su confesor, como ya dije, recibió el cordon y se puso al cuello un escapulario pequeño y que no se dejase ver, por evitar singularidades.

Pero su devocion predilecta y especialisima puede decirse que fue la de santa Catalina de Sena, y que con ella tuvo sus mas finos amores. Gemela, por explicarme asi, en el espíritu de santa Rosa de Lima se propuso como

ella por original de perfeccion á aquella insigne esposa de Jesucristo; y si Mariana no le debió tantos favores como Rosa, en virtudes y espíritu tuvo aun Catalina quien la estudiase é imitase felizmente faltando Rosa. «Santa Ca»talina de Sena, dice el P. Antonio Manosalvas, fue su »maestra y dechado en todo, y sabia toda su vida de me»moria, y con ella se consolaba en sus trabajos y afflic»ciones. Suplicabala la recibiese bajo su amparo y pro»teccion y la sacase victoriosa como ella habia salido de »sus contradicciones; y asi fue, porque los que la contra»decian las comuniones, eran no solo doctos, sino virtuo»sos y que podian; no quiso la santa sino favorecer á su »devota y quien la procuraba imitar en todo.»

CAPÍTULO VI.

SU DEVOCION Á JESUCRISTO SACRAMENTADO.

Entre los misterios que la fé católica venera en la sacrosanta humanidad de nuestro señor Jesucristo, hay uno, que como enseña el santo concilio de Trento, es un erario en que se depositó por la divina bondad la suma de todos juntos. En él se derramaron los tesoros de la gracia, sin que escasease un Dios enamorado de los hombres ninguna cosa de cuantas podian haber menester en esta penosa peregrinacion hácia la patria. Por esto las almas santas, aunque en la meditacion de los demas misterios se apacienten gustosas y merezcan de su Dios muchos y soberanos favores, suelen ser mas y mas preciosos los que reciben gustando el verdadero maná de la Eucaristía. Asi lo experimentó siempre Mariana, la cual si bien no halló pasto proporcionado á su corazon y

potencias fuera de los misterios de su divino esposo, tampoco le quedaba entendimiento para contemplar, ni corazon para amar otra cosa cuando le veia encerrado por el amor en el breve cerco de una hostia.

Desde que tuvo por primera vez la dicha de acercarse á la divina mesa, quedó tan aficionada á esta celestial vianda, que no cesaba de pedir á su confesor se la proporcionase de nuevo; y reconociendo el venerable P. Juan Camacho que aquella alma era posada digna de que Jesus repitiese sus visitas, le dió licencia para que todos los domingos y fiestas de precepto se acercara á recibirle. Hacíalo Mariana con extraordinaria disposicion, que no consistia tanto en confesarse y leer algun libro devoto, cuanto en un tenor de vida angelical, continuo ejercicio de penitencia y hambre santa de aquel pan, que es grano de escogidos. Algo mas adelante reflexionando el padre que era cargo de conciencia no acceder por entero á las fervientes súplicas de una niña, de quien no constaba que hubiese cometido jamas pecado venial con plena advertencia, que se daba en tales términos á la oracion y vida austera, y que con una pureza de angel reunia un sumo desprecio del mundo y una sed ardiente de la perfeccion, le permitió que entre semana recibiese á Jesus en su pecho dos y tres veces. Rayando ya Mariana en los doce años, la vió aquel varon experimentado adelantada en la virtud mas de lo que prometia su edad, entregada á una penitencia inimitable, á una oracion continua, á una obediencia y resignacion esmerada, á una humildad profundísima y tan ajena del mundo, que llevaba adelante sin desfallecer la guarda cabal de sus tres votos de la perfeccion evangélica. Vió ademas que todo este aparato de santidad y virtudes producia en ella un impaciente deseo

de gozar de su celestial esposo y un amor tan violento, que solo descansaba en él y solo por él vivia; y despues de mucha consideracion, oracion y consulta de libros se resolvió finalmente á consolar las ansias de su bendita hija concediendole la comunion diaria, que ella no omitió jamas mientras sus achaques se lo permitieron.

Pero aquí fue donde se estrelló la resistencia del enemigo de todo bien y mucho mas del aprovechamiento de una niña. Temió sin duda el maligno los aceros de quien aun sin una union tan íntima con su eterno adversario le ocasionaba funestas derrotas, y para salir con sus miras echó mano de instrumentos que por ser mas nuevos é inesperados fueron sin comparacion mas sensibles. Eran estos dos maestros de teología, y uno de ellos superior del P. Camacho, los cuales sin conocer el espíritu de Mariana ni los quilates de su perfeccion al oir comunion cuotidiana en una niña de doce años se escandalizaron de tal modo, que sobre afear el hecho motejaron al doctisimo confesor y le trataron de poco prudente y considerado en punto de tanta monta. Con un zelo embozado en capa de teólogo le dijeron que cómo permitia que una niña de tan cortos años usase cada dia del pan que S. Agustin llama de grandes, olvidando el ejemplo de tantos santos, que apreciaron mas un reverente retraimiento de humildad que una excesiva osadía de fervor. Le hicieron advertir que la demasiada frecuencia suele convertirse en una pura costumbre, cuando no en menesprecio de lo que se instituyó no para pábulo de amor propio, sino para causar la santidad y pureza del alma. Le avisaron de lo mucho que puede en los niños el prurito de no ser menos que los demas. En suma no dejaron argumento que no tocasen, si bien con la desgracia de haber acudido en su busca al arsenal

de la mera especulacion, siendo este un negocio en que si hubiesen consultado, como era razon, á la práctica y al caso concreto de Mariana, no la hubieran sentenciado sin oir su proceso. La comunion diaria es un nombre que causa pavor á la tibieza, y ofrece mil sutilezas á quien vive entre cristianos tibios, y que en nada se parecen á los de los primitivos tiempos de la iglesia. Siempre pues que se trata de este punto, la cuestion debe concretarse á si se ha de aprobar ó reprobar una práctica, que considerada con abstraccion de individuos, S. Agustin y S. Juan Crisóstomo ni la aprobaron, ni la reprobaron. Lo único á que tiene derecho la justa crítica, es á exigir la ejecucion del prudentisimo aviso de la santidad de Inocencio XI (1), quien al paso que protesta que no pretende quitar el uso de la comunion diaria, encarga toda consideracion en el asunto; pues no á todos debe concederse sin mucha prudencia y madurez. Pero esto fue precisamente lo que no vieron los detractores de la práctica de Mariana, fautores sin advertirlo de jansenísticas prevenciones; la prudencia y madurez con que el P. Juan Camacho permitió comulgar diariamente á una niña de tan extremada pureza y de una vida tan santa, que si ella no, tal vez no hay en el mundo quien pueda decir abrasado en amor de Jesus oculto en el sacramento: *Nobis datus, nobis natus ex intacta virgine.*

Oyó el prudente y sabio confesor aquellas razones, y sufrió una especie de persecucion en silencio y con paciencia, pero sin acobardarse, porque nada podia hacer mella en el ánimo de quien conocia con evidencia que nada hablaba con la que cada dia comulgaba con tan nuevo fervor como si nunca lo hubiese hecho; con la que tenia una comunion

(1) En la bula sobre la comunion diaria.

por disposicion para otra y sentia con la hartura mayor hambre, creciendo por momentos el conocimiento y el amor de su esposo. Solo pues consiguieron que estando buena no comulgase Mariana á la vista de todos, sino que en la última misa le diese el P. Manosalvas, la comunion aconsejando no raras veces la prudencia que ciertas cosas lícitas y á todas luces santas se oculten por algun tiempo por excusar á los débiles ocasion de tropiezo. Pero no fue vana la confianza del P. Camacho, ni la de la misma virgen esposa, que le animaba á renovarla cuando le veia perseguido y motejado por su causa. Los mismos padres, que tan de ligero la juzgaron, hubieron de dirigir despues su conciencia á falta del P. Camacho ausente, y reconociendo su rara santidad restituyeron al padre confesor su reputacion de hombre concienzudo y prudente, y alentaron á la hija á que siguiese usando de su derecho y adelantando para bien universal en la perfeccion por el medio mas natural y eficaz para conseguirlo.

Era tan necesario á Mariana el pan vivo que descendió de los cielos, que si llegaba á faltarle diariamente, se resentia su físico y perdia la salud y las fuerzas. Ordenóle su confesor en una ocasion pocos dias antes de la festividad de S. Juan Bautista que dejase la comunion sacramental y se contentase con el deseo ardiente de recibir á su esposo, mas meritorio que el acto mismo cuando interviene la obediencia. Aunque tocada en lo mas vivo de su alma obedeció como era de esperar; pero le salió bien caro, pues la acometió á poco una fiebre maligna, que no pudo mitigar el médico con todos sus recursos, é inspiró serios temores á los de su casa. Fue á visitarla su confesor, y viendola tan enferma y sospechando de la raiz de su dolencia le dijo al despedirse mas por consolarla que

por esperanza de que hubiese de cumplirlo: *Mañana la aguardo en la iglesia para que comulgue.* Fue tan eficaz la brevísima receta, que á las cinco y media de la mañana siguiente estaba ya á la puerta de la iglesia aguardando que el sacristan abriese. Salió el padre al confesonario, y al verla apenas podia creer que fuese ella la misma que visitó el dia antes; pero cuando supo de su boca que no habia tenido que hacer un gran esfuerzo, pues estaba buena y sin calentura, alabó al Señor en su compañía reconociendo la comunion por único lenitivo eficaz de todos sus males. La de aquel dia dedicado á S. Juan Bautista la acabó de poner tan buena, que el médico y todos los domésticos quedaron absortos y dando gloria á Dios, que preparó la salud á Mariana en su caliz, *calicem salutis*, como leyeron los setenta intérpretes las palabras del Salmo.

En la confesion con que se preparaba para comulgar, hablaban mas sus ojos que su lengua; y prorumpia en tantos sollozos y lágrimas como si fuera la mayor delincuente del mundo. Acercabase á confesar ceñida de cilicios, toda devota y compuesta y con el alma de antemano tan pura, que sus confesores no hallaban materia suficiente para el acto sacramental, valiendose para absolverla de cuanto en lo pasado hubiese ofendido á su divino esposo por ignorancia ó negligencia. Asi lo declara el P. Juan Camacho: y preguntada ella misma un dia por otro confesor acerca de las diligencias que hacia para llegarse á comulgar diariamente, respondió: *Procurar que la union con mi esposo vaya cada dia á mas y sea mas estrecha; y asi cada dia procuro amarle y quererle mas: estas son las diligencias que todos los dias hago.* Cuando acababa de comulgar, estaba tan profundamente recogida, que no permitia que persona alguna le hablase una sola palabra; y un dia que quiso decirle

algunas sobre cierto negocio un padre grave de la Compañía, se apartó de ella con mucha edificacion apenas la oyó decir: *Padre, he comulgado.*

Comunicabasele tan íntima y sensiblemente su Jesus en la comunion, que llegaba tambien á participar el cuerpo de los efectos de su divina visita. Asi lo ponderó el padre Alonso de Rojas en el panegírico que predicó en la honra de la sierva de Dios, diciendo que un sacerdote al decir *Dominus vobiscum* vió su rostro lleno de resplandores y encendido como una ascua. Su mismo confesor asegura que le sucedia á veces no reconocerla por la cara, la cual *se le ponia como si fuera un angel,* y le hacia dudar si era Mariana de Jesus la que habia comulgado.

Singularizabase su ternura con el amante divino disfrazado en el sacramento los dias de carnaval, en que la Compañía festejaba á Jesus y procuraba recompensarle de tantas ingratitudes exponiendole á la pública veneracion de los fieles. Convidaba á sus amigas á gozar de su misma dicha, y desde el romper el alba hasta las seis de la tarde, que era el tiempo que estaba manifiesto, permanecia hincada de rodillas ante el altar del sacramento, cubierta con el velo, inmoble y sin probar bocado de la tierra, saciando su alma con el maná llovido del cielo. Cuantos la veian en aquella actitud, opinaban que arrebatada su alma hasta los cielos habitaba entre los que allí hacen la corte al cordero; y se convencian sus amigas cuando al querer despedirse de ella para volver á sus casas le dirigian alguna breve palabra ó la tocaban, pues no se verificó jamas que les respondiese ó diese señal de advertirlo. Y que semejante suspension y arrobo fuese divino, lo manifestaba el que enviandole su confesor recado de que no estuviera tanto tiempo de rodillas, se sentaba al momento,

si bien á muy poco volvia á su postura, satisfecha con haber obedecido á quien no le fijaba tiempo para el descanso.

Ya dije á otro propósito que esta era tambien su costumbre en la semana santa mientras permanecia Jesus oculto en el monumento; y solo añadiré que era tal su abstraccion y recogimiento durante aquellas veinticuatro horas, que ni el ruido de los que entraban y salian á rezar las estaciones, ni el de los grillos y cadenas que segun la costumbre de aquel tiempo solian arrastrar los penitentes, la molestaban. Jamas fue capaz de moverla de su lugar por un momento siquiera la curiosidad de ver una devota procesion que pasaba por delante de la iglesia, imitando en esta dificil mortificacion lo que hacia en la del rosario santa Rosa de Lima. Viendo el hermano Francisco de Leon, sacristan de la iglesia de la Compañía, la asistencia de la sierva de Dios los jueves santos, la suplicaba que tuviese cuidado durante la noche del monumento y de cuanto habia en él. Admitia la complaciente virgen el encargo; y como si dejase una guardia numerosa para defensa del templo y de sus alhajas, se iba aquel descuidado á dormir, confesando siempre que desde que tenia á Mariana de centinela en el monumento, jamas habia sucedido desgracia, ni faltado la mas mínima cosa. Interrumpia la oracion mental á que se entregaba delante del santisimo sacramento, con devotisimos coloquios y encendidos afectos, expresados en muy cortas palabras que tenia apuntadas en un cuadernillo, y que no pongo por extenso por no alargarme demasiado. Eran ellos producto de su corazon enamorado y finisimo para con su Jesus, aprendidos en la escuela á que asistió siempre, desde que usó de sus facultades, como se verá en el siguiente

CAPÍTULO VII.

FERVOROSA ORACION DE MARIANA: SEQUEDADES Y DESCONSUELOS CON QUE SU DIVINO ESPOSO LA PRUEBA: MODO MARAVILLOSO CON QUE LOS TRUECA EN DELICIAS.

Todo lo que dejo escrito en el libro de la mortificacion de Mariana, pudiera servir de regla para medir su oracion fervorosa; pues llamando S. Dionisio Areopagita ó el autor de las obras que llevan su nombre, virtud castísima á la oracion, supone para ser tal una severa mortificacion y un santo aborrecimiento de sí mismo. Gozarán de tranquila paz los sentidos y escucharán la voz del amado, si la mortificacion los gobierna; y tanto de ordinario se elevará el alma por la oracion á su Dios, cuanto se encuentre desasida de la carne y del apetito. Mas sin echar mano por ahora de esta prueba menos directa sabido es que en los primeros años, y cuando aun no gozaba del uso de la razon, se descubrió en ella una propension innata á hablar con Dios en el retiro de su alma, y que sin mas impulso que la inspiracion divina se recogia á este fin en la habitacion de su madre. Lo mismo hacia cuando estaba en el campo, ayudandola no poco la soledad y la vista de tantos objetos criados por el Señor para desahogar un corazon que amaba casi sin saber qué, y con afectos y palabras cuyo significado tal vez no penetraba de lleno. Despuntó finalmente en ella la luz de la razon, y aprovechando la capacidad de aquella mente virgen empezó el P. Camacho á enseñarle las industrias para saber orar, las cuales, por mas que á muchos les parezca otra cosa, son bien pocas y muy fáciles, y todas se encierran en lo que el santo padre Ignacio de Loyola comprende bajo el nombre de *adiciones* en su admi-

rable libro de los Ejercicios. Preparaba pues la bendita niña los puntos de su meditacion, y poco menos que los aprendia de memoria; y buscando despues tiempo y lugar á propósito, hincada de rodillas y actuandose antes de todo con viva fé y con humildad profunda en la presencia de Dios meditaba atentamente los puntos preparados, que por lo regular solian ser de la pasion de su divino esposo. Dos horas diarias permanecia en aquella edad de siete á ocho años con una clase de oracion que llaman los místicos *afectiva*, y en la que por consiguiente mas obraba la voluntad que el entendimiento, mas los coloquios que los discursos, mas los suspiros y las lágrimas que los argumentos y las razones.

Cuando llegó á los diez años, en la distribucion que se propuso observar con la bendicion de su padre espiritual, fijó entre dia y noche cinco horas y media para la oracion mental, fuera de la vocal y la que habia de tener en la iglesia, donde permanecia desde las cinco y media de la mañana hasta las diez y media los dias de labor y los festivos hasta las once y media. De la continua meditacion, á que se disponia con tan esmerada diligencia y que pagaba á su Jesus como espontaneo, pero infalible tributo, se dignó el Señor de elevarla á un estado sin comparacion mas sublime, haciendo que le conociese y amase con una luz tan viva y tan regalada, que apoderandose de su alma la sacaba como fuera de sí y la transformaba en una criatura mas bien celestial que terrena. Y porque en tan alta y delicada materia es preferible oir á sus mismos confesores, referiré en primer lugar las palabras del P. Juan Camacho, hombre no menos docto en ambos derechos que en la sagrada teología y sobre todo muy versado en la ciencia mística. Hablando pues este padre de Mariana dice estas pocas palabras,

llenas de jugo y muy de ponderar en hombre de tanta oracion y tan favorecido del cielo: *Nuestro Señor la levantó á lo supremo de la contemplacion, que consiste en conocer á Dios y sus perfecciones sin discursos y amarle sin interrupcion.* Y en otro lugar: *Gastaba lo mas del dia y de la noche en oracion asi vocal como mental, exámenes, leccion espiritual y contemplacion, sin dormir apenas una hora.* Siga al P. Camacho el venerable P. Alonso de Rojas, rector del colegio de Quito, maestro de teología en la universidad y gran director de las almas. *Moraba,* dice, *dentro de sí en la presencia de Dios, y andaba con cuidado en no perderle de vista, y estaba interiormente tan asida con la santisima Trinidad, que decia no se podia apartar de Dios: con facilidad se levantaba en espíritu al cielo, y entre las vírgenes cantaba motetes á Dios. Finalmente andaba tan recogida en silencio y quietud sobrenatural, que muchas veces le sucedia andar como fuera de sí, y como una abeja se estaba cebando en el costado de Cristo chupandole la sangre.* El santo P. Lucas de la Cueva, venerado de toda Quito y mas de los suyos por sus tareas apostólicas, dice de Mariana: *En los ratos que la comuniqué, descubrí la alteza á que Dios la habia llamado, y la union que con su divina majestad habia alcanzado; punto que me comunicó, y yo la atajé diciendole que no entendia aquellas materias tan realzadas, porque yo no habia entendido en mi vida sino lo mas ratero de la vida purgativa.* ¿Cuál seria la elevacion de Mariana, cuando á su vista se tenia por pigmeo un gigante? El P. Antonio Manosalvas, varon de muchas letras y siempre igual á sí mismo en la virtud en medio de infinitos contrastes, dice hablando de la oracion de Mariana: *Despues de algunos años el Señor la levantó á una contemplacion y union con su amado esposo tan estre-*

cha, que un solo punto no se apartaba de tenerle presente; y ya no necesitaba de los libros para saber lo que habia de contemplar, porque de cualquiera suerte que leia ú oia leer, le era ocasion para estarse dias y noches enteras alabando y amando á su esposo.

Esto es lo que dicen sus confesores informados de lo que pasaba por aquella alma purisima, y lo mismo con corta diferencia pudieron haber dicho los que en el proceso auténtico atestiguan mil cosas exteriores, que eran prueba de su no interrumpida habitacion en el cielo; la compostura de sus ojos y persona, su riguroso silencio, su actitud en el templo, y mas que todo la habitual suspension y enajenamiento de sus sentidos, que á menudo llegaba á tenerla en un éxtasis altisimo, de que citaré por ahora el siguiente ejemplo. Fue á ver á Mariana en su casa el presbítero y licenciado D. Sebastian Delgado, y entrando en su cuarto antes que de dentro respondieran que entrase, la halló hincada de rodillas delante del esqueleto ó figura de cadaver que tenia en la caja, en profunda contemplacion, con los ojos en blanco, la boca entreabierta, y toda extática y sin sentidos. Los que acompañaban al sacerdote, que eran gente de casa, hicieron de intento ruido para que volviese en sí, y él daba voces para lo mismo; pero tan en vano, que temiendo contrariar la obra de Dios cerró la puerta, y se volvieron todos admirados del suceso. No bien hubo salido el sacerdote, despertó Mariana de su dulce sueño, y con aviso sin duda de su esposo salió de su cuarto y fue en busca del sacerdote con el rostro hecho una ascua y toda corrida por haber sido descubierta; y habló con él del negocio, que era cosa perteneciente al honor divino. ¿Y quién podria calcular las ilustraciones, los goces y delicias de aquella alma en tales casos, que

como diré á su tiempo, se repetian con frecuencia? Solo Dios lo sabe, y á nosotros nos dejó como en conjetura dos cosas; los ojos de Mariana siempre llorosos y sus párpados siempre enrojecidos, y la tirria del demonio contra la oracion de aquella sierva, que permitiendoselo el Señor, usaba mil estratagemas para impedirla. Referiré algunos nada mas, sacados de los procesos, por no ser difuso. Meditaba una vez devotisimamente en la pasion de nuestro Redentor, y cuando mas engolfada estaba en aquel mar de dolores y angustias, inventó el maligno que saliese de debajo de su altarito una como tropa ó procesion de cáscaras de huevo, que chocaban unas con otras y hacian un ruido molesto. Otra vez se valió de una gran navaja, que hizo dar vueltas mucho tiempo en el aire, acercandose tanto á Mariana, que parecia querer herirla. Llevó en otra ocasion, mientras se preparaba á orar, la navaja por el cuarto á compás y con acompañamiento de un sonido como de muchas castañuelas; pero amenazando herir á la que con la oracion le declaraba la guerra. En ninguna de estas ocasiones daba el menor indicio de miedo la denodada virgen; y eso que alguna vez, como diré pronto, la dejó muy mal parada; y en cuanto á este último baile infernal de la navaja se contentó con decir á su autor: *¿Por qué me tientas tanto, maligno? ¿Qué fruto esperas? Te engañas si pretendes estorbar mi dulce reposo, porque en la ayuda de mi Jesus tengo segura defensa. Soy criatura debil; pero el Señor de los ejércitos me amparará con su brazo.* Dichas estas palabras se puso á la oracion, y el orgulloso enemigo corrido se fugó del cuarto maldiciendo sus industrias. Si alguna vez (como lo refirió la misma Mariana á doña Juana Caso, de cuya boca lo oyó quien lo depone en los procesos) tomaba el demo-

nio la forma de cierto perro sin pelo, que comunmente se llama de la China, y empezaba á aturdirla con sus molestos ladridos; armada de soberano esfuerzo le cogia Mariana y le ataba al pie de la cama, sujetandole allí Dios mientras su esposa atendia á buscarle en la contemplacion. Preguntábale algunas veces doña Juana cómo no tenia miedo de aquel animal, y ella sonriyendose decia: *¿Y por qué tener miedo si no puede hacer mas que fastidiarme gruñiendo y ladrando?* Constan igualmente las luchas, que como dije, hubo de sostener con el infernal adversario, por las que amanecia de cuando en cuando toda acardenalada y sin poder dar un paso; y hubo vez que segun ella misma dijo á Fr. Gerónimo Paredes su hermano, ponderandole la crueldad de los infernales ministros, batallando con ellos la mordieron en un muslo tan cruelmente, que estuvo cuatro meses en cama y quedó coja de aquella parte. Se asegura tambien bajo juramento por quien lo vió, que en otra ocasion le arrancó el demonio la lengua de cuajo, dejandosela pendiente fuera de la boca como de un hilo; y que yendo á comulgar al otro dia se le restituyó á su posicion natural y quedó perfectamente buena. Otra noche vió Mariana mientras oraba en su cuarto que le apagaban la luz, que tenia encendida junto al féretro segun costumbre; y ella lejos de atemorizarse se echó en el mismo féretro para tomar algun descanso, como solia hacer á veces y queda ya referido. Allí pasó lo restante de la noche, y cuando al amanecer abrió la ventana para disponerse á salir á misa, vió que el esqueleto que habia quitado y puesto en el suelo para echarse ella en su lugar, estaba sentado en una silla con los brazos cruzados ante el pecho y con un aspecto capaz de atemorizar al espíritu mas alentado y resuelto. Confesó Mariana misma á

quien refiere el hecho, que por un momento se apoderó el terror de su alma; pero reflexionando quién era el autor de la burla, la despreció, echó agua bendita al esqueleto y le puso de nuevo en el ataud con el responso de costumbre: *Dios te perdone, Mariana.*

Pero no fueron estas solas las luchas, ni tampoco las mas recias que tuvo que sufrir el espíritu de esta esforzada doncella. Mientras el suave y apacible viento del divino consolador de las almas dirigió su rumbo, eran para ella bonanza los odios y la persecucion del abismo; mas cuando para acrisolar á su esposa se obscureció el divino sol y la navecilla empezó como á zozobrar, aprovechandose Satanás del sueño aparente del soberano piloto, apuró Mariana hasta las heces del amargo caliz del desamparo. Trocados en afanes los goces, la devocion en tedio y las lágrimas en aridez y sequedad insuperable, vióse desaparecer de su alma el sobrenatural impulso á todo lo bueno y la vehemente propension á vivir del pan de los ángeles, y en lugar de la benéfica lluvia que le hacia tan llevadero el pasaje por tan árido y abrasado desierto, no venian sobre ella sino combates, tedios, desconsuelo y una apretura de corazon, cuyo extremo ella sola pudiera referir. Escribiendo á su confesor le decia que eran tales sus tristezas y desamparos, que estaba casi determinada á dejar la comunion cuotidiana, siendo así que dejarla era para ella dejar la vida. Y á la verdad que no hay prueba mas eficaz que estas expresiones de lo que pudo llegar á padecer quien solo por la comunion tenia robustecida el alma y con vida su maltratado cuerpo. *Pidió á nuestro Señor,* dice el P. Juan Camacho, *no la llevase por camino de regalos, sino de asperezas y trabajos á imitacion de doña María Vela, á quien fue muy aficionada, y*

cuya vida leyó muy de ordinario para imitarla; y consiguiólo de suerte, que los tedios, desolaciones y agonías que padecia, le hubieran mucho antes ocasionado la muerte, si nuestro Señor no hubiera milagrosamente, como pienso, conservado la vida para aumentarse sus méritos; y aunque tan desconsolada, no le daba tanta pena su desconsuelo, cuanto el temor de ser á otros molesta y mostrarseles menos amorosa en sus respuestas. Pero ¿cómo no habia de ser amorosa en medio de sus incesantes agonías quien las soportaba con un heroismo propio del que no ve felicidad posible fuera del padecer sin testigo y sin consuelo? Desde que como dejo referido en otra parte, oyó de boca del P. Lucas de la Cueva el lugar de Job *Quis mihi tribuat* etc., estaba tan encendido su corazon en deseos de emular penando á aquel milagro de paciencia, que sus labios no sabian articular, ni su mente concebir cosa que no se pareciese al desahogo del profeta atribulado. No contenta con haber aprendido el texto de memoria pidió encarecidamente y repetidas veces al padre que se le tradujese y se le diese por escrito. *El lugar de Job,* dice aquel varon venerable, *no paró, ni me dejó parar hasta que se lo dí en romance, como lo hice desde la villa de Riobamba, escribiéndoselo para su consuelo y su continuo ejercicio de repeticiones de grandes trabajos, mortificaciones y afrentas, de que padecia hambre.* Recibida la traduccion leiala continuamente, meditaba sobre ella sin cesar, y avivando en su corazon mayores ansias de desconsuelos la comentaba de esta manera: «Aunque indigna me reconozco, soberano esposo mio, de tener la dicha de imitaros desamparado de vuestro padre en el ara de la cruz; pero no es otro mi ruego que el pediros humildemente que no cesen en mí los golpes de mano tan poderosa. Ya empe-

»zasteis, Señor, á labrar mi alma con el cincel de vues»tras misericordias: por tales reconozco los desconsuelos »que padezco, y las penas que experimenta mi corazon »afligido. No suspendais, Señor, el brazo en castigar á »una criatura tan indigna como yo, tan ingrata á tantos »beneficios como de vuestra liberal mano he recibido; »pues en esta vida es favor vuestro castigo, y mucha »gracia el penar. Apretad mas el azote de vuestra jus»ticia contra la esclava que con tan poca lealtad os ha »servido. Repetid los golpes de la tribulacion contra quien »como yo se hizo tan insensible á vuestros toques. Mis »culpas y tibieza os piden el purgatorio en esta vida. Mas »penas, Señor, mas trabajos, mas aflicciones y desampa»ros. Confieso servirme de un infierno para el deseo que »tengo de gozaros. Pero ¿qué merezco, Dios mio? ¿De »qué otras cosas pueden ser dignas mis ingratitudes y »tibiezas si no de infernales ahogos y desconsuelos? Mas »como miro en ellos vuestro beneplácito y agrado, solo »es mi deseo se cumpla vuestra voluntad; que siendo »vuestros los miro por regalos, por alivio y cariños. Ya »empezasteis, esposo mio, á regalarme con penas; pues »proseguid misericordioso en dar el cumplimiento á mis »ansias. Solo os pido en lugar de gozos penas, por con»suelos tribulaciones y por refrigerios sequedades; y esta »será mi mayor consolacion, ver que no ceseis de casti»garme; esta mi mayor alegría, tener yo mayores dolo»res que padecer. ¿Cuándo merecí yo, Señor, gozar de la »apacibilidad de vuestro rostro, ni entrar en el tálamo »de vuestros favores ó en las bodegas del vino suave »de vuestros consuelos? Pues huid de mí, amado mio. »Vengan mas tedios y sinsabores; pero miradme, aunque »de lejos, con vuestra gracia y amparo.»

Y en efecto la oyó el amado y la satisfizo, si bien preparandose á pagarle su desvío aparente con una inundacion de bien merecidas delicias. Redobló sus ahogos y tristezas la ausencia del venerable P. Camacho, instrumento que reconoció ella siempre escogido por Dios para llevarla á la santidad; y aunque quedó en su lugar el P. Antonio Manosalvas, á quien profesó Mariana cordial afecto, y que le dispensó singular cuidado y asistencia, á poco se le quitó tambien su esposo, llevandosele á otra parte por la voz de la obediencia. Confesabase en aquella doble ausencia con el apostólico varon P. Luis Vazquez, rector del colegio; pero no parecia ser el destinado por Dios para ayudarla á llevar su enorme peso; y asi lejos de encontrar alivio se agravaron sus sequedades y desconsuelos. Entre lágrimas y suspiros como tórtola que gime en la soledad, se arrojó un dia tan de veras á los pies de su divino esposo pidiendole que le deparase una persona con quien desahogar un corazon amante y oprimido, que mereció oir una voz que le decia resueltamente: *Anda á la iglesia de la Compañía, y al primer religioso que saliere de la clausura á la iglesia por la puerta de mi Javier, hablale y comunicale; que él será tu padre espiritual y te encaminará.*

Un siglo se le hizo á Mariana la noche que mediaba hasta la hora de poder ir á la iglesia. Madrugó mas de lo ordinario al dia siguiente para coger puesto junto á la capilla de S. Francisco Javier y aguardar allí el prometido consuelo. Estaba en lo mas vivo de su ansiosa expectativa, cuando vió salir por la indicada puerta al hermano Hernando de la Cruz; y llamando ella entonces al hermano Sebastian Delgado, que era el sacristan, le dijo suplicase al padre que habia salido á la iglesia,

que le oyera una palabra. Fue el hermano con el mensaje á Hernando de la Cruz, y aunque le dijo que era Mariana de Jesus quien le buscaba, no le permitió su amor á la observancia ir á hablarla sin licencia del superior. Recibió Mariana la respuesta, que la dejó edificadisima y mas ansiosa de comunicarle sus penas y descubrirle toda su alma; y obtenida por el mismo hermano sacristan la licencia logró finalmente hablarle. Hizolo por entonces de pie y no con mucha detencion; pero fue lo bastante para que desde aquel dia quedase entablada entre aquellas dos almas una íntima comunicacion, y la de Mariana entregada al cuidado y sometida al gobierno de Hernando. Salió este de la iglesia sin saber lo que le pasaba con aquella novedad y tan fuera de sí, que encontrando al sacristan le dijo lleno de júbilo: *¿Sabe, hermano Sebastian, con quién he hablado? Pues sepa que es admirable Dios en sus santos; no es menos que una santa Catalina de Sena, un verdadero angel en carne.*

Corresponde en la Compañía á los hermanos coadjutores el humilde oficio de Marta; y si bien se les inculca que con el ejemplo siempre y con las palabras, cuando puedan hacerlo sin pasar los límites que les fija su grado, promuevan la gloria de Dios con la mejora de su prójimo, solo por extraordinaria providencia puede confiarseles el cuidado y direccion de los demas. Y ya por esto solo podrá colegirse el concepto de santidad que gozaba el hermano Hernando en el colegio, pues desde aquel dia hasta la muerte de Mariana, que acaeció siete ú ocho años despues, consintieron los superiores que la gobernase y dirigiese, aprobandolo tambien sus confesores, que sucesivamente fueron los PP. Luis Vazquez, Alonso de Rojas y Juan Pedro Severino. Un superior sin embargo hubo que

llevó á mal aquel magisterio del hermano Hernando, creyendole mejor empleado segun su vocacion en la cocina ó en las faenas domésticas; pero solo sirvió su repugnancia para confirmar mas y mas ser voluntad de Dios que asi se hiciese; pues conociendo con luz divina el P. Lucas de la Cueva que aquella era justa excepcion de la regla general, obtuvo licencia del superior de la provincia para que Hernando comunicase con Mariana dos horas todos los dias.

Aprendia muchisimo de aquella niña el venerable y espiritual hermano (que son los títulos que se le dan en sus declaraciones en el proceso), y salia absorto y como aturdido descubriendo un campo siempre nuevo en las conferencias diarias; y á su vez Mariana, dirigida hasta entonces por graves teólogos y doctos maestros, confesaba que aprendia mas del humilde hermano Hernando aleccionado en el Crucifijo que de los que estudiaban en los libros. Refiere el P. Pedro de Alcocer en los cuadernos que dejó escritos sobre la vida de la venerable virgen, que ofreciendosele tal vez á Mariana algunas dudas en su retiro durante la noche, y á hora que era imposible comunicarselas á su maestro, las escribia brevemente en un papel; y lo que es de una ocasion en particular, afirma que no le faltó portador seguro, siendolo un angel que le llevó y trajo la respuesta. Cita dicho padre como testigo de vista á doña Maria Arias Altamirano, quien lo declaró auténticamente; y la gravedad y virtud del sugeto que lo afirma, merece que el lector no niegue crédito al prodigioso suceso. Deseoso el hermano Hernando de que Mariana mantuviese vivo el ardor que producian en ella las conferencias de espíritu, le compuso unas fervorosas jaculatorias con encendidos actos de las virtudes teologales y su-

blimes anhelos á la perfeccion, que muchos varones espirituales copiaron del cuaderno en que las tenia Mariana, y que yo omito por temor de que haya de crecer este volumen mas de lo justo.

Lo que no puedo omitir es que con la comunicacion y trato de tan santo hermano se despejó el cielo para Mariana, y calmados los vientos de la desolacion, y disipadas las tinieblas comenzó á gustar de nuevo las delicias de la contemplacion y á sentir la presencia de su esposo. Obedecia al nuevo director como á quien Dios habia puesto en su lugar, y atendia á sus dichos como á oráculos, gobernandose por ellos en todos los ejercicios asi interiores como exteriores de la vida espiritual y devota. *Dios* (dice ella misma en carta al P. Antonio Manosalvas), *Dios es muy piadoso consolador de los desconsolados: bendito sea él para siempre. Amen. Padre mio, desde que trato las cosas de mi alma con el hermano Hernando de la Cruz, vivo una vida alegre: mucho me consuelan sus palabras. En verdad, padre mio, que es un santo. Con el padre Vazquez no hago mas que reconciliarme. Dios lo ha ordenado asi. ¿Quién le puede resistir? Cumplase su voluntad. Para santa me quiere.* En otra al mismo padre, en que le da cuenta de su vida, dice: *Trato con el hermano Hernando de la Cruz las cosas de mi alma: mucho me consuela. Todos sus deseos son que yo sea una santa, que me ejercite mucho en la virtud de la humildad para subir por escalones de fé, esperanza y caridad á la cumbre de la perfeccion. V. P. lo tenga por bien, y no se me enoje; que esto lo ha guiado Dios. Dicen que quien con sabios trata, presto será sabio. Este nuestro hermano es un santo.*

Bastarian estos elogios en boca de Mariana para creer

que era santo aquel hermano y formar el mas elevado concepto de las lecciones que daba á su discípula, y de las medras que en breve hubo de tener esta bajo tan santo magisterio. Mas para que se conozca mejor uno y otro, y sea bendecido el Señor, el cual en el estado mas humilde, se complace en colocar á veces el trono de su mayor grandeza, no será fuera de propósito un breve rasgo sobre la vida y méritos de este hermano, cuya memoria vive aun en la ciudad de Quito.

CAPÍTULO VIII.

BREVE NOTICIA DEL VENERABLE HERMANO HERNANDO DE LA CRUZ.

Nació el hermano Hernando de la Cruz en la antigua ciudad de Panamá, de padres nobles y ricos; y heredando con la sangre la hidalguía y el apellido ilustre, se llamó D. Fernando de Ribera. Desde la infancia descubrió en su caracter aquella mezcla de docilidad y viveza, que suele ser pronóstico de grandes cosas cuando no falta una buena guia; y si no se inclinó á los estudios á pesar de la comodidad que tuvo de dedicarse á ellos, no fue porque le arredrase el trabajo, sino por el recelo que abrigó desde niño de que si llegaba á ser docto, seria sacerdote; grado para el cual no se hallaba con fuerzas. Pero si no se dedicó á las letras, tampoco pasó la juventud en ocio culpable, ocupandola toda en ejercicios propios de la nobleza. Componia versos en toda clase de metros, pero tan elegantes y conceptuosos, que deleitaban el oido y daban que admirar á la imaginacion mas feliz y ejercitada. Dedicóse tambien á la esgrima, y llegó á manejar las armas con tanto pulso y acierto, que muchos caballeros de

Panamá le buscaban para adiestrarse con él. Pero en lo que descolló verdaderamente, fue en la pintura; y aunque la emprendió en un principio solo por pasatiempo, despues se echó de ver que era disposicion del Altisimo que sobresaliese en ella, por el gran bien que por su medio habia de hacer á las almas. Muy amable hicieron en Panamá tan lucidas prendas á D. Fernando de Ribera; pero quiso Dios que mejorase de fortuna abandonando su patria y sus parientes.

Llamó el Señor con eficaz impulso á servirle en el claustro á su única hermana, dotada de mil gracias y de rara hermosura; y porque le merecian singular aprecio las hijas de santa Clara y en Panamá no las habia, determinó su hermano D. Fernando llevarla donde quiera que las hubiese, arrollando toda clase de obstáculos á trueque de que lograse su dicha. Supo que florecia en Quito aquel instituto, y sin que le acobardasen afanes, gastos y peligros de mar y tierra, emprendió el largo y arriesgado viaje; y llegando felizmente á su término y consiguiendo sin dificultad que se abriesen á su hermana las puertas del santo asilo, la vió emprender una vida en que creciendo sin cesar llegó á la perfeccion mas sublime y murió en suave olor de santidad y virtudes heroicas. Gozosisimo quedó Fernando al ver logrado su deseo, y bendijo una y mil veces un viaje, que hacia visibles los amorosos designios de la Providencia sobre su hermana. Mas no tardó mucho en conocer que el tiro de la Providencia era doble y que sin saberlo habia ido á buscar en Quito lo que en Panamá no hubiera soñado siquiera haber de ser su destino.

Tuvo D. Fernando, no sé con qué motivo, un desafío con cierto caballero de aquella ciudad; y como de mucho brio y destreza en el manejo de la espada, hirió en la lid

á su competidor tan gravemente, que se temió muriese. Retiróse del palenque Fernando herido tambien, pero en el corazon; pues hizo en él tanta mella el suceso, que desde aquel punto no pudo desechar de sí la idea de que su futura felicidad era inseparable del abandono del mundo. Luchó por algun tiempo con aquella idea, y cediendole finalmente la palma, entró en un nuevo contraste por no saber á cuál de las religiones lucidisimas que á la sazon habia en Quito, daria la preferencia. Valióse del consejo de muchos en negocio de tanta monta, é inclinandose, todos á que donde quiera que se consagrase á Dios, aspirara al sacerdocio, puso la resolucion última en las manos del Señor. Finalmente siguió los impulsos secretos de su alma, y un dia que recibió con este intento á Jesus sacramentado, pretendió ser admitido por hermano coadjutor temporal de la compañía de Jesus en el colegio de Quito. Precedieron las pruebas con que se asegura esta religion sagrada de los que quieren seguir su santo y apostólico instituto; y hallando los superiores que era vocacion á todas luces de Dios, le recibieron con sumo júbilo de ambas partes.

Apenas recibido en la Compañía, pensando qué sacrificaria á su Dios como prenda del mayor holocausto á que aspiraba, trocó el apellido honroso que le hacia tan conocido, y en vez de D. Fernando de Ribera quiso llamarse el hermano Hernando de la Cruz. Quemó ademas todos los papeles de sus poesías que conservaba, y á que reconocia en su corazon algun apego, sin que en los veinte años siguientes pensase en componer un verso, hasta que la obediencia se lo ordenó, y compuso unas rimas en que explicó lo mas delicado y recóndito del magisterio de espíritu. Reconoció el acierto de su eleccion á los pocos dias de noviciado; pues lejos de resistirsele cosa alguna de la re-

gular observancia le parecian ideadas á medida de su fervor y genio cuantas distribuciones usa la Compañía para formar á sus novicios. Su modestia y recogimiento, su caridad y obediencia, su sencillez y aplicacion al trabajo, que son las virtudes á cuyo logro desea la Compañía ver consagrados sus hermanos coadjutores, formaron su caracter desde el noviciado, y le merecieron universal aprecio. Hechos los vótos del bienio, que segun las constituciones de la Compañía le unieron con Dios como verdadero religioso, le ocupó la obediencia en el ejercicio de pintar, en cuyo arte era primoroso. Dedicóse por tanto tiempo y con tan constante aplicacion á este trabajo, que á él se le debieron todos los lienzos que adornaban la iglesia, los transitos y demas piezas públicas de aquel colegio. Cuanto pintaba puede decirse que lo ideaba antes en la meditacion, pues todas sus obras respiraban piedad y conducian á amar á Dios, verdadero maestro y principal modelo de Hernando. Instruia en la pintura á algunos seglares, y sin duda que les enseñaba mas en lo que mas sabia; pues aprendian con preferencia el arte de amar á Dios, siendo todos tan recogidos y ejemplares, que lejos de desedificar á los de casa, en cuya compañía pasaban la mayor parte del tiempo, les servian de confusion y estímulo. Mientras los tenia juntos y ocupados en la pintura, se leia un libro espiritual, y cuando no, les hablaba de cosas pertenecientes á la perfeccion de su estado y bien de sus almas, valiendose á veces de la misma pintura como tan á propósito para arraigar en ellos el temor y amor de la fuente de toda santidad y belleza. Muchos de aquellos jóvènes abandonaron el mundo para ser todos de Dios en la religion; y entre ellos floreció con especialidad un indio llamado Pedro, á quien recibió por donado la orden de S. Francisco. Pasando

á España por custodio de su provincia de Quito el muy R. P. Fr. Diego Uclés, le señalaron á Pedro por compañero, y fue tan notoria su virtud, que dispensando el reverendisimo padre general de la orden le admitió á la profesion. A cabo de algun tiempo volvió á su provincia, y murió en el convento de Granada con tal opinion de santidad, que á porfía le rompieron el hábito para guardar reliquias, y se necesitó mucha industria para poder darle sepultura. Hubo tambien otro, que tomando el mismo hábito de S. Francisco fue sacerdote ejemplar y predicador de nota. Por este estilo se distinguieron casi todos los discípulos de Hernando con indecible agrado de la majestad divina, que perpetuaba asi el fruto de sus desvelos.

De otra manera le perpetuó tambien, y fue inspirandole que pintase dos lienzos de grandes dimensiones, los que se colocaron despues debajo del coro de la iglesia de la Compañía. En el que cae al lado de la epístola, delineó el infierno con todos los horrendos, extraños y rigurosos castigos de la divina justicia sobre los miserables que lloran sin fruto por toda una eternidad su desdicha. Al lado del Evangelio se colocó el en que se ve la resurreccion de los predestinados y la posesion que se les da de una interminable ventura. Pintólos Hernando con tanta maestría, primor y viveza, que puestos en aquel sitio han sido por largo tiempo predicadores eficaces y fervorosos, cuya muda elocuencia ha obrado no pocas admirables conversiones. Y si á los escritores que dejaron libros á la posteridad, dice S. Gerónimo que les corresponde gloria particular por el fruto que con ellos producen en la iglesia; bien es de creer que la tendrá y muy grande el hermano Hernando por haber hecho con el pincel mas acaso que

mil otros con la pluma. Bien es verdad que tambien trabajó con esta en provecho de las almas, pues como queda dicho, con el beneplácito y bajo la direccion de sus superiores escribió unas poesías llenas del espíritu del Señor, en que expresó á lo vivo con la sabiduría aprendida en la oracion los secretos de la vida perfecta.

Toda la vida de este bendito hermano era un ejercicio no interrumpido de orar, segun se dice en la carta de edificacion que se escribió sobre él, como suele hacerse de los que mueren en la Compañía, y siempre se le observaba como suspenso y en la presencia de Dios, levantando su espíritu hácia él con fervorosas jaculatorias, aun cuando estaba con el pincel en la mano. Su devocion para con el santisimo sacramento era singular y ternisima, visitandole cada dia siete veces y recibiendole tres cada semana con gran júbilo y provecho de su alma. Fue varon penitente y muy dado á toda clase de asperezas, no siendo por cierto la última de sus mortificaciones el que en veinte años no saliese de casa sino rarisimas veces. Su castidad fue angelical, guardandola una rigurosa vigilancia sobre sus sentidos y en particular sobre la vista, que casi por milagro levantaba del suelo. Pobre, humilde y caritativo, era las delicias de todos, notandose en él singularmente una virtuosa propension á juzgar bien y echar á la mejor parte que podia todo lo que veia en otros, aunque fuesen á las veces cosas menos loables y hasta notorios defectos. En suma nada hay que añadir á lo que escribieron los padres de aquel colegio en la citada carta de edificacion de veinticuatro hojas de á folio, diciendo que desde que vistió la sotana hasta que murió (y pasaron muchos años) no se observó jamas que hubiese quebrantado la menor regla de la Compañía. Y no es esta pe-

queña alabanza, pues en aquellas reglas, muchas y muy menudas, se contiene todo lo mas subido y acendrado de la santidad y de las virtudes.

Venerabanle los de casa como á varon perfecto, y como á persona iluminada por Dios le estimaban tanto, que no pocas veces consultaron con él puntos de solucion difícil los maestros de teología, quedando siempre satisfechos de su profunda, clara y terminante respuesta. Esparcióse tambien su fama entre los extraños, y llegó á acreditarse tanto de místico consumado y de jesuita perfecto, que con excepcion rara y tal vez única le permitian los superiores enseñar á muchos el camino del cielo y oir á no pocos prebendados y gravisimos sugetos de otras religiones, que ansiaban por encomendar á Hernando la solucion de sus dudas. Las religiosas, que no podian buscarle con frecuencia, le llamaban á menudo á sus conventos, creyendose afortunadas cuando podian oirle. En la sacristía le buscaban mujeres de todas clases y estados: su pobre aposento era visitado sin cesar por sugetos de suposicion en el mundo; y era tal su acierto y destreza, y hablaba tan á propósito de lo que iban á proponerle, que cada palabra suya era un documento, y nadie se retiraba de su lado pesaroso de haberle visto.

Plugo al Señor darle el premio de sus esclarecidas virtudes llevandosele para sí, como lo deja esperar su santa vida, un año despues de la muerte de Mariana de Jesus, á los cincuenta y cinco de su edad, con tanta paz y sosiègo, que bien se echaba de ver que aquel era el apacible sueño del justo. Ya desde que supieron su enfermedad los que se preciaban de ser sus discípulos en el espíritu, se ofrecieron á asistirle y servirle en ella sin permitir

que fuese sola la Compañía la que usase con él la caridad que acostumbra con los suyos en tales casos. Esmeraronse en accion tan piadosa los muy reverendos padres maestros Fr. Luis Taon, provincial por entonces de los mercenarios, Fr. Juan de Cea y Fr. Francisco de Baena, provinciales que habian sido ambos de la misma religion, y otros sugetos distinguidos, eclesiásticos y seglares. Apenas se reconoció cadaver su cuerpo, fue cosa para bendecir al Señor el ver á aquellas mismas personas tan venerables por sus canas y sus empleos honoríficos arrodillarse y besar los pies al humilde hermano Hernando, quejandose á voces de que los dejaba en desamparo. Acudió toda la ciudad á porfía á venerar al siervo de Dios, á besarle manos y pies y hacerle mil añicos la sotana y el manteo para tener algun recuerdo de quien tanto los habia edificado y favorecido. Corrió el funeral por cuenta de los reverendos padres de la Merced, que le hicieron suntuoso y proporcionado á su estimacion y afecto hácia el difunto, aumentando la solemnidad la asistencia de todas las comunidades, del cabildo eclesiástico y de toda la clerecía y las voces de los que se hacian lenguas publicando sus virtudes y llorando su orfandad por aquella muerte. Sepultóse el cadaver en la bóveda de la iglesia del colegio despues de haber admirado todo el concurso que sus ojos quedaron mas claros y resplandecientes que cuando estaba vivo, y tales que parecian dos luceros: no faltó quien lo atribuyese á parte del premio reservado al venerable hermano por la caritativa sencillez con que miró siempre las acciones de sus prójimos.

Aquí pondré fin á la reseña prometida de las virtudes de este admirable hermano, si no cual ellas la me-

recen por ser muchas y que exigirian un dilatado volúmen, suficiente al menos para que mis lectores tengan alguna idea del instrumento elegido por Dios para dar como la última mano al gran cuadro de perfeccion formado por nuestra virgen.

CAPÍTULO IX.

VOTOS DE POBREZA, CASTIDAD Y OBEDIENCIA QUE HIZO MARIANA, Y CÓMO LOS OBSERVÓ.

Si bien Mariana por seguir la voluntad de su divino esposo tan claramente manifestada trocó el retiro del claustro, á donde la llevaba su deseo, por las paredes domésticas; no dejó de conocer que en la soledad del propio corazon y sin salir de su casa podia firmar, por decirlo asi, la escritura de entrega total á su soberano dueño y de renuncia absoluta é irrevocable del mundo en los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. A la edad pues de diez y seis años, corta sí, pero suficiente para la madurez y comprension que requieren tales actos, hizo en el divino acatamiento los tres referidos votos, que mas tarde escribió de su mano con esta fórmula:

Omnipotente y sempiterno Dios. Yo Mariana de Jesus hago voto y prometo á vuestra divina majestad delante de la siempre virgen Maria, madre de Dios, y de toda la corte del cielo de guardar pobreza, y de vivir y morir guardando perpetua virginidad y obediencia á mi confesor; y pongo por testigo acá en la tierra á mi P. Juan Camacho, á mi P. Antonio Manosalvas, á mi P. Luis Vazquez y á mi P. Hernando de la Cruz.

MARIANA DE JESUS.

En cuya fórmula hay que advertir dos cosas: la primera que no fue escrita á los diez años, sino como ya dije, mas tarde; pues en aquella edad no habia podido aun conocer Mariana mas que al P. Juan Camacho y no á ningun otro de los que nombra: la segunda que el poner ella por testigos en la tierra á los cuatro padres de la Compañía no fue decir que hubiese hecho sus votos en manos de alguno de ellos; porque ni esto es, ni jamas fue conforme al instituto de la Compañía, ni pueden sus hijos admitir por via de voto la obediencia de nadie. Lo natural por tanto y lo que únicamente procede en esto es que ligada Mariana á sus solas con Dios y por especial inspiracion de su esposo daba parte de sus sagrados vínculos á los diferentes confesores que se sucedieron, para que con este conocimiento la dirigiesen mejor en el espíritu, y que miraba ademas como preceptos sus menores insinuaciones de todo género en virtud de aquella madura y espontanea oferta.

Y fue tal en realidad, aunque consagrada á los diez años; pues bien lejos de asomar jamas al ánimo de Mariana el arrepentimiento, la renovaba en cuantas misas oia á la elevacion de la hostia y del caliz, ofreciendo al eterno padre su cuerpo, sus haberes y voluntad, que era cuanto tenia, en union del sacrificio incruento de su divino hijo. Ahora bien por el voto de pobreza, que consiste en una voluntaria y perfecta renuncia de los bienes que la persona posee ó puede adquirir por cualquier derecho, renunció Mariana todo su pingüe patrimonio y todos los derechos que pudiera tener en adelante, en el capitan Cosme de Caso, en su hermana doña Gerónima y en los hijos de este matrimonio. Y como que el único movil de su voto era el amor de Dios y el deseo de la per-

feccion evangélica, no se reservó la mas pequeña renta para sus necesidades, sino que desnudandose de todo pidió á sus hermanos que la sustentaran por caridad y de limosna como á cualquier otro pobre que llegase á su puerta. Todas sus alhajas eran un lienzo ó cuadro de la santisima Trinidad, una pequeña efigie del niño Jesus, una imagen de nuestra señora de Loreto, unas estampas de S. Ignacio, S. Francisco de Asís y otros santos de su devocion, una almohadilla de labor, unas tijeras, un cortaplumas, unos libros espirituales y varias vidas de santos, muchos cilicios y disciplinas, tres cruces, un ataud y una guitarra con que acompañaba sus desahogos amorosos con el crucifijo que tenia siempre á la vista. Todo cuanto habia en su cuarto era sumamente pobre; y lo era tanto su persona, que á mas de los testigos que se presentaron en los procesos, jura el doctor Alonso de Soto, cura beneficiado del pueblo de *Sicchos,* haberla visto siempre muy aseada sí, pero con un vestido de lana de color muy obscuro á modo de sotana cerrada con mangas ajustadas y sin cuello particular, como ya dije, y con un manto de lana negra. Jamas tuvo cosa propia, dice su confesor, pues lo poco que queda dicho, era prestado de su hermana doña Gerónima. Nunca dió ni recibió cosa alguna sin licencia de su confesor; y hasta la llave de su almohadilla la tenia entregada al mismo para no ser propietaria en lo mas mínimo. Cuanto podia allegar con el trabajo de sus manos, con licencia que pidió á su cuñado y hermana, pasaba á manos de su confesor y de ellas á las de los pobres. Desposeida de todo enteramente nada dejó que heredar, como no fuesen los instrumentos de sus penitencias, pues con la única alhaja que guardó siempre, bajó al sepulcro, y fue la mortaja que tuvo

prevenida muchos años. Y no es extraño que quien rayó tan alto en esta virtud evangélica, quisiese á imitacion de muchos santos ejercitarla hasta en la muerte, logrando que su hermana doña Gerónima la trasladase en su última enfermedad á la propia habitacion y cama, donde tuvo especial gozo en morir desasida de todo lo humano y sin cosa propia. Bien puede decirse que asi como las avecillas cuando van á tomar vuelo y remontarse á lo alto, fijan los pies mejor en el suelo y le pisan con mayor fuerza, asi Mariana como águila generosa holló los bienes caducos de este mundo para subir á su Dios con vuelo mas raudo y expedito.

Heroica fue tambien la obediencia de Mariana, y en ella se vió bien patente lo que es esta noble virtud, un holocausto en que el alma se ofrece toda á su Dios hostia viva y agradable por mano de sus ministros. En lo temporal practicaba una sumision exactisima á sus hermanos, y en especial al capitan Cosme de Caso y á doña Gerónima, al capitan Juan de Salazar y á su sobrina doña Juana, y tenia por un precepto todo cuanto le pidiesen. No bien le insinuaban una cosa cualquiera, cuando para ejecutarla dejaba lo que tenia entre manos; por lo cual solian ellos proceder con mucha reflexion y cautela hasta en sus mas pequeñas insinuaciones. Viendola amenazada de hidropesía y extenuada en extremo por la abstinencia la animaban á comer y le decian que no bebiese; y la obediente virgen hacia del agua el uso que dije hablando de su abstinencia: en cuanto al comer, persuadida de que el manjar le servia mas de daño que de alimento, le tomaba sin embargo, aunque sin mas provecho que el de la obediencia para el alma; pues el cuerpo tenia que arrojarle á poco sin poder evitarlo. Lo mismo le sucedia cuando

sus confesores la mandaban comer, segun queda referido en el libro segundo; pero bueno será añadir aquí un caso prodigioso en materia de obedecer á los confesores durante sus enfermedades. Cuentalo como testigo de vista el capitan Juan de Salazar, y de su boca dijo haberlo oido un padre de la Compañía, varon de virtud y letras, quien siempre dió total asenso á la autoridad del testigo. Mandó un padre espiritual á Mariana que no bebiese gota de agua en quince dias, porque su salud se deterioraba visiblemente: y fuese ó no acertado el mandato, quiero decir, dictase Dios ó no á aquel padre una prueba tan dura, lo cierto es que Mariana obedeció y en quince dias no probó el agua. Fatigabala sin tregua la sed; y cayendo en aquel intervalo un aguacero, se fue á ver llover muy despacio, segun dije que le dictaba en tales casos su espíritu de penitencia, y tomando un poco de agua con ambas manos se puso á mirarla sin mas intencion que la de irritar su sed. Quiso en aquel momento el Señor mostrarle visiblemente lo que le agradaba su obediencia; pues aquella agua sin derramarse una gota desapareció introduciendose por los poros de su cuerpo. Admirada Mariana al ver que sus manos quedaban vacías sin hacer con ellas el menor movimiento, volvió á coger agua dos y tres veces; y otras tantas se repitió el prodigio, quedando convencida de que lo era, y mas animosa para proseguir en una abstinencia en que se complacia hasta tal extremo el divino esposo.

Como en esto, asi en todo lo demas se entregó por entero á la direccion de sus confesores con obediencia heroica, escuchando la voz del padre espiritual como oráculo y no dando paso alguno en el camino de la virtud sin que tuviese por guia el beneplácito de él. De cuanto pasa-

ba por su alma, de oracion, de mortificaciones y penitencias daba cuenta exactisima todos los dias; pero con tal humildad, gemidos y sollozos como pudiera hacerlo la mas ingrata criatura en presencia de su juez, confundiendose por no corresponder finamente á los muchos y grandes beneficios que recibia de su amado. Pero aun hay mayores pruebas de su ciega y perfectisima obediencia. Sentia tanto Mariana que la tuviesen por virtuosa, cuanto el mayor hipócrita puede gustar de que le tengan por santo; y este era el origen de la extremada reserva con que procedia en orden á las cosas de su espíritu y comunicacion con el cielo. Conocia bien esta disposicion de su hija espiritual el P. Juan Camacho, y para probar su obediencia la mandó que diese cuenta menuda de cuanto pasaba por su alma, sin callar cosa alguna aun de los favores sobrenaturales, á su sobrina doña Juana; y avisó de paso á esta de la orden dada á Mariana. Tocada la tan humilde como obediente virgen en lo mas vivo llamó sin embargo á la sobrina, y manifestandole el precepto de que ya tenia ella noticia, la hizo sentar á su lado y se puso muy de propósito á referirle sus cosas, como pudiera hacerlo al director de toda su confianza. Le descubrió cuáles eran y en qué grado las virtudes que ejercitaba, el rigor de sus penitencias y los favores de su esposo. en una palabra no dejó pliegue alguno en su corazon, ni seno en su bendita alma que no expusiese á los ojos de Juana. No sabré ponderar el placer con que ella escuchaba una relacion tan fuera de lo comun, y en que tenia parte tan viva su corazon por el gran amor que profesaba á su tia: lo cierto es que llena su alma de nuevas tan peregrinas procuró despedirse pronto de ella y volverse á su cuarto para apuntar todo lo que habia oido,

antes que se le borrase la circunstancia mas mínima. Pero no lo logró por cierto; pues llegando al umbral de su habitacion se halló sin especie alguna en la memoria y sin rastro de lo sucedido. Confusa y acongojada sobre manera volvió donde estaba Mariana, y hallandola como riyendose le dijo: *Por Dios, Mariana mia, que me vuelvas á referir todo lo que me has dicho, porque de nada me acuerdo. No hay razon para que me niegues ese gusto, cuando ya una vez me le diste.* Siguió Mariana sonriyèndose, noticiosa del suceso antes de la relacion de su sobrina, y le respondió: *Ya para obedecer te descubrí lo que por mi alma pasaba; mandómelo mi confesor, y cumplí con la obediencia. Sí,* replicó Juana; *pero ¿qué respuesta daré á nuestro padre cuando me pregunte sobre lo que me has dicho, cuando todo se me ha borrado enteramente? Le dirás,* concluyó la tia, *que ya le obedecí, y que mi esposo no gusta de que se sepan mis cosas mientras yo viviere; y asi no tienes que cansarte en balde. Quejate de tu memoria, ó saca por conclusion ser expresa voluntad de mi Dios que no se registren sus secretos.* Quedó Juana sobre admirada confusa y triste por verse privada de recuerdo tan halagüeño, y que no volvió á recobrar hasta despues de la muerte de Mariana, cuando recordó aquellas y muchas otras cosas que pudo contar á sus hijas las carmelitas, quienes lo refirieron para gloria de la humilde y obediente virgen.

Refiere el P. Manosalvas de sí mismo que siendo joven y poco diestro aun en el regimen de las almas mandaba á Mariana algunas cosas poco conducentes á la perfeccion á que el Señor la guiaba, y que ella obedecia ciegamente á pesar de las luces con que le daba á entender su esposo que aquello no iba muy á derechas. *Verdad es,*

añade el padre, *que con instinto superior me buscaba luego y con suma humildad me decia dandome un libro: Lea, padre mio, en su aposento;* y yo le leia y encontraba haber errado, si bien no con error de voluntad, sino de entendimiento. Mandabanla algunas veces los confesores por probar su obediencia que dejase la comunion en tales y tales dias y que no fuese á misa, ni pusiese los pies en la iglesia; y ella lo hacia asi puntualmente; pero como no la mandaban que no enviase allá su corazon, comulgaba con el deseo y tenia su espíritu en la iglesia, oyendo desde su cuarto todas las misas que se decian en la capilla de los Ángeles. En estos y otros muchos sacrificios que le costaba el obedecer, no perdia jamas la serenidad del rostro, ni la paz del alma; y diciendole la india por qué no iba á la iglesia, respondia sonriyendose: *Porque soy hija de obediencia.* Bien lo demostró, y con este hecho pondré fin á la materia de este voto, saliendo un dia muy enferma de la iglesia, y tanto que juzgó no poder volver á casa por su pie y se resolvió á ir en una silla de manos. Vióla el P. Lucas de la Cueva, y dijole por mortificarla: *Buenos estamos. ¿Merece Mariana silla de manos? Vayase, señora, á pie como se vino.* Risueña y obediente la que todo lo posponia á la voz de Dios, bajó sin decir palabra, y aunque con sumo trabajo, se fue por sus propios pies hasta su casa.

Respecto del voto de castidad bastaria decir que resplandeció en ella esta virtud hermosa como en la azucena la blancura, y que si se llamó por excelencia azucena, fue tal por la castidad, como lo fue un Juan Bautista, á quien los doctores de la iglesia llamaron frecuentemente *lilium castitatis.* Mas como no basta en punto tan delicado lo que aparece en lo exterior para rastrear lo que pasa por el

espíritu solo la autoridad de sus confesores podrá convencernos de que Mariana fue dechado de castidad y fiel retrato de un angel en alma y cuerpo.

Habia hecho voto de castidad y virginidad, dice el padre Juan Camacho, *que conservó sin un mínimo pensamiento que la pudiese mancillar, ni átomo de imaginacion que de mil leguas pudiese deslustrarla.* El P. Alonso de Rojas en el sermon de sus honras lo confirma diciendo: *Tan admirable fue esta sierva de Dios en su pureza virginal, que en toda su vida no sintió movimiento libidinoso en su cuerpo, ni pensamiento sensual en su alma; de modo que mas parecia angel que mujer; y decia que ella pensaba que á las doncellas no se les ofrecian estas cosas, de suerte que á su espíritu purísimo acompañó un cuerpo que se le pareció en la pureza, exento casi de todas las leyes de naturaleza. ¿Quién lo eximió? La extraordinaria penitencia, que de tal suerte lo transformó en angel, que ignoraba lo que todos padecemos.* Y en otra parte añade: *Tan ceñida llegaba Mariana de Jesus á comer el cordero Cristo, que no solo extinguió el apetito sensual á fuerza de batería de penitencias, sino que lo transformó en virtud, lo espiritualizó é hizo tan casto, que no solo ignoró movimientos lascivos en el cuerpo, sino pensamientos livianos en el alma.* Lo mismo declara con juramento el P. Manosalvas diciendo: *Su castidad fue angelical; jamas se confesó de cosa que oliese á menos pureza; y solia dar gracias á Dios que de este vicio la hubiese librado tan misericordiosamente, que ni aun imaginarlo podia.*

Siguiendo las huellas de santa Catalina de Sena, su gran protectora y dechado, consagró, como ya dije, la pureza con voto al divino esposo en la edad de siete años; de modo que sus grandes merecimientos en esta materia

venian de muy atrás cuando hizo los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Pero el demonio era natural que se portase con ella como con la inocentisima Catalina; y viendo que no le permitia el Señor manejar su imaginacion y mancillarla con feas fantasmas y torpes sugestiones, se valió varias veces de peor batería, presentando á su vista corporal lo que solo puede forjar el infierno. Se refiere en los procesos que muchas veces se le ponian á la vista personas de diferente sexo, las cuales con acciones y ademanes nefandos y abominables procuraban inquietarla y hacerla precipitar, si fuera posible; pero ella, amparada de la sombra de su esposo, sin perder un solo instante rebatia tan á tiempo el recio asalto, que corrido el que es la misma desvergüenza, no se atrevia á replicar por entonces. Otras veces la acometia de un modo mas embozado, pero no menos peligroso; como cuando al ir á pasar por la capilla de S. José en la iglesia de la Compañía se le hizo encontradizo un joven perfectamente portado, y con mil agasajos y cortesías se le ofreció por servidor en cuanto se dignase de mandarle. Conoció Mariana con luz divina al maligno, y llegandose á él le dijo que guardase alguna de aquellas reverencias y humillaciones para su Criador y pidiese perdon de su soberbia, si queria alcanzar misericordia; y que en cuanto á ella era una criatura pobrisima é indigna de que nadie la estimase. Viendo el demonio un ejemplo semejante de humillacion y oyendo que le predicaban humildad, le faltó tiempo para desaparecer como humo, y á Mariana para ir á contarselo á su confesor, de quien se recibió la noticia en el proceso. Otro caso por el estilo le sucedió saliendo un dia de la iglesia para su casa; pues al llegar al pretil se le acercó un mancebo muy fino y bien vestido, y con estudiadas

palabras empezó á decirle que le tenia robado hacia tiempo el corazon; que no podia vivir sin ella; y que por entonces le permitiese acompañarla hasta su casa. Atónita Mariana al oir tales razones le respondió que ella era una pobre doncella; pero que no habia menester de sus ofertas; y creyendo mas oportuna la fuga que cualquier resistencia, volvió á entrar en la iglesia, y llena de sobresalto mandó llamar á su confesor, le refirió el suceso y le pidió que saliese con ella hasta la calle. Hizolo por complacerla el padre, y no viendo á persona alguna se persuadieron ambos de que aquel fingido galan era el demonio, que con tales embustes pretendia lo que no habia de lograr de una virgen tan visiblemente protegida por su divino esposo.

Viendo el enemigo perpetuo de Mariana el poco fruto de sus ardides cuando los trazaba en persona, se valió de los hombres haciendolos concebir afectos abominables á la vista de la inocente y recatada doncella. Referí ya en el libro segundo un caso de esta especie y la generosa y franca respuesta que dió á un desalmado, que la tentaba en la iglesia. Pues no fue sola aquella vez, porque tambien se valió el maligno de otro hombre, en cuyo corazon encendió un afecto nada culpable por cierto, pero siempre peligroso para la extremada pureza de Mariana. Entre los que por sus virtudes la amaban mas y le profesaban mayor veneracion, habia un oidor de la audiencia de Quito, el cual viendola pasar un dia hácia su casa, refieren los procesos que atraido de su rara modestia é impelido de un amor casto se llegó á ella en medio de la calle, y antes que pudiese apercibirse, le dió un abrazo y un beso, pidiendola que le tuviese presente en sus oraciones. Quedó, como es de presumir, Ma-

riana avergonzada y confusa; y despidiendole con brevisimas y humildes palabras llegó á su casa anegada en llanto, y se dió fuertes golpes en el pecho y el rostro solamente porque habian tenido la desgracia de que los tocase un hombre. Lavóse con gran afan la cara deseando raerse, si posible fuera, la piel; y no contenta con esto se fue á buscar desahogo y consuelo con su sobrina doña Juana. Informada esta del caso le dijo que estuviese tranquila, pues no era motivo para tantas lágrimas una accion indiferente y sencilla por parte de aquel señor, y por la suya enteramente imprevista é inevitable. *Todo lo conozco,* respondió Mariana sin consuelo; *todo lo conozco, y asi es como tú juzgas; pero ¿qué dirá mi esposo siendo celosisimo de su honra?*

No extrañará el lector despues de este hecho que Mariana huyese, como el cordero del lobo, del trato con los hombres. Llegó uno á su casa con pretexto de no sé qué negocio, y avisando á su señora una mestiza que vivia en la familia, llamada Maria de Paredes, asustada la virgen con tal anuncio, le dijo: *¡Jesus Maria! ¡Un hombre tiene que hablar conmigo! Ruegote que no me traigas hombres para que me hablen; echalo luego de casa diciendo estar ocupada, y si volviere otra vez, dile que no tengo licencia de mi confesor para hablar con él, y que si tiene negocio de importancia que comunicar, lo vaya á tratar con los padres de la Compañía.* En lo cual no hizo por cierto otra cosa que seguir los prudentisimos consejos de todos los santos padres de la iglesia, pero en particular de S. Bernardo (si es suyo el tratado que aquí se cita), cuando persuadia tan de propósito á su hermana que evitase á todo trance el trato y la familiaridad con hombres (1).

(1) S. Bern., serm. 58 á su hermana.

Todo era consecuente en esta honestísima doncella. Jamas se le oyó palabra que no fuese muy pura, ni en su presencia se propasó nadie á cosa que pudiese ruborizarla. Su modestia infundia honestidad; y las pocas veces que le vieron el rostro fuera de casa, les pareció á las personas que tuvieron tal dicha, que veian el de un angel. Finalmente un dia antes de morir pidió con ternura y encarecidas ansias á su hermana doña Gerónima, á su sobrina doña Juana y á otra virtuosa doncella que vivia en su cuarto, que por Dios ellas solas con la debida decencia amortajasen su cuerpo, y no permitieran que nadie mas pusiese en él las manos.

CAPÍTULO X.

PACIENCIA INALTERABLE, CONFORMIDAD PERFECTA CON LA VOLUNTAD DIVINA, HUMILDAD PROFUNDISIMA DE MARIANA DE JESUS.

Si la paciencia es aquella noble virtud que conserva la paz del alma enmedio de los trabajos y tribulaciones de esta vida; al hablar de la de Mariana pudiera contentarme con trasladar aquí lo que de santa Paula escribió S. Gerónimo en su carta á Eustoquio: *Con largo martirio se coronó; pues no solo la efusion de la sangre por la confesion de la fé merece el nombre de martirio, sino tambien una inmaculada servidumbre del entendimiento refinada en el fuego de las enfermedades en que se perfeccionan las virtudes.*

Fueron sus achaques gravisimos y tan continuos, que bien puede asegurarse que entre su complexion delicada, ayunos rigurosos, penitencias inimitables, corto sueño y mucho trabajo vino á quebrantarse la salud, pasando en

continua calentura los últimos ocho años y acortandose la vida, de que no gozó mas que veintiseis. Eran ordinarios en ella los dolores de estómago y de cabeza, flujos de sangre por la boca, dolores de costado, malignos tabardillos, y en especial un dolor tan intenso, que como ya dije, pensaba ella misma que si llegara á durarle un cuarto de hora, le quitaria la vida. En los últimos años se agregó á estos padecimientos el durisimo é intolerable achaque de la hidropesía, con que se completó el cúmulo que tenia preparado el Señor para manifestar que su esposa vivia por puro milagro y que habia de ser víctima de la caridad.

Pero lo que pasmaba á sus hermanas y sobrinas, que la veian con mas frecuencia, era el ver cómo sobrellevaba el conjunto de sus dolencias siempre en pie, hasta que el mal la imposibilitaba del todo, y sacando fuerzas de flaqueza para no perder la comunion, que al paso que fortalecia su alma, daba tambien vigor al cuerpo. Nunca la vieron hacer demostracion alguna exterior, ni prorumpir en la mas ligera queja ó impremeditado lamento; siempre paciente y sufrida, siempre resignada y conforme con la voluntad divina, y recibiendo las penas por regalos y los achaques por finezas. Hallóse en una ocasion tan enferma y atormentada de tantos dolores, que no tuvo mas remedio que dar consigo en su pobre cama; y entrando á visitarla y consolarla doña Juana Caso y doña Catalina de Peralta, le dijo aquella llena de compasion: *Mariana, ruega á tu esposo, pues te concede todo lo que le pides, que mitigue tus penas y dolores. ¿Cómo puedo suplicarle yo tal cosa* (respondió Mariana con presteza) *habiendole pedido que me los dé, y cuando tan dadivoso se ha dignado concedermelos? Y asi aunque es grandisimo el*

tormento que yo paso, lo llevo con amor, porque viene de su mano. Todo su deseo era penar, y puede decirse que lo deseaba tanto, cuanto por lo comun desean gozar los que se horrorizan con sola la idea de padecer; y asi es que anheló siempre intensamente por tener dolor de muelas, habiendo oido decir que era penosisimo y de notable merecimiento.

Ni fue menos insigne su paciencia y conformidad con la voluntad divina en los contratiempos y reveses de fortuna, que hubo de tolerar su familia hasta el extremo de quedar todos pobres de muy ricos que eran, y parar en una carcel el capitan Cosme de Caso, segun queda referido. En tan borrascoso mar de penas y de trabajos asegura úno de sus confesores que su ánimo estaba siempre en calma y no se le caian estas palabras de la boca: *Gracias á Dios de que se acuerda de los suyos, y pues es padre nuestro, él lo remediará como mas convenga*. Su rostro afable y risueño jámas se descompuso por ningun humano accidente; y el P. Manosalvas llega á jurar que no sabia lo que era airarse, y que nadie pudo conocerla hija de Adam por lo irascible.

Quien penetra hasta qué punto suele refinarse en el corazon de las personas mas espirituales y virtuosas, que se ven libres de otros afectos, el cariño á sus confesores, podrá calcular el mérito del ejemplo que en este particular les dejó Mariana. Confesabala el zelosisimo y venerable apostol de los Mainas P. Lucas de la Cueva, y en su direccion y consejos tenia el único consuelo durante la terrible prueba de sequedades y desvíos de su divino esposo; cuando al acercarse el tiempo de volver á sus queridas misiones le dijo que se quedase con Dios y le encomendase muy de veras á su divina majestad, que le llama-

ba á otra parte. Manifestóle Mariana el sentimiento que era natural; pero diciendole el padre que no lo sintiese, porque aquella era la voluntad del Señor; *Pues si asi es, padre mio,* respondió, *ya no lo siento; vayase muy enhorabuena, y cumplase en todo la voluntad de'mi esposo.*

Por lo que hace á la humildad de esta gloriosa virgen, bastará saber lo que llevo dicho de su amor de Dios á quien sepa que asi como es cierto lo que dijo el evangelista S. Juan en nombre de Dios á santa Maria Magdalena de Pazzis, que nunca se hallaria el corazon lleno de la humildad ó con el vacío de su nada sin que le ocupase el amor de Dios, asi lo es tambien que quien ama mucho á Dios, es muy humilde. La humildad pues fue siempre como la sal de sus virtudes, que se dirigian todas al amor ó eran fruto del amor. El cuidado que tenia de que se lavase bien la sangre que derramaba con las disciplinas, las excusas que daba de su abstinencia, la voluntad de que nada se supiese de cuanto hacia de bueno, y la súplica á su Dios para aparecer hermosa y con colores en el rostro á fin de que no la tuviesen por penitente, todo en una palabra llevaba en ella el esmalte de la humildad. Pero bueno será oir tambien á sus confesores en esta materia, ya que ellos la conocian mejor de lo que la humildad le permitia á ella misma conocerse.

El P. Juan Camacho pronuncia estas breves y sencillas palabras: *Fue humildisima, y sentia en extremo que la tuviesen por virtuosa; por cuya causa mucho tiempo buscaba los rincones de la iglesia porque no la viesen.* Afirma esto mismo el P. Juan de Enebra, de la Compañía, y dice que asistiendo á aquella iglesia lo mas lucido de la ciudad, como mujeres de oidores y otras muy principales, se llegaban al pie del púlpito donde Mariana tenia su si-

tio, y la pedian con instancias que las encomendase á Dios en sus oraciones. Sentialo en el alma Mariana, y para evitar estos lances solia mudar de sitio los dias de fiesta y de concurso, buscando los rincones de la iglesia donde no pudiese llegar la vista de sus admiradores. Sucedia otras veces por el contrario que algunas señoras de categoría que no conocian á Mariana, se llegaban á su puesto y pretendian ocuparle con alguna pequeña alfombra ó tapete que mandaban desdoblar para unir en lo posible la comodidad con la devocion. Conocia la humilde virgen el intento, y al punto se retiraba, cediendo su derecho de preferencia á quien no podia alegar otro que la humildad de la que se dignaba de cedersele. Y nada extraño era este proceder en persona que tenia de sí el concepto que nos dice quién como el P. Manosalvas la conocia tan á fondo. *Sentia bajísimamente de sí, porque decia ser la mas mala y perversa de cuantas almas vivian en el mundo; pues debia mas que todas á su Dios y correspondia menos que todas. Si alguna persona se le encomendaba en sus oraciones; respondia que eso tocaba á las que estaban muy cercanas á Dios; que ella se sentia y conocia por la mas mala de todas; pero con todo hacia con mucho cuidado lo que se le pedia.*

Exhortaba á todos y con frecuencia á la santa humildad, y lo que recomendaba, lo encarecia con el ejemplo. Jamas, como ya dije, se sentó á la mesa con sus hermanos y parientes; pues luego que adivinando las horas de la comida los habia servido con humilde cariño, se iba á la cocina á fregar platos y hacer lo demas que era menester, con la misma sumision con que pudiera ejecutarlo una esclava de la casa. Para hablar algun rato notable, aunque fuese con personas de la mas vil condicion, se sentaba en

el desnudo suelo, asegurando á quien instaba porque se sentase en otra parte, que aquel era el sitio mas á propósito para ella.

Veneraba profundamente, como dije tratando de su obediencia, las decisiones y consejos de sus confesores; y una vez que con santa simplicidad manifestó una idea que no era del todo conforme á esto, nos dejó ejemplo de la humildad mas profunda. Hablando hácia los últimos de su vida con el P. Lucas de la Cueva, le descubrió una queja amorosa que tenia con el P. Juan Camacho; y era que por haberla dejado correr tan sin freno en sus penitencias la habia casi imposibilitado para practicar las que tenia señaladas en su distribucion. Advirtió al punto que lo hubo dicho, que aquel padre habia obrado asi por instinto peculiar del cielo y despues de maduro examen, segun lo dice él mismo en una carta; y se arrepintió tanto de haber abrigado por un solo instante y manifestado aquella queja, que valiendose del mismo P. Lucas escribió al P. Camacho á Riobamba, donde á la sazon estaba, pidiendole mil perdones y anonadandose en su presencia como si hubiese cometido la mas enorme iniquidad del mundo. Asi por esta carta como por lo demas que tratandola advirtió el P. Lucas, dice de ella con juramento que conoció en su alma una humildad profundisima.

Tambien la reconoció el hermano Hernando de la Cruz en otro ramo de la misma virtud, que consiste en atribuir á Dios todo lo bueno y á sí mismo todo lo malo que se descubre en el alma. Entre los fervorosisimos actos que por instruccion de este santo hermano ejercitaba continuamente, uno era decir con todas las ansias de su corazon: *Amantisimo Jesus, quita de mí todo lo que te desagrada; hazme toda á medida de tu corazon. Yo me conozco y des-*

precio por vil, y quiero ser vil y despreciada en mis ojos y en los de todo el mundo por tu amor. Pero la mayor prueba de su humildad, si bien muy sensible por otro estilo, la debemos al mismo hermano Hernando. Informado plenamente del interior de Mariana y de los favores que recibia de su amante esposo, juzgó que habia de ser para mucha gloria de Dios, edificacion de la iglesia y notable provecho de las almas que la venerable virgen escribiese todo lo que pasaba por la suya. La mandó pues con expreso precepto que notase de propia mano todos sus ejercicios, sentimientos espirituales y favores con que la distinguia su celestial amante; á cuya intimacion resentida vivamente la humildad de Mariana mostró una repugnancia grandisima apoyandola con cuantas razones pudo haber á la mano, aunque todas inútiles; pues Hernando constante en su determinacion confirmó segunda vez el precepto. Resignada la humilde virgen se fue á encomendar el negocio á su esposo, exponiendole su pena con penitencias y lágrimas; y dando principio á la enojosa tarea, borraba el llanto, por decirlo asi, una por una las líneas que iba escribiendo, hasta que sin poder ya resistir á tanta congoja volvió á su director y le suplicó tan de veras y con tantas lágrimas que por amor de Dios librase de aquella obligacion á la mas indigna criatura de la tierra, que disponiendolo asi el Señor, condescendió el hermano Hernando y le levantó el precepto. Esta es la causa de vernos privados de mil noticias, que hubieran hecho mucho mas util y preciosa esta historia.

Fue notorio en toda Quito lo que le sucedió con la sierva de Dios á Francisco Antonio Murillo, vecino de aquella ciudad. Veiala muchas veces en la iglesia de la Compañía hincada de rodillas y tan inmoble y compuesta,

que creyendola una santa ideó seguirla cuando saliese de la iglesia y pedirle que le encomendase al Señor. Como lo pensó asi lo hizo por dos veces, aunque una y otra inutilmente; pues siguiendola con atencion y cuidado se le desaparecia sin poder dar con ella, por mucho que aguzase la vista. Procuró la tercera vez seguirla mas de cerca, y viendola entrar en su casa se llegó á ella y le pidió con humilde devocion que le encomendase á Dios muy de veras. Pudo muy bien acaecer sin milagro que Mariana se descabulliese aquellas dos veces siendo tanto el gentío que suele transitar por las calles de Quito; mas él lo referia siempre como un prodigio por ser bien ancha, despejada y derecha la calle por donde acostumbraba ir Mariana, y constarle ademas el ansia con que la seguian sus ojos desde que salia de la iglesia. Acaso quedará confirmada la opinion de Francisco Antonio con el siguiente suceso, en el que se echa de ver cómo aprobaba el cielo con prodigios la humildad de su querida esposa.

Dos sobrinas suyas que la conocieron y trataron, y ambas fueron despues carmelitas descalzas en la ciudad de Cuenca del Perú, á ochenta leguas de Quito, deponen con juramento que la madre Catalina de los Ángeles, sobrina de Mariana é hija de doña Juana Caso, siendo de edad de cinco años entró en una ocasion en el aposento de su tia, y viendo un papel sobre la mesa con travesura de niña le cogió y jugando con él se fue á donde estaba su madre. Vióle doña Juana, y hallando que contenia una peticion al hermano Hernando de licencia para hacer cierto número de mortificaciones, empezó á leerle y le guardó para concluirle despues con mas desahogo á sus solas. Entre tanto, para que la niña resentida por habersele quitado el escrito no fuese á quejarse á Mariana y la descubriese,

le dió otro papel cualquiera. Echó menos Mariana el suyo, y buscandole inutilmente en todo el cuarto se impuso en lo que podia ser, y fue llena de congoja al de doña Juana á preguntarla por el papel que habia cogido Catalina de encima de su mesa. Yo la ví, respondió aquella con disimulo, que andaba con un papel; le habrá echado en algun rincon. Desconsolada Mariana con la respuesta se retiró á pedir á su esposo que tuviese cuidado del escrito y no permitiese que nadie le leyera. Estaba ella en su oracion cuando movida de mayor curiosidad doña Juana y creyendose ya sin testigo abrió el escritorio en que habia guardado el papel entre otros muchos, y con el asombro que es de suponer, le encontró reducido á cenizas mientras los demas estaban intactos. Este suceso jamas se le borró de la memoria, refiriendosele á sus hijas muchas veces; de lo que resultó que se difundiese por la ciudad con no poca alabanza de la humildad de Mariana.

CAPÍTULO XI.

SUPLICA MARIANA Á SU ESPOSO QUE NO LA LLEVE POR EL CAMINO DE VISIONES Y REVELACIONES; PERO NÓ LO CONSIGUE, COMO LO DEMUESTRAN ALGUNAS QUE EN ESTE MISMO CAPÍTULO SE REFIEREN.

Dicen que á los que viajan por las cercanías de la Arabia feliz, los consuela de tal manera la fragancia de sus aromas, que atraidos y como empapados de su suavidad, ni se les hace áspera la jornada, ni sienten el calor y la fatiga. Sea de esto lo que se quiera, no puede negarse que hay almas que si corren en seguimiento del celestial esposo, las lleva mas el olor de sus preciosos ungüentos que el acibar de la cruz, y que solo cuando se ven conduci-

das del apacible soplo de los favores divinos caminan alegres y generosas hácia la patria celestial. No era de este temple el fervor de Mariana, como facilmente lo echará de ver quien lea cuanto dejo dicho sobre su constante amor enmedio de las sequedades y desconsuelos. Un ejemplo bien brillante de este espíritu de amor fuerte y desinteresado nos le recuerda el P. Antonio Manosalvas en la declaracion jurada que dejó en estos términos: *Lo que con mas ahinco suplicó continuamente á su celestial esposo Jesucristo, fue no tener visiones, ni recibir tales favores en esta vida, suplicandole se los reservase para la gloria.* Es decir que Mariana deseó siempre poseer á su esposo; pero no tanto en esta vida cuanto en aquella que es la patria de la posesion y del descanso; y si en esta vida tambien, no tanto entre los resplandores y goces del Tabor, cuanto entre las tinieblas y amarguras del Calvàrio. Asi pudo decir el P. Alonso de Rojas en el sermon de sus honras: *No fue amiga de revelaciones, raptos ó éxtasis; antes bien los aborrecia; y por esta causa no queria leer los libros de santa Gertrudis, porque trataban de ellos.*

No tuvo otro motivo su constante aversion á revelaciones y favores extraordinarios que su profunda humildad, imitando en esto al centurion del Evangelio; y aunque reconocia lo muy liberal que era su divino esposo y que no negaba caricias á sus esclavas, le decia: *Apartate, Señor, de mí, porque soy una vil criatura y pecadora, y conozcome por indigna de tus regalos. Solo quiero penas y trabajos que me lleven en tu seguimiento al Calvario; no glorias que me conduzcan al Tabor.* En cuanto á los libros de santa Gertrudis, venerabala ella lo mismo que á santa Brígida, y formando en su contemplacion un gran concepto de la liberalidad de su esposo que hasta tal extremo

se comunicó á sus criaturas, decia sin embargo con una comparacion mas util para su alma que todas las revelaciones: *¿Cuándo yo, vil criatura y desagradecida á mi esposo, podré merecer un rasgo de los cariños que hizo á su esposa Gertrudis el señor del universo? ¿Cuándo mis tibiezas podrán alcanzar algo de sus favores? Nunca. Pues para que no se me ofrezca el mas leve antojo de mujer, quiero apartar de mí los libros de mi querida santa Gertrudis; y en este despego bien conoce la santa que solo pretendo venerarla, servirla y quererla mas como á esposa tan allegada de Dios, y no poner á mi vileza é indignidad en ocasiones de ensoberbecerse elevandose el pensamiento á lo que no merece, ni es capaz de conseguir.* Lo que sí leia con atencion, cuidado y aprovechamiento, eran las obras de la santa madre Teresa de Jesus, robandole toda el alma las palabras que á esta santa dijo el Señor: *¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, en padecer y en amar.* Leccion tan bien aprendida de Mariana, que rumiandola sin cesar no apetecia sino el padecer y el ejercicio de sólidas y costosas virtudes. Agradóle no menos entre los documentos dados por su divino esposo á la misma santa estotro: que no se ha de hacer hincapie en los gustos y regalos espirituales, sino en el buen testimonio de la conciencia; y desde entonces con mayor ahinco procuró purificar su alma y ejercitarla en afectos y deseos de solo y puro padecer. Leyó finalmente en el libro de las Moradas que la misma santa habia conocido á varias personas que no solo no buscaron gustos y recreos, ni los desearon, sino que por el contrario pidieron á su esposo crucificado no tenerlos en vida; y Mariana, conformandose con este ejemplo tan de su gusto y estimandole como un hallazgo, pidió siempre á su Jesus que

no la llevase por la senda de revelaciones y favores, sino por la de espinas y trabajos, como queda ya tambien referido en el libro segundo de esta historia. Forzoso es pues decir con su confesor el P. Rojas *que ella subió al cielo por el camino llano que abrió Cristo desde la casa de Pilato hasta el Calvario: que ascendió á la perfeccion por la segura senda y camino sólido de las virtudes por donde fueron los santos: qne no hubo en su vida bajío alguno en que pudiera naufragar su santidad, ni Scila, ni Caribdis en que pudieran padecer tormenta alguna sus confesores.*

Bien es verdad que no siendo Dios como los hombres, los cuales, si se les pide que no se molesten en hacer favores y regalos, retiran la mano, y solo se muestran liberales en ofertas, aunque no puede decirse que llevase á Mariana por caminos extraordinarios, tampoco dejó tal cual vez de mostrarsele liberal, regalandola con su presencia. Las especies que como dije ya, se borraron por entero de la mente de doña Juana Caso apenas oyó la relacion que de todos los secretos de su alma le hizo Mariana por orden de su confesor asi que murió esta se reprodujeron tan vivamente en su memoria, que pudo referirlas con toda distincion á sus hijas las carmelitas, quienes las declararon con juramento ante el juez eclesiástico señalado por el ordinario para el examen de la vida y virtudes de la venerable virgen. Acordóse entre otras cosas de haberla oido decir que en varias ocasiones habia visto en la hostia consagrada á nuestro Señor en forma de hermosisimo niño, que mostrandosele risueño llenaba su alma de la alegría de que participan los ángeles, quedando ella tan gozosa, que no era capaz su lengua de explicar lo que por los ojos se comunicaba á su corazon. Recordó tambien haberle dicho que otras veces al comulgar y pasar la sagrada forma por

la garganta conocia sensiblemente que pasaba el niño Jesus, y la dejaba anegada en gozos espirituales y en consuelos y favores que la disponian á amarle cada dia con mas ansia y finura.

Un hijo de doña Juana Case, llamado Cosme de Salazar, que despues fue religioso de la Compañía de Jesus y murió en concepto de gran virtud y ejemplar observancia, entró un dia siendo niño de muy pocos años en la habitacion de Mariana, y la halló con otro niño en la falda recreandose en su vista. Atónito con la novedad salió corriendo en busca de su madre y diciendo á voces: *Mamá, mamá, tia Mariana está jugando con un niño.* Deseosa doña Juana de saber quién fuese, se apresuró á ir al aposento de Mariana, y adelantandose esta le dijo: *¿Para que dejais entrar muchachos en mi cuarto?* No respondió doña Juana, sino volviendose á su hijo le preguntó con qué niño jugaba su tia; y el inocente, señalando á un niño Jesus que estaba pintado en un lienzo de nuestra Señora, dijo: *Con este, con este jugaba; yo la ví:* de donde pudo colegir la madre que el Dios niño, soberano señor de cielos y tierra, era el que regalaba á Mariana con su vista.

Infinitas fueron las misericordias singulares y extraordinarias gracias que recibió esta dichosa virgen de la fuente de toda gracia y tesoro de toda riqueza, el augustisimo sacramento del altar. Dejando aparte las ya referidas y las que pudiera añadir si no temiese hacerme prolijo, solo diré alguna cosa de lo que refieren testigos de vista en los procesos. Declara la madre Petronila de San Bruno que siendo ella todavia seglar y teniendo á Mariana por amiga muy querida y maestra en toda virtud, se llegaba á veces á ella despues que habia comulgado, y la solia hallar dulcemente ocupada con su esposo y en éxtasis tan perfecto,

que por mas que la llamaba y la movia, no podia lograr que la atendiese: que aguardando larguisimo rato hasta las once y mas de la mañana, hora en que ya no solia haber gente en la iglesia, la oia prorumpir en ayes y sollozos; y que al recobrar el uso de sus sentidos y verla á su lado le decia con admiracion: *¿Aun estás aquí, Petronila?* Lo propio depone tambien con juramento la india Catalina que le sucedia cuando Mariana la llevaba á la iglesia no por ostentacion de llevar criada, sino para que se avezase á la piedad oyendo misas y comulgando á menudo; y á mas de este testigo doméstico hay otros, que como dije en su lugar, experimentaron la misma dificultad en hacerla volver de sus arrobos y completa enajenacion en aquellos preciosos momentos.

CAPÍTULO XII.

ALGUNAS REVELACIONES PRODIGIOSAS, QUE DEBIÓ MARIANA Á LA INTIMIDAD CON SU DIVINO ESPOSO.

Aunque el angélico doctor santo Tomas reduce toda clase de revelaciones á la profecía, la cual no es otra cosa en su sentir que una noticia de cosa futura ó de presente, pero oculta en lo exterior y á la que no alcanzaria con infalibilidad y certeza el humano entendimiento, si no mediase la locucion divina que escucha la criatura; me parece muy oportuno recordar en este capítulo algunas revelaciones de nuestra virgen, separandolas de las que con mayor propiedad podrán llamarse profecías, y que referiré despues.

El año 1643, penúltimo de la vida de Mariana, se hallaba el P. Antonio Manosalvas en la villa de *Riobam-*

ba, que dista veinte y cuatro leguas de Quito, y atendia tan de asiento por orden superior á la enseñanza de la latinidad, que ni él, ni nadie era capaz de prever humanamente mudanza de lugar ó destino; cuando el dia de jueves santo mientras asistia á los solemnes maitines, le dieron una carta, en cuyo sobre conoció la letra de su amada hija en Jesucristo. Gozosisimo por verse con la escritura de un angel, apenas terminada la funcion quitó el sobre, y empezando á leer se sucedió á la alegría el asombro, pues leyó que por saber ella que en breve habia de volver á Quito, y porque la falta de viático no le detuviese, le enviaba un poco de bizcocho amasado con huevos, esperando que agradeciese mas la buena voluntad que el regalo. Hijo sumiso de obediencia el P. Antonio no pudo calcular otra cosa sino que por algun especial motivo que él ignoraba, intentase llamarle el superior, y se lo hubiese comunicado á Mariana, para que ella como á padre espiritual le anticipara la noticia. En esta probable conjetura pasó el viernes y sábado santo y el domingo de Pascua; cuando llegado el lunes, por un lance que no era dado al hombre prever y que no declara el padre mismo que refiere el suceso, se juntaron en sesion los regidores de la villa y resolvieron ser convenientisimo enviar á Quito persona inteligente, que tratase la materia con el señor obispo y la real audiencia. Pusieron por unanimidad los ojos en el P. Antonio Manosalvas, y habiendole intimado la comision él la aceptó, se puso en camino para Quito y llegó á aquella ciudad tributando alabanzas al Señor por ver la manera imprevista y prodigiosa con que se verificó el anuncio de Mariana, y admirando siempre mas el mérito de sus virtudes. A los dos dias llamó á la santa virgen, y como confesor suyo la pregun-

tó de quién ó por dónde habia sabido su vuelta á Quito; á lo que respondió ella con suma humildad y reverencia: *El esposo que tengo, lo sabe todo, y tambien sabia esta venida; por lo cual envié á V. P. el viático competente.*

Y porque lo que se siguió lo declara dicho padre con juramento y pertenece al mismo suceso, creo deber ponerlo en este lugar, como quiera que pareceria mejor colocado entre las profecías de Mariana. Concluido el negocio que le llevó á Quito, trató el P. Antonio de llevar con toda prontitud á *Riobamba* la respuesta; y antes de partirse, con indecible desconsuelo de una y otra parte se despidieron padre é hija para volverse á ver cuando y donde Dios dispusiera. Habianse alejado ya uno de otro algunos pasos, cuando llamó Mariana al padre con grande animacion y le dijo: *Padre mio, vaya con Dios, y mire que tenga paciencia y mucha conformidad con la voluntad de Dios; porque le estan esperando muchos trabajos, y todos han de ser de cosas que ha de sentir mucho, porque son tocantes á su honra y reputacion.* Creyó el P. Antonio firmemente cuanto le decia su hija por la pasada experiencia; y antes de dos años, segun él mismo refiere, hubo de sufrir inocentemente graves quiebras en su reputacion, que le acrisolaron no poco.

Pero no fueron estas solas las razones que tuvo el P. Manosalvas para formar y conservar siempre un elevado concepto de su bendita hija. Confesóla una vez, y en seguida se fue á la sacristía para celebrar y administrarle la sagrada Eucaristía á hora ya tarda, segun costumbre mientras duró la tormenta contra su comunion diaria; pero estando para revestirse, le llamó Mariana y le dijo que fuese primero á reconciliarse de dos culpas que

habia cometido en tiempos pasados (y se las indicó), las que nunca habia confesado por puro olvido. Atónito el padre al reconocer la verdad de aquel dicho fue de contado á ponerse á los pies del confesor y declararle sus culpas, formando propósito, que cumplió siempre en lo sucesivo, de no salir jamas á la iglesia á confesar sin haberse reconciliado primero.

Un hijo de Catalina de Peralta, mujer honrada y virtuosa de Quito y madre de leche de Mariana, llamado Antonio de Paz, tuvo unas palabras con otro, de cuyas resultas vinieron á las manos quedando herido de muerte el desgraciado Antonio. Afligida y sin consuelo alguno la madre fue á ver si podia hallarle en las palabras de Mariana; y al verla esta entrar en su habitacion anegada en llanto le dijo que sabia muy bien á lo que se encaminaba su visita; pero que era forzoso resignarse é ir sin pérdida de un momento al hospital real donde estaba el hijo, y hacer que se confesase bien y recibiese los demas sacramentos, porque la muerte le amenazaba de cerca: que diese cabida en su corazon á la conformidad con la disposicion divina, pues el Señor queria hacer prueba de su paciencia. Oyó la madre el terrible anuncio, y dandole perfecto asenso se fue en persona al hospital, refirió á su hijo el dicho de Mariana y le indujo á recibir con suma paz los sacramentos en las veinticuatro horas que le duró la vida. Apenas espiró, salió Catalina transida de pena, y sin saber cómo dirigió sus pasos vacilantes hácia la casa de Mariana, que halló cerrada por ser hora muy tarde de la noche: tiró una piedra á la ventana, y asomandose la que velaba en oracion, le dijo: *Ya sé, Catalina mia, que vienes traspasada de dolor por la muerte de tu hijo Antonio; no tengas pena, y da muchas*

gracias á la divina majestad, porque está en carrera de salvacion: no vayas contra la voluntad de Dios, sino dale muchas gracias. Mucho fue sin duda el consuelo que recibió Catalina; pero mayor sin comparacion su asombro, porque las circunstancias la hacian creer justamente que solo Dios podia haber comunicado á Mariana el suceso.

No fue de menor consuelo la noticia que tuvo tambien por revelacion divina de la suerte de un hermano suyo en la fatal ruina que ocasionó un terremoto en la ciudad de Cuzco. Al llegar á Quito la triste nueva de aquella catástrofe, pensativa y sobresaltada doña Gerónima, y temiendo no sin fundamento que su hermano hubiese sido uno de los muchos que quedaron sepultados entre las ruinas se lo dijo asi á Mariana, quien le respondió alegre y tranquila que no tuviese temor alguno, porque su hermano estaba salvo. Y asi era en efecto, quizá por las oraciones de Mariana, á quien nadie sino su divino esposo pudo dar noticia del suceso al mismo tiempo que acaecia á cuatrocientas leguas de distancia.

Dije ya en el libro segundo al tratar de la abstinencia de Mariana que en los últimos siete años de su vida se sustentaba con el zumo de manzanas y membrillo, el que no tanto tomaba por sustentarse, cuanto por abrir y desahogar sus fauces cerradas por falta de humedad con no leve tormento. Referí tambien allí que la mujer y una hija de Hernando Palomeros, administrador de las haciendas del padre de Mariana, tomaron á su cargo la provision de manzanas para la enferma escogiendo las mas hermosas y sazonadas, hasta que pudiendo mas la envidia que la caridad en aquella mujer, dejó de enviar el regalo ofendida por cierta preferencia que creia ver en Mariana hácia unas doncellas pobres. Un dia pues entre otros, que quiso

su buena hija llevar á la enferma algunas manzanas mas sazonadas y hermosas que lo ordinario, se lo estorbó la madre por la susodicha razon, diciendole que seria mejor emplearlas en los pobres del hospital. Desistió la hija de su empeño como era su deber, y yendo al dia siguiente á misa á la iglesia de la Compañía, se llegó á ella Mariana y le dijo que le agradecia mucho la voluntad de enviarle las manzanas; pero que habia hecho muy bien en obedecer á su madre, y que las guardase, porque las disfrutaria una sierva de Dios del convento de santa Catalina. Quedó pasmada la joven al oir de boca de Mariana lo que solo sabian ella misma y su madre, y de vuelta á su casa refirió á esta lo sucedido, quedando entrambas en expectativa y con la curiosidad que es facil de presumir. Pero no las atormentó mucho tiempo, pues al tercer dia saliendo á la exploracion de costumbre una novicia del convento de santa Catalina entró casualmente en casa de Palomeros, y al ver aquellas manzanas se le antojaron algunas, y despues de comer allí mismo cuantas quiso, se llevó las demas al convento. No pasó inadvertido el suceso para madre é hija, quienes comprendieron bien la familiaridad que tendria la enferma con el celestial esposo, cuando de cosas tan triviales le daba individual noticia.

CAPÍTULO XIII.

SE REFIEREN ALGUNAS DE LAS INNUMERABLES PREDICCIONES DE MARIANA EN PRUEBA DEL ESPÍRITU DE PROFECÍA CON QUE LA ENRIQUECIÓ SU ESPOSO.

Aquel insigne don cuyo deseo recomendaba tanto S. Pablo á los fieles de Corinto bajo el nombre de profecía, preferible al de lenguas, le poseyó la bendita virgen Mariana tan á medida del deseo del santo apostol, que de ella se pudo decir que hizo oficio de profeta hablando con los hombres para exhortarlos, edificarlos y consolarlos, que son los tres fines á que se dirige la profecía. Será prueba de los tres lo que dijere en este capítulo, empezando por las predicciones que dirigió á exhortar á la virtud; y advierto que no referiré ninguna de cuyo tenor, palabras y verificacion á su tiempo no conste en los procesos autorizados sobre la vida, virtudes y milagros de la esclarecida virgen de Quito.

Tenia Juan Guerrero de Salazar un niño llamado Cosme, que no por inclinaciones viciosas, sino por pueril travesura le daba pesadumbres notables no menos que á su buena madre, sin que de la correccion y castigos sacase mas provecho que empeorar de dia en dia con indecible desconsuelo de sus padres. Intentaron ellos castigarle con mas rigor de lo acostumbrado una vez que se les escapó de casa; y saliendo Mariana de su cuarto, donde el niño se habia refugiado, para apadrinarle, dijo á sus padres que no le castigasen, porque en adelante no les daria que sentir, sino que viviria sumiso y aplicado como lo deseaban. Y asi fue en realidad, porque Cosme de tan

travieso pasó á ser muy quieto y juicioso, y mejoró tanto, que con el tiempo entró en la Compañía de Jesus y murió en ella sacerdote ejemplar, dejando á todos muy edificados y satisfechos de su conducta religiosa.

Otra hija tenia el mismo Juan Guerrero, llamada Catalina, de la que varias veces he tenido que hacer mencion en esta obra; y hablando un dia Mariana con doña Catalina de Peralta le dijo: *Esta niña no se ha de casar, porque Dios la tiene reservada para una gran santidad*. No tenia la niña, cuando Mariana profetizó sobre ella, mas que seis años, y llegando á edad competente para elegir estado, se propuso su padre casarla con persona principal y acaudalada de Quito, y pasó á celebrar el contrato con el pretendiente sin sospechar siquiera que su hija pudiese oponer una sola palabra. Hizo mas aun, pues sin conocimiento de la misma preparó el ajuar necesario; y cuando ya todo estaba en orden, fue á darle parte, llevando con sus propias manos y presentandole una por una las joyas y galas de novia que su amor paternal le habia dispuesto, y prometiendose de su obediencia un *sí* que haria la dicha de padre é hija. Miró con detencion y admiró Catalina aquellos magníficos atavíos; y aunque como buena hija dió muestras de agradecer la voluntad con que se empeñaba su padre en labrar su suerte, le dijo sin embargo con resolucion superior á sus años que habia puesto los ojos en el mejor esposo, y que nada seria capaz de impedirla consagrarse á él en el nuevo convento de santa Teresa, que á la sazon se fundaba; por lo cual eran muy de agradecer, pero del todo inútiles semejantes preparativos, ya que sus desposorios los exigian de otra clase. Confuso quedó el padre con tan inesperada salida; pero no desconfiando de superar una resolucion que á su entender

era capricho juvenil, no tardó en buscar terceras personas que la inclinasen al matrimonio ó probasen su vocacion al claustro. Corrió entre tanto la voz de que la hija de Juan Guerrero Salazar se casaba; y oyendolo doña Catalina de Peralta se reia diciendo que en vano se fatigaba su padre, pues era de todo punto imposible que se saliese con la suya, habiendo dicho lo contrario la venerable virgen. En efecto duró por algun tiempo su empeño y apuró todos los recursos, hasta que pudiendo mas la constancia de Catalina entró con su bendicion y permiso en el antiguo convento de carmelitas descalzas, llamado asi á diferencia de otro nuevo de la misma ciudad, de donde salió á poco tiempo para fundar otro en Cuenca, que la vió morir con el nombre de madre Catalina de los Ángeles y fama de no comun santidad.

Pretendian á un tiempo por esposa á doña Ana Ruiz de Alvarado dos personas principales de Quito; y aunque resuelta á casarse no sabia á cuál de las dos dar la preferencia por ser entrambas igualmente apreciables. Deseosa de que Mariana eligiese fue á verla en compañía de su madre doña Maria Flores de Paredes, prima hermana de nuestra virgen; y con gran detencion y minucia le descubrió las prendas que distinguian á cada uno de los pretendientes, dejando la eleccion en manos de su tia. Oyó esta todo el relato, é ilustrada con espíritu profético, volviendose á su prima, le dijo: «Ambos sugetos son muy buenos y dignos de tu hija; pero si se casa con el primero, disfrutará luengos años de la felicidad de un buen matrimonio; si con el segundo, le gozará poco tiempo y despues de perderle pasará grandes trabajos.» Poco habia que titubear para decidirse á la parte mas favorable; y sin embargo por uno de aquellos yerros tan comunes en

los casamientos escogió la madre el segundo caballero sin mirar á los infelices pronósticos de Mariana, que se cumplieron á la letra; pues al paso que doña Ana quedó viuda bien presto, y en su viudez tuvo mucho que padecer, el primero que la pretendia, vivió por muchos años disfrutando los bienes de que hubiera participado ella si se hubiese atenido al consejo de su tia.

Habia casado doña María Caso, hija legítima de Cosme de Caso y de doña Gerónima, hermana mayor de Mariana, con un caballero de la villa de S. Miguel de Ibarra, distante veinte leguas de Quito; el cual murió desempeñando el cargo de depositario de dicha villa. Quedó la infeliz sola y sin amparo, llena de ahogos y deudas, joven y en tierra extraña sin el resguardo de sus padres; y viendose asi escribió una carta á su tia Mariana, para que con sus oraciones le alcanzase del Señor fuerzas en tan terrible aprieto. Respondió Mariana á la carta diciendo que no se afligiese, porque dentro de pocos dias casaria con un hombre muy de bien y de suma diligencia, que la sacaria de sus apuros. Escrita la respuesta cayó Mariana enferma, y al llevarle el santo viático le acompañó con un cirio el capitan Alonso Sanchez de Espinosa y Lima, regidor perpetuo de Quito. Entró hasta el mismo cuarto de la enferma, quien al verle fijó los ojos en él; pero por tanto tiempo, que como depuso él mismo con juramento, temió que estuviese leyendole el corazon y echandole en cara sus culpas, si bien eran otras muy distintas las intenciones de Mariana, la cual fijaba con aquella mirada el esposo para su sobrina. Murió la sierva de Dios, y tratando aquel caballero de volverse á España su patria y desechando por lo mismo varios casamientos, cuando le propusieron la sobrina de Mariana, sin deli-

berar un momento aceptó gustoso, por entrar, segun él decia, en una casa de santos y ser pariente de la venerada virgen. Contribuyó no poco á acelerar el enlace el recuerdo de aquella mirada tan fija en ocasion tan solemne, con que le parecia haberle designado y aceptado Mariana por su sobrino. Celebrado el matrimonio, se fue á la villa de S. Miguel, donde en poco tiempo desempeñó las haciendas y pagó las deudas de su esposa, viviendo despues con ella algunos años, hasta que quedó viudo, en completa felicidad y concordia.

Habia dispuesto María de Paredes que una hija suya se casase con cierta persona que le parecia muy á propósito; y comunicando con Mariana el designio oyó de su boca que mirase bien lo que hacia, porque si se efectuaba aquel matrimonio, ella y su hija habian de pasar muchos trabajos y disgustos. Pospuso Maria el sabio consejo á su capricho, y al mes de casada la hija se hubo de entrar en el convento de santa Catalina á pedir desde allí la anulacion del matrimonio, alegando tales causas, que la obtuvo en efecto por sentencia del ordinario. Segunda vez intentó casarla la madre y volvió á pedir parecer á Mariana: sin duda se hallaba tan dispuesta como la vez primera á seguirle, pues oyendo que si la colocaba de nuevo, pasaria mas trabajos que con el primer marido, la casó á pesar de todo, y ella misma depuso con juramento que fueron tales las penas y quebrantos de una y otra por aquel matrimonio, que no parecia pudieran tolerarse en su género cosas peores.

Visitaba un dia á Mariana doña Juana de Peralta, natural de Quito, acompañada de una hija suya por nombre Maria, y ofreciendose hablar de una pequeña india llamada Antonia, que servia por entonces á la venerable

virgen, y que sin atender á los ejemplos y exhortaciones de su señora descubria una cierta demasiada libertad en sus costumbres, dijo doña Juana de repente: *¿Si será tan mala con el tiempo mi hija como tu india?....* *No* (respondió Mariana profetizando de ambas), *tu hija se ha de casar, y ha de temer á Dios y ser virtuosa; pero esta mi india por su mala vida ha de tener mala muerte.* Oyendo doña Juana el pronóstico favorable procuró casar cuanto antes á su hija; y en el matrimonio, que duró muchos años, sobre gozar de mucha paz y ventura vivió muy temerosa de Dios y muy dada á la virtud. En cuanto á Antonia su criada, pasados algunos años, estando ausente de Mariana y dando rienda suelta á todos sus apetitos sin hacer caso de la triste profecía de su señora, llenó la medida, y la justicia de Dios permitió que la matara á puñaladas un negro.

Hallabase un mancebo de Quito tan apasionado por una mujer, que no pudiendo lograr sus criminales intentos mientras la resguardaba la casa y vigilancia de sus padres, intentó robarla. Verificado el rapto, sin duda por convenio de entrambos, hicieron todos sus parientes las mas exquisitas diligencias para dar con la desaconsejada joven y restituirla á su casa; pero siendo todas en vano, acudieron al oráculo de Mariana, y con las palabras que les dictaba el dolor mas vivo, la suplicaron que alcanzase del Señor á aquella infeliz una resolucion semejante á la del hijo pródigo, á quien habia imitado en la fuga. No satisfechos con la promesa que les hizo la caritativa virgen, formaron empeño con el P. Juan Camacho, su confesor, para que le impusiese una como obligacion de rogar á Dios por el logro de sus deseos; y el buen padre mandó á Mariana que rezase todos los dias una salve

á Maria santisima, á fin de que entrambos se convirtiesen y la oveja descarriada volviese al paternal aprisco. Doña Juana de Peralta, doña Catalina y doña Gerónima interpusieron tambien sus ruegos, y Mariana que en tratandose de un negocio de tan señalada caridad no habia menester de tantos estímulos, le tomó tan á pechos, que sin cesar un momento oraba y clamaba al cielo, y no dejaba resorte alguno que le pareciese capaz de mover á compasion el corazon de su dulce esposo. Pasados algunos dias de súplicas y clamores, estando ella en la iglesia de la Compañía, se pusieron á su lado las tres señoras poco há mencionadas para repetir el encargo; y Mariana con breves, pero muy resueltas palabras les dijo: *No se aflijan, porque les hago saber que las tales dos personas se han de reducir á buena vida y han de tener muy buen fin y dichosa muerte*. No tardaron mucho en reconocer la verdad de la prediccion, pues el joven impelido de su conciencia reconoció su mal estado, y entrando en el claustro de S. Francisco vivió con ejemplar observancia y murió santamente; y ella se trocó tambien y dejó grandes señales de predestinacion en la piedad y frecuencia de sacramentos con que perseveró hasta la muerte.

No fue menos singular y prodigiosa la profecía que en muy diversa materia hizo á sus parientes, cuando se hallaban pobres y necesitados; pues exhortandolos sin cesar á la conformidad con la voluntad de Dios y á que amasen la pobreza, á la que estan reservados los tesoros del cielo, solia añadir que todos sus parientes habian de ser pobres y gozar de poco ó ningun descanso en esta vida. Asi lo refirió bajo juramento en los procesos doña Ana Ruiz de Alvarado en el año de 1671 cuando se le tomó declaracion, y añadió estas palabras: *Como se ha verificado*.

Comunicó el divino esposo á Mariana en mil ocasiones luz sobrenatural para conocer infaliblemente y no por simple conjetura el éxito de dolencias que amenazaban con una muerte mas ó menos próxima; en cuyo género referiré brevisimamente alguno que otro suceso. Doña Maria de Troya, mujer del licenciado D. Alonso de Arauz, declaró haber hecho mencion varias veces una india vieja que sirvió algunos años de lavandera á Mariana, de que habiendo caido gravemente enferma, le envió á pedir la medicina en que tenia la mayor confianza, que eran sus oraciones. Prometióselas Mariana; pero tambien le dijo que no temiese, porque de aquel mal no moriria; y añadió mas, que mientras le lavase por caridad la ropa, ni moriria, ni tendria ningun achaque. Asi fue realmente, llegando á ser muy anciana y muriendo de vejez cuando ya por sí no tenia fuerzas para ejercitar aquel oficio. Habian desahuciado los médicos á D. Manuel de Ceballos; y doña Juana Vivas, su mujer, que en todos sus trabajos solia tener por refugio á Mariana, fue á proponerle con lágrimas el estado de su marido, y para que abogase por su salud ante su divino esposo. Oyóla Mariana, y con rostro risueño empezó á consolarla diciendole que no tenia por qué afligirse, pues la muerte es una deuda que han de pagar todos los vivientes; pero que si bien la vida de su marido estaba en manos de Dios, no le haria morir de aquel mal, sino que para su consuelo se le dejaria por algun tiempo. A poco de haber hablado Mariana se levantó de la cama el enfermo, y vivió otros dos años, celebrando siempre con su mujer la profecía. Cayó en cama con la última enfermedad Maria de Miranda, hermana de Petronila de S. Bruno é hija espiritual de Mariana, y á los cinco meses de enferma le envió un recado con su hermana

Petronila diciendole que por Dios fuese á verla, porque era grande en extremo su deseo de hablar un rato con ella y comunicarle las cosas de su alma. La respuesta de Mariana fue decir que en el cielo se verian; que no buscase gusto ni alivio en esta vida, porque muy presto se hallaria en la gloria, y que ella la seguiria á muy poco. Para mayor suavidad y consuelo hizo un ramo de claveles y se le mandó dejandola en expectativa del feliz suceso, que se verificó en efecto, pasando Maria casi al instante á mejor vida, y Mariana al cabo de un año.

Refiere en declaracion jurídica el M. R. P. predicador Fr. Juan Martinez Zarco, primero religioso de la Compañía y luego de la orden de S. Agustin, que siendo jesuita y teniendo á su cargo la congregacion de los morenos con el título de S. Salvador, habia en su capilla un nicho en que se veneraba la efigie del *Ecce Homo* intitulada el Cristo del Consuelo; pero que en el tiempo á que se refiere, estaba como abandonada y sin clase alguna de culto. Celosa pues Mariana del honor de su esposo, dice el padre que se llegó un dia á hablarle, y le dijo que no pareceria mal que todos los viernes se cantase una misa al santo Cristo del Consuelo, como se hacia los sábados á nuestra señora de Loreto. Encontró el padre mil dificultades en el proyecto, y todas se las propuso á Mariana; mas ella lejos de retroceder añadió que no tardase en poner manos á una obra que habia de redundar en mucha gloria del Señor, quien le habia escogido para llevarla á cabo á pesar de grandes contradicciones; y que ella misma seria la primera en alistarse prometiendole para principiar con licencia de su confesor un real de á ocho y una libra de cera. Como que la empresa era de Dios, y asi lo creyó el padre que conocia á fondo la vir-

tud de Mariana, todo se venció felizmente, y empezó la congregacion con tales auspicios, que creciendo en brevísimo tiempo llegó á ser el santo Cristo del Consuelo uno de los santuarios venerados de la ciudad con particulares demostraciones de devocion y de afecto. Llamóse en lo sucesivo aquel altar de la buena muerte, haciendose en un principio delante de él en un viernes de cada mes una plática fervorosa sobre la muerte: despues se hizo cada ocho dias con exposicion del santisimo sacramento, media hora de oracion mental y otros ejercicios. Todos los viernes del año se cantó por la mañana en el mismo altar una misa solemne hasta el de 1686, en que se dispuso fuese rezada cantando al mismo tiempo alguna afectuosa letrilla. Consiguieron los padres de la santa sede un jubileo plenisimo para el viernes de la semana de pasion, dia en que se celebraba la fiesta del santo Cristo del Consuelo; y como despues se llamó de la buena muerte lo mismo que su congregacion, se obtuvo tambien indulgencia plenaria para todos los fieles que asistiendo á las pláticas confesasen y comulgasen cuando se hacia el ejercicio del mismo nombre.

Insigne fue tambien otra profecía de Mariana al P. Juan de Enebra, religioso de la compañía de Jesus, de cuya boca se supo, divulgandose por el colegio de Quito, cuyos padres vieron su cumplimiento. Hablando un dia dicho padre con Mariana, le dijo esta que en su última enfermedad no habia de dar que hacer ni á médicos, ni á enfermeros, ni ocasionar gasto de medicinas. Dió entero crédito á la prediccion el buen sacerdote; y como que ella equivalia á un anuncio de muerte repentina, se disponia diariamente para morir y llevaba dia y noche al cuello el Crucifijo, á que estaba concedida indulgencia plenaria

para el artículo de la muerte. Enfermó una vez gravemente, y diciendole el médico que era preciso disponerse para morir con los santos sacramentos, menospreció su dicho; y á los padres que le preguntaron la causa, respondió que habiendo hablado Mariana, estaba segurisimo de que moriria en pie sin médicos ni medicinas. Y no se equivocó por cierto; pues bajando un dia al refectorio comun despues de haber visitado al santisimo segun su costumbre, en la escalera le acometió un accidente, que sin darle mas tiempo que para recibir condicionalmente la extremauncion le dejó cadaver en un escalon sin trabajo de enfermeros, sin solicitud de médicos y sin gastos de medicinas.

Refiere el P. Fr. Francisco de Peralta, de la orden de S. Francisco, haberle contado Fr. Gerónimo de Paredes, hermano de la venerable virgen, que estando en conversacion un dia con ella le dijo lo siguiente: *No quiera Dios, hermano mio, que yo te vea morir cura de indios; porque si mueres en esa ocupacion, te has de condenar; pero yo te ofrezco alcanzar de mi esposo la seguridad de tu salvacion haciendo que no seas cura cuando mueras.* Sucedió pues que en el último tercio de su vida pretendió una doctrina con seguridades de obtenerla por tener de su parte así al reverendisimo comisario de aquel tiempo como á los padres de provincia Fr. Nicolás Lopez y fray Juan Mejía; pero nada consiguió, y hubo de retirarse á la doctrina de Tocachi por compañero de Fr. Francisco de Peralta, que iba á ser cura propio de aquel pueblo distante diez leguas de Quito. Cayó enfermo á poco tiempo; y agravandose el mal, le llevaron para su curacion á dicha ciudad, donde murió la víspera de S. José sin ser cura. Hasta aquí solo se ve cumplida la primera parte de la

profecía. En cuanto á la segunda que miraba á la salvacion de Fr. Gerónimo, ocurrió el dia de S. José que una turba de indios corrieron de tropel y con confusa algazara á casa de Fr. Francisco Peralta diciendole que el padre Fr. Gerónimo de Paredes estaba diciendo misa en la iglesia con una casulla blanca. Respondióles el cura que lo habrian soñado, pues sabian que ellos mismos le habian conducido á Quito. Instaban los indios diciendo que fuese S. P. á verlo, y estando en esto llegó á Quito un hermano de la Compañía, llamado Marcos Guerra, con la noticia de que el dia antes habia muerto en su convento el P. Fr. Gerónimo. Atónito con la nueva el doctrinero Fr. Francisco empezó á dar crédito á la vision de sus indios, y quedó convencido de que era asi realmente cuando el jueves santo del mismo año, que fue á pocos dias de la fiesta de S. José, volvió aquella gente sencilla con la misma noticia añadiendo la circunstancia de que Fr. Gerónimo llevaba calzado blanco.

Pondré fin á este capítulo de las profecías de Mariana con una, que por haber sido acaso la mas pública y notoria en Quito le granjeó mayor veneracion y fama de santidad, y que á ninguna cede en autenticidad, declarandola con juramento los testigos, y entre ellos el P. Antonio Manosalvas.

Veinte años antes de que se fundasen las carmelitas en Quito comunicó el Señor á su esposa tan á las claras todo el secreto de su providencia acerca de la fábrica del convento, que rebosando de placer dijo á su confesor el P. Manosalvas que el cuarto en que ella vivia, habia de ser habitacion de las esposas de Jesucristo. Hablando en varias ocasiones con su cuñado D. Cosme de Caso y su hermana doña Gerónima, con Juana y Sebastiana, sus

sobrinas, y con Juan Guerrero Salazar, les dijo resueltamente que la casa donde vivian, habia de ser convento de religiosas carmelitas descalzas y que serian veintiuna; por lo cual los suplicaba, en especial á Juan Guerrero, qué de ningun modo se deshiciesen de una casa, que como alhaja preciosa tenia Dios reservada para relicario de sus misericordias. Lo mismo jura Petronila de S. Bruno haberle dicho varias veces su íntima amiga Mariana, añadiendo siempre estas ó semejantes exclamaciones: *¡O quién fuera dichosa de ser esclava de vírgenes tan sagradas! ¡O si yo mereciera ser una de las escogidas para esposas del gran rey! Si llegara á vivir en ese tiempo, fuera la primera que procurara lograr esta dicha, que lo es y grande el ser hija de mi amada la venerada madre santa Teresa.*

Con mas precision y particularidades habló á Maria de Paredes, mestiza, á la india Catalina y á Maria Arias, española, todas las cuales dispuso el Señor le sobreviviesen para poder declarar jurídicamente el hecho en los procesos. Volviendo un dia Mariana de comulgar llena del sobrenatural regocijo que la inundaba en tales casos, al entrar en su casa, de que á la sazon estaban ausentes los suyos, llamó á los tres referidos testigos, y despues de mandar cerrar las puertas de la calle les dijo: *¡Qué á propósito es esta casa y sitio para convento de carmelitas descalzas! Pues sepan que aquí se ha de fundar con el tiempo. Vengan conmigo, y verán trazar las oficinas.* Y llevandolas por toda la casa les decia: ¡Qué gustosas vivirán aquí las carmelitas! En este sitio estará la portería, allá el torno; esto será refectorio, aquello cocina. La iglesia caerá en el lienzo de la calle, y en el cuarto donde yo vivo, estará el coro. Asi trazó la fábrica y repartió las oficinas de aquel convento, cuando ni por asomo pensaba nadie en fundarle en aquel

sitio; y es muy digno de ser admirado el orden de acontecimientos con que dispuso el Señor que se cumpliese en todas sus partes la profecía. Murió Mariana, y pasados algunos años fue nombrado obispo de aquella diócesis D. Agustin de Ugarte y Sarabia, prelado de prendas de toda clase, quien para incremento de la piedad y mayor servicio de Dios dispuso la fábrica y fundacion de un convento de carmelitas, impetrando por una real cédula el superior beneplácito. Sorprendido por la muerte en el año 1651 no pudo dar cima al santo proyecto; pero le dejó eficacisimamente recomendado á su albacea y al dean de su catedral D. Alvaro de Ceballos, quienes á costa de gruesas sumas eligieron el sitio para la fundacion detras del convento de la Merced á cierta distancia de la casa de Mariana, donde pusieron en orden celdas, oficinas y todo lo demas de que podian haber menester las fundadoras, que iban de la ciudad de los Reyes. Viendo tan adelantadas las cosas D. Martin de Arriola, presidente de aquella real audiencia, qne era uno de los que entendian en la fábrica, cuentan que se reia diciendo: *Veamos cómo se verifica la profecía de la criollita.* Y no lo vió por cierto, pues en aquel mismo año de 52 le visitó la muerte; que á no morir hubiera visto en el siguiente de 53 cómo pasando las fundadoras el mar del Sur llegaron á Quito y las hospedó en su casa el capitan Alonso Sanchez de Luna y Espinosa en el mismo cuarto que habia sido de Mariana y en la misma casa del vaticinio, no para que se quedasen allí, pues el convento estaba detras de la Merced, sino por disposicion divina, que empezaba ya á ponerlas en posesion de su casa. Llegó el tiempo de pasar al nuevo convento, y Maria de S. Agustin, sobrina del fundador y gran sierva de Dios, dijo estas palabras al ca-

pitan Alonso de Luna en el acto de despedirse: *Que esperaba de la divina majestad volver del convento á donde la llevaban, á la casa donde las habia hospedado, y que allí habia de ser y perseverar el convento del modo que lo habia profetizado Mariana de Jesus*. En efecto á los siete meses de su traslacion al convento por las muchas incomodidades de aquel sitio mandó el señor virey del Perú D. Luis Enriquez de Guzman, conde de Alba y Lista, oido el parecer del señor arzobispo, que se trasladasen de nuevo las carmelitas á la casa del capitan Alonso Sanchez de Luna, llamada asi no porque fuese suya; pues era propiedad de Juan Guerrero, sino porque en ausencia de este la habitaba aquel. Luego que llegó á Quito la orden del virey, tomó á su cargo el regidor Sanchez de Luna, previo el consentimiento de su dueño, disponer todo lo necesario para que la casa fuese convento, sirviendo él mismo á las religiosas como de administrador ó apoderado y mandando echar los cimientos para la iglesia. Pusieron las primeras piedras D. Cristoval Bernardo de Quirós, arcediano de la catedral, provisor y vicario general del obispado y despues obispo de Chiapa y Popayan, y el oidor D. Juan de Morales Aramburu, que como mas antiguo presidia la audiencia por muerte del presidente Arriola; y asi dichos señores como lo mas del clero y pueblo que asistió á la ceremonia, quedaron admirados y agradecidos al Señor al ver el modo prodigioso con que se cumplia el vaticinio, y publicaron por mucho tiempo la santidad de Mariana.

Verificada ya la sustancia de la prediccion, quedaban por cumplir las parciales profecías del sitio de la iglesia y oficinas; pues en la primitiva traza del edificio se invirtió todo el orden designado por Mariana, y la iglesia

caia á la plazuela del convento de santa Clara, el coro en otro lugar bien diverso del aposento de la santa virgen, y ni el torno, ni la portería, ni la cocina seguian el plan marcado por ella. Pero como que al fin habia de cumplirse todo al pie de la letra, dispuso la majestad divina que por lo mal fabricado de la iglesia y la falta de proporciones de toda la casa entrase el hermano Marcos Guerra, de la compañía de Jesus, á fabricarles un nuevo templo en el mismo sitio profetizado por Mariana, y que siendo como la llave maestra de lo demas del edificio hubiese de variarse toda la distribucion de este y cumplirse la profecía en todas sus partes. Muchos fueron los testigos de esta prediccion hecha por Mariana varias veces y en diversas ocasiones durante su vida y verificada nueve años despues de su muerte. Pero tiempo es ya de admirar otros prodigios de la divina diestra en operaciones milagrosas de que eligió á Mariana por instrumento.

CAPÍTULO XIV.

MILAGROS QUE OBRÓ EN VIDA MARIANA DE JESUS.

Es observacion del doctisimo Cornelio Alapide (1) que aquellos santos que siguieron un tenor de vida comun en cuanto á ayunos y austeridades, aunque muy adelantados en la virtud, no se cuentan entre los que obraron maravillas en mayor número; asi como por el contrario raros son los santos dados á los rigores de una penitencia singular é inimitable, de quienes no se refieran estupendos y multiplicados prodigios. Y hablando de Mariana de Jesus,

(1) Sobre la epist. I de S. Pablo á los corintios, cap. IX, v. último.

si bien no puede, ni debe el católico atribuir á los muchos milagros que se refieren en el proceso auténtico, mas que una fé humana, mayor en verdad de toda excepcion en su género, pero al fin humana, en ella se verifica al pie de la letra la observacion del escritor citado. Prescindiendo de los portentos que quedan ya referidos y que no habrá olvidado el lector, y sin hacer mérito de que la misma existencia de Mariana fue un prodigio perenne de veintisiete años, como lo arroja de sí esta leyenda, contaré algunos de los que recuerda y atestigua el proceso, pues seria interminable tarea describirlos todos.

Ausentaronse de Quito para visitar sus haciendas el capitan Juan Guerrero de Salazar y su esposa doña Juana Caso, y por no llevar el engorro de una niña que tenian de solos tres años, se la dejaron encomendada á su tia Mariana. Jugaba un dia la inocente en el patio de la casa, y llegando una recua de mulas de la hacienda, hubo de acercarse tanto á una de ellas, que recibió una coz en el rostro; pero tan violenta, que le destrozó narices y quijadas, y quedó tendida en el suelo, bañada en sangre y sin dar señal alguna de vida. Presenció la catástrofe la india Catalina, y cogiendo en brazos á la niña á quien ya tenia por muerta, destrozado el corazon de pena y anegada en llanto corrió á enseñarsela á Mariana, la cual como si hubiera recibido aviso, salió al encuentro á la india, tomó entre sus brazos á la criatura y exclamó: *¡Ay! Dios mio, ¿qué dirán ahora sus padres? ¿Qué descargo daré yo de este suceso?* Dicho esto, alentó la confianza en el poder de su esposo, y mandando llevar un trozo de carne de vaca le aplicó al rostro de la niña y se encerró con ella en su cuarto como Eliseo con el hijo de la Sunamitis. Allí la puso en su propia cama, y arrodillada á su lado empezó

una oracion fervorosa que duró una hora entera, acompañandola con suspiros, con fé y con esperanza segurisima de conseguir el consuelo. Concluida la fervorosa deprecacion, tomó de nuevo en brazos á la niña, y llamando á la india Catalina y á los demas de casa se la hizo ver buena y sana y tan sin lesion, que ni señal casi le quedaba del golpe. De paso les dijo estas palabras: *¡O qué eficaz medicina ha sido la carne de vaca, pues con ella ha curado Dios á mi sobrina!* Bien pudo la humildad de Mariana atribuir en lo exterior la repentina curacion á la eficacia del pedazo de carne; pero como que la humildad es verdad, no dejó de dar interiormente toda la gloria á su Dios, confesando su indignidad y ningun mérito y atribuyendo el caso á operacion milagrosa al referirsele en confianza á una amiga. No dicen los testigos que juran en el proceso, si estaba muerta ó no la niña: solo sabemos de seguro que no daba señales de vida y que tenia tres años; y añaden tambien que como en prueba del milagro le quedó una señal delgada como un hilo en la cara, que era menester mirarla con mucha atencion para distinguirla; pero que la conservó siempre, aun siendo carmelita descalza en el convento de Cuenca con el nombre de sor Catalina de los Ángeles. Finalmente deponen con juramento que *quedó mas hermosa despues del milagro, con la particularidad de que aun cuando salia al campo, donde con el sol suelen empañarse las hermosuras, ni el sol la ofendia, ni los aires la quemaban.*

Tambien la madre doña Juana Caso experimentó la predileccion de Mariana. Habia mandado construir una urna para una bellisima imagen de Maria santisima de Copacabana, título con que veneran en el Perú á la reina del cielo; y por haber tomado mal las medidas sin con-

tar con la corona de la imagen no fue posible hacerla entrar en la urna, á la que faltaban cuatro dedos de altura. Entró por casualidad Mariana en el cuarto, y preguntando por qué no se colocaba aquella imagen en su sitio, le dijo doña Juana que por ser chica la urna; pero que no seria malo que procurase ella hacerla entrar, y quizá obraria un milagro. Al oir esta palabra se horrorizó la humilde virgen, y tapandose el rostro huyó hácia su habitacion. Al dia siguiente entrando en casa de vuelta de la iglesia observó que su sobrina estaba muy afligida; y reconocida la causa le dijo que hiciese la prueba una y muchas vecés; pero al oir que la prueba estaba hecha y repetida y que todo era inutil, porque la urna tenia poco mas de media vara y la imagen con su corona tres cuartas, la tomó Mariana en sus manos, y diciendo: *Esta urna se ha hecho para esta imagen,* la colocó sin ninguna dificultad, y quedó allí por muchos años en memoria del prodigio. Por tal le tuvieron todos, asi como lo que sucedió en el mes de octubre de 1670, cuando al caer una exhalacion en casa de doña Juana anduvo culebreando al rededor de la imagen sin dejarle la mas pequeña señal, ni quemar un solo cabello, contentandose con hacer algun daño en un pie de la mesa en que descansaba la urna.

Otro prodigio semejante obró Mariana en cosa suya propia, y fue en una imagen del niño Jesus en quien tenia sus amores y todo su recreo, entretenimiento y regalo, como lo confesó ella misma á su confidente Petronila de San Bruno. Mandó hacer una silla proporcionada á su gracioso cuerpecito; y disponiendolo asi el Señor, tuvo la silla la misma falta de medidas que la urna y salió tan estrecha, que no era posible colocar en ella á su Jesus.

Triste y desconsolada Mariana puso la silla sobre el altar con ánimo de mandar hacer otra; mas al ir á verla al dia siguiente la halló tan capaz, que cupo en ella el niño con desahogo, y se llenó su alma de tanto gozo, que no pudo menos de llamar á Petronila para que fuese testigo del gracioso portento.

Acometida doña Gerónima de Paredes de los dolores del parto último, temian sus domésticos que perdiese en él la vida por muchas razones. Su edad era ya mas que mediana, sus dolencias muchas; pero lo peor de todo era una apostema que tenia en el vientre, la que si con algun esfuerzo llegaba á reventarsele, parecia inevitable la muerte. La misma paciente, sabedora de su peligro y avisada de él mas de lo que era menester por los llantos y clamores de sus hijos y domésticos, estaba sin alientos y esperaba su fin de un momento á otro. Entró en esto Mariana de vuelta de la iglesia, y advirtiendo el sobresalto de la familia se retiró á consultar con su divino esposo lo que habia de hacer en tan inminente riesgo. Concluida su breve oracion fue desalada al cuarto de Gerónima, y apartando las personas que la asistian, dijo: *Yo sola he de partear á mi hermana;* y llegandose á ella y suspendiendola entre sus brazos la hizo dar á luz la criatura con toda felicidad y arrojar de paso la apostema que tanto la atormentaba. Asi los presentes como los que oyeron despues el caso, atribuyeron á puro milagro cuatro cosas: el esfuerzo con que Mariana niña y debil tomó en peso á Gerónima, el parto tan pronto y feliz, la salud que desde aquel dia gozó la que hasta entonces vivia llena de achaques, y por último la misma recien nacida, pues no solo pudo recibir las aguas de la regeneracion, sino que con el tiempo fue religiosa carmelita de gran virtud y prudencia y una de

las fundadoras de Cuenca, llamandose sor Andrea Maria de la santisima Trinidad.

Aconteció en la misma casa de Mariana otro suceso parecido en la persona de una negra llamada Beatriz, esclava de Juan de Salazar. Veiase la infeliz apuradisima con las apreturas del parto, y todos pronosticaban su muerte y la del fruto de sus entrañas, cuando noticiosa Mariana de aquella necesidad salió de su aposento á socorrerla, y poniendole la mano en la cabeza le dijo estas palabras: *Dios sea servido de alumbrarte con bien.* Apenas las pronunció, pudo la paciente dar á luz con toda felicidad una criatura, que bautizada fue á gozar de Dios al otro dia. Refiriendoselo á Mariana su sobrina Juana Caso, respondió regocijada que aquel negrito estaba destinado al cielo y que era esclavo dichoso, pues disfrutaba ya de la libertad de hijo de Dios.

Habia parido tambien otra india doméstica, y estaba tan escasa de leche, que la criatura lloraba sin cesar la falta de alimento, acompañandole la madre, la cual veia acabarse por momentos la vida de su hijo. Compadecióse Mariana de tantas lágrimas, y preguntando á la india la causa y habiendola sabido de su boca le prometió eficaz remedio y específico infalible para aquella clase de males. Retiróse en seguida á su cuarto, y poniendose en oracion fervorosa pidió á su esposo el específico prometido, y no cesó de pedirsele hasta que ilustrada su mente con luz superior volvió á la india y la mandó que tomase unas hojas de ciertos higos indígenas de aquel pais y diversos de los de Europa por su fragancia, las cociese en agua y percibiese aquel vaho. Fue sin duda el tal remedio una capa con que la humildad de Mariana cubrió el milagro; pues á mas de que aquellas hojas no son de virtud cono-

cida para aumentar la leche, la de la india creció de repente apenas percibido el vaho, y Maria de Paredes que padecia de la misma escasez y criaba dos gemelos, no pudo conseguir una gota mas por cuantas repeticiones hizo del mismo remedio.

CAPÍTULO XV.

MILAGROS QUE OBRÓ MARIANA POR INTERCESION DE SANTA ROSA DE LIMA, Y OTROS VARIOS DEBIDOS Á SU CARIDAD PARA CON EL PRÓJIMO.

A poco de haber fallecido en Lima la esclarecida virgen Rosa, prez y lustre de la ciudad de los Reyes, volvió de la misma á Quito el capitan Cosme de Caso, y refirió por menudo á Mariana asi sus heroicas y singulares virtudes, como la opinion que gozaba de santidad, y los prodigios con que su celestial esposo se habia dignado de favorecerla en vida y en muerte. Hizo tan profunda mella en el alma de nuestra azucena, por lo parecida á la de la Rosa del Perú, la relacion del capitan Cosme, que si bien no la veneraba públicamente por no estar aun canonizada por la silla apostólica, le erigió un altar en su pecho y le consagró en él los mas decididos afectos. Recibió á mas de aquellas noticias unas hojas secas de rosa, que habian servido de gala al difunto cuerpo de la santa virgen, é hizo tanto aprecio de ellas, que juzgó tener en cada una un tesoro y una panacea ó remedio universal para toda clase de enfermedades. Como lo deseó y esperó, asi fue en efecto; y me contentaré con recordar para prueba dos solos casos.

Enfermó Maria de Paredes de un violento tabardillo tan cruel y riguroso, que hubieron de administrarle la

extremauncion. Preguntó doña Gerónima al médico por el estado de la enferma, y oyendo que no daba esperanza alguna de vida y que duraria muy poco, se fue sumida en el dolor á ver á Mariana y referirle la fatal sentencia. Al oirla la sierva de Dios dijo llena de confianza: *No, no, de esta vez no ha de morir; yo le enviaré una bebida, con que mejorará y recobrará la salud.* Sacó luego las rosas secas, y cociendolas en un poco de agua se las envió á la enferma, diciendo que con aquella medicina sanaria si la tomaba con fé. Bebió con ansia el agua la desahuciada, y al momento empezó á mejorar y en pocos dias se halló buena.

De la madre pasó el milagro á la hija, llamada Leonor Rodriguez, pues enfermando de mal de corazon que la dejó sin sentido, y yendo la madre á buscar remedio en Mariana, le halló por medio de las mismas hojas de rosa, pero tan cumplido, que despues de la primera toma no volvió en su vida la enferma á padecer de tal accidente.

Visitó Mariana á su íntima amiga doña Juana de Peralta en ocasion que estaba casi moribunda por un terrible tabardillo; y hallandola muy descaecida y fatigada y con todo el aplanamiento de quien ve ya muy próximo el término de su existencia, le cogió las manos, y compadecida de su estado le dijo: *No te aflijas, que no has de morir de esta enfermedad, y has de durar muchos años: ¡qué! ¿piensas que has de llevarme la delantera y ver á Dios antes que yo? Pues sepas que primero he de morir yo que tú.* Crecia el mal entre tanto y con él la tristeza de la enferma, la cual asistida de sacerdotes de la Compañía creia morir de un momento á otro á pesar de la promesa de su amiga. No pudo soportar largo tiempo

aquella vista su hermana doña Catalina, y saliendo de la habitacion por no verla espirar fue desalentada á la iglesia de la Compañía, donde postrada en un rincon empezó á dar salida á las lágrimas y desahogo á su pecho, esperando la noticia de una pérdida que creia irreparable. Vióla de lejos Mariana, y se acercó á preguntarla por la salud de la enferma: escuchóla enternecida, la consoló como pudo y se fue á ofrecer por tan urgente necesidad la comunion de aquel dia. Despues de comulgar volvió á Catalina y le dijo: *Bien puedes irte segura á casa, porque tu hermana no ha de morir de esta enfermedad.* No pudo dar entera fé á sus palabras la acongojada Catalina, y preguntandole el fundamento de tan resuelta promesa, aseguró Mariana que asi se lo habia prometido la reina de los ángeles Maria santisima hablandola desde su imagen del Pilar colocada sobre el sagrario. Cobró aliento con su dicho doña Catalina, y se volvió llena de confianza á su casa donde halló á su hermana tan notablemente aliviada, que pedia de comer. Comió en efecto con muy buen apetito: á poco entró el médico en la casa preguntando si habia fallecido, y al encontrarla con semblante alegre y pulso tranquilo exclamó: *Señoras, ¿por dónde ha venido esto? Esta salud es un prodigio muy grande.* Por tal le tuvieron todos al ver en breve con entera y perfecta salud á la que creian envuelta en una mortaja. Pero lo que es mas de admirar en este caso, es que siendo otras veces el mayor estudio de Mariana ocultar los divinos favores, pudiese tanto en ella la caridad, que por enjugar las lágrimas de doña Catalina no tuvo reparo en decirle que la misma reina de los ángeles le habia hecho la promesa.

Por esta misma caridad con sus prójimos mereció Ma-

riana que la omnipotencia divina obrase en su favor otros prodigios, que referiré brevemente. Llegó á Quito y se hospedó en casa de nuestra virgen, como que era su prima hermana, doña Maria Rodriguez de Paredes, cuando á poco se le lastimó de tal suerte un dedo de un pie, que sobre temerse que sobreviniese un cáncer la obligaba á cojear con mucha incomodidad. Entró un dia en el cuarto de Mariana, y encareciendole el triste estado del pie y los dolores tan agudos que sufria, compadecida vivamente la prima le dijo que se descalzase, tomó un poco de saliva de su boca, la aplicó á la parte dañada, y puesta sobre ella una hoja no se sabe de qué planta, le aseguró que pronto se veria sana. No habian pasado doce horas cuando le preguntó Mariana cómo se sentia; á lo que hubo de responder la enferma que el pie estaba bueno desde que habian tocado á él sus manos. Sonriyóse entonces la enfermera, y le dijo que se descalzase de nuevo para lavarle los pies con agua tibia y proseguir la cura, y hallando en efecto el pie enfermo sin señal alguna de lo pasado, dió á Dios las mas humildes gracias y se retiró á su cuarto sumida en su propia nada, pero llena de gratitud y de amor al soberano médico, á cuya amabilidad y destreza atribuia con razon el portento.

Sucedió con esta misma señora que siendo joven soltera y habiendo mandado hacer un vestido para presentarse en dia determinado, no podia recogerle á tiempo por falta del dinero necesario, que ni tenia, ni podia pedir á Cosme de Caso, su tutor ausente. Fue con su ahogo á Mariana, no tanto porque de su pobreza esperase el remedio, cuanto por comunicarle su pena, y excitó en aquella alma sensible la compasion hasta el punto de obtener de Dios un milagro. Empezó por animarla á que

confiase en Dios que nunca falta con el oportuno socorro; y cuando al cabo de larga plática la despedia algo mas consolada, le pidió por favor que cerrase la ventana, porque ya el sol llegaba al ocaso. Quiso complacerla su prima; pero por mas que forcejaba, no le era posible cerrar, hasta que diciendole Mariana que mirase si habia algun estorbo en el cerco, miró y con indecible asombro vió que lo que se oponia á sus esfuerzos, era una moneda ni mas ni menos del valor que ella necesitaba para salir de su apuro. Anunció al punto á la prima el hallazgo, y esta atribuyendolo á lo que realmente era, le dijo: *¿Qué mas quereis, si Dios ha dado el remedio conforme á vuestra necesidad?*

Tambien refiere con juramento el licenciado José Rodriguez de Paredes, vecino de S. Miguel de Ibarra y sobrino de Mariana, que siendo niño y viviendo todos en una casa, un dia de la Ascension del Señor se fue en compañía de un primo suyo, hijo del capitan Cosme de Caso, y de un negrillo esclavo á oir misa al convento de S. Francisco. Sospechó Juan Guerrero de Salazar, á cuyo cargo estaba la familia, que aquellos niños no habian oido misa en dia tan solemne, y quiso castigarlos ejemplarmente; para lo cual los mandó entrar en la habitacion de Mariana, que habia salido poco antes dejandosela abierta sin duda por disposicion divina. Llevó juntamente dos indios para que fuesen el uno potro y el otro verdugo en la ejecucion de los azotes. Estando todos allí, cerró las puertas por dentro con una fuerte aldaba, y sordo á las protestas y razones, á los clamores y lágrimas de sus víctimas, mandó descargar sobre ellas sin piedad fieros golpes. A los primeros llegó Mariana, y hallando cerrado y oyendo lo que pasaba dentro, mereció por

la compasion viva de su alma que milagrosamente se abriesen de par en par las puertas; á cuya novedad no pudo menos el zeloso Juan de Salazar de suspender el castigo, que dejó á poco del todo, cuando le dijo Mariana con seriedad que aquel proceder era injusto, pues los niños habian oido en efecto misa en S. Francisco, como ellos aseguraban.

El prodigio siguiente que descubre tambien su caridad y compasivo corazon, es de los mas admirables que se leen en los procesos, y al mismo tiempo de los mas auténticos, estando conformes en todas sus circunstancias los dichos de los testigos que lo juran. Vivia en casa de Mariana un indio casado con una india llamada Maria, á quien aquel, que era de oficio tejedor, mantenia con el trabajo de sus manos. Sembró el padre de la discordia su infernal cizaña en en el matrimonio, y dejandose arrebatar el indio de rabiosos celos y brutal enojo (á lo cual se añadia la embriaguez producida por la *chicha,* de que tanto abuso hace aquella gente), ideó una bárbara venganza, propia de quien aun en el cristianismo conservaba resabios de gentiles. Se llevó una mañana á la mujer con pretexto de bañarse en el rio *Mechangara,* á un sitio llamado *Ichimbia,* pequeño cerro junto á la ciudad, por lo comun solitario y muy á propósito para la iniquidad que meditaba. Al llegar á cierta parte que cae á las vertientes del rio, ató las manos por la espalda á la mujer, y descargó sobre ella tanto golpe, que la dejó toda descoyuntada y herida. No paró aquí su enorme brutalidad; porque haciendo de una faja un dogal la ahorcó con sus propias manos, y teniendola por muerta la echó en un barranco, y para que no se descubriese su crimen, la tapó con tierra y con matorrales. Tenia Mariana noticia del funesto suceso por re-

velacion divina, y con lágrimas y gemidos inconsolables pedia á su divino esposo poder y gracia para el socorro de aquella desventurada. Oyóla el Señor, y le inspiró que llamase á un cierto Roldan que vivia cerca de su casa, y le dijese que en tal paraje habia enterrada una india; que fuera allá, la desenterrara y la condujera á su presencia con el mayor sigilo posible. El dicho de Mariana y la curiosidad estimularon á aquel buen hombre, y buscando á otros dos se fue al sitio indicado: por las señas vino á dar con la persona que parecia cadaver, la sacó de aquel monton de tierra y malezas, mandó á los otros dos que cargasen con ella, y juntos la llevaron á casa de Mariana. Atravesada ella de mayor pena á tal vista, pero mas firme que nunca en su confianza no hizo otro remedio que estrujar una rosa que tenia en su cuarto, y aplicarsela por todas las señales de los golpes y al rededor de la garganta. Acudió el Señor á esta sencilla operacion con su omnipotente virtud, y no bien hubo aplicado Mariana la rosa, empezó la que parecia muerta á cobrar aliento vital, y en poquisimo tiempo se halló tan buena y sana como si no hubiera ocurrido jamas lance tan atroz y funesto, sin que le quedase mas que alguna señal en la garganta y por el cuerpo, prueba y recuerdo del singular prodigio. Leonor Rodriguez, española, y la india Catalina, que declararon el suceso en la presencia del ordinario, dijeron bajo juramento que habiendo preguntado á la india Maria quién la habia protegido en aquel conflicto, ó á qué santo se habia encomendado, respondió haber visto como entre sueños enmedio de sus congojas y agonías de muerte á su señora Mariana de Jesus, que le prometia no abandonarla. Sirvió este prodigio para obrar otro no menos notable en la reforma de vida y resurreccion del alma de la

misma india Maria, muerta por el pecado; pues en adelante sirviendo de lavandera á Mariana observó con diligencia y puntualidad los divinos preceptos, fue muy dada á la virtud y frecuencia de sacramentos y mereció que las personas de la casa la tuviesen en concepto de mujer sólidamente piadosa.

Pondré fin á la relacion de los milagros que se sirvió el Señor obrar en vida de Mariana, diciendo que le agradó tanto no solo la caridad de su sierva para con el prójimo, sino hasta su conmiseracion para con los irracionales, que no dudó confirmarlo con un prodigio. Habia en casa de Mariana un mastin, al que arrojaron los criados, no sé por qué motivo, en un pozo. Allí se conservó vivo el animal por espacio de treinta dias gracias á la compasion de Mariana, la cual le echaba diariamente el pan suficiente para su sustento, hasta que al cabo de un mes llamó á sus sobrinas doña Juana y doña Sebastiana, y concertó con ellas buscar unas sogas y un cesto ó una espuerta para sacar al infeliz animal del pozo. Hicieronlo asi las tres; y dispuesto ya todo segun el plan, echaron la barquilla suponiendo que el mastin se embarcaria apenas viese el remedio de su necesidad. En efecto sintieron peso y empezaron á tirar las tres á una, hasta que vieron el perro al brocal del pozo, pero con una circunstancia que las dejó pasmadas, y fue que quedandose en el fondo el canasto subió el perro con las manos atadas con la soga, como si abajo hubiese habido alguien que hiciera la ligadura. Dieron las tres gracias á Dios y sacaron por documento lo mucho que debe de agradar al Señor la piedad y caridad que se usa con el prójimo, cuando tanto mostraba complacerse en la compasion hácia un bruto.

LIBRO CUARTO.

SU GLORIOSA MUERTE, VENERACION DEL PUEBLO Y GRACIAS PRODIGIOSAS QUE OTORGÓ EL SEÑOR POR SU INTERCESION.

CAPITULO PRIMERO.

OFRECE MARIANA SU VIDA Á DIOS POR LA SALUD DE SU PATRIA, Y EL SEÑOR ACEPTA EL SACRIFICIO.

Cuando el divino maestro quiso demostrar á sus discípulos lo sumo y mas acendrado de la caridad, todo lo compendió diciendo que nadie amaba mas que aquel que exponia su vida por la persona amada y se ofrecia generoso por el amigo para librarle de la muerte. Y aunque el noble heroismo de esta caridad consiste principalmente en exponer la vida por la salvacion eterna de las almas, como lo hicieron los apóstoles siguiendo el ejemplo del divino maestro y sin reparar en el peligro á trueque de conquistar y salvar al mundo, tambien, dice S. Gregorio (1), significan aquellas palabras que es heroicamente caritativo quien se ofrece liberalmente por la salud y vida temporal de su prójimo. Corria el año de 1645, cuando la divina majestad quiso castigar con misericordia los vicios y pecados de la provincia de Quito enviandole como despertador una série de terribles temblores de tierra. Empezó el azote por la ilustre villa de Riobamba, cuyos ha-

(1) Lib. 3 de los Diálogos, cap. 37.

bitantes, sordos á las primeras voces de Dios y despreciando algunos pequeños terremotos producidos por un volcan alimentado en las entrañas del vecino cerro Tunguragua, merecieron sentir uno tan espantoso y extraordinario, que á su impulso cayeron todos los edificios á tierra, y pasaron á ser sepultura de vivos los que eran guarida de culpas. Llegaron á Quito los terribles sacudimientos, haciendo temer allí las mismas calamidades que en Riobamba; y asi como destruidas por Nabucodonosor las ciudades de Tiro y las demas de Judea, no se juzgaron libres los de Jerusalem, asi los de Quito, noticiosos de la ruina de Riobamba, temian con fundamento mayores castigos. Aquejaba ya á la ciudad una pestilencia mortífera de alfombrilla y garrotillo, pero tan tenaz y maligna, que de noventa jóvenes que vivian en el colegio de San Luis, solo tres no experimentaron sus rigores, cayendo enfermos los demas y muriendo no pocos. A proporcion fue el estrago de toda la ciudad, y llegaron á poblarse sus iglesias y cementerios de cadáveres y á no oirse en ella otra cosa que el clamoreo de las campanas y el alarido de los pobres enfermos. Era precisamente el tiempo de la santa cuaresma, y no faltaron zelosos predicadores que imitando á Jonás pronosticasen á Quito su próxima destruccion, si no arrancaba á Dios de la mano el azote con la conversion y la penitencia. Predicaba en la iglesia de la Compañía los domingos por la tarde el P. Alonso de Rojas, exponiendo la historia de Josué ante un concurso tan lucido y numeroso cual le merecia la fama de su virtud y talento, y llegando al domingo cuarto de su tarea ofreció al pueblo la remision de sus culpas, y le mostró abiertas las puertas de la divina clemencia, con tal que volviese humillado y contrito á su Dios. Concluyó la exhortacion

con una súplica ternisima y ardiente en que rebosando su caridad por los labios, ofreció públicamente á la divina majestad su vida por la salud del pueblo y pidió que castigase en él lo que habia de perdonar en la república, y que solo para su vida pasase á ser ejecucion lo que para los demas fuera amenaza. No aceptó el Señor la oferta, aunque nacida de zelo tan semejante al de Moisés, y segun todas las apariencias hubo de ser asi por la mediacion de Mariana. Estaba ella al pie del púlpito, y al concluir el predicador su ferviente peticion, transportada de caridad se ofreció en voz alta á su divino esposo cual víctima para aplacar su cólera. Calló de repente y luego siguió diciendo en lo interior de su pecho: «Mi confesor es muy »necesario para la salvacion de las almas; su vida es im»portantisima para reducir al rebaño de mi esposo sus ove»jas: de su direccion ha menester el pueblo, de su en»señanza la juventud, de sus talentos mi madre la Com»pañía. Mi vida está por demas en la ciudad: amo al pró»jimo como Cristo le amó, á mis paisanos como á herma»nos de Jesucristo: pues si este Señor ofreció liberalmente »su vida por dar á las almas vida y librarlas de la eterna »muerte, yo por imitarle os ofrezco, Dios mio, querido »esposo de mi alma, desde luego y al momento mi vida »porque cesen en Quito vuestros enojos, se templen vues»tros rigores y libreis á mis paisanos y hermanos muy »queridos del azote que descargais con la peste, y de la »ruina que se teme por los temblores. Conozco ser de po»co valor la oferta, pues soy criatura vil y despreciable; »pero suplan mis ansias esta falta. Acceptad mis clamores »y deseos, pues en cada uno ofrezco mi corazon; ejecutad »en mí vuestras iras; castigadme á mí sola porque no pa»dezca mi patria, ni sientan vuestra justicia sus mora-

»dores.» Esta era la retórica elocuente de su caridad, cuyo panegírico formó el que predicó en sus honras con las palabras siguientes, que cito como prueba y confirmacion de suceso tan importante en la vida de nuestra virgen. «Final-»mente, dice, murió martir, no solo por amor, ni por el »rigor del tormento, sino por el beneficio de su oracion: »oid cómo. Predicaba yo en este lugar, aunque indigno »ministro del Evangelio, el domingo cuarto de cuaresma »por la tarde la historia de Josué, y receloso de las cala-»midades que padecia nuestra república, de que nos die-»ron aviso las del temblor y ruina de Riobamba, hice un »apóstrofe á Dios suplicandole templase sus enojos y se sir-»viese de mi vida, que yo se la ofrecia por la salud del »pueblo; que castigase en mí lo que habia de perdonar en »la república. No admitió Dios mi oferta, ni oyó mi ora-»cion que era tibia, y mi vida de ningun valor; pero sí »admitió la misma oferta que en este tiempo le estaba ha-»ciendo con ardentisimo afecto al pie de este púlpito Ma-»riana de Jesus ofreciendo su vida por la salud del pue-»blo. Esta fue la causa de su muerte, como se infiere con »evidencia; pues retirandose á su casa cayó enferma aque-»lla noche del achaque de que murió: luego fue martir si »no á violencia de tormentos, sí á la eficacia secreta de su »oracion, sí á la fuerza de su caridad.»

En efecto pareció que el Señor habia aceptado la oferta en el hecho de haber cesado del todo los temblores, empezando á respirar la ciudad desde aquel punto. La epidemia cesó tambien tan felizmente, que jura el doctor D. Juan de Troya como testigo de vista que por Pascua ya no habia un caso siquiera, ni sombra de sus reliquias. Y hubo de costar bien caro á Mariana esta preservacion de Quito; pues lo mismo fue retirarse á su casa

despues del sermon, se vió acometida de tan grave enfermedad, que se reconoció que era la última de su vida, sin darle lugar á que volviese á salir de casa y acabándola en menos de dos meses de extraordinario padecer. No pretenderé yo ahora hacer eco á los encomios que mereció Mariana de sus compatricois y á las bendiciones que sin cesar le prodigaron por largo tiempo despues de su muerte, porque me reconozco con infinitamente menor capacidad de ensalzar como merece el heroismo de esta oferta cristiana, que la que tenia el orador romano cuando dijo sin pasar la esfera de lo natural no haber cosa mas dulce, ni mas amada que la patria y que ofrecer liberalmente la vida por socorrerla. Dejando pues á los panegiristas de esta virgen insigne todo el inmenso campo que los convida á recorrer este sublime rasgo de una breve. pero privilegiada existencia, me contentaré con referir los efectos de la aceptacion divina del sacrificio.

CAPÍTULO II.

ÚLTIMA ENFERMEDAD DE MARIANA Y EJEMPLOS DE VIRTUDES QUE DIÓ EN ELLA.

Postrada en cama Mariana el dia 26 de marzo y acudiendo los médicos, no tan solo hubieron de reconocer inútiles las medicinas que le aplicaron, sino que ni aun fueron capaces de calificar la especie de mal que padecia. Tampoco pudieron informar sobre él en los procesos los testigos de lo que ocurrió en aquel tiempo: solo se deduce de cuanto deponen que aquella enfermedad no era única, sino un agregado de varias y un conjunto de penosisimos síntomas; pues la hidropesía se le aumentó,

la calentura fue grande y excesivos los dolores de todo el cuerpo. Algunos de tan enormes padecimientos los declara su confesor diciendo «que fueron tales, que respi»rando con extraña dificultad y violencia, en cada respi»racion le parecia que agonizaba ó exhalaba su espíritu »por la boca. La fiebre era tan ardiente, que aunque se le »aplicaron muchas y diversas medicinas con continuas »evacuaciones de sangre en copiosas sangrías que le hicie»ron, ni se mitigaba el ardor, ni el médico que la asistia, »pudo concebir esperanzas de su salud. Cada dia se le »agravaba mas el achaque y recrecian los dolores po»niendola en las puertas de la muerte, para que en todos »tiempos se pareciese á Cristo crucificado. Asistieronla »sus hermanas y muchas de sus parientas, atravesadas »de pena de ver padecer á Mariana sin alivio; y aunque »fue mucha y extraordinaria su solicitud en buscar reme»dios y discurrir medicinas para su curacion, reconocian »ser en vano sus cuidados y casi ningunas sus esperanzas.» No le faltó en todo el tiempo de su enfermedad la asistencia de sus confesores, que lo eran por entonces el P. Luis Vazquez y mas principalmente el P. Alonso de Rojas, con quienes se confesaba de ordinario y comunicaba las cosas de su conciencia, descubriendo al segundo en particular los secretos de su vida y la oferta que de ella habia hecho por salvar á su patria, sin que le ocurriese el mas mínimo pensamiento de arrepentirse de su sacrificio; antes bien con nuevo fervor y complacencia siempre que trataba de ratificarle. Tambien la asistió con singular amor y cariño el santo hermano Hernando de la Cruz; y con él, asi como con cuantos la rodeaban, no eran otras sus pláticas que de Jesus crucificado, de los infinitos goces del cielo, del amor divino y de las ansias con que anhelaba su cora-

zon por el centro de sus deseos, que era la posesion eterna de su dueño. Cual avecilla generosa aprisionada en la carcel de su cuerpo batia las alas hácia el cielo, y se lamentaba de la ausencia de su amado; pero tan resignada á su voluntad, que no rehusaba mas larga ausencia á trueque de mas y mas parecersele padeciendo.

Intensisimos eran en realidad los dolores que sufria en todo su cuerpo, sin hallar en ellos mas consuelo que contemplar á su esposo desamparado y dolorido en la cruz; tanto que ponderandolo su confesor dijo públicamente haber querido Dios que la muerte de esta su sierva se conformase con su vida, y que la que viviendo habia caminado por la senda de la amargura, muriese en el Calvario, retratando antes en sí misma los dolores y desconsuelos de su esposo. Y como en Cristo fue martirio atrocisimo la sed, que le obligó á romper el silencio y quejarse; asi la hidropesía ocasionó á su esposa un indecible tormento de sed, tanto mas vivo y doloroso, cuanto mas decidida estaba á imitar á su divino modelo, quejandose sí, pero no aceptando el refrigerio que le ofrecian compadecidos los suyos, como dejo referido en el libro segundo.

Notables fueron mil otros ejemplos de raras virtudes que nos dejó en esta última enfermedad, parte de los cuales recordé ya tratando de su penitencia, y no hay para qué repetirlos: solo haré mencion de algunos que conducen á consignar por entero las circunstancias de su gloriosa muerte. Fue tan rara su honestidad aun en los últimos momentos de su vida, que ni el ardor de la fiebre, ni el desasosiego de tantos males juntos fueron capaces de obligarla á hacer el menor ademan descompuesto para buscar algun alivio. Pero lo que es mas de admirar aun, y prueba que su honestidad no pudo mejorarse, es que reconociendo

claramente Mariana que aquella enfermedad era la última, llamó á su hermana doña Gerónima y á su sobrina doña Juana, y con tiernas palabras y encarecidas súplicas les pidió que la amortajasen sin permitir á persona alguna, por amiga ó allegada que fuese, que se acercara á ver ó á manejar su cuerpo. Supo pedirlo con tanta y tan eficaz ternura, que las dos hubieron de prometerle ejercitar con ella aquel oficio de caridad por mucho que les costase. Pero llegó á mas alto grado su espíritu de pureza, porque no contenta con la palabra de hermana y sobrina pidió á su querido esposo que como custodio y protector de su cuerpo le librase despues de muerta de todo contacto humano, haciendo que al espirar se redujesen sus carnes á menudo polvo y ceniza. Ejemplo raro de honestidad, que demuestra lo mucho que amaria esta virtud en vida la que hubiera preferido la destruccion de sus miembros despues de muerta á la pena de verlos objeto de curiosidad licenciosa.

Ibase agravando por momentos el mal y de paso la pena y la zozobra de toda la ciudad, porque temian todos que el Señor sin atender á sus lágrimas quisiese llevarse para sí á su paisana, y preveian la falta que habia de hacerles, siendo su dechado con el ejemplo y con la oracion su escudo. Pretendian muchos consolarse al menos con su vista y admirar su rostro angelical, para que quedase mejor grabado el retrato en sus corazones; pero muy pocos merecieron esta dicha fuera de sus hermanas y algunas amigas dedicadas á la vida espiritual, por no querer la humilde virgen que se admitiese en su cuarto á personas extrañas. Sabedor del grave estado de Mariana el Sr. D. Fr. Pedro de Oviedo, obispo á la sazon de aquella diócesis, mandó á pedir licencia á la enfer-

ma para ir á visitarla y darle su última bendicion; y aunque la sierva del Señor se entristeció muchisimo con demostracion tan honrosa, y rogó encarecidamente á su divino esposo que estorbase aquella visita, hubo de conformarse al cabo, y su pastor tuvo el gusto de visitarla. Al verle Mariana entrar por sus puertas le dirigió estas palabras, hijas de su profunda y sincera humildad: *¿Cómo, señor, á una pobrecita como yo visita V. S. I.? ¿Qué demostracion es esta con quien es un desecho de la ciudad?* Grande fue el consuelo del piadoso prelado en aquel rato; y en la dulce y fervorosa plática espiritual que tuvo con ella, quedó confirmada la opinion que tenia de su santidad, pero no satisfecha del todo su devocion, pues queriendo coger la mano de Mariana para besarsela con reverencia, al notar el ademan la humilde y recatada virgen con singular presteza y muy á tiempo la retiró dejandole sin aquel consuelo, pero sumamente edificado y con siempre mayor concepto de la santidad de la moribunda.

Fue ya forzoso llevarle con solemnidad el santo viático; y aun en esto mismo parece quiso mezclarse su humildad, pues temerosa de que si se le llevaban de la catedral, que era su parroquia, seria mayor la pompa y acudiria mas gente con peligro de que penetrasen algunas personas en su habitacion y la viesen salpicada de sangre y con otros indicios de su penitencia, obtuvo del propio párroco que llevaran á su divina majestad de la iglesia del hospital de los pobres. No le salió sin embargo segun sus cálculos, pues el mayordomo del hospital, llamado Gaspar de Morales, que era el encargado del preparativo para la funcion, convidaba á cuantos encontraba por la calle, diciendoles: *Vamos á alumbrar al san-*

tisimo sacramento del altar, que quieren llevar del hospital á una santa y sierva de Dios; por lo cual y por haberse esparcido rápidamente la noticia acompañaron al Señor alumbrando varias de las personas mas visibles y principales de Quito. Llegó pues á la presencia de Mariana el soberano huesped, centro de sus potencias, iman de su corazon y vida de su alma; y deshecha en lágrimas y sollozos, arrodillada á los pies del sacerdote, recogiendo para ello todas sus fuerzas, con mas ansias que palabras y con la humildad de una esclava y el cariño de una esposa le recibió en su pecho como prenda segura de la bienaventuranza que aguardaba muy presto.

Varias son las pruebas del ansioso desasosiego de su corazon desde aquel momento por gozar cuanto antes de la vista y posesion de su amado; pero solo referiré lo que sucedió con el R. P. Fr. Juan Martinez Zarco, religioso á la sazon de la Compañía. Deseoso de visitar á la enferma en los últimos de su vida se valió del ardid que servia á otros para verla, ofreciendose por compañero del padre Luis Vazquez un dia que iba á confesarla en lugar del P. Alonso de Rojas ocupado en aquel momento; y yendo en efecto y diciendo á la venerable virgen al despedirse que dispusiese de su inutilidad para cualquier cosa en que pudiera servirla y consolarla, agradeció Mariana vivamente la oferta y le dijo estas formales palabras: *Padre mio, no le pido otra cosa sino que en sabiendo mi muerte se me dé prisa en que yo vea presto á mi Dios, ayudandome con sus sacrificios.* Esta fue la única súplica de quien no tenia mas pretension que ver á Dios apenas dejase el cuerpo.

Otros ejemplos de virtudes no menos admirables dejó Mariana en estos últimos dias de su vida; y citaré como

prueba las palabras con que lo declaró bajo juramento el testigo vigésimo cuarto en presencia del ordinario. «Con »ser mortal el achaque, dice, no quiso, ni pudo comer »carne, ni tomar una sustancia, como se lo ordenaban los »médicos; y hasta el dia en que murió, no se acostó en »la cama, ni se desnudó; y solo se arrimaba á ella ves»tida, y á veces se inclinaba sobre un colchon que ha»bian llevado al cuarto de la dicha Mariana de Jesus su »hermana y sobrina.» Que en todo aquel tiempo no comiese, lo dejo escrito en el libro segundo al tratar de su abstinencia, y atestiguado por sus confesores; y aunque lo que añade este testigo de no haberse acostado en todo el tiempo de su última enfermedad, no lo especifican otros, tampoco lo niegan; y bien puede prestarse fé á quien sobre no tener quien se le oponga lo afirma con juramento; tanto mas que el espíritu y tenor constante de vida de Mariana nos convidan á creer que nada hubo de parecerle mucho á trueque de hacer ver hasta en esto á su esposo que estaba en vela aguardando su llegada. Mas datos hay sin embargo de que el último dia de su vida no estuviese en cama, como tomando alientos para la gran jornada; pues de ello hacen mencion los mas de los testigos.

CAPÍTULO III.

PIERDE EL HABLA MARIANA TRES DIAS ANTES DE SU MUERTE, Y PAPELES QUE ESCRIBE COMO POR TESTAMENTO.

Iba empeorando por momentos la enferma, y llegó á tal extremo la hidropesía, unida á dolores intensisimos en el pecho, que le quitó el habla el dia 23 de mayo, impidiendola del todo el que pudiese formar una sola pa-

labra y buscar asi algun alivio por la boca, si bien le quedaron vivos y enteros los demas sentidos hasta el momento de su dichoso tránsito. Causó gran pena esta novedad á sus hermanas; pero fue sin duda una gracia especial con que quiso regalarla y complacer á su humildad el divino esposo. Esparcida la noticia de que se moria sin remedio, se llenó la casa de gente, entrando en ella muchas personas de distincion de todo sexo y estado, ansiosas de pedir á la enferma que se acordase de sus paisanos en el seno de Dios y les alcanzase el perdon de sus culpas y la bendicion de sus casas y familias; pero no lograron sus deseos, diciendoles las personas que asistian á Mariana, que era excusado el verla, cuando ya sin habla no comunicaba sino con Dios en su corazon. Desistian por tanto de su empeño; pero hubo no pocos que quisieron y lograron penetrar hasta su habitacion para gozar algunos momentos de la dulce vista de su apacible y tranquilo semblante.

Asi otorgó el divino esposo á Mariana el favor que tanto deseaba, segun consta por declaracion de Petronila de S. Bruno, á quien dijo aquella un dia en el seno de la amistad que estaba pidiendo á su Dios con fervientes y repetidas instancias que en los dias próximos al último de su vida le quitase el uso de la lengua, dejandole el de los demas sentidos. Deseosa la amiga de saber la causa de tan extraña peticion, le respondió Mariana: *Hermana mia, aquel tiempo no es de hablar, sino de estar con Dios; que hay mucho que entender en él; y es mejor hablar y estar con Dios que hablar de Dios*. Y asi lo hacia en verdad en aquel triduo de mudez, empleando sus locuciones interiores en ofrecer su corazon al que era centro de sus deseos, y ejercitandose en intensisimos actos de fé, espe-

ranza y caridad, de humildad, de resignacion, de paciencia y de las mas sólidas virtudes propias de tan preciosos momentos.

Solo Dios es sabedor de los consuelos y avenidas de fervor santo que en los tres dias inundarian su purisima alma, y que quedaron ocultos acaso por especial disposicion del cielo, pues como dice su mismo confesor, aunque aguardaban todos y él muy especialmente que se manifestasen en tal tiempo algunas ráfagas de su santidad en favores y regalos visibles del Señor, quiso mas bien que su muerte correspondiese á la mayor parte de su santa vida. Sin embargo en un papel que como algunos otros escribió para suplir el defecto del habla, declaró un favor singular, segun consta por declaracion jurada de persona que vió y leyó dicho papel. «Estando ya sin habla, dice »el testigo, en presencia del hermano Hernando de la »Cruz, pidió por señas recado de escribir, y sentandose »en la cama, como si no tuviera achaque alguno, le dió »cuenta de su alma escribiendo estas razones. Mi madre »santa Catalina de Sena me ha venido á visitar, y me ha »mostrado una guirnalda hermosisima, para que con ella »me corone el dia de mi partida, y me dice que el vier»nes á la noche entre las nueve y las diez han de venir »mi esposo y mi señora la reina de los cielos, de Loreto, »su madre, por mí.»

Los mas de los testigos refieren que este era el modo con que Mariana se comunicaba aquellos últimos dias á sus confesores para descubrirles su interior y librarse de las ilusiones del enemigo; y en cuanto al papel de que acabo de hablar, son muy notables en él tres cosas. En primer lugar la visita de santa Catalina, idea de vírgenes y dechado de santidad, se confirmó con otro suceso que

voy á referir. Declaró en presencia del ordinario Antonia Rodriguez Palomeros con otros dos testigos que viviendo ella en el convento de santa Catalina de Sena y estando una noche en la celda de una religiosa y en compañía de otra tercera, entró la venerable madre Ana de S. Pablo, de quien hice ya mencion, gran sierva de Dios y muy amiga de Mariana, y dijo con la intimidad de hermanas á las otras dos religiosas: *De esta vez, hermanas mias, se nos muere sin remedio nuestra Mariana de Jesus.* Preguntaronle las tres afligidas el motivo de dar con tanta resolucion la noticia, y respondió francamente que *por haber venido á visitarla del cielo santa Catalina de Sena para llevarsela á la gloria con una lucidisima guirnalda para su triunfo.* Todo esto lo oyó Antonia, y llena de la angustia que era propia de quien educada en casa de Mariana habia gozado de sus ejemplos, salió al dia siguiente del convento ansiando verla y buscar algun consuelo; pero al llegar á su casa la encontró sin el habla, que habia perdido la misma noche que la madre Ana de S. Pablo dió la noticia de su futuro tránsito. Y es evidente que no pudo esta religiosa tener conocimiento de la visita por conducto humano, cuando Mariana no escribió el referido papel hasta el dia siguiente á la pérdida del habla.

Lo segundo que arrojaba aquel escrito, era la profecía del dia y hora de la muerte, que habia de ser en viernes y entre nueve y diez de la noche. Todo lo vieron verificado al pie de la letra los que la asistieron, como luego se dirá; pero entre tanto Mariana sentia tal regocijo viendo que se abreviaba el plazo, que no contenta con expresarle por escrito, el mismo dia veinticuatro de mayo dijo á sus hermanos por señas, mostrandoles tres dedos de la mano, que solos tres dias le quedaban de penas. Entendieron ellos

con tanta claridad la cifra, que no hubieron menester de mas explicacion para conocer el poco tiempo que les quedaba de gozar de tan dulce compañía; y si bien el verla padecer tanto les era en extremo doloroso, se consolaban no poco viendo la tranquilidad de su corazon y el regocijo de su alma. Ni solamente en estos dias últimos y en esta enfermedad dió la nueva de su muerte; porque segun referí en el primer libro, gozando de salud y tres meses antes fijó el tiempo que le quedaba de vida, cuando alentaba á su sobrina doña Sebastiana Caso para subir á la gloria, diciendole que para la Pascua inmediata del Espíritu Santo la tendria á su lado en aquella mansion de júbilo.

Contiene tambien el citado escrito el nuevo y mas apreciable favor que le dijo santa Catalina habia de hacerle su esposo, bajando á su casa para llevarsela en compañía de su santisima madre; y tambien esto se verá verificado en el capítulo siguiente.

Llegó el dia veinticinco y segundo de su mudez, dedicado aquel año á la gloriosa memoria de la ascension del Señor, y asi por el vehemente deseo que sentia de acompañarle á los cielos, como por celebrar de algun modo especial la solemnidad del misterio, se levantó de la cama en que estaba recostada, y sacando fuerzas de flaqueza se fue con gran trabajo hasta la ventana del cuarto, que caia en frente de la capilla de nuestra señora de los Ángeles del hospital real, y desde allí oyó cinco misas de rodillas. Satisfecha asi su devocion, pidió por señas papel, pluma y tintero; y habidolo, empezó á notar con pulso debil algunas breves cláusulas, cuya sustancia fue la siguiente. La primera, que por amor de Dios la llevasen al cuarto de su sobrina doña Juana Caso; cuya cláusula se la

dictó la humildad y pobreza, por las que no queria morir en cama, ni en cuarto propio, ni donde hubiese peligro de que se observasen los instrumentos de su rígida penitencia. La segunda cláusula fue que le diesen de limosna una mortaja, y á los padres de la Compañía los suplicaba que diesen á su cuerpo sepultura en la iglesia de su colegio y bajo el altar de nuestra señora de Loreto, mostrando asi el amor entrañable que como buena hija tuvo siempre á la Compañía, no menos que la gratitud con que moria por haberle debido la educacion y enseñanza. Supose tambien despues por la declaracion jurada de su íntima amiga doña Catalina de Peralta que bastante tiempo atrás habia alcanzado Mariana licencia del padre general de la Compañía para ser enterrada en el colegio de Quito. Y á la verdad estaba muy en el orden que no faltase el difunto cuerpo de la iglesia, cuando la adórnaba aun en vida como una reliquia; y que precisamente se depositase en la capilla de Loreto, donde su alma habia tenido el verdadero templo de la paz y un seguro refugio en aquella gloriosa imagen, que despues se colocó en la iglesia del noviciado de la compañía de Jesus en el asiento de Latacunga. La tercera cláusula que escribió, se la dictaron la piedad y la reverencia debida á los que tuvo por sustitutos de padres en la crianza; pues con humildes palabras agradecia al capitan Cosme de Caso la santa educacion y el paternal abrigo que habia recibido de él, sin permitir que echase menos las paternales ternuras. Cerraba el escrito pidiendo á su hermana doña Gerónima y á su sobrina doña Juana que luego que muriese la pusiesen boca abajo, porque habia de arrojar mucha sangre por la boca, como sucedió en efecto, llenándose una palangana y empapando despues en ella una sábana para repartirla en pequeños trozos á in-

finitas personas ansiosas de poseerla. Todos creyeron y con mucha razon que la honestidad la movia á hacer esta demanda, temerosa de que por asearla hubiesen de tocar demasiado su cadaver.

CAPÍTULO IV.

PRECIOSA MUERTE DE MARIANA DE JESUS.

Amaneció el dia tercero del impedimento de lengua, y pidió Mariana por señas que la llevasen á la ventana de su cuarto para oir una misa que se decia en el altar de nuestra señora de los Ángeles, y tomar licencia sin duda de la soberana efigie para ir á ver su original en la gloria. Lo pidió con tanta uncion y ternura, que à pesar de su estado hubieron de condescender y llevarla en brazos á la ventana, desde donde oyó una misa ofreciendo en ella toda su alma al padre eterno, de quien era devotisima. Concluido el sacrificio y renovado el de Mariana, la volvieron á llevar al cuarto de doña Gerónima, donde ya residia, para morir en lecho ajeno; y á poco tiempo volvió á ratificar la noticia de su muerte, diciendo por señas en un solo dedo de la mano que aquel dia era el único de su vida. Hicieronle observar las que la asistian, que no era razon quisiese morir en aquel dia, no habiendo llegado aun de su hacienda el capitan Cosme de Caso, de quien era muy justo recibiese la bendicion antes de morir, ya que le tenia por padre; pero la enferma satisfizo á sus razones, dando á entender por señas que no moriria hasta que llegase D. Cosme; y desde entonces no cesó de preguntar de cuando en cuando por su vuelta.

Llegó finalmente el deseado, y hecho un mar de lá-

grimas al saber que se le moria la que habia sido el alma y la vida de su familia, se fue desalado á verla y á redoblar con su vista las penas de su acongojado espíritu. Apenas le divisó la enferma, empezó á darle en cada mirada un abrazo y en cada sollozo una muestra de agradecimiento, que explicaba tambien por los ojos derramando hilo á hilo lágrimas tranquilas; y al cabo de un rato de mutuas y tiernas miradas le pidió como pudo le echase su bendicion. Hizolo asi lleno de tristeza D. Cosme, asombrado de ver morir á un angel, y á lo que yo creo formando en aquella bendicion las alabanzas de Dios por haber criado á Mariana para asiento de la gracia y objeto de sus finezas.

Persuadido ya el facultativo de que eran inútiles todos los recursos del arte, apeló al remedio extremo, que completa la salud del alma y la da tambien al cuerpo si le conviene; y recetó la santa extremauncion, que recibió Mariana con señales extraordinarias de devocion y alegría. Estaban á su lado los padres de la compañía de Jesus Luis Vazquez, Alonso de Rojas, Alejo Ortiz y el venerable hermano Hernando de la Cruz sugiriendole los sentimientos y afectos mas á propósito para el gran paso á la eternidad, si bien poco habia menester ella de quien le sugiriese afectos, cuando toda el alma enajenada en su Dios se le veia pintada en los ojos, que no cesaban de derramar copioso llanto, clavados en el Crucifijo que estrechaba entre sus manos. Estaba en actitud tan envidiable la dichosa virgen, cuando al levantar una vez los ojos á lo alto empezó á desasosegarse y hacer señas á los circunstantes de que venian del cielo espíritus soberanos para conducirla á la gloria, y que su querido esposo en compañía de su madre santisima le traia una

palma y una corona para llevarsela con todas las insignias de triunfo. No entendieron bien algunos de los circunstantes las señas que hacia con las manos, y se acercaron á pedir la explicacion al hermano Hernando de la Cruz, quien la dió diciendo lo que acabo de referir: y rastreando por el movimiento debil del pulso junto con el significado de aquellas señas que le quedaban pocos instantes de vida, se acercó á uno de los dichos sacerdotes y le dijo que cuanto antes podia hacerle la recomendacion del alma. Leida en efecto con gran consuelo y ternura de la moribunda, insinuó el mismo hermano al P. Alonso de Rojas que ya era tiempo de conducirla al cielo con los dulcisimos nombres de Jesus y de Maria. Aplicóle entonces el padre á los labios la imagen de Jesus crucificado y le dijo que besase los pies de su redentor y los bañase de lágrimas, agradeciendole los pasos que habia dado para salvarla y el haberla enseñado á vivir y morir en su imitacion y seguimiento. Pasó despues á hacerla besar la llaga del costado diciendole con dulzura: *Entre, señora, en las entrañas de la misericordia divina, en que nos visitó el sol, que comenzó su carrera desde lo mas alto de Dios. Busque como paloma el nido del arbol de la vida, Cristo, la llaga de su pecho, para librarse de la tempestad deshecha de la muerte*. Aquí se detuvo la enferma por algun tiempo besando la llaga y bebiendo, por decirlo asi, con ansia de hidrópica las aguas de la divina gracia que despedia aquel santisimo costado, cuando de repente y con un movimiento ansioso se abalanzó á besar las espinas de la sacrosanta cabeza de su Jesus, en cuyo ósculo sin los horrores de la agonía en un visible acceso amoroso pasó su purisimo espíritu á las manos de su esposo celestial en edad de veintiseis años, seis meses y veintiseis

dias, el viernes 26 de mayo de 1645 entre nueve y diez de la noche.

Muerta la santa virgen Mariana, si bien el golpe hubo de ser sobre toda ponderacion sensible para sus hermanas y demas parientes, fue cosa muy de notar que siendo la mayor parte mujeres, ninguna pudo verter una lágrima; antes bien sintieron todas un placer y un júbilo que calificaron de nuevo, y tan vivo como si hubieran recibido la noticia mas placentera y alegre. Y no tardaron mucho en tener motivo de mayor regocijo, porque apenas espiró Mariana, se puso de rodillas delante del altarito aparejado para la enferma el venerable hermano Hernando de la Cruz, donde permaneció, segun lo juran los testigos, por espacio de una hora tan absorto y fuera de sentidos, que ni oia las palabras, ni sentia el empuje de doña Juana Caso y otras personas que le hablaron en aquel tiempo é intentaron moverle. Al cabo volvió de su enajenamiento y fervorosa oracion, y con voz animada y semblante risueño dijo estas palabras: *No tienen de qué afligirse, señoras, por la muerte de esta felicisima mujer, porque sin parar en el purgatorio se fue derecha al cielo á gozar de Dios con tantos merecimientos, que le sobran muchos para partir con los pobres que quedamos por acá.* Y volviendose á sus parientes les pidió dos cosas; la una que ejecutasen la voluntad de Mariana enterrandola en la iglesia de la Compañía; y la otra que no pensasen en gastar luto, ni en dar muestras de sentimiento, pues en aquella muerte no habia motivo de pena, sino materia de gozo y parabienes á la república entera; y era muy puesto en razon que haciendose fiestas á Mariana en el cielo, se la festejase tambien entre los hombres. Concluido el breve razonamiento, se llegó el venerable hermano al cuerpo de la

difunta, y postrado con gran veneracion de rodillas le besó las manos y los pies, siguiendole los sacerdotes y demas personas presentes en aquel acto de reverencia hácia el cadaver, que fue digno tabernáculo de tal alma.

CAPÍTULO V.

VENERACION EXTRAORDINARIA DE LA CIUDAD HÁCIA MARIANA DIFUNTA, Y SUCESOS PRODIGIOSOS ACAECIDOS ANTES DE SU ENTIERRO.

Fieles á la súplica de Mariana su hermana y sobrina se encargaron de amortajarla; y porque la habian oido decir en vida no pocas veces que el pobre hábito de S. Francisco que tenia el esqueleto de sus meditaciones, era su mortaja, determinaron ponersele como la mas preciosa gala que pudiera apetecer su espíritu de penitencia. No les costó poco el hacerlo, pues hubieron de quitar de su cuerpo los cilicios de rallo de que hablé en el libro segundo, dejando el de la cintura por no poder desunirle de la carne que asomaba por los agujerillos. Asi logró Mariana bajar al sepulcro con los atavíos de esposa del rey de los mártires. Quedó su cuerpo despues de vestido con tales apariencias de vivo, que parecia no haber causado en él mudanza alguna la muerte; antes bien como si hubiesen retocado su hermosura, tomó su rostro un no sé qué de mas apacible, se sonrosearon sus mejillas, y flexibles todos sus miembros empezaron á exhalar un perfume tan delicioso, que juntamente con la vista de aquel semblante infundia devocion y enamoraba las almas.

Estimulados sus parientes asi del concepto que tenian de su santidad, como del dicho del venerable hermano

Hernando, dispusieron colgar con rico damasco y preciosa tapicería, toda la sala donde habia de exponerse el cadaver y ademas forrar la caja de tafetan carmesí con encajes de oro y clavetearla con tachuelas doradas. Todo se ejecutó como se dispuso; y en una mesa colocada en medio de la sala, cubierta de vistosa colcha y adornada de clavellinas, rosas y otras flores de mano y del tiempo, pusieron como mas preciosa flor á la bendita azucena, matizando tambien su precioso sayal con variedad de flores. Dieron singular realce á aquel tierno espectáculo las religiosas del convento de santa Clara, enviando una hermosa palma y una riquisima corona, que hicieron un gran papel colocadas aquella en la mano y esta en la cabeza de la triunfante virgen.

Como quedó el cuerpo tan hermoso y aun mas lozano que en vida, fue muy facil que un diestro pintor la retratase con propiedad y semejanza, aunque no con la mortaja, sino con la sotana de la Compañía que llevó hasta su muerte; y es muy probable que la retratase entre otros, si no entonces, algun tiempo despues, el venerable hermano Hernando, de cuya destreza en el arte hablé ya largamente. Lo cierto es que se esparcieron por toda aquella provincia muchos retratos en muy poco tiempo, y todos muy parecidos y conformes asi en el traje de jesuita, como en la peregrina belleza de su rostro. Era este, segun los referidos retratos y las noticias que llegaron hasta nosotros, algo abultado, pero en proporcion agradable, apacible, cariñoso y de color muy blanco; los ojos negros, grandes y rasgados, la frente ni muy espaciosa, ni demasiado estrecha, las cejas negras, tendidas y pobladas, las mejillas teñidas de un dulce color de rosa, que fue el que puso su esposo y pintor divino por disi-

mulo á su penitencia; la nariz delgada con moderacion y la boca pequeña; bello conjunto sin duda y anuncio verídico de una alma como la que va pintada en este retrato de su vida y santas acciones.

Divulgóse aquella misma noche la noticia de su glorioso tránsito, y con ella corrió de casa en casa el sentimiento y el aplauso; pues al paso que todos la lloraban difunta, se hacian panegiristas de sus heroicas virtudes. Al dia siguiente ya era pública y universal la emocion aun en los pueblos vecinos, y tal, que con entusiasmo nunca visto en ellos, ni en la misma ciudad de Quito no se oia mas voz que la de *ya murió la santa; la santa se nos ha muerto*. Con espontaneo y devotisimo impulso llegaban á la casa de Mariana oleadas de gente, que en confusa mezcla, sin distincion de clases, sexos, edades ni condiciones corrian á verla y venerarla; y queriendo ser todos los primeros con porfía santa y no pudiendo serlo, se llenaron las tres calles inmediatas de infinito gentío que publicaba á voces las glorias de la difunta: sobresalian los pobres, quienes lamentaban á gritos una muerte que les arrebatara la providencia visible en sus trabajos.

Entrado el primer tropel en la casa empezó á hacer extremos de veneracion; y aunque no tuvieron modo de saquear su cuarto, que encontraron bien cerrado, llevandose, como ideaban, sus pobres alhajas, cilicios y disciplinas, sin el menor miramiento se abalanzaron al cuerpo y le arrebataron las flores, le despedazaron el hábito y le cortaron parte del cabello; y hubiera pasado á mas su osadía á no haber habido personas que defendieron asi el cuerpo como sus vestidos interiores. Pusieronle segunda mortaja, que duró menos que la primera, y no sirvió mas que para cebar la inconsiderada devocion de los que en-

traron de nuevo, quienes con mayor audacia que los primeros la redujeron á menudas trizas, saliendo vanaglorioso y triunfante el que sacaba mayor retazo. Los que no pudieron lograr tanto, se contentaron con hacer tocar al rostro de la difunta medallas y rosarios, que consideraban despues y repartian como inestimables reliquias.

No puedo pasar en silencio dos casos, con que pareció que el Señor queria honrar y defender la honestidad y pureza de Mariana aun despues de muerta; pues llegando mucha gente del pueblo á tocar la cara de la sierva de Dios se le hinchó con deformidad notable. Advirtieron aquella repentina hinchazon sus hermanos, y atribuyendolo á lo que era en realidad, mandaron con imperio á los circunstantes que se retirasen ó se abstuviesen de tocar mas aquel rostro, que se hinchaba por no poder resistirlo la honestidad de Mariana. Desistieron de su devoto empeño todos á una por la novedad del aviso; y en efecto el rostro bajó de pronto y recobró con el colorido de antes su belleza y lozanía. Afirman los testigos que varias veces se repitió el prodigio, segun acudia gente nueva que osaba tocar aquel rostro, al que no hubiera venido mal en tal ocasion el antiguo lema de la azucena: *Oculis, non manibus*.

El segundo acontecimiento no fue menos portentoso; porque despues de haberle robado los dos hábitos de san Francisco se cubrió el cuerpo de un sudor aromático, pero tan copioso, que fue menester enjugarle el rostro con delicados lienzos y algodones, los cuales se repartian como reliquias á los que no tuvieron la dicha de arrebatar algun trozo de la mortaja. Llegó á tal punto la estimacion y el aprecio de este sudor, que no pudiendo lograr una parte, aunque mínima, los que por el apretado gentío estaban

lejos del cadaver, inventaron colocar como pudieron unas mesas y ponerse sobre ellas atando á unas varas ó cañas muy largas un hilo ó cuerda tambien larga, de la cual pendia el algodon, que tocado al rostro de la difunta retiraban para sí y se le llevaban á fin de guardarle como un milagroso hallazgo.

Viendo los hermanos y demas parientes de Mariana que el santo entusiasmo de aquellas gentes crecia en vez de calmarse á medida que pasaban las horas, y temiendo que llegásen á cortarle los dedos de manos y pies, como ya amenazaban hacerlo á falta de otras reliquias, consultaron entre sí y se resolvieron á repartir al pueblo gran parte de la ropa y de los cilicios de la sierva de Dios, con lo que entretendrian la devocion mientras se hacia hora del entierro. Ejecutaronlo asi en efecto; pero como viesen los dependientes de justicia que el remedio no era nada eficaz, hubieron de poner en la casa y en derredor del cadaver guardias, que con espada en mano le defendieran de todo arrojo. Con este arbitrio pudieron vestirle por tercera vez, y cediendo el tropel se hubieron de contentar con verle y besar sin desorden los pies y las manos cuantas veces lo exigia su devocion; para lo que tuvieron tiempo suficiente por haber estado expuesto en aquella sala treinta y dos horas. Durante este tiempo puede decirse con verdad que Mariana fue el asunto de la conversacion en toda Quito y sus cercanías, por las plazas y caminos, en las calles y en las casas, pues no se oia mas que una voz comun que encomiaba sus virtudes y la colocaba al lado de los mayores santos.

El mismo Dios que unió los labios para formar el panegírico de su fiel sierva, unió tambien los corazones para que le tributasen el postrer obsequio; pues llegado el domingo 28 de mayo se sacó el cuerpo como á las cuatro de

la tarde, y fue tal el concurso, que á mas de estar atestadas de gente las casas se llenaron de un cabo á otro las dos calles que median entre la casa de Mariana, que fue despues convento del Carmen, y la iglesia de la Compañía. Indicio fue este sin duda del singular aprecio y veneracion de la ciudad; pero lo fue mayor el que sin haber precedido convite alguno se presentasen á acompañar el cadaver á mas del ilustrisimo señor obispo con su venerable dean y cabildo los párrocos de todo el contorno, todas las religiones, la real audiencia y el corregidor con todos los regidores y ministros seculares; de suerte que no hubo condicion, edad, ni sexo que no acudiese á honrar á Mariana ó en las calles, ó en el templo. Iba el precioso depósito en hombros de sacerdotes vestidos de sobrepelliz, y era tal el ansia de participar de la honra de llevarle, que de trecho en trecho se retiraban unos para dar lugar á otros, que á veces eran tambien seglares de distincion y categoría. Caminaban en derredor del féretro las mismas guardias que le sirvieron en casa de resguardo, y detras iban los padres de la Compañía como custodiando el tesoro con que los enriquecia el cielo.

Para que no se interrumpiese la serie de prodigios, permitió el Señor que la fiesta de nuestra señora de Loreto, que se celebraba por lo regular el domingo segundo despues de Pascua de Resurreccion, se trasladase aquel año al dia mismo del entierro de Mariana; por lo cual encontró el acompañamiento colgada y alhajada la iglesia y expuesta á la veneracion pública en el altar mayor la sagrada imagen. Entraba pues el cadaver por la puerta principal situada frente por frente de dicho altar, y con asombro y aclamacion instantanea de todos los circunstantes abrió un ojo y le dejó ver hermoso y resplandeciente como un lu-

cero: pasó adelante, y al colocarle en el sitio destinado para el entierro abrió el otro y fijó entrambos en la preciosa efigie de Maria santisima de Loreto. Atónito el P. Alonso de Rojas, que estaba próximo al cadaver, exclamo: *¡O qué gran prodigio!* Siguieronse los gritos de entusiasmo y alabanza del gentío inmenso que no cabia en el anchuroso templo; y como era de temer que se repitiesen las escenas del dia antes, se subió al túmulo y con suma reverencia cerró aquellos ojos abiertos por milagro, y asi pudo darse principio al oficio de difuntos, estando en derredor del féretro muchos religiosos y colegiales del colegio de San Luis. Unos y otros recibian del pueblo y de personas distinguidas infinidad de rosarios, cruces y medallas, que algunos sacerdotes tocaban sin cesar al rostro y manos virginales de Mariana; y entre otros fue á hacer tocar el suyo con singular devocion y afecto el ilustrisimo D. Fr. Pedro de Oviedo, obispo de Quito y arzobispo despues de las Charcas.

Crecia por minutos el entusiasmo y santo frenesí de las gentes; y llegó á tal extremo antes de que concluyese el oficio, que armados de tijeras y navajas pudieron penetrar hasta el mismo cadaver, y empezando á hacer trizas la mortaja intentaron cortarle los dedos; lo que hubieran hecho de fijo, si la real audiencia no hubiese dispuesto al punto que se clavase la tapa de la caja y sin dar tiempo á la conclusion del canto se bajase á la bóveda. Todo se ejecutó con presteza y hasta con precipitacion sin dar lugar á que se entonase el último responso, y en medio de la griteria confusa y el tropel casi impenetrable de la gente. La bóveda en que depositaron los padres el precioso tesoro, fue la de Juan de Vera Mendoza y de doña Maria de Vera, que se llamaba de S. José por es-

tar en su capilla; ofreciendo asi sepulcro provisional á Mariana, como lo notó despues el panegirista en sus honras, el gloriosisimo patriarca, ya que no podia hacerlo su esposa, por no estar acabada aun á la sazon la bóveda de nuestra señora de Loreto.

CAPÍTULO VI.

SUCESOS PRODIGIOSOS EN CASA DE LA DIFUNTA VÍRGEN: HONRAS Y TRASLACION DE SU CUERPO Á LA BÓVEDA DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO.

A falta de las innumerables pruebas de la verdadera santidad de Mariana que van referidas en esta obra y estan sacadas fidelisimamente de los procesos de su beatificacion, pudieran bastar las que se dignó de dar el cielo en diversas ocasiones despues de su glorioso tránsito, y cuya relacion tiene el mismo respetable orígen. Depone pues en el proceso primeramente la madre Andrea de la santisima Trinidad, sobrina de Mariana y de ocho años de edad cuando murió su tia, lo que le pasó con una devota imagen de Jesus crucificado que quedó en el cuarto de Mariana, pintada en lienzo de una vara de alto, y que por devocion solia la sierva de Dios tener cubierto con un velo de tafetan morado. Abrió la niña un dia aquel cuarto, cuya llave tenia, y vió que el velo del Crucifijo estaba levantado y recogido todo en la parte superior del cuadro: cubrióle de nuevo sin hacer el mayor alto en la novedad, hasta que entrando segunda vez sin haber dado á persona alguna la llave le vió lo mismo que la primera; y no sabiendo á qué atribuirlo dió parte á su madre, y domésticos de lo que ocurria. Desearon todos

saber si era, verdad el hecho y yendo al cuarto de Mariana pudieron observarlo no una, sino muchas veces; pues cuantas dejaban corrido el velo al salir, otras tantas le veian subido y arrollado sobre la cabeza del Crucifijo cuando entraban de nuevo. Once años despues de la muerte de Mariana, estando ya para ser religiosa carmelita la misma sobrina, volvió á observar el prodigio por espacio de unos veinte dias, convidando á presenciarle tambien á doña Feliciana de la Rua S. Roman, esposa del regidor Alonso Sanchez de Luna, con quien habitaba en casa de su tia. Muchas serian las conjeturas de lo que semejante portento tan repetido y evidente pudiera significar; pero lo que es cierto que aquella joven creyó tener en el cuadro de su tia un tesoro y se le llevó al convento, donde se guardó con suma veneracion colocandole en el coro de las religiosas cuando pasaron á la nueva casa, que como dije, era la misma de Mariana convertida en monasterio.

Por el mismo tiempo ya próximo á la traslacion vieron varias personas que de la ventana del cuarto que fue de la sierva de Dios, salian brillantes rayos de luz: uno de los que los vieron, fue el mismo regidor Sanchez de Luna, el cual llegando á casa á deshora de la noche y viendo aquellas luces preguntó á su esposa doña Feliciana si habia ido al cuarto de Mariana con alguna hacha encendida. Respondió la señora que ni ella, ni nadie, pues estaba el cuarto bien cerrado; y yendo D. Alonso á pesar de la respuesta á examinarlo por sí, halló en realidad cerradas perfectamente puertas y ventanas; por lo que conjeturó, asi como los demas que en otras noches observaron los mismos resplandores, que eran cosa extraordinaria y divina.

No fueron estas solas las demostraciones festivas del

cielo; pues aquella india Catalina que había servido á la difunta y vivia junto á su casa, oyó de noche una música celestial en el mismo cuarto de su señora; pero música tan melodiosa y dulce, que le robó toda la atencion y le embelesó el alma. Poseida de placer tan nuevo empezó á distinguir con claridad la voz de Mariana y de doña Sebastiana su sobrina que cantaban como á duo, y deseando comunicar su júbilo, envió á llamar al regidor Sanchez de Luna y á su esposa. No estaba aquel en casa, y su señora temerosa en extremo de las cosas de la otra vida no se atrevió á ir; pero envió á una negra de su servicio y á otras personas de su familia, las cuales todas oyeron y gozaron lo mismo que Catalina no aquella noche sola, sino muchas otras, sin poder obtener jamas que doña Feliciana pasase á oirlo y gozarlo una siquiera. Y fue mas singular aun el prodigio; pues siendo la india Catalina muy sorda por su avanzada edad, tanto que era preciso dar gritos descompasados para hablarla, desde el punto y hora que oyó la voz celestial de Mariana y su acompañamiento, recobró perfectamente el oido. Asi lo jura el regidor Sanchez de Luna en su declaracion auténtica, diciendo haber él mismo experimentado antes la gran sordera de la india y despues su total expedicion en oir y responder á los que la hablaban. Tanto este señor como su esposa testifican tambien haber percibido en la habitacion de Mariana un olor tan suave y una fragrancia tan exquisita y nueva, que vencia la de las materias aromáticas y de los preciosos perfumes.

A las honras que hizo el cielo á la sierva de Dios, correspondieron las que le dedicó la tierra. Un mes poco mas ó menos despues de su glorioso tránsito se celebraron en la iglesia de la Compañía, y todo fue en ellas extraor-

dinario, el concurso, el aparato y las muestras especiales de veneracion y de aprecio, que referiré brevemente. El concurso fue lucidisimo y muy numeroso, es decir, casi toda la ciudad de Quito con su obispo D. Fr. Pedro de Oviedo, los dos cabildos eclesiástico y secular, las religiones y la real audiencia. El aparato consistió en colgaduras de terciopelo carmesí y otras preciosas telas, que cubrian de arriba abajo todo aquel magnífico templo, adornado tambien con muchisimas luces: solo se cubrió de negro el féretro y el altar mayor para la celebracion del divino sacrificio. Tuvo por panegirista de sus virtudes á su mismo confesor en los últimos años el P. Alonso de Rojas, el cual desempeñó su cometido con el acierto y la afectuosa elocuencia de quien tenia tanto conocimiento del asunto y tan interesado el corazon en agotarle. Acompañaron al predicador en sus alabanzas muchos de la Compañía y algunos seglares, que adornaron el túmulo con poesías elegantes, asi castellanas como latinas, expresando en sus conceptos el universal de que gozaba esta virgen, y del que no es prueba indiferente el haber permitido los padres de la Compañía en su iglesia un funeral de persona finada un mes antes con el aparato y la devocion que pudiera consagrarse al recuerdo de un santo.

Concluida la pompa fúnebre, se dirigió la concurrencia precedida de las autoridades eclesiástica y secular á la bóveda de S. José para sacar el cuerpo y trasladarle á la de nuestra señora de Loreto ya acabada, cumpliendo asi la peticion de Mariana de que la enterrasen á los pies de su madre y señora Maria santisima. Abrieron la caja los padres jesuitas, y hallaron el rostro tan hermoso y tan risueño como si fuera de persona viva; y temiendo algun arrojo de la piedad cerraron al punto y trasladaron su te-

soro á la antedicha bóveda, donde le colocaron entre las incesantes aclamaciones del pueblo, que sentia el júbilo que suele infundir el Señor en las traslaciones de los santos, dandose unos á otros el parabien de tener á Mariana por paisana y protectora.

Á los tres años de esta traslacion dispuso el regidor Sanchez de Luna lugar mas honroso para su venerable parienta, y entrando en la bóveda con algunos padres de la Compañía abrieron el ataud y hallaron el cuerpo ya deshecho, y segun dice la declaracion, *hecho una pasta* de preciosisimo olor. Pusieronle pues con decencia en un cofrecillo de plomo y este en una caja de piedra, y le trasladaron y colocaron debajo del altar de nuestra señora de Loreto en otra caja forrada de precioso damasco con este epitafio: *Aquí yace la angelical virgen Mariana de Jesus y Paredes.*

CAPÍTULO VII.

VENERACION QUE MERECIÓ MARIANA DIFUNTA Á SUS PAISANOS, Y ELOGIOS QUE DE ELLA HICIERON SUS CONFESORES.

Divulgada en la provincia de Quito y en todo el reino del Perú la dichosa muerte de Mariana, se difundió tambien con la velocidad del rayo la fama y la menuda relacion de sus admirables virtudes; por lo que no hubo, puede decirse, particular de alguna consideracion, ni monasterio de religiosas que no pretendiese poseer alguno de los muchisimos retratos que de ella se sacaron apenas muerta. Nacia esta amorosa competencia de una cierta confianza, que rayando en seguridad se apoderó como por encanto de los ánimos de toda aquella gente, segun la cual habian

de ver á Mariana tarde ó temprano declarada su protectora y ejerciendo desde el cielo y sobre sus altares el oficio de abogada, asilo y refugio de todo el reino. En el capítulo siguiente diremos los nuevos motivos que tenian diariamente para esperarlo, y referiremos algunos de los muchos prodigios debidos á su intercesion: por ahora baste saber que movidos de esta esperanza no menos que de gratitud pidieron los de Quito ante los jueces ordinarios se hiciesen competentes diligencias y se recibiesen jurídicas declaraciones sobre las virtudes de Mariana para poner la causa ante el infalible juicio del romano pontífice. Pero ya es tiempo de consignar el concepto que de ella tuvieron los que manejaron su conciencia, por si no basta lo que dejo referido en varios lugares.

Los PP. Juan Pedro Severino y Luis Vazquez, cuyos cargos importantes, letras y santidad bosquejé en el primer libro, hablando con ingenuidad religiosa de la virtud de Mariana usaron de una cierta ponderacion, que en sus labios vale sin duda mucho. Llegóse al P. Vazquez un devoto colegial de S. Luis y luego párroco de S. Roque de Quito, llamado Cosme Sedeño, y le preguntó como á confesor que habia sido de la sierva de Dios, cuál era el juicio que formaba de su santidad. A lo que respondió el padre estas precisas palabras: *Santa Catalina de Sena no fue mas santa que Mariana de Jesus*. Lo mismo sucedió con el P. Juan Pedro Severino. Acababa de explicar en su cátedra teológica un dia á los pocos de haber fallecido Mariana, y deseosos los discípulos de saber con individualidad algunas cosas de su espíritu y virtud de boca del padre, que la habia tratado y confesado, preguntaronle su parecer acerca de lo conmovida que estaba la ciudad, y si en efecto merecia tanto la difunta.

Empezó entonces el P. Juan Pedro á hacer por respuesta grandes encomios de muchas santas vírgenes, y en especial de santa Catalina de Sena, y terminó con estas palabras: *Pues á mi juicio no son menores grados de santidad los de nuestra Mariana de Jesus, que los que tiene santa Catalina de Sena.* Bien sabian estos dos varones insignes que solo á Dios toca sondear el mar de la perfeccion de una alma, midiendo en cada santo la anchura y profundidad del amor en que consiste la plenitud de la ley; y nadie extrañará por tanto que yo cite sus tan resueltas palabras como prueba excelente de la santidad de nuestra virgen.

Hicieron eco con los suyos á estos elogios los padres Pedro, Marcos, Hernando, todos de Alcocer, y Juan de Enebra, profesos de la Compañía y respetables por letras, virtud y desempeño de cargos delicados é interesantes en su orden, los cuales se hacian lenguas ponderando la prodigiosa santidad de Mariana. El P. Pedro de Alcocer empezó por desahogo de afecto á escribir su vida; mas le atajó la muerte muy á los principios de su trabajo. Nada diré del sumo aprecio y alta veneracion que mereció al P. Alonso de Rojas, de cuya oracion fúnebre ó panegírico he trasladado ya algunos trozos en el discurso de esta historia; pero no puedo menos de copiar íntegra la carta que el P. Juan Camacho, propio y principal instrumento de la santidad de Mariana, escribió al capitan Cosme de Caso al recibir en Riobamba la noticia de su gloriosa muerte. Dice asi: «Señor Cosme de Caso: No sé si dé á V. el pésame ó plá»ceme del aviso que me escribe; porque á mí sí me pesa »de la falta que hará tan lucido ejemplo de santidad. Pla»ceme la seguridad que tengo de la mucha gloria que go»za, como la memoria de haber sido yo, aunque indigno,

»el instrumento de que nuestro Señor se sirvió para pro»moverla á tan alto grado de virtud. Mas tiempo y papel »era menester para hacer extensa relacion de ella; mas »dejando las muestras exteriores á tantos ojos patentes, y »reduciendo á breves puntos lo interior que puede servir »al sermon, digo lo primero: que nuestro Señor la levantó »á lo supremo de la contemplacion, que consiste en cono»cer á Dios y sus perfecciones sin discursos y amarle »sin interrupcion. Las penitencias mientras la regí yo, »fueron raras y mayores que las que naturalmente parece »pudiera tolerar un cuerpo tan debil, si bien por estar »persuadido despues de mucha atencion y examen á que »eran inspiradas de Dios, se las permití. Seis y siete ci»licios juntos traia muchas veces, y algunos de ellos de »cardas. Las disciplinas, hasta derramar sangre en ellas, »dos y mas veces las hacia cada dia. Dormia muchas ve»ces amarrada á una cruz, otras sobre una escalera. Los »ayunos milagrosos, porque dejados los de pan y agua »que frecuentemente hacia á los principios por espacio de »algunos años, no se desayunaba sino de quince en quince »dias, y entonces con una rebanada de pan que volvia á »rebosar. Habia hecho voto de castidad y virginidad, que »conservó sin un mínimo pensamiento que la pudiese aman»cillar, ni átomo de imaginacion que de mil leguas la »pudiese deslustrar; de obediencia á su confesor, que exac»tisimamente observó; de pobreza, que guardó despojan»dose de cuanto tenia, hasta de la llave de sus alhajillas, »y no recibiendo, ni dando nada sin licencia de su con»fesor. Gastaba lo mas del dia y de la noche en oracion »asi vocal como mental, exámenes, leccion espiritual y »meditacion, sin dormir apenas una hora. Fue rarisima »la pureza de su alma, siendo forzoso para absolverla, por

»no dar materia cierta, recurrir á alguna cosa de la vida »pasada. No perdió la gracia bautismal en toda ella. Fue »humildisima y sentia con extremo el que la tuviesen por »virtuosa; á cuya causa mucho tiempo buscaba los rin- »cones de la iglesia porque no la viesen. Pidió á nuestro »Señor no la llevase por camino de regalos, sino de as- »perezas y trabajos á imitacion de doña Maria de Vela, »á quien fue muy aficionada, y cuya vida leyó muy de »ordinario por imitarla, y consiguiólo de suerte, que los »tedios, desolaciones y agonías interiores que padecia, le »hubieran mucho antes ocasionado la muerte, si nuestro »Señor no le hubiera milagrosamente, como pienso, con- »servado la vida por aumentarle sus méritos. Y aunque »tan desconsolada, no le daba tanta pena su desconsuelo »cuanta el temor de no ser á otros molesta y mostrarseles »amorosa en sus respuestas. Mucho mas pudiera alargar »esta relacion; pero para el intento esto bastará. Guarde »Dios á V. como deseo. Riobamba y junio seis de mil »seiscientos y cuarenta y cinco años. = Juan Camacho.»

CAPÍTULO VIII.

APARICIONES DE LA SIERVA DE DIOS Y MILAGROS QUE OBRÓ EL SEÑOR POR SU MEDIACION CON DOÑA GERÓNIMA DE PAREDES.

Dos veces consta que se apareció Mariana despues de su muerte, y una y otra con tan admirables y provechosas circunstancias, que me ha parecido conveniente hacer de ellas capítulo por separado. La una acaeció en la hacienda de una sobrina suya, llamada doña Maria Rodriguez de Paredes, en el territorio de S. Miguel de Ibarra cerca del pueblo conocido con el nombre de *Tumbabiro,*

y fue en esta forma. Servia á dicha señora una cierta mestiza llamada Beatriz, que padecia habitualmente de dolores intensos de cabeza; y llegó en una ocasion á apurarla tanto, que compadecida su señora le aplicó un huesecito de su tia, atandosele con una venda teñida en su sangre. Hizo esta operacion á eso de las nueve de la noche, y dejando á la paciente en su lecho al parecer mas sosegada, se retiró á su habitacion, y se recogieron asi ella como su padre y una tia suya que á la sazon estaba en la hacienda. Ignoraban todos que la infeliz mestiza tenia trato ilícito con el mayordomo de la casa, y por lo tanto estaban bien ajenos de lo que iba á hacer á poco de quedar sola, que fue admitirle en su cuarto á pesar de sus dolores y del sagrado apósito de las reliquias. No habian pasado mas que breves momentos cuando vieron entrambos que se abria el techo de la pieza y entraba por él una señora bella y majestuosa; pero con el rostro airado y severo, con una vara de fuego en la mano derecha y sirviendole como de pajes cuatro jóvenes, cada cual con una hacha encendida, y que llegandose á la mestiza le dijo: *¿Cómo te atreves, siendo tan deshonesta y lasciva, á tener mis reliquias en tu cuerpo? Quitatelas luego ó te quitaré la vida con esta vara.* Llena de pavor la infeliz delincuente arrojó al punto al suelo el hueso y la venda que tenia en la cabeza, y desapareció de repente la vision, quedando de nuevo el cuarto en tinieblas. No es para dicho el espánto de los dos pecadores, que sin poder moverse, como si estuviesen atados de pies y manos, empezaron á dar gritos pidiendo socorro á todos los de la casa. Acudieron al momento doña Maria de Paredes, su tia y su mismo padre temerosos de algun caso imprevisto; y entrando en el cuarto los hallaron abismados en un mar

de lágrimas, cubiertos de un sudor frio, trabada la lengua y sin libertad siquiera para respirar. Procuraron calmarlos, y viendo las reliquias en el suelo y preguntandoles la causa de tan espantosa novedad, lo oyeron todo de su boca juntamente con la peticion de que por Dios los casasen cuanto antes para salir de tan mal estado. Entonces el capitan Francisco Rodriguez exclamó diciendo: *¡O, quién tuviera aquí un escribano, que diera fé y testimonio de caso tan prodigioso!* Pero si tan pronto no, es hizo despues ante el juez ordinario señalado para esta causa. Lo que sí se verificó sin pérdida de tiempo, fue el matrimonio; pues al dia siguiente los unió el párroco, divulgandose el suceso por toda Quito, y sacando todos en consecuencia que Dios velaba por el honor de su sierva y que las reliquias de los santos merecen suma veneracion y respeto.

La segunda vez que se apareció, fue á su hermana doña Gerónima de Paredes, enseñandonos la conformidad que es justo tengamos en todo acontecimiento con la voluntad divina. Hallabase dicha señora en las haciendas que tenia en el pueblo de S. Miguel, cuando le llevaron la noticia de que su hija doña Maria Caso, mujer del regidor Sanchez de Luna, estaba en Quito muy enferma y en peligro de muerte; y sin reparar en el rigor de la estacion, ni en la deshora de la noche se puso en camino para verla y asistirla en aquel lance. Iba sobre su cabalgadura encomendando su necesidad á Mariana ya difunta y diciendole estas palabras: *Hermana mia, alcanzad de vuestro esposo la salud de mi hija, que la tengo bien apurada;* cuando acometida de breve sueño vió á la sierva de Dios, que le decia: *Un imposible es el que pides, hermana, porque está decretada la muerte de tu hija, y asi*

conviene. Despertóse al desaparecer la vision doña Gerónima tan persuadida de la muerte de su hija, que no pensaba en otra cosa que en conformarse con el divino decreto. Llegó á Quito, y al entrar en casa de la enferma dijo por primera salutacion á los que salieron á recibirla: *Infaliblemente muere mi hija;* y aunque todos empezaron á darle esperanzas, ella insistió en lo mismo, procurando que se atendiese únicamente al remedio del alma. Quiso doña Catalina de Peralta saber la causa de tanta insistencia en su opinion, y Gerónima le refirió el suceso, que en efecto tuvo el desenlace que era de creer, pues murió la enferma, y su madre quedó enteramente tranquila y conforme, confiando en que correria de cuenta de Mariana el suplir su falta en todas las necesidades de la familia.

Bien la experimentó propicia por dos veces la misma doña Gerónima en dos enfermedades muy peligrosas, de que la sacó milagrosamente. La primera fue de cinco cirros que la molestaban en los pechos y le causaban intensos dolores y bien fundado recelo de que creciendo acabasen con su vida ó á lo menos se la hiciesen en extremo miserable. Apurabanse todos los remedios y recursos de los facultativos, que ya no encontraban que ordenar; y viendose un dia sumamente acongojada, avivó su fé, alentó su confianza y se aplicó á la parte dañada unos lienzos teñidos en la sangre que arrojó Mariana por la boca despues que espiró: luego con devoto y encendido afecto y hablando con su hermana mas con el corazon que con los labios pronunció estas palabras: *Hermana mia, como has sanado á otros, saname á mí;* y añadió una breve oracion para que el Señor la sanase por intercesion de su sierva. Terminar ella la súplica y huir los dolores y desaparecer toda incomodidad fue una sola cosa, si-

guiendo el total alivio en lo que le quedó de vida. Diversos testigos juran en el proceso que con aquellos lienzos empapados en la sangre de Mariana se hicieron muchos prodigios, si bien no citan las personas con quienes se obraron, ni refieren sus circunstancias.

El otro caso, en que consiguió doña Gerónima la salud por la proteccion de su hermana, fue un cruel tabardillo que se juzgaba sin remedio, y en cuyos mayores accesos le pusieron una camisa de la sierva de Dios, con la que empezó á mejorar hasta el punto de desaparecer la calentura y hallarse sana enteramente, teniendo el suceso los médicos por sobrenatural y milagroso.

CAPÍTULO IX.

MILAGROS QUE SE DIGNÓ DE OBRAR EL SEÑOR POR LA INVOCACION Y EL RETRATO DE MARIANA.

Juran conformes cinco testigos el siguiente prodigioso suceso como público y notorio en la villa de Ibarra. Viajaban á pie hácia el pueblo de Cayambe una mujer española con un hijo muy pequeño y un indio; y habiendo de vadear por fuerza un rio peligroso llamado *Guachala*, dijo la mujer al indio que le vadease primero llevando al niño en brazos, y que ella los seguiria cuando los viese en la orilla opuesta. Dicho y hecho; cargó el indio con la criatura y empezó á pasar el rio; mas á los pocos pasos sintió tan violento el ímpetu de la corriente, que todos sus esfuerzos fueron inútiles, y así él como la criatura fueron arrebatados y envueltos entre las olas. Viendo la madre desde la orilla la inevitable pérdida de su hijo siguió el impulso del corazon é invocó con todas sus an-

sias á Mariana de Jesus, pidiendo al Señor por la intercesion de ésta su sierva socorro y auxilio en tan urgente necesidad. Aun no habia concluido la súplica, cuando el indio se encontró con el niño en la misma orilla del rio en que se hallaba la madre, sin saber á quien atribuirlo. Bien lo sabia ella, que cuando invocó á Mariana, lo hizo llena de confianza. Pero no acabó aquí el milagro, pues registrando el cuerpecito del niño le hallaron sin la menor lesion, ni señal alguna de los golpes que por necesidad hubo de recibir en las peñas y malezas del rio.

Otro semejante milagro sucedió con Diego Calahorrano. Atravesaba sobre una mula el caudalosisimo rio que con el nombre de *S. Felipe* pasa lindando con el asiento de Latacunga, y halló tan rápida y crecida la corriente, que arrancado de la mula se vió, como él mismo dijo, con la muerte tragada y sin esperanza alguna de vida. En tan terrible aprieto se acordó de Mariana, cuya reliquia llevaba al cuello; y encomendandose al Señor por su intercesion muy de veras sin pronunciar mas palabras que Jesus y Maria, se halló libre á la orilla del rio y sin la menor lesion. Empezó al punto á dar las debidas gracias á Dios y á su protectora, y no lo dejó en mucho tiempo, publicando el hecho para que otros acudiesen á su patrocinio en casos de apuro; y el que jura sobre este suceso, añade estas palabras: *Y es comun opinion en esta ciudad de Quito que los que se valen del patrocinio de esta sierva de Dios, alcanzan lo que pretenden.*

La que tan propicia acudia á la invocacion de su nombre, no se hacia rogar cuando se confiaba en su retrato. Estaba, segun refieren los procesos, el doctor don Luis de Troya, canónigo de la iglesia de Quito y provisor y vicario general de su diócesis, desahuciado ya por

envejecido mal de orina. Entró á visitarle el venerable hermano Hernando de la Cruz, su amigo, á quien dijo estas palabras: *Ya tengo la sentencia de muerte; no hay sino encomendarme á Dios muy de veras*. Respondióle el hermano que tuviese buen ánimo y confiase en Dios, pues él tenia una eficaz medicina; y diciendo esto buscó quien fuese á su aposento y trajese de él un retrato de Mariana, muerta poco tiempo antes. Llegó el retrato, y diciendo el hermano que aquella era la medicina, rogó al enfermo que se le aplicase al vientre con gran confianza en el Señor y en los méritos de Mariana; pero él no quiso aplicarsele á aquel sitio por temor de ofender la extremada pureza de la santa virgen, sino mas bien sobre la cabeza y corona. Gozoso Hernando al ver el concepto que mostraba de la santidad de su paisana, le confirmó en él diciendo: *Hace V. muy bien en venerar á la sierva de Dios, porque está en el coro de las vírgenes entre las cuatro mas privilegiadas*. La mejoría con la aplicacion del retrato fue instantanea, y la completa cura tan pronta y radical, que sin cesar de elogiar á su protectora vivió muchos años despues el afortunado canónigo.

Hallabase doña Maria Rodriguez de Paredes, sobrina de la sierva de Dios, en compañía de su hermano don Alonso en una hacienda é ingenio de hacer azucar, de su propiedad, que con el nombre de *Palacara* dista ocho leguas de la villa de Ibarra. Un dia pues que rendida de la fatiga y del sueño se descuidó una morena, se pegó fuego á la cocina de la casa contigua al ingenio, y hallando pábulo bien dispuesto en la paja que cubria el techo y en unos cañaverales no muy lejanos, empezó á arder con tal furia, que bien presto se conoció ser inutil todo humano recurso para atajarle. Acordóse en buena hora

doña Maria de un retrato de su tia, que tenia en su habitacion; y yendo presurosa en su busca le llevó, se le presentó al fuego, y luego abrazada con él pronunció estas tiernas palabras llenas de fé: *Tia mia, ¿cómo permites que se nos abrase la poca hacienda que tenemos?* Dicho esto se acercó mas al fuego poniendole como por barrera la imagen; y allí fue donde se obraron de repente varios prodigios, porque el retrato empezó á arrojar un como sudor ó rocío muy copioso, y estando el cielo muy sereno, cayó de repente un aguacero tan fuerte, que él solo bastó para extinguir el incendio, y dió tiempo y comodidad de sacar sin lesion á la morena, que estaba aun en la cocina. Todos á una reconocieron el portento y tributaron al Señor y á su fiel sierva el merecido homenaje.

Estaba de parto doña Gerónima Miño, sobrina tambien de Mariana, y viendola rendida ya por los dolores y perdidas casi de todo punto las fuerzas, el confesor que la asistia, que era el P. Pedro Hernando de Alcocer, de la Compañía, al mirar colgado de la pared un retrato de Mariana se levantó á cogerle y dijo á los circunstantes con gran confianza: «Si tienen aquí el remedio; ¿á cuándo aguardan á »aplicarlo?» Invocado el patrocinio de la sierva de Dios, al punto salió á luz la criatura; pero como no se concluyese del todo el parto, se abrazó la parienta con la imagen de Mariana colocando en ella su confianza. Seguia á pesar de todo la vehemencia de los dolores, hasta que tomando en sus manos el confesor el retrato y poniendosele sobre la cabeza á la enferma, quedó esta libre de todo lo que la molestaba, y los circunstantes maravillados y animados á confiar siempre mas en proteccion tan poderosa.

Muy semejante fue el caso ocurrido con doña Mariana de Paredes, otra sobrina de Mariana y vecina de la villa

de Ibarra, la cual hallandose atormentada de recios dolores de parto por ocho dias enteros, se temia con fundamento que hubiese de perder la vida, porque ya no servian medicinas, ni bastaba para resistir tanto tiempo el mucho valor de la paciente. Al cabo de dichos dias hubo á las manos, no sé cómo, un retrato de su tia, y asiendole con gran fervor y seguridad de ser oida le pidió que la amparase en lance tan apurado; lo que consiguió en efecto dentro de muy poco arrojando la criatura muerta con asombro de los circunstantes y singular aumento de amor y confianza en el corazon de la favorecida.

Sucedió en la misma villa que estando una infeliz mujer muy enferma de mal de corazon, que la sacaba de juicio y la tenia en un continuo martirio, sin que nada le aprovechase, halló el remedio en el retrato de Mariana. Compadecido de la desgracia el doctor Tomás Fernandez de Oviedo, cura de Pasto, que á la sazon se hallaba en dicha villa, y sabiendo que el capitan Cosme de Caso tenia un retrato de la sierva de Dios, se le pidió para aplicarle á la paciente, como lo hizo en efecto con tan feliz resultado, que por tenerle un corto rato al lado del corazon logró no padecer de semejante mal en todos los dias de su vida.

Deseando Manuel Guerrero de Salazar, sobrino de la venerable virgen, tener un retrato propio de su rostro se fue desde Quito á la villa de S. Miguel de Ibarra á pedir al secretario Jacinto Gomez Bedon el que tenia en su poder, para mandarle copiar al vivo. Volvia gozoso Manuel á Quito con el retrato colgado al pecho en compañía del capitan Diego de Miño y un criado suyo, hablando de la santidad y prodigios de la sierva del Señor, cuando al llegar á un mal paso en las quebradas sierras que

hay entre el pueblo de *Tocache* y *Tabacundo,* tropezó la mula en que cabalgaba con tal violencia, que cayendo el ginete á tierra se halló con la cabeza metida hasta los hombros en un lodazal, un brazo sobre otro y encima de su cuerpo la mula con el peligro de perecer que era consiguiente. Crecia el conflicto por la imposibilidad de sacarle en que ponian á sus compañeros la estrechez del camino, la mucha agua y lodo y el poquisimo número que eran para tamaña empresa. En tan apurado caso no quedó mas recurso al afligido corazon de Guerrero que acudir al patrocinio de su santa tia; y lo hizo tan á tiempo y con tanta fé, que pasando por allí unos indios casi á la media hora de la caida, le sacaron entre todos sin la menor lesion y sin que hubiese padecido avería el retrato pintado en una tabla. Pero no concluyeron aquí las finezas de Mariana y los prodigios de su retrato; porque prosiguiendo Manuel su camino y llegando al pueblo de *Guayllabamba,* le acometió aquella misma noche un gran accidente con síntomas tan graves, que todos creyeron llegada su última hora. Renovó él su confianza en el experimentado patrocinio, é implorandole segunda vez á las cuatro de la mañana se halló libre de la disentería que amenazaba destruirle, y en estado de proseguir y concluir felizmente el viaje.

Por el mes de marzo de 1697 acometió un tabardillo tan cruel á doña Josefa de Escorza, que no hallando sus padres remedio alguno en lo humano acordaron llevar á la enferma un retrato de Mariana, para que con su vista y fervorosa oracion se obrase el milagro que esperaban. Asi sucedió en efecto; pues no bien hubo entrado en la habitacion el retrato, la enferma empezó á mejorar hasta ponerse muy en breve buena completamente.

CAPÍTULO X.

CURACIONES MILAGROSAS OBRADAS POR DIOS CON EL CONTACTO DE ALGUNAS RELIQUIAS DE MARIANA.

Doña Francisca de Carvajal, mujer legítima de D. Domingo Fernandez Folleco, habia padecido por espacio de seis años unos tumores en la cara tan obstinados y molestos, que no la dejaron pasar en tanto tiempo un momento siquiera sin agudos é insoportables dolores. Un dia pues que afligida y casi desesperada, como ella misma declaró, salia de su hacienda hácia el camino real que conduce á *Tumbabiro,* se encontró con doña Maria de Paredes, hermana de Mariana, y refiriendole su extremada pena y sin igual tormento le pidió por amor de Dios le diese una reliquia de su santa hermana. No tardó la compasiva Maria en darle un pedazo de la sábana de cerdas en que tan á menudo se envolvia la santa virgen, y que siempre llevaba consigo por veneracion y devoto recuerdo; y agradecida la una y satisfecha la otra del acto de caridad se separaron igualmente seguras del buen resultado de su confianza. Llegó á su casa la paciente, y vendandose la parte dañada con la reliquia, la tuvo asi dos dias enteros, al cabo de los cuales la desató y vió que su rostro no tenia el mas mínimo vestigio de haber padecido cosa alguna. Facil es de conjeturar el júbilo de su alma y lo mucho que procuraria agradecer y publicar el beneficio milagroso, que fue uno de los mas notorios y que mas contribuyeron á aumentar la devocion y el afecto hácia Mariana asi en Ibarra como en Octavalo y su territorio y en la misma ciudad de Quito.

Con un retazo de la misma sabana obró el Señor

otro prodigio en una sobrina de Mariana, doña Gerónima de Paredes, la cual molestada de una hinchazon contumaz en la mano derecha se aplicó aquella reliquia una noche, esperando que habia de levantarse buena, como sucedió en efecto, con asombro y agradecimiento de su padre y demas parientes, que lo eran tambien de tan insigne bienhechora.

Casi lo mismo sucedió con una virtuosa doncella llamada Manuela de Infausti. Mas de un año de padecer llevaba ya con un disforme lobanillo en una rodilla, que le impedia casi toda clase de movimiento y se resistia á los mas eficaces y exquisitos remedios, cuando la aconsejaron que se aplicase alguna reliquia de la virgen Mariana, de cuyos prodigios cundia la fama por todas partes. Pidió alguna á su confesor, y habido un trozo de camisa de la sierva de Dios, se vendó con ella la rodilla á eso de las diez del dia, y al descubrirla á la misma hora del siguiente halló que el lobanillo se habia consumido hasta quedar del grandor de un hueso de durazno. Aplicóse con nueva confianza por segunda vez la reliquia, y en brevisimo tiempo sin mas medicinas quedó sana enteramente.

Yendo Francisca Duran á una posesion que tenía en el valle de *Chillo,* á cuatro leguas de Quito, halló una india llamada Angelina tullida de un brazo; y compadecida de su trabajo le dijo que si queria sanar, se encomendase muy de veras á la sierva de Dios Mariana de Jesus, muerta en Quito en opinion de gran santidad, y le dió para que se le aplicase un pedazo de faja y sábana de la santa virgen. Obedeció la india, y al punto empezó á mover el brazo quedando en breve sana y capaz de trabajar con él toda su vida.

Veinte dias llevaba de agudisimos dolores la india Catalina de Paredes por la hinchazon de un tumor rebelde debajo de un brazo; y como por haberse educado en casa de Mariana poseia varias prendas suyas, como una porcioncita de cabellos, un pedazo de cilicio y otro de vestido, se las aplicó á la parte enferma invocando el favor y patrocinio de la sierva de Dios; y en breve rato se halló libre de todo dolor y manejó el brazo sin dificultad y como si nada hubiese padecido.

Todas las industrias de muchos médicos habian sido inútiles para curar á D. Francisco de Arellano, vecino de Quito, una llaga que le atormentaba ya hacia doce años, cuando una noche se puso en ella un pequeño retazo de lienzo, que habia sido de Mariana y que él guardaba como un tesoro, y á la mañana siguiente se halló sano, sin que le quedase rastro siquiera de cicatriz.

Es muy comun en aquellos paises una cierta enfermedad de hinchazones ó bultos en la garganta, que á lo muy incómodas añaden una deformidad notable. Adolecia de este mal una niña de seis años, y compadecida de verla tan monstruosa doña Francisca de Acevedo le puso al cuello una cinta de las que habian servido de adorno al ataud de Mariana. Correspondió á la fé el resultado; pues á los cuatro dias se halló la niña sin bultos y con la garganta reducida á su estado primero y justas proporciones.

La misma señora, animada con el suceso referido, ofreció la reliquia á Maria de Paredes para remedio de un terrible dolor de muelas que la tenia en un grito. Tomó una partícula de hueso de la santa virgen y envolviendola en un papel se la puso en la quijada hácia la parte donde le apretaba mas el dolor. Sin otra diligen-

cia cesó este al momento con pasmo y gratitud de todos. y mas de la paciente.

Una doncella llamada Catalina de Sotomayor padecia de jaquecas; pero tan pertinaces y crueles, que la obligaban á tirarse por los suelos y dar gritos y hacer ademanes descompasados. Supo que doña Mariana de Salazar, sobrina de la sierva de Dios, poseia un huesecito de su santa tia: pidiósele y se le aplicó á la cabeza con tan feliz mano, que desde entonces no volvió á sentir asomo de su dolencia.

Asaltó al P. Diego Santos de Ceballos, de la compañía de Jesus, siendo novicio, un dolor tan vehemente de estómago el dia 26 de enero de 1671, que le obligó á dejarlo todo y meterse en cama. Acordóse de una reliquia de Mariana que tenia, y rezando una Ave, Maria y aplicandosela al estómago sintió desaparecer el dolor, sin que volviera á molestarle.

Llegó á la ciudad de Quito D. Carlos Francisco Manrique Perez de Lara, caballero de la orden de S. Juan y marqués de Santiago; y una mulata que llevaba en su compañía, llamada Damiana de los Reyes, á mas de otros achaques que contrajo en el camino, se vió acometida de tan vehemente dolor de oidos, que cogiendole gran parte de la cabeza y de la cara la hacian como salir fuera de sí, segun ella misma y su amo declararon con juramento. Exhortóla el marqués á que se encomendase á la santa virgen Mariana de Jesus, y de paso le aplicó al oido un pedacito de su preciosa carne, orando entrambos con viva fé el breve rato que le tuvo. Como esperaban y deseaban desapareció el dolor; pero no solo este, pues con él huyeron los achaques contraidos en aquel viaje, quedando la mulata sana y agil para toda su vida.

Miguel Sanchez Barragan, vecino de Quito, tenia un hijo de ocho años desahuciado ya y muy á los últimos por agudisimo dolor de costado; y saliendo casualmente de su casa como para buscar algun alivio de su quebranto, vió pasar al P. Hernando de Alcocer, que le refirió el caso sucedido con la mulata del marqués de Santiago. Conforme iba contando el padre, se iba avivando en Miguel la esperanza de tener parte en los favores de Mariana; y concluida la relacion sacó el rosario, rezó una parte de él, y encomendó al Señor la salud de su hijo por los méritos de su sierva. Hecha esta diligencia fue á ver al enfermo, le contó lo ocurrido, y animandole á que invocase á Mariana, empezó á hacerlo el niño casi sin alientos, y de repente le asaltó un paroxismo que le dejó como muerto. No por esto desmayó el padre; antes bien siguió invocando á gritos á la que era toda su confianza, y que en efecto le oyó; pues á muy poco rato volvió en sí el niño y empezó á mejorarse, quedando bueno y sano en muy pocos dias.

Tambien curó de repente de un tabardillo una hija de Maria de Guevara con la aplicacion de un retazo de la sábana de cerdas y un lienzo empapado en la sangre de Mariana. Cayó en un profundo sueño la enferma al sentir en la cabeza aquellas reliquias, y en pocos instantes quedó sana.

El P. Pedro Ignacio de Cáceres, de la compañía de Jesus, estuvo desahuciado y casi á la muerte por una aguda pulmonía el año de 1672. Confesóse para morir, y preguntando al confesor si tenia alguna reliquia de su santa hermana Mariana y oyendo que sí, se la pidió y habidola se la aplicó á la cabeza á eso de las once de la noche, durante la cual durmió con mucho sosiego. Al amanecer

estaba casi limpio de calentura y con indicios de la salud que recobró muy en breve.

A un indio molestado de tercianas dobles dió Tomas de Paredes á beber en un vaso de agua algunas partículas de la sangre coagulada de Mariana, y no le volvió la calentura.

Pero quien participó en grado eminente de los beneficios de la sierva de Dios, fue doña Maria Duchicela, india de nacion, de linaje nobilísimo, como descendiente de los Incas, cacica principal del pueblo de Yaruquis en la jurisdiccion de Riobamba y señora de rarisimas prendas en todo género. El año de 1644 viviendo todavia Mariana fue doña Maria á la ciudad de Quito á entablar no sé qué pleito, y al dia siguiente, que era sábado, quiso encomendar su negocio á Maria santisima asistiendo á la misa que se celebraba en la capilla de nuestra señora de los Ángeles. Estaba oyendola desde la calle llena de joyas y ostentando lujo y profanidad que daban realce á su hermosura, cuando al pasar Mariana por allí de vuelta de la iglesia, y tocando á alzar en aquel momento se arrodilló junto á doña Maria, y despues de la elevacion del caliz la saludó con cariñosas palabras sin haberla visto jamas hasta entonces. Concluida la misa trabó conversacion con ella, la preguntó cómo se llamaba, el objeto de su ida á Quito y varias otras cosas, y le dijo que tenia muy lindo nombre, que fuese muy devota de la reina de los Ángeles y que no malograse sus raras prendas; que en cuanto á volverse á su pais á los quince dias, como pensaba, quizá no seria asi y que ya se lo diria la Virgen santisima. Dijo todas estas cosas con tanta gracia y dulzura, que doña Maria quedó enamorada de ella, y preguntando despues á varias personas quién podria ser

aquella joven, todos le dijeron que segun las señas era Mariana de Jesus, á quien Quito tenia en concepto de santa. Fuese con la noticia á buscarla á la iglesia de la Compañía, donde ella misma confiesa que tenia repugnancia á entrar por horror á sus religiosos, y hallandola debajo del púlpito y pidiendole que la encomendase al Señor, le respondió Mariana que desde que la habia conocido, era uno de sus cuidados hacerlo; pero que la exhortaba á frecuentar aquella iglesia y rendirse á las divinas inspiraciones de hacerse santa. Por dicho de la misma señora sabemos que aquellas palabras fueron siempre para su alma en lo sucesivo agudisimos estímulos y golpes que la impelian á darse á Dios del todo, como lo hizo, santificandose mas de dia en dia sin salir de Quito hasta su muerte y perseverando en la virtud bajo la direccion de los padres á quienes antes tenia aversion tan insuperable.

Con esta dichosa señora pues obró el Señor muchos prodigios por intercesion de su sierva, y fue el primero que siendo de natural tan iracundo desde niña, que á cualquier disgusto la hacia la cólera caer en tierra privandola de sentido, puso por intercesora á Mariana para alcanzar la mansedumbre y logró por tal medio mudar de condicion enteramente.

En todo apuro y en necesidades de cualquier especie acudia la buena señora al patrocinio de Mariana y la encontraba propicia. Asi le sucedió por ejemplo cuando sin amparo alguno humano en ocasion de haberle puesto pleito su marido pidió un retrato de Mariana, y encerrandose con él suspiró y lloró tanto, que sin mas recursos alcanzó que el tribunal fallase á su favor contra toda humana esperanza. Otra vez que el dueño de la casa donde vivia, la echó por no sé qué reyerta, se fue al cuarto que habia

sido de Mariana, y allí de rodillas la invocó y á poco halló vivienda cómoda, de donde no salió hasta morir.

Dedicóse esta señora á la tan loable obra de caridad de recoger criaturas huérfanas, mantenerlas en gran número y darles estudios y estado como si fueran cosa suya propia. Acometida una de estas niñas de doce años de un terrible pasmo en la cabeza quedó privada de juicio, con los ojos torcidos y horriblemente desfigurada. Al punto la llevó doña Maria al sepulcro de Mariana, y rogó al P. Hernando de Alcocer que abriese la caja de piedra en que reposaban sus huesos: logrado este favor, metió la cabeza de la niña en la caja y al sacarla se la vió buena y sana, en su cabal juicio, con los ojos en su lugar y sin señal alguna de su molesto accidente.

Pero no solo ha obrado el Señor estas y otras insignes maravillas por medio de las prendas y reliquias de su sierva, sino que en sus mismas reliquias se ha dignado á veces de hacer gala de portentos. Por tales tuvo dos su mismo confesor el P. Antonio Manosalvas, quien declara en esta forma. «Cada año se cortaba Mariana el cabello y »hacia una cabellera ó trenza que dedicaba á alguna ima»gen del niño Jesus ó de su santisima madre. Con este »mismo pretexto de dedicarla á alguna imagen le propuse »que me diese una, si bien en realidad era para guardarla »como reliquia: diómela en efecto hace mas de veintiseis »años, y se conserva aun dentro de un escritorio tan sana »y sin polilla como si estuviera recien cortada. Lo propio »ha sucedido con un cíngulo hecho por ella para mí con »sus propias manos; pues han pasado ya mas de veintiocho »años, y guardado en el mismo sitio que el cabello, á pesar »de ser de lana no le ha tocado la polilla, ni cosa alguna »de las que suelen consumir en breve tiempo la ropa.»

CAPÍTULO XI.

SINGULAR PATROCINIO QUE HA MOSTRADO MARIANA CON LAS MUJERES QUE ESTABAN DE PARTO.

Concluiré de hablar de los milagros de la gloriosa virgen refiriendo algunos que pertenecen á una misma materia, en que parece quiso el Señor glorificar á su sierva dandole un poderío especial para ahuyentar los peligros del parto en las mujeres que le experimentaban dificil. ¿Quién sabe si esta sucinta relacion, añadida á lo que dejo ya referido en esta materia, reanimará la confianza en quien se encuentre en semejante riesgo para gloria de Dios y honor de la santa virgen?

Tuvo Leonor Rodriguez Palomeros la fortuna de heredar el cordon de S. Francisco que llevaba la sierva del Señor debajo de la sotana, y con él un tesoro de gracias, principalmente á favor de las parturientas, pues como ella misma declaró ante el ordinario, tanto las de Quito como las de muchos pueblos comarcanos le pedian el cordon, y saliendo con toda felicidad de su apuro se le devolvian con la añadidura de grandes muestras de agradecimiento. Asi le sucedió entre otras con una india, la cual pasados ya cuatro dias en continuos dolores, á cuya vehemencia no le parecia posible resistir mas, apenas se puso dicha reliquia parió feliz y prontamente. Lo propio sucedió á otra india en el pueblo de Santa Maria Magdalena en un penosisimo y arriesgado parto de dos gemelos.

Declara la misma informante que yendo á Quito desde la villa de Ibarra doña Maria de Paredes, hermana de la sierva de Dios, halló una mujer apuradisima en el parto, porque nacia de pies la criatura, y compadeciendose doña

Maria de su trabajo sacó y le aplicó una venda que habia servido en las sangrías de Mariana, y un cilicio de su uso, y al punto se volvió la criatura naciendo de cabeza con notable asombro y júbilo de la partera y de cuantos conocieron el caso.

Semejante fue el prodigio obrado en una miserable india de casa del capitan José de Salazar, sobrino de Mariana. A los cuatro dias de vehementes dolores solo logró que descubriese la criatura un brazo, y llamando á un sacerdote para que la confesase, y viendo este que era imposible hacerlo sin que la paciente tomase algun refrigerio, mientras la esposa del capitan fue á prepararle, se acordó de un huesecito que tenia de Mariana, y llevandosele en lugar del alimento se le aplicó al vientre y logró que la criatura retirase el brazuelo ya hinchado y denegrido y saliese á luz con toda felicidad.

Con una faja de la sierva de Dios obtuvo Catalina Lopez que una india, apuradisima en el parto, diese á luz dos criaturas; y Catalina de Paredes aplicó con el mismo feliz resultado unas reliquias del vestido y de la mortaja de Mariana, á otra india, que amilanada ya y sin alientos al cabo de largos esfuerzos para parir rogaba que la dejasen morir en paz, pues era desesperado el caso.

Sintió Damiana de los Reyes dolores como de parto, segun ella misma se explica, á los tres meses de embarazo, y temiendo el aborto y el malogro de la criatura se encomendó tan de veras á Mariana, cuya proteccion habia experimentado ya, como queda referido, que sin hacer otro remedio cesaron los dolores y desaparecieron todos los síntomas.

Una hija de Blas de Espinosa de los Monteros, llamada Ana, mujer de Diego Calahorrano, habiendo dado á

luz una criatura muerta, empezó á sentir una hinchazon y unos dolores en el vientre, que hicieron temer por su vida á todos sus deudos. Apurados todos los remedios y lleno de pena su buen esposo, se acordó de un pedacito del vestido de Mariana que le habia dado por gran regalo el capitan Juan Guerrero de Salazar; y alentando su confianza en Dios, se le aplicó en el vientre á su mujer, la cual arrojó al punto una materia tan fétida y corrompida, que con el olor infestó toda la casa, quedando en el mismo instante buena, y tan agradecidos todos sus parientes, que empezaron á publicar la benignidad de Mariana y á referir el caso, el cual contribuyó no poco á que se extendiese la devocion y confianza en ella por todo el distrito de Latacunga, donde acaeció el prodigio.

Tenia doña Gerónima Moran de Butron una esclava en la ciudad de Santiago de Guayaquil, la cual en el año de 1697 se vió tan apurada por cuatro dias consecutivos con los dolores del primer parto, en que para colmo de pena tenia la criatura muerta en el vientre, que todos la daban por muerta tambien á ella y ya tenian por excusados los remedios humanos. Acudieron doña Gerónima y su esposo á la proteccion de Mariana, y enviando á pedir un retrato suyo le pusieron delante de la afligida mujer, la cual á su vista cobró tal aliento, que tardó poquisimo en arrojar con toda felicidad la criatura muerta.

Semejante y mas prodigioso aun fue el caso de doña Maria de Castro, la cual en el mismo año despues de haber tenido en el vientre la criatura catorce meses (fenómeno poco frecuente) empezó á sentir tan agudos dolores y una tan invencible dificultad en parir, que ya no esperaba sino la muerte. Acudióse tambien con el retrato, el cual aplicado al vientre de la enferma obró el prodigio

á poco de haber empezado los circunstantes el rezo de las letanías; y porque salida la criatura muerta no se concluia todo como era de desear, y aun parecia peligrar la madre, se le aplicó de nuevo el retrato y se halló libre de todo aprieto y peligro.

Aquí pondré fin á la narracion de los prodigios obrados por el Señor á la invocacion de Mariana y aplicacion de sus reliquias, por temor de que este volumen crezca mas de lo regular, y no por falta de materia, pues me la suministrarian aun muy abundante tanto el proceso antiguo del año 1670 como el moderno de 1742. En uno y otro hay pruebas tan auténticas como pueda desearlas el espíritu mas suspicaz, de que el Señor queria glorificar á su sierva é iba preparando el camino para lo que ha obrado en nuestros dias.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

CURACIONES INSTANTANEAS Y MILAGROSAS DE ÁNGELA POLIDO ESCORZA, APROBADAS POR LA SANTIDAD DE NUESTRO BEATISIMO PADRE EL PAPA PIO IX PARA LA BEATIFICACION DE LA V. MARIANA DE JESUS.

En noviembre del año de 1760 doña Ángela Polido de Escorza, natural de Quito, creyó estar embarazada, si bien no mucho despues tuvo motivo suficiente para ponerlo en duda. Iban pasando los meses, y aunque experimentaba varias incomodidades semejantes á las que habia sufrido en otros embarazos, sentia tambien síntomas que nunca habia observado en tales casos, y en particular unos dolores acerbisimos. Asi los médicos que se consultaron, como las personas que podian decidir con certeza en caso tan nuevo, fueron siempre de opinion que doña

Ángela estaba embarazada; tanto mas que ella misma á mas de observar la elevacion de su vientre aseguraba que muchas veces le habia parecido sentir algun movimiento de la criatura.

Se concluyeron finalmente los nueve meses y pasaron ademas otros nueve, sin que apareciesen síntomas ó anuncios de parto; lo que tenia en confusion y asombro á cuantos médicos la visitaban.

Juzgaron pues que la causa de la elevacion del vientre de doña Angela era otra enfermedad; pero resistiendose esta á todos los recursos del arte, puso en tal apuro á la paciente, que á los veinte meses de mal pensó que se moria y se decidió á confesarse. Recibió este sacramento con las mas serias y convenientes disposiciones; y luego se aplicó á la parte enferma un relicario, en que juntamente con otras reliquias de santos canonizados habia una de Mariana, aunque sin encomendarse á ninguno en particular. Quedóse dormida á poco, y el resultado fue mitigarsele los crueles dolores que padecia, aunque no disminuyó en lo mas mínimo el gran volúmen del vientre, que ya la impedia dar un paso y hasta hacer el mas ligero movimiento.

Llegó aun á mas la extravagancia del mal; pues el peso y el estorbo que tenia en el vientre, empezó á parecerle que se subia sensiblemente hácia el pecho y la garganta, haciendola temer de quedar ahogada. A tan terribles padecimientos se agregaron fuertes convulsiones de todo el cuerpo, que acabaron de quitarle todo reposo; y persuadida de que se acercaba su fin, para el cual se preparó con los santos sacramentos, y sintiendo que poco á poco se agravaba su mal y crecia la fatiga, se tragó un pedacito de hueso de la sierva de Dios Mariana, que tenia

en su poder, y se encomendó á su proteccion no tanto para obtener la salud del cuerpo, de que ya no tenia rastro de esperanza, cuanto para impetrar sus auxilios en la última hora. Llamaron los de su casa al médico mas acreditado en la ciudad, el cual recetó cierta medicina para que tomandola por algunos dias la enferma se calmasen algun tanto las convulsiones, pues para librarla de la hinchazon del vientre, que amenazaba sofocarla, no conocia remedio alguno en el arte.

Fuese pues efecto de la medicina ó mas bien favor de la sierva de Dios, lo cierto es que doña Angela sintió que se calmaba su interior inquietud y movimiento y que se mejoraba notablemente, si bien quedó siempre imposibilitada del todo é incapaz de moverse ó de volverse hácia algun lado, mas pesada que un plomo y deforme y monstruosa por la hinchazon extraordinaria del vientre.

Habia llegado doña Ángela en tal conformidad al dia 6 de septiembre del año 1762, cuando confiesa ella misma que estando segun costumbre en un incesante tormento, sintió en su corazon un particular impulso de acudir á Mariana de Jesus para obtener la salud por su medio. Llamó pues á una mujer que la asistia, y mandandola que le llevase un fragmento de hueso de la sierva de Dios que tenia en su habitacion, le tomó en la mano y empezó á dirigir á Mariana una ardiente súplica para que le alcanzase de Dios la salud, prometiendole varios obsequios si se la otorgaba, y entre otros dar al punto un dinero que le habian entregado para la causa de su beatificacion. Concluida la súplica, tomó en la boca un pedacito de aquel mismo hueso y con grandisima fé le tragó.

En el mismo momento que tragaba el hueso, es decir,

hácia el anochecer de aquel mismo dia 6 de septiembre, pasó al cuarto de la enferma su esposo D. José Ruiz Nieto, llevando consigo á doña Josefa Castillo, amiga de la casa y muy en particular de la enferma. Iba dicha señora á visitarla segun costumbre, y aquel dia le llevaba una devota novena á María santisima. Recibió doña Ángela con singular placer el librito, y en el mismo momento empezó á rezar algunas de sus oraciones con mucho sosiego y sin ningun afan, segun que ella misma depuso despues, como si no tuviese ya el terrible peso de su vientre tan crecido y disforme. Estaba entre tanto distraida y pensando en otra cosa doña Josefa, cuando al volverse á mirar al lecho de la amiga observó por el bulto que habia tornado á su estado natural, y no pudo menos de decirle exclamando: *Ángela mia, ¿dónde ha ido á parar tu hinchazon?* Volvió en sí entonces tambien doña Ángela, y advirtiendo la repentina mudanza, facil es de concebir el ternísimo afecto de gratitud con que deshecha en lágrimas empezaria á dar gracias á su libertadora Mariana de Jesus, á quien reconocia deber una curacion tan instantanea y prodigiosa.

Apenas se publicó en la casa el extraordinario prodigio, se puso en movimiento toda la familia, como era natural; y acudiendo todos con presteza á la habitacion de la poco antes moribunda y ya sana y robusta la vieron con sus propios ojos fuera de la cama, andar, moverse, doblarse con toda la posible agilidad y expedicion; á cuya vista derramaron mas lágrimas de gozo que las que hubieran derramado por la fuerza del dolor si doña Ángela hubiese muerto, como aguardaban de un momento á otro.

Descansó muy tranquila las horas restantes de aquella

noche, y al dia siguiente se dejó ver perfectamente sana de cuantos en la ciudad quisieron asegurarse por sus propios ojos de la evidencia del portento: luego prosiguió en el mismo estado de completa salud sin la menor reliquia de mal tan grave y pertinaz. Hicieronse jurídicas informaciones sobre el hecho; y queda y quedará siempre en perpetua memoria primero para gloria del Señor y despues para honor de su sierva Mariana de Jesus un prodigio tan estrepitoso y raro, como es el que desapareciese en un solo instante un mal tan inveterado y cruel sin la menor señal de crisis á que pudiese atribuirse la cura.

Añade en su deposicion doña Ángela que no paró aquí la generosidad de Mariana para con ella. Mucho antes de padecer el referido mal en el vientre habia solido experimentar ciertos vahidos que la privaban enteramente; y al sentir que le daba uno algun tiempo despues de la prodigiosa cura no tardó en acudir llena de confianza á su bienhechora, y dice que atandose á la frente su reliquia cesó al momento el amago y no volvió en su vida á experimentarle.

Gozó doña Ángela los doce años siguientes de perfectisima salud, hasta que en el de 1771 plugo al Señor probarla con nueva y peligrosa dolencia. Sintió que le nacia en el útero un grueso tumor, el cual poco á poco creció hasta impedirle todo movimiento. Llamado á toda prisa D. José Clotario, médico doctisimo, practicó sus observaciones y decidió que la causa del mal eran dos cirros interiores de extraordinario tamaño é incurables por la dificultad de aplicarles el oportuno remedio. Quiso la piadosa señora recibir los santos sacramentos, y se confesó con el párroco D. Juan Ignacio de Águila, el cual la exhortó á

que acudiese á la proteccion de Mariana de Jesus suplicandola de nuevo que la pusiese buena. Obedeció doña Ángela, y todo aquel dia, que fue el 12 de febrero de 1772, tuvo estrechada en su pecho una imagen de la venerable virgen. Al dia siguiente quiso ir á la iglesia para recibir la sagrada comunion, y hubieron de llevarla poco menos que en peso por la fuerza de los dolores. Apenas recibido el cuerpo del Señor, oyó una voz en el corazon que le decia que estaba concedida la gracia: y lo estaba realmente, pues poniendose de pie bajó sola y sin apoyo la escalerilla del altar mayor, y llegada á la mitad de la iglesia dió un grito y dijo: *Milagro*. Oyó de rodillas la santa misa, y acompañada de gran muchedumbre de gentes volvió á su casa como en triunfo buena y sana y como si jamas hubiese padecido la menor cosa.

Aquí concluye la narracion de la vida, virtudes y milagros de la angelical doncella Mariana de Jesus de Paredes, destituida, si se quiere, de las cualidades propias de la historia en cuanto al estilo y lenguaje; pero no de su primera dote, que es la verdad. Nadie puede negar crédito sin nota de temerario á los procesos auténticos de su canonizacion, de los cuales, como he repetido mas de una vez, está sacada fielmente esta historia; pero si los procesos son tan admirables, nadie extrañará tampoco que Mariana por tan cortos años de vida mereciese el honor sumo de los altares, quedando solo que referir por conclusion de toda la obra cómo le preparó su esposo este honor excelso.

Desde el año 1670, veinticinco despues de la muerte de la sierva de Dios, en que se dió principio al primer proceso por el ilustrisimo señor obispo de Quito D. Alfonso de la Peña Montenegro, se atravesaron tantos obstácu-

los para la introduccion de la causa en Roma, que no pudo verificarse hasta el 17 de diciembre de 1757, en cuyo dia y año la siguió de propia mano el pontífice Benedicto XIV. Desde entonces no cesaron de elevarse al Vaticano súplicas, especialmente de América, para que se abreviase el plazo en lo posible, y no fueron pocas las personas de condicion ilustre, entre ellas algunos príncipes y soberanos de Europa, que se empeñaron vivamente para lo mismo. En efecto á pesar de las dificultades de los tiempos y de la catástrofe de la compañía de Jesus, que tomaba una parte muy activa en la promocion de la causa, esta siguió su curso, aunque mas lento, y el sumo pontífice Pio VI declaró heroicas las virtudes de Mariana en su decreto de 19 de marzo de 1776. Dado ya este primer y muy interesante paso seguia el segundo, la aprobacion de los milagros obrados por Dios á la invocacion y mediante los méritos de su sierva; y despues del rígido examen de costumbre, en que Roma se excede á sí misma, el sumo pontífice Pio IX aprobó los dos milagros de tercer género que van referidos en este capítulo en su decreto de 13 de enero de 1847. Finalmente el dia 30 de septiembre de 1850 el mismo sumo pontífice Pio IX, que felizmente gobierna la iglesia, colmó el júbilo del mundo católico y en particular el de la América del Sur declarando por su decreto llamado del *Tuto* que podia procederse con seguridad á la beatificacion de Mariana, como se hizo en efecto, celebrandola con la acostumbrada solemnidad, y aclamando la iglesia universal á la virgen azucena de Quito Beata y comprensora feliz en el cielo, desde donde se promete tenerla por defensora y patrona mientras milite sobre la tierra. Asi sea.

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

Pág.

LIBRO SEGUNDO.

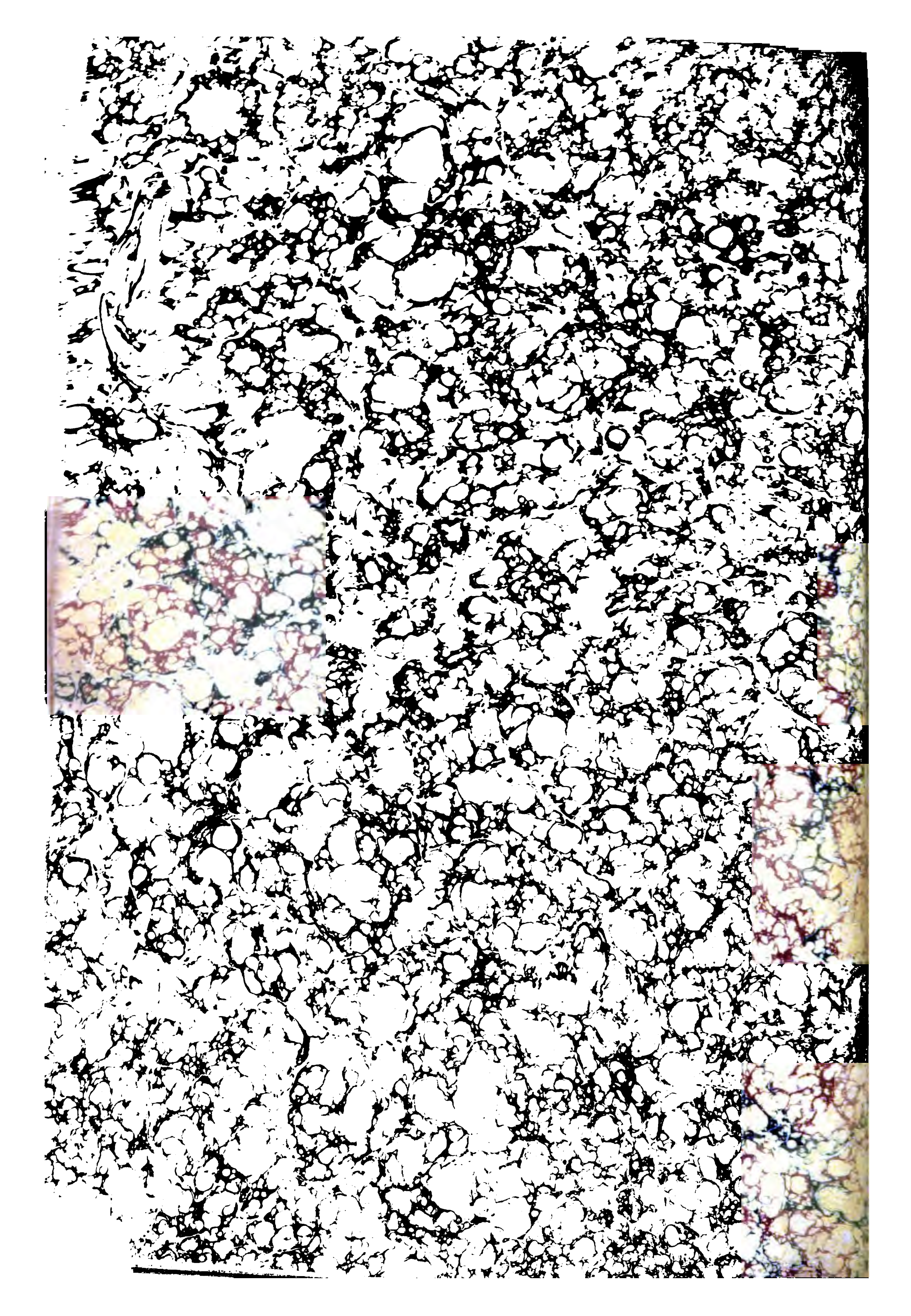
LIBRO TERCERO.

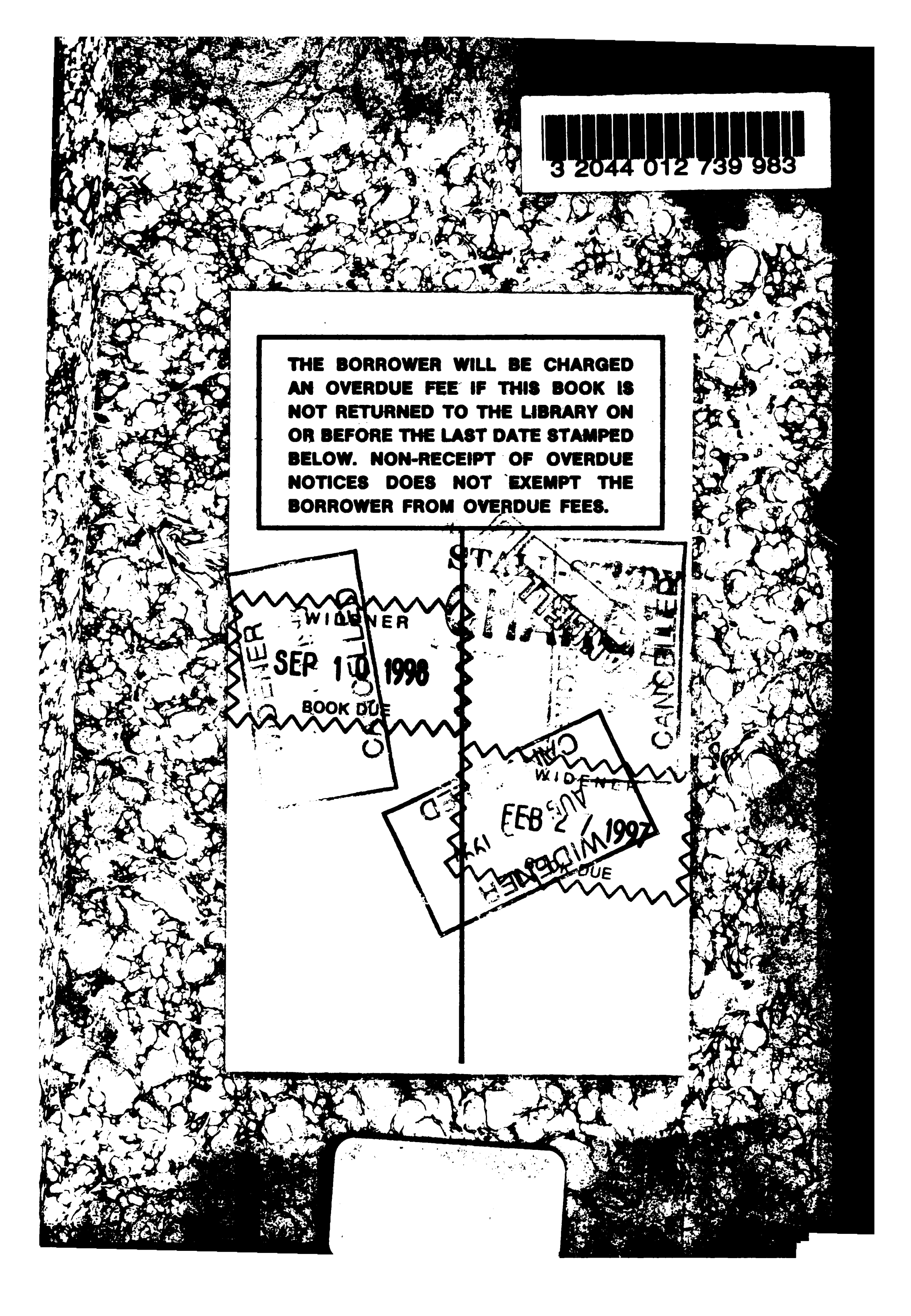
LIBRO CUARTO.

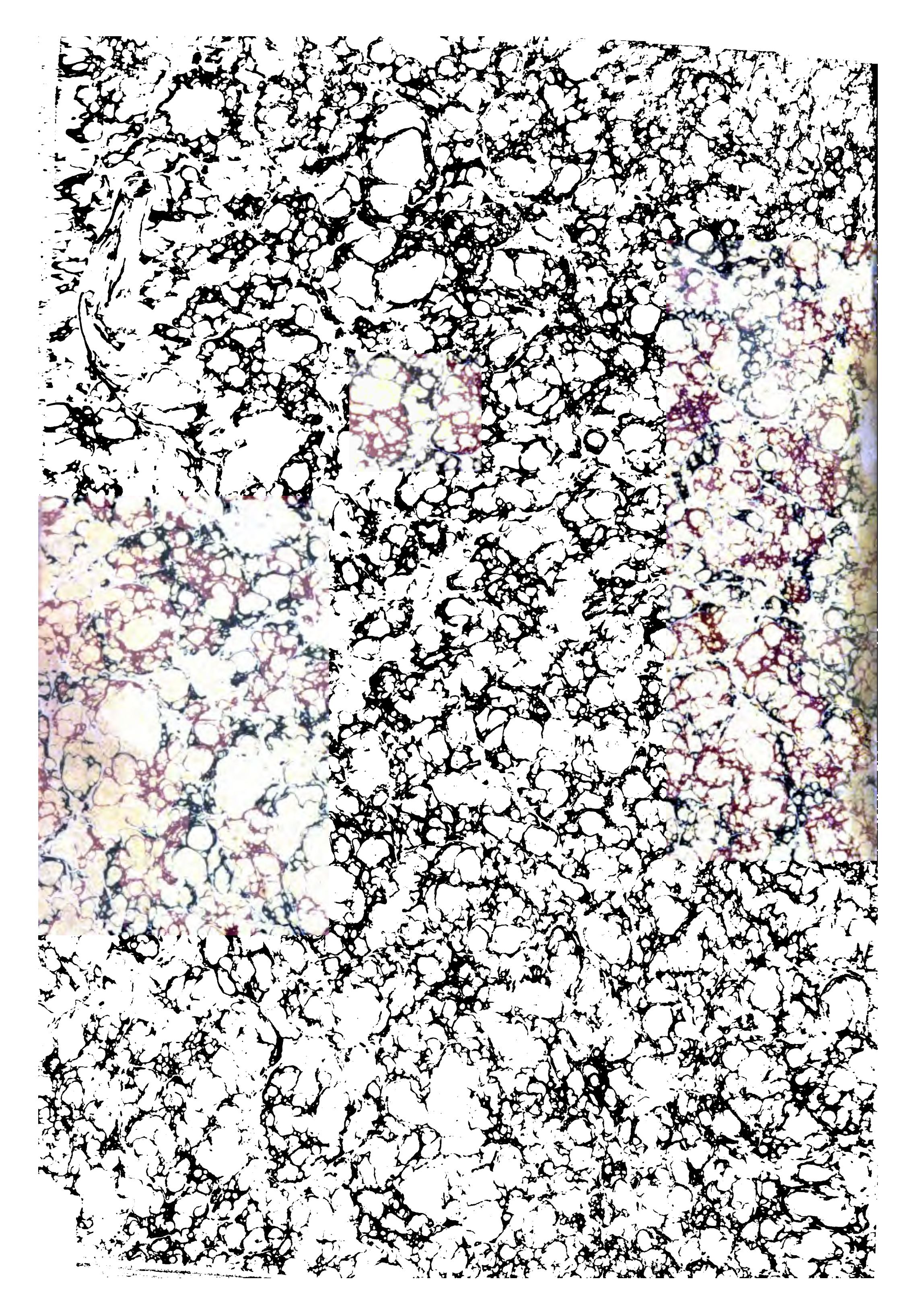
FIN.

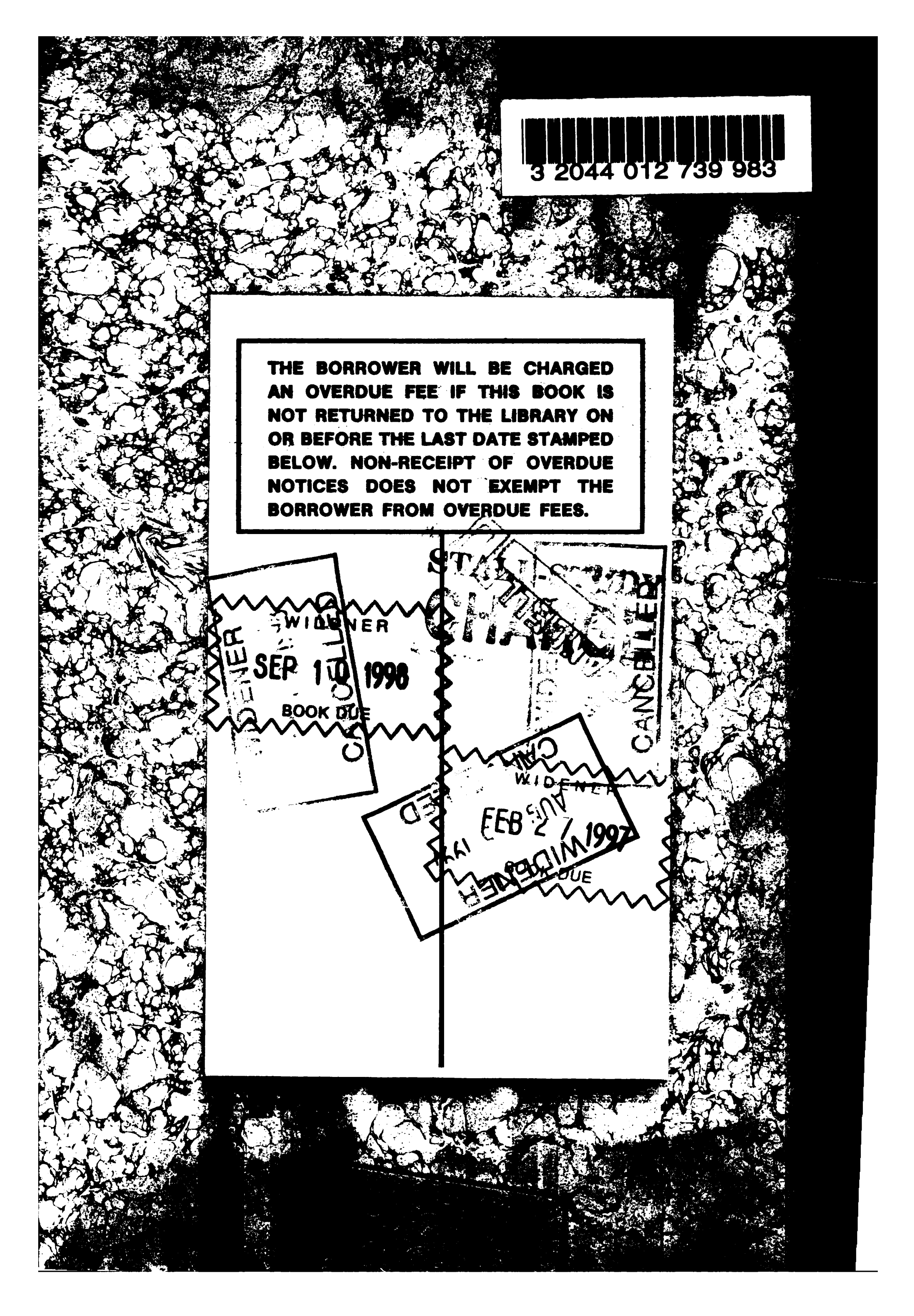
ERRATAS.

Pág.	*Linea.*	*Dice.*	*Ha decir.*
31	25	dedica	dedicase
69	8	la suma	suma
170	27	en que se	en que no se
172	2	y que la	y que le
198	5	y que dando	y quedando
216	7	en la honra	en las honras

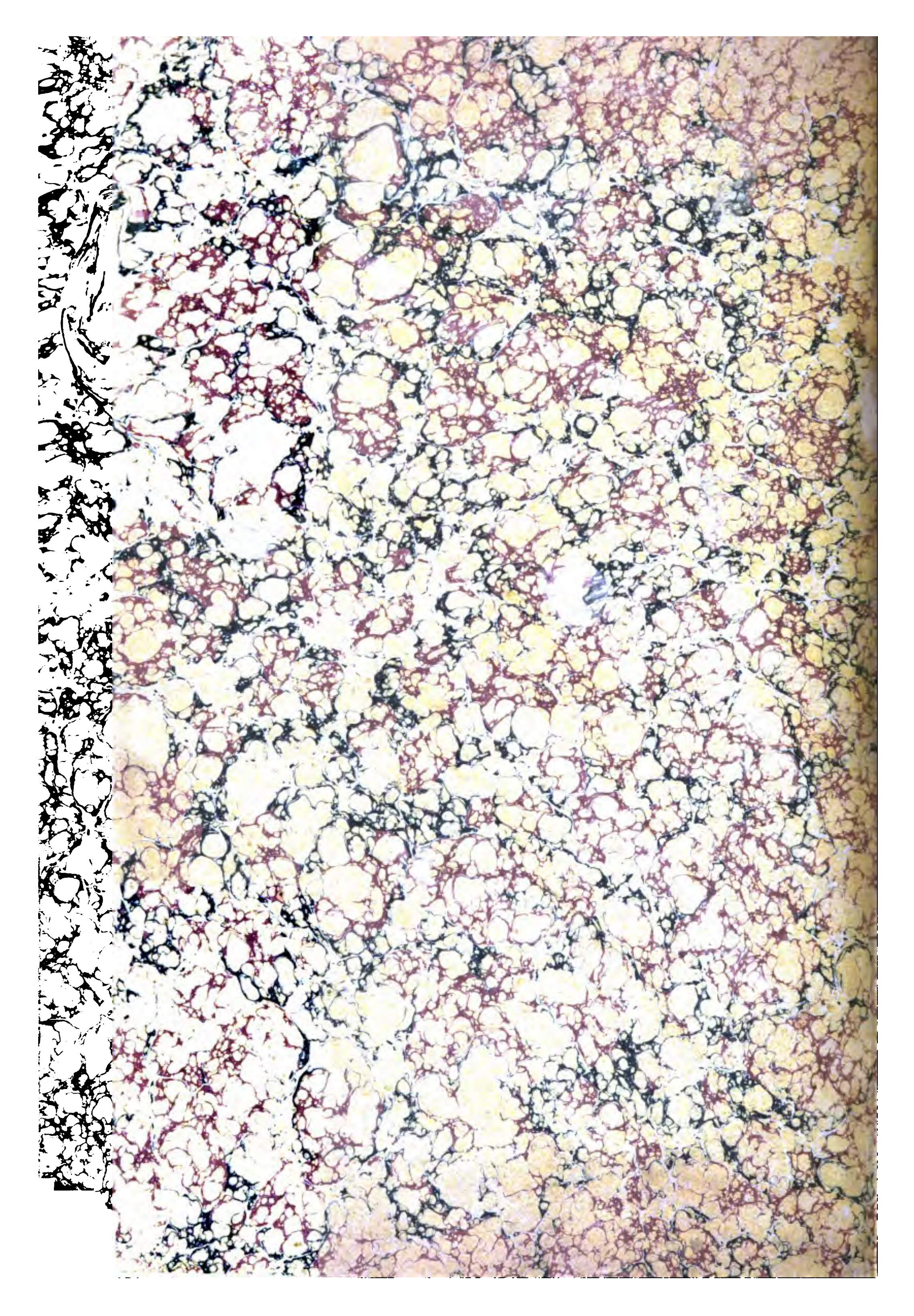


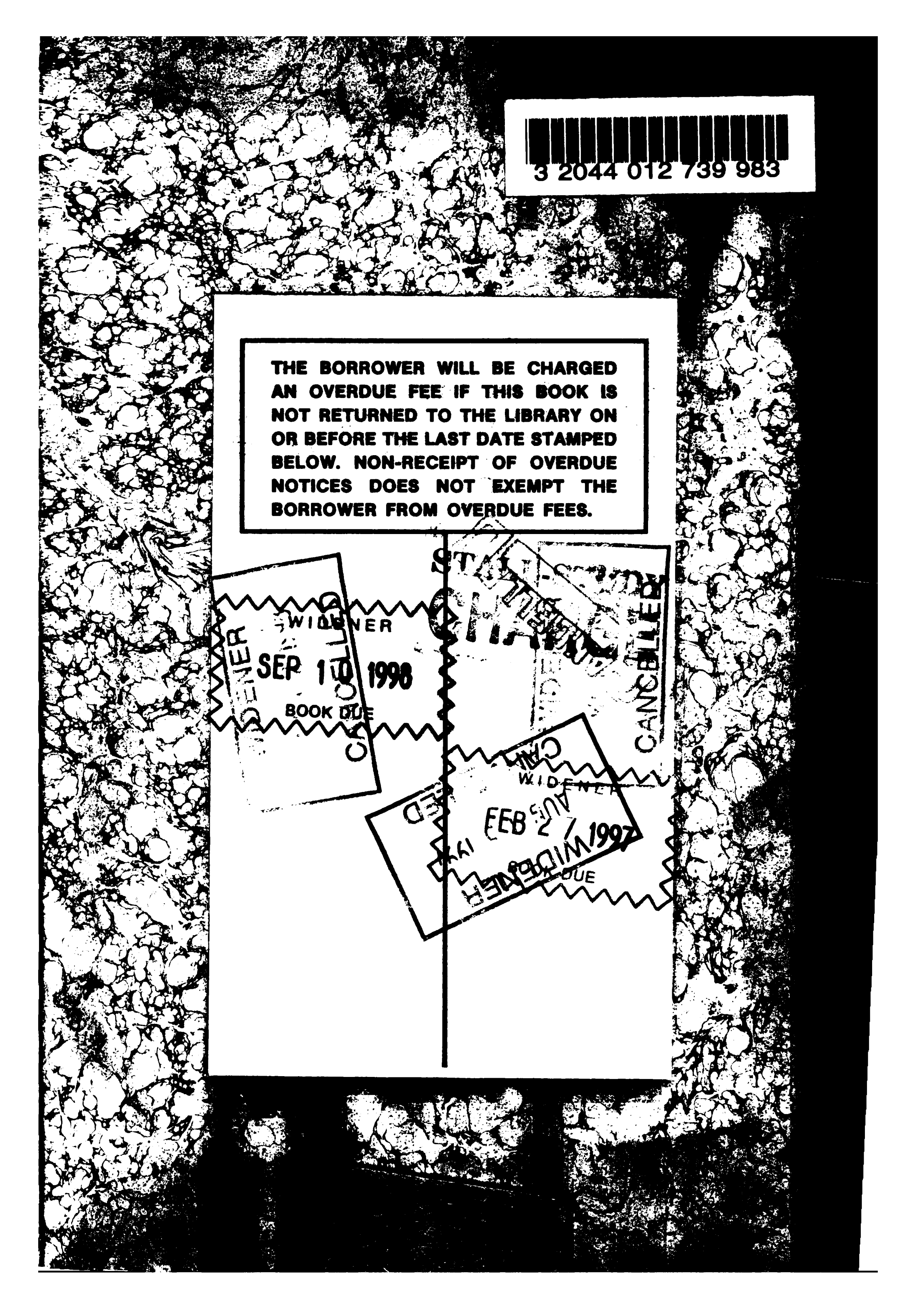

3 2044 012 739 983
THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.
WIDENER
SEP 10 1998
BOOK DUE
CANCELLED
FEB 2 1997



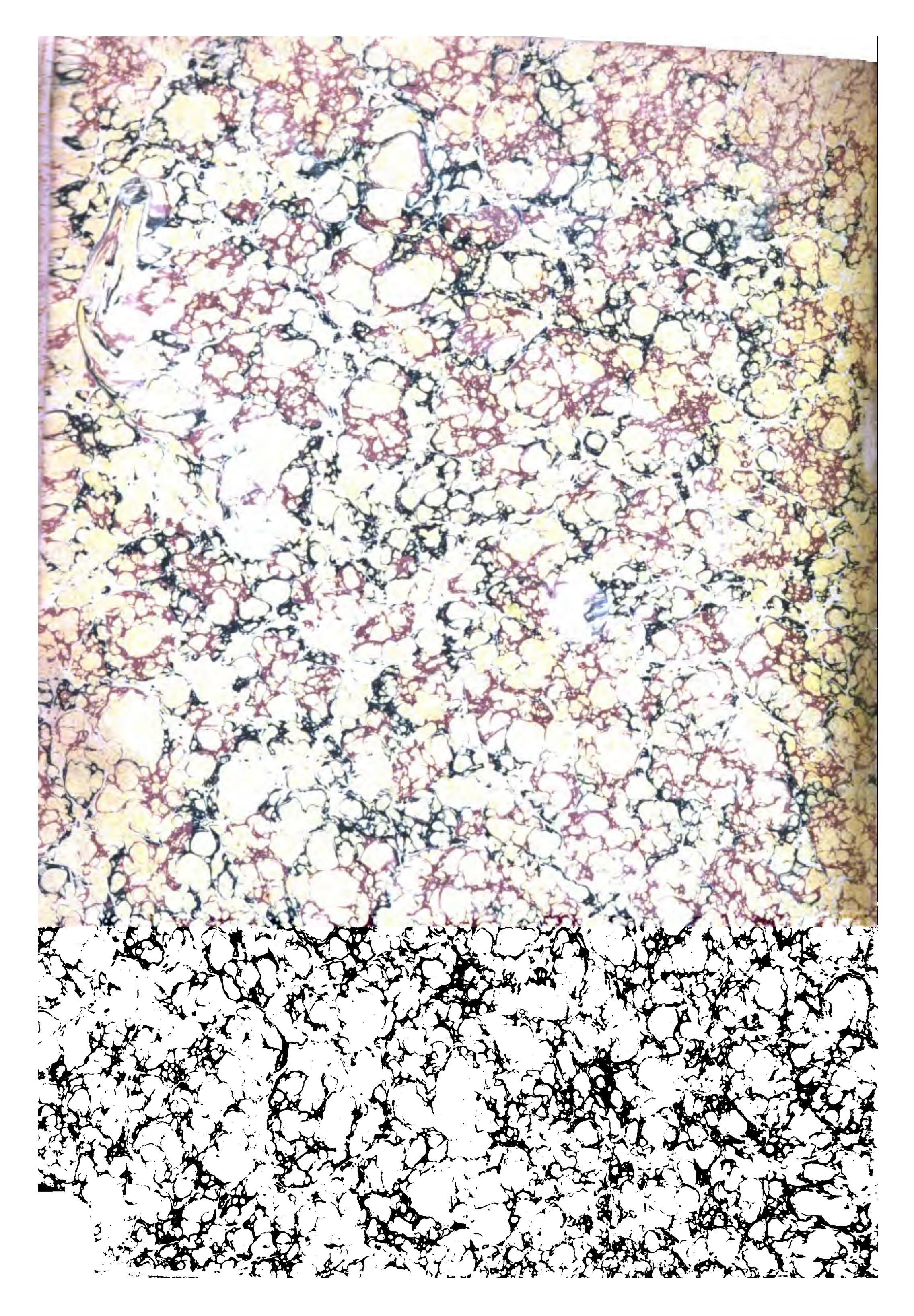


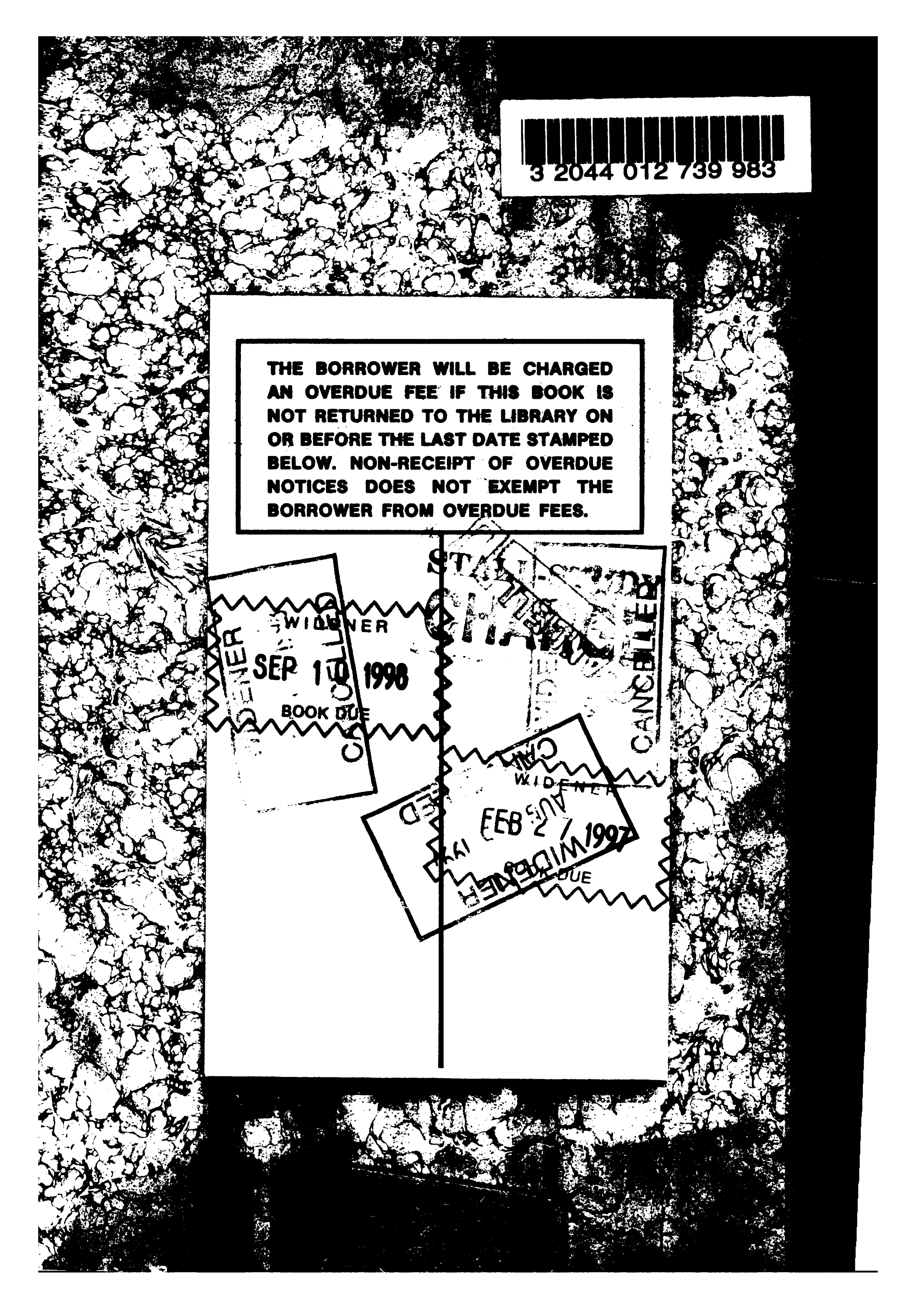
3 2044 012 739 983
THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.
WIDENER
SEP 10 1998
BOOK DUE
CANCELLED
WIDENER
FEB 2 7 1997
CANCELLED





3 2044 012 739 983
THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.
WIDENER
SEP 10 1998
BOOK DUE
CANCELLED
WIDENER
FEB 27 1997
CANCELLED




3 2044 012 739 983
THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.
WIDENER
SEP 10 1998
BOOK DUE
CANCELLED
FEB 27 1997
CANCELLED